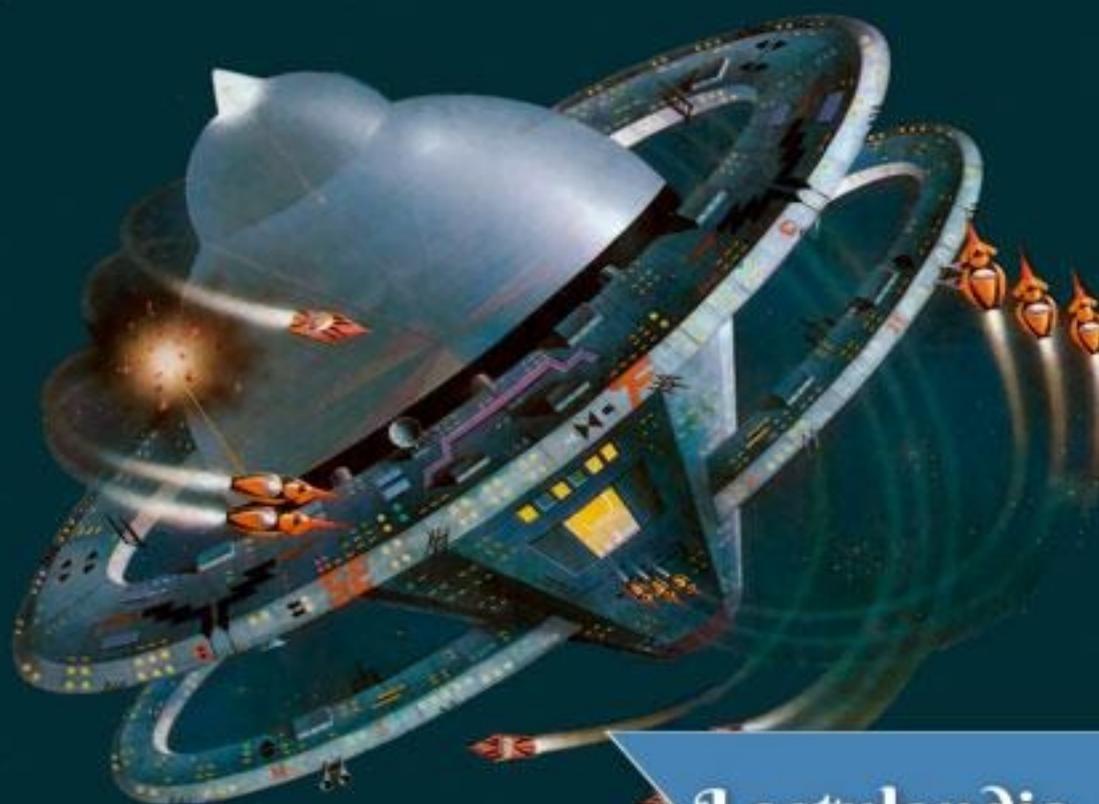


GRAN SUPERFICCIÓN

ISAAC ASIMOV

LOS VIENTOS
DEL CAMBIO



Lectulandia

Aunque autor de más de 270 libros hasta el presente, a Isaac Asimov se le ha reprochado en los últimos años haber dedicado su talento preferentemente a otras materias, dejando un poco de lado a la ciencia ficción. Para demostrar lo contrario, Asimov nos ofrece ahora un nuevo volumen de relatos de ciencia ficción *inéditos* en lengua castellana, el primero desde *El hombre bicentenario*, publicado en 1976.

En estos relatos se vigorizan con renovada savia todos los estilos cultivados por Asimov, desde el cuento ultra-ultra corto, apenas una página (*Acerca de nada*), hasta la más profunda recreación metafísica (*La última respuesta*), sin olvidar las habituales y magníficas muestras del cáustico humor del Maestro (*Creencia, Buen gusto*).

Una nueva muestra de lo mejor y más actual de la producción del autor de ciencia ficción más famoso del mundo.

Lectulandia

Isaac Asimov

Los vientos del cambio

ePub r1.0

Trujano 02.11.14

Título original: *The Winds of Change and Other Stories*

Isaac Asimov, 1983

Traducción: Domingo Santos & César Terrón

Editor digital: Trujano

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a Dagmar Guarino y sus parodias de G & S

INTRODUCCIÓN

¡Bien, aquí estamos de nuevo!

Después de tantas recopilaciones de relatos cortos de ciencia ficción como llevo publicadas, no parece que quede mucho por decir. Aunque..., sí, algunas cosas quedan. Así que voy a enumerarlas para evitar extenderme demasiado.

Uno. Supongo que debo mostrarme a la defensiva acerca de la perpetua acusación diciendo que ya no escribo ciencia ficción. Es cierto que ya no escribo sólo ciencia ficción, ni siquiera principalmente. Sin embargo, sigo haciéndolo. Si no me creen, observen por favor que de las veintiuna historias incluidas en este volumen, solamente dos fueron publicadas antes de 1976.

Dos. En algunas recopilaciones anteriores, he incluido las historias por orden cronológico, ya sea en el orden en que fueron escritas, o en el que fueron publicadas. Esta vez, a fin de variar, si no por otra causa, las incluyo aquí por orden alfabético.^[1]

Tres. Presentaré cada una de las historias con unas cuantas palabras que espero que el editor se tome la molestia de imprimir en un tipo de letra distinto, a fin que no se confundan con el texto de las historias en sí.

Bien, eso es todo. ¡Para que luego digan que soy demasiado prolijo!

Los caprichos del alfabeto sitúan la historia más corta del libro en su principio. No importa. Pueden ustedes leerla en un minuto y, si no les gusta, pueden tirar el libro a la basura. (Pero páguenlo primero, si no les importa).

Lo que ocurrió fue que allá en 1975 se me pidió que escribiera una historia de doscientas cincuenta palabras que cupiera en una tarjeta postal. La idea era editar «postales con historias», del mismo modo que se editan «postales con imágenes». Decidí complacer a los que me hicieron la solicitud (puesto que soy un tipo de lo más complaciente), y Acerca de nada fue el resultado.

No sé qué ocurrió con el proyecto. Probablemente fracasó. En cualquier caso, yo ofrecí Acerca de nada al Isaac Asimov's Science Fiction Magazine (al que de aquí en adelante me referiré como Asimov's), y George Scithers, el director, condescendió graciosamente a considerar la historia con una sonrisa y a incluirla en el número de verano de 1977 de la revista.

Y aquí está ahora, en otra encarnación. Si no han visto ninguna antes, pueden gruñir en voz alta.

ACERCA DE NADA

Toda la Tierra aguardaba a que el pequeño agujero negro la arrastrara hasta su fin. Había sido descubierto por el profesor Jerome Hieronymus a través del telescopio lunar en 2125, y a todas luces iba a acercarse lo suficiente como para crear una marea de destrucción total.

Toda la Tierra hizo testamento, y la gente lloró, los unos en los hombros de los otros, diciéndose «Adiós, adiós, adiós». Los maridos dijeron adiós a sus mujeres, los hermanos dijeron adiós a sus hermanas, los padres dijeron adiós a sus hijos, los amos dijeron adiós a sus mascotas, y los amantes se susurraron adiós al oído.

Sin embargo, a medida que el agujero negro se acercaba, Hieronymus notó que no había efecto gravitatorio. Lo estudió más atentamente y anunció, con una risita, que después de todo no se trataba en absoluto de un agujero negro.

—No es nada —dijo—. Simplemente un asteroide vulgar al que alguien pintó de negro.

Fue muerto por una multitud enfurecida, pero no por eso. Fue muerto tan sólo después que anunciara públicamente que iba a escribir una gran y emocionante obra acerca del episodio.

Dijo:

—La titularé *Mucho adiós acerca de nada*.

Toda la humanidad aplaudió su muerte.

Últimamente, y bastante a menudo, se me pide que escriba una historia de ciencia ficción que encaje con un tema en particular, y entonces es para mí un asunto de orgullo personal salir airoso del encargo, si su lado financiero encaja también conmigo.

En este caso en particular, una publicación dedicada a la tecnología de computadoras me dijo que deseaba dos mil quinientas palabras (porque según la tarifa por palabra que les sugerí, ese era el número de palabras que les permitía su presupuesto) acerca de una sociedad futura en la cual la incapacidad de utilizar la tecnología de las computadoras fuera el equivalente al analfabetismo en una sociedad anterior. Lo que sigue fue exactamente lo que obtuvieron. La historia fue escrita en abril de 1981.

ENCAJAR PERFECTAMENTE

Mientras deambulaba melancólicamente al azar por las calles de una nueva ciudad, Ian Bradstone se vio detenido por un enjambre de gente ante la puerta abierta de unos almacenes. Su primer impulso fue dar media vuelta y huir, pero no consiguió obligarse a sí mismo a hacerlo. La fascinación del horror lo arrastró, con relucencia, hacia el enjambre.

Su curiosidad debió transformar su rostro en un enorme signo de interrogación, puesto que alguien de la periferia le explicó amablemente de qué se trataba.

—Ajedrez Tres-D. Es un juego apasionante.

Bradstone sabía cómo funcionaba. Allí habría una media docena de personas conferenciando a cada movimiento, todos intentando derrotar a la computadora. Las posibilidades estaban siempre a favor de la computadora. Seis tableros puestos encima de otro tablero. Captó el insoponible brillo del gráfico y cerró los ojos contra él. Se apartó amargamente hacia un lado y observó una disposición provisional de ocho tableros colgados de ganchos, uno encima del otro.

Tableros ordinarios. Piezas de plástico.

—¡Eh! —dijo, con explosiva sorpresa.

El joven junto al multitabletero dijo, a la defensiva:

—No podemos acercarnos lo suficiente. Así que he preparado esto para que podamos seguir el juego. ¡Cuidado! No vaya a tirarlo todo.

—¿Es esta la posición en que se encuentran ahora?

—Sí. Los tipos llevan discutiendo más de diez minutos.

Bradstone miró ansiosamente la posición. Dijo, absorto:

—Si mueven la torre de beta-B-6 a delta-B-6, conseguirán tener la ventaja de su lado.

El joven estudió los tableros.

—¿Está seguro?

—Naturalmente que estoy seguro. No importa lo que haga la computadora, deberá perder un movimiento para proteger su reina.

Más estudio. El joven gritó:

—¡Eh, los de ahí dentro! Aquí hay un tipo que dice que deberían hacer saltar la torre dos niveles hacia arriba.

Hubo un suspiro colectivo del grupo en el interior. Una voz dijo:

—Yo estaba pensando eso precisamente.

Otro dijo:

—Ya lo tengo. Eso deja a la reina con la potencialidad de la vulnerabilidad. No lo había visto. —El propietario de esta segunda voz se volvió—. ¡Eh, usted, el que hizo la sugerencia! ¿Quiere tener el honor? ¿Quiere pulsar el movimiento?

Bradstone retrocedió, el rostro contorsionado en un absoluto horror.

—No..., no..., yo no juego.

Se dio la vuelta y se apresuró a alejarse.

Tenía hambre. Periódicamente, tenía hambre.

Ocasionalmente, se encontraba con puestos de fruta del tipo que instalaban los pequeños comerciantes que encontraban algún espacio olvidado en los intersticios de una economía computarizada por completo. Si era cuidadoso, Bradstone podía marcharse con una manzana o una naranja.

Era algo aterrador. Siempre existía la posibilidad de ser descubierto, y se le exigiría que pagara. Tenía el dinero, por supuesto —habían sido muy amables con él—, pero ¿cómo podía pagar?

Y sin embargo cada día, al menos una docena de veces, tenía que someterse a una transferencia de crédito, utilizando su tarjeta de efectivo. Eso significaba incontables humillaciones.

Se dio cuenta que estaba parado delante de un restaurante. Probablemente, era el olor de la comida lo que le había recordado que estaba hambriento.

Atisbó cautelosamente por la ventana. Había gente comiendo. Demasiada. Ya era bastante malo con una o dos personas. No podía convertirse en el centro de atención de hordas de escrutadores y compasivos ojos.

Se dio la vuelta, sintiendo gruñir su estómago, y vio que no era el único que estaba mirando por la ventana. Un muchacho estaba haciendo lo mismo. Tendría unos diez años, y no parecía particularmente hambriento.

Bradstone intentó adoptar un tono afable.

—Hola, muchacho. ¿Hay hambre?

El muchacho lo miró con suspicacia y se echó a un lado.

—¡No!

Bradstone no hizo ningún movimiento por acercársele. Si lo hacía, seguro que el muchacho echaría a correr. Dijo:

—Apuesto a que eres lo suficientemente mayor como para pedir por ti mismo. Puedes entrar ahí y pedir una hamburguesa o cualquier otra cosa, estoy seguro.

El orgullo dominó a la suspicacia.

—¡Seguro! —dijo el muchacho—. ¡En cualquier momento!

—Pero no tienes una tarjeta propia, ¿verdad? De modo que no puedes completar tu orden. ¿No es cierto?

El muchacho lo miró cautelosamente con sus ojos marrones. Iba bien vestido, y su aspecto era el de alguien astuto e inteligente.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo Bradstone—. Yo tengo una tarjeta; puedes usarla para pedir. Pide para ti una hamburguesa o cualquier otra cosa que te apetezca. Escoge tú mismo. Y también puedes pedir algo para mí. Un buen bistec, una patata asada, un zumo de fruta y un poco de café. Y dos trozos de tarta de manzana. Uno para ti.

—Tengo que ir a comer a casa —dijo el muchacho.

—¡Oh, vamos! Le ahorrarás a tu padre unas cuantas monedas. Estoy seguro que aquí te conocen.

—Claro, comemos aquí muy a menudo.

—Entonces ya está. Come aquí una vez más. Sólo que esta vez tú manejarás la tarjeta. Tú harás la selección..., como un chico mayor. Adelante. Pasa tú primero.

Notó una sensación tensa en la boca del estómago. Lo que estaba haciendo tenía un perfecto sentido para él, y no le causaría el menor daño al muchacho. Pero cualquiera que estuviera observando podía llegar a una horrible y completamente equivocada conclusión.

Bradstone podía explicarlo si se presentaba la ocasión, pero cuán humillante sería que todo el mundo viera que tenía que utilizar a un muchacho para que hiciera por él algo que él no podía hacer por sí mismo.

El muchacho dudó, pero finalmente entró en el restaurante, y Bradstone le siguió, manteniendo una prudente distancia. El muchacho se sentó en una mesa del fondo, y Bradstone ocupó un asiento al otro lado.

El hombre sonrió y le tendió su tarjeta. Esta hacía que las manos le picaran desagradablemente —como siempre, aquellos días—, y se sintió aliviado cuando el muchacho la tomó. Tenía un brillo duro y metálico que hacía que le hormiguearan los músculos de alrededor de los ojos. No podía soportar mirarla directamente.

—Adelante, muchacho. Haz la selección —dijo en voz baja—. Lo que tú quieras.

El chico no había mentido. Podía manejar perfectamente la pequeña terminal de la computadora, sus dedos parecían aletear sobre los controles.

—Un bistec para usted, señor. Una patata asada. Un zumo de fruta. Tarta de manzana. Café. ¿Desea una ensalada, señor? —Su voz había adoptado un tono confuso de «ya soy mayor»—. Mi mamá siempre pide ensalada, pero a mí no me gusta.

—Creo que la probaré. Una ensalada mixta. ¿Tienen? Aliñada con vinagre. ¿Tienen también? ¿Lo encuentras?

—No veo el vin..., lo que sea. Quizá sea esto.

Bradstone terminó encontrándose con un aliño francés para la ensalada, pero también estaba bueno.

El muchacho insertó la tarjeta con una soltura y una habilidad que despertaron una amarga envidia en Bradstone, aunque imaginarse a sí mismo realizando aquel mismo acto hizo que su estómago se contrajera.

El muchacho le tendió de vuelta la tarjeta.

—Espero que tenga usted suficiente dinero —dijo, dándose importancia.

—¿Has visto la cifra total? —preguntó Bradstone.

—Oh, no. Se supone que no debes mirarla; eso es lo que dice papá. Quiero decir que si tu tarjeta no es rechazada, entonces es que tienes suficiente dinero para la comida.

Bradstone reprimió un sentimiento de decepción. Él no podía leer las cifras, y no se atrevía a preguntar a los demás. Finalmente iba a tener que acudir a un banco e inventar alguna forma de conseguir que se lo dijeran.

Intentó entablar una conversación.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Reginald.

—¿Qué estás estudiando en casa, Reggie?

—Principalmente aritmética, porque papá dice que tengo que hacerlo, y dinosaurios, porque me gusta. Papá dice que si me porto bien con la aritmética podré dedicarme a los dinosaurios también. Puedo programar mi computadora a fin de obtener los gráficos de los movimientos del dinosaurio. ¿Sabe usted cómo camina un brontosaurio por tierra firme? Tiene que equilibrar el cuello de tal modo que el centro de gravedad quede entre sus caderas. Mantiene la cabeza erguida muy alta, como una jirafa, excepto cuando está en el agua. Entonces... Ah, ahí está mi hamburguesa. Y lo suyo también.

Todo lo pedido avanzó por la cinta rodante y se detuvo exactamente en el lugar apropiado.

La idea de una comida completa sin humillación ahogó la añoranza de Bradstone por poder manipular una computadora en libre búsqueda de información.

Reginald dijo, educadamente:

—Iré a comerme mi hamburguesa a la barra, señor.

—Espero que te guste, Reggie —dijo Bradstone, agitando una mano.

Ya no le necesitaba, y se sentía aliviado porque se fuera. Alguien de la cocina, indudablemente el técnico de Mantenimiento de Computadoras, había salido, e inició una amistosa conversación con Reginald, lo cual también era un alivio.

No había duda alguna acerca de su profesión. Uno siempre podía descubrir a un Mant-Comp por su indolente aire de importancia, y porque daba la sensación de ser consciente que el mundo descansaba sobre sus hombros.

Pero Bradstone estaba concentrado en su comida, la primera auténtica comida que disfrutaba en un mes.

No fue hasta después de haber terminado —haber terminado completamente, tras tomarse todo el tiempo necesario— cuando estudió de nuevo su entorno. El muchacho hacía rato que se había ido. Bradstone pensó tristemente que él, al menos, no había demostrado piedad, condescendencia, protección. No era lo bastante mayor para encontrar extraño todo el asunto; se había concentrado únicamente en la idea que ya era lo bastante mayor para ser capaz de manejar la terminal de la computadora.

¡Lo bastante mayor!

El lugar no estaba muy lleno ahora. El Mant-Comp se hallaba todavía detrás de la barra, presumiblemente estudiando el cableado de la computarización.

Era la ocupación más importante de los tecnólogos virtualmente en todo el mundo, pensó Bradstone con una punzada de dolor; siempre programando, reprogramando, ajustando, comprobando las diminutas corrientes eléctricas que controlaban el trabajo del mundo para todos... Para casi todos.

La confortable sensación de calor interno producida por un excelente bistec agitó la sensación de rebeldía dentro de Bradstone. ¿Por qué no actuar? ¿Por qué no hacer algo respecto a todo aquello?

Captó la mirada del Mant-Comp y dijo, aparentando una indiferencia que sonó falsa incluso en sus propios oídos:

—Oiga, amigo, supongo que habrá abogados en esta ciudad.

—Supone bien.

—¿Puede sugerirme alguno que sea bueno y que no esté excesivamente lejos?

—Encontrará usted una guía profesional de la ciudad en la oficina postal —dijo el Mant-Comp educadamente—. Sólo necesita teclear «abogados».

—Me refiero a uno bueno. Un tipo listo. Causas perdidas. Cosas así.

Se echó a reír, confiando en arrancarle al menos una sonrisa al otro.

No lo consiguió.

—Todos están descritos allí —dijo el Mant-Comp—. Liste sus necesidades, y obtendrá usted evaluaciones, edades, domicilios, honorarios, antecedentes. Encontrará cualquier cosa que desee, si pulsa las teclas adecuadas. Y funciona. Lo revisé la semana pasada.

—Mire, no es eso lo que deseo, amigo. —La sugerencia de pulsar las teclas adecuadas había despertado el habitual estremecimiento en su espina dorsal—. Desearía su recomendación personal, ¿entiende?

El Mant-Comp agitó la cabeza.

—Yo no soy una guía profesional.

—Maldita sea —dijo Bradstone—. ¿Qué es lo que pasa? Dígame un abogado. Cualquier abogado. ¿Acaso hay alguna ley que prohíba saber algo sin necesidad de tener que recurrir a una computadora?

—Utilizar la guía profesional cuesta diez centavos. Si tiene usted más de diez centavos registrados en su tarjeta, ¿cuál es su problema? ¿No sabe utilizar su tarjeta? ¿O acaso es usted...? —Sus ojos se abrieron enormemente ante la brusca comprensión—. Oh..., demonios... ¡Por eso hizo que Reggie pidiera la comida por usted! Escuche, yo no sabía...

Bradstone retrocedió. Se dio la vuelta para echar a correr fuera de aquel lugar, y casi chocó contra un hombre grueso, de tez rubicunda y cráneo casi calvo.

El hombre grueso dijo suavemente:

—Un momento, por favor. ¿No es usted la persona que le compró una hamburguesa a mi hijo hace un rato?

Bradstone vaciló, luego asintió, notando la boca seca.

—Me gustaría pagársela. Todo está bien, no se preocupe. Sé quién es. Yo manejaré su tarjeta por usted.

El Mant-Comp intervino rápidamente:

—Si desea un abogado, amigo, el señor Gold es abogado.

El repentino interés que afloró a los ojos de Bradstone se hizo evidente al momento.

—Soy abogado, si es que anda buscando uno —dijo Gold—. Así es como supe de usted. Seguí su caso con dolorosa atención, se lo aseguro, y cuando Reggie llegó a casa con la historia que ya había comido y había manejado él la computadora, supuse quién podía ser usted por su descripción. Y al entrar le reconocí, por supuesto.

—¿Podemos hablar en privado? —dijo Bradstone.

—Mi casa está a cinco minutos de aquí, a pie.

No era una sala lujosa, pero sí confortable. Bradstone dijo:

—¿Desea usted una provisión de fondos? Puedo pagársela.

—Sé que dispone usted de amplios fondos —dijo Gold—. Pero dígame primero cuál es el problema.

Bradstone se inclinó hacia delante en su sillón, y dijo con intensidad:

—Si siguió usted mi caso, debe saber que fui sometido a un cruel y desusado castigo. Soy la primera persona que ha recibido ese tipo de sentencia. La combinación de hipnosis y neurocondicionamiento directo no ha sido perfeccionada hasta muy recientemente. La naturaleza del castigo al cual he sido sentenciado no puede ser comprendida. Debe ser revocado.

—Fue sometido usted a un proceso muy detallado —dijo Gold—, y no hubo ninguna duda razonable acerca de su culpabilidad.

—¡Incluso así! Mire, vivimos en un mundo computarizado. No puedo hacer nada en ninguna parte. No puedo recibir información..., no puedo alimentarme..., no puedo buscar diversiones..., no puedo pagar nada, o comprobar nada, o simplemente *hacer* nada, sin utilizar una computadora. Y como sin duda sabrá, he sido ajustado de tal modo que soy incapaz de mirar a una computadora sin que me duelan horriblemente los ojos, o tocar una sin que se me ampollen los dedos. Ni siquiera puedo manejar mi tarjeta de efectivo, o incluso pensar en utilizarla, sin que me abrumen las náuseas.

—Sí, sé todo eso. También sé que se le han proporcionado amplios fondos durante toda la duración de su castigo, y que se le ha pedido a la gente que sea compasiva con usted y le ayude. Creo que lo hacen.

—Yo no quiero eso. No quiero su ayuda ni su piedad. No deseo ser un niño indefenso en un mundo de adultos. No deseo ser un analfabeto en un mundo de gente que puede leer. Ayúdeme a terminar con el castigo. Ha sido casi un mes infernal. No podré soportarlo otros once meses más.

Gold permaneció sentado, pensando, durante un rato.

—Bien, aceptaré una provisión de fondos a fin de poder convertirme en su representante legal, y veré lo que puedo hacer por usted. Pero debo advertirle que no creo que las posibilidades de éxito sean muchas.

—¿Por qué? Todo lo que hice fue desviar cinco mil dólares...

—Usted planeaba desviar mucho más, quedó demostrado, pero fue descubierto antes que pudiera hacerlo. Se trataba de un ingenioso fraude computarizado, completamente acorde con su reconocida habilidad en el ajedrez, pero no por eso dejaba de ser un delito. Y como usted dice, todo está computarizado, y en nuestros días no puede darse ningún paso, ni siquiera pequeño, sin una computadora. En consecuencia, defraudar por medio de una computadora supone descomponer lo que hoy por hoy constituye la estructura esencial de la civilización. Es un terrible crimen, y debe ser desanimado.

—No predique, por favor.

—No estoy predicando. Estoy explicándome. Usted intentó descomponer un sistema, y como castigo el sistema se ha descompuesto sólo para usted, sin que por eso tenga que ser maltratado de ninguna otra forma. Si considera que su vida así es insoportable, eso simplemente le muestra lo insoportable que pudo llegar a ser para todos los demás lo que usted intentaba descomponer.

—Pero un año es demasiado.

—Bien, quizá una pena menor sirva de todos modos como ejemplo suficiente para desanimar a otros ante la tentación de seguir su ejemplo. Lo intentaré..., pero me temo que puedo adivinar lo que la ley va a decir.

—¿Y qué va a decir?

—Pues que si los castigos deben aplicarse de modo que encajen con el crimen cometido, el suyo encaja perfectamente.

Creencia fue publicada originalmente en el número de octubre de 1953 de la revista Astounding Science Fiction, y esa es la causa porque no haya sido publicada hasta hoy en ninguna de mis otras recopilaciones de relatos.

En 1966, Ted Carnell, un agente literario británico, me dijo que la New English Library deseaba editar una recopilación de historias mías, y pueden estar seguros que no encontré ninguna buena razón para objetar nada. En consecuencia, en 1967 la New English Library publicó Through a Glass, Clearly, que incluía cuatro de mis historias. En la década y media transcurrida desde entonces, el libro ha estado en las librerías (tanto en tapas duras como de bolsillo) en varias reediciones.

Sin embargo, resultó que el libro sólo podía circular en Gran Bretaña y en unas cuantas naciones más, que no incluían los Estados Unidos. De modo que decidí que no había ninguna razón para que yo no pudiera incluir las cuatro historias en una u otra de las recopilaciones de relatos míos publicadas en Estados Unidos. Tres de ellas, Breeds There a Man?, The C-Chute y It's Such a Beautiful Day, aparecieron en mi antología Nightfall and Other Stories,^[2] en 1969. Creencia escapó, de algún modo, y no sé por qué. Por supuesto, me gustaba la historia, pese a que John Campbell, el director de Astounding, me obligó a efectuar algunos cambios con los que yo no estaba completamente de acuerdo. (No, no conservo el manuscrito original; de otro modo lo hubiera usado aquí). En cualquier caso, aquí está la historia..., una docena de años más tarde.

Incidentalmente, no quiero decir con eso que Creencia haya permanecido fuera del alcance de los lectores estadounidenses durante todo ese tiempo. Ha aparecido en siete antologías distintas..., pero eso no es lo mismo que aparecer en una de mis propias recopilaciones. Al menos, no lo es para mí.

CREENCIA

—¿Has soñado alguna vez que estabas volando? —preguntó el doctor Roger Toomey a su esposa.

Jane Toomey alzó la vista.

—¡Por supuesto!

Sus rápidos dedos no dejaron de manipular ágilmente el hilo del que estaba surgiendo un intrincado e inútil tapete para la mesa. El aparato de televisión emitía un apagado murmullo, y las imágenes de la pantalla apenas atraían la atención.

—Todo el mundo sueña con volar en un momento u otro —dijo Roger—. Es algo universal. Yo lo he hecho muchas veces. Eso es lo que me preocupa.

—Lamento decírtelo, pero no sé adónde quieres ir a parar, querido —dijo Jane.

Fue contando puntadas en voz baja.

—Cuando piensas un poco en ello —prosiguió él—, hace que te maravilles. No es realmente en volar en lo que sueñas. No tienes alas; yo al menos no las he tenido nunca. No hay ningún esfuerzo implicado en ello. Simplemente estás flotando. Eso es. Flotando.

—Cuando vuelo —dijo Jane—, no recuerdo ninguno de los detalles. Excepto en una ocasión en que aterricé en el tejado del ayuntamiento y no llevaba nada de ropa. De todos modos, en el sueño nadie parece prestarte atención cuando sueñas que estás desnuda. ¿Nunca te has dado cuenta de eso? Te mueres de vergüenza, pero la gente simplemente pasa por tu lado sin mirarte.

Tiró del hilo, y el ovillo cayó de la cesta y rodó por el suelo. No le prestó atención.

Roger agitó lentamente la cabeza. Su rostro estaba pálido y absorto en la duda. Todo él parecía ángulos, con sus altos pómulos, su larga y afilada nariz y las entradas en la frente, que se iban haciendo más pronunciadas con los años. Tenía treinta y cinco.

—¿No te has parado nunca a pensar en lo que te hace soñar que estás flotando? —dijo.

—No, nunca.

Jane Toomey era rubia y menuda. Su belleza era del tipo frágil, de esas que no se imponen a uno sino que lo van ganando inconscientemente. Poseía los brillantes ojos azules y las sonrosadas mejillas de una muñeca de porcelana. Tenía treinta años.

—Muchos sueños son sólo la interpretación que la mente realiza de un estímulo imperfectamente comprendido —dijo Roger—. Los estímulos se ven forzados a un contexto razonable en una fracción de segundo.

—¿De qué estás hablando, querido?

—Mira, en una ocasión soñé que me hallaba en un hotel, asistiendo a una convención de física. Estaba con viejos amigos. Todo parecía absolutamente normal. De pronto, hubo una confusión de gritos, y sin ninguna razón me vi presa del pánico. Eché a correr hacia la puerta, pero no quiso abrirse. Uno a uno, mis amigos desaparecieron. No tuvieron problemas para abandonar la habitación, pero yo no pude ver cómo lo habían conseguido. Les grité, y me ignoraron.

»En mi interior empezó a crecer la seguridad en que el hotel era pasto de las llamas. No olía a humo. Simplemente, sabía que había un incendio. Eché a correr hacia la ventana, y pude ver una escalera de incendios en el exterior del edificio. Corrí a todas las ventanas, pero ninguna conducía a la escalera de incendios. Ahora me hallaba completamente solo en la habitación. Me asomé a la ventana, llamando desesperadamente. Nadie me oyó.

»Entonces llegaron los coches de bomberos, pequeñas manchas rojas atravesando las calles. Recuerdo eso claramente. Las sirenas de alarma resonaban fuertemente para despejar el tráfico. Podía oírlas, cada vez más fuertes, hasta que el sonido llegó a hender mi cabeza. Me desperté y, por supuesto, el despertador estaba sonando.

»Ahora bien, no pude haber soñado un sueño tan largo destinado a llegar al momento en que empezara a sonar la alarma del despertador, a fin que esta encajara perfectamente en la trama del sueño. Es mucho más razonable suponer que el sueño se inició en el momento en que la alarma empezó a sonar, y comprimí toda su sensación de duración en una fracción de segundo. Se trataba simplemente de un dispositivo de justificación de mi cerebro para explicar aquel repentino sonido que penetraba en el silencio.

Jane estaba frunciendo el ceño. Dejó a un lado su labor.

—¡Roger! Te has comportado de un modo extraño desde que has vuelto de la universidad. No has cenado nada, y ahora esta ridícula conversación. Nunca te he visto tan morbosos. Lo que necesitas es una dosis de bicarbonato.

—Necesito algo más que eso —dijo él en voz baja—. Veamos, ¿cómo empieza un sueño de estar flotando?

—Si no te importa, cambiemos de tema.

Se levantó, y con dedos firmes subió el volumen del televisor. Un joven caballero de mejillas hundidas y una sentimental voz de tenor le manifestó, melodiosamente, su eterno amor.

Roger volvió a bajar la voz del aparato y se quedó de pie con la espalda cubriendo la pantalla.

—¡Levitación! —exclamó—. Eso es. Existe alguna forma en que los seres humanos pueden conseguir flotar. Tienen la capacidad para ello. Simplemente, se trata que ellos no saben cómo usar esa capacidad..., excepto cuando están durmiendo. Entonces, a veces se elevan sólo un poquito, una décima de milímetro quizá. No lo suficiente para que alguien se dé cuenta de ello aunque esté observando, pero sí para desencadenar la sensación adecuada, que desencadena un sueño en el que uno está flotando.

—Roger, estás delirando. Me gustaría que lo dejaras. De veras.

Él siguió adelante con su idea.

—A veces volvemos a bajar lentamente, y la sensación desaparece. Otras veces, el control de flotación termina bruscamente, y caemos. Jane, ¿nunca has soñado que estabas cayendo?

—Sí, por sup...

—Te hallas colgando en la fachada de un edificio, o sentado en el borde de una silla, y de repente te estás cayendo. Es la horrible sensación de la caída la que te despierta de golpe, jadeante, el corazón palpitando locamente. Has caído de verdad. No hay otra explicación.

La expresión de Jane, que había pasado lentamente del desconcierto a la preocupación, se disolvió de pronto en una tímida sonrisa.

—Roger, maldito diablo. ¡Me has engañado! ¡Eres un canalla!

—¿Qué?

—Oh, no. No sigas con eso. Sé exactamente lo que has estado haciendo. Has estado imaginando el argumento para una historia y estás probándolo conmigo. Debería conocerte lo suficiente como para no escucharte.

Roger pareció sorprendido, incluso un poco confuso. Avanzó hasta el sillón de ella y se la quedó mirando.

—No, Jane.

—No veo por qué no. Has estado hablando acerca de escribir relatos desde que te conozco. Si realmente tienes un argumento, lo mejor que puedes hacer es escribirlo. No sirve de nada utilizarlo únicamente para asustarme.

Sus dedos empezaron a moverse de nuevo a medida que recuperaba el ánimo.

—Jane, esto no es ninguna historia.

—Pero ¿qué otra cosa...?

—Cuando me desperté esta mañana, ¡caí al colchón!

Ella se lo quedó mirando, sin parpadear.

—Soñé que estaba volando —prosiguió él—. Fue un sueño claro y preciso. Recuerdo cada uno de sus minutos. Me hallaba tendido de espaldas cuando me desperté. Me sentía cómodo, y completamente feliz. Sólo me pregunté por qué el techo parecía tan extraño. Bostecé y me despecé, y *toqué* el techo. Durante un minuto, simplemente me quedé mirando a mi brazo alzado, que se apoyaba con fuerza contra el techo.

»Entonces me di la vuelta. No moví un músculo, Jane. Simplemente me di la vuelta, todo de una pieza, porque deseaba hacerlo. Allí estaba, a metro y medio sobre la cama. Tú estabas en la cama, durmiendo. Me asusté. No sabía cómo bajar, pero en el instante mismo en que pensé en bajar, caí. Caí lentamente. Todo el proceso estaba bajo un perfecto control.

»Me quedé inmóvil en la cama durante quince minutos antes de atreverme a moverme. Luego me levanté, me lavé, me vestí, y me fui al trabajo.

Jane forzó una sonrisa.

—Querido, hubiera sido mejor que escribieras todo eso. Pero no te preocupes. Simplemente has estado trabajando demasiado.

—¡Por favor! No seas trivial.

—La gente trabaja demasiado, aunque tú digas que es trivial. Lo que ocurrió fue que soñaste quince minutos más de lo que creíste que habías soñado.

—No era un sueño.

—Por supuesto que lo era. Soy incapaz de contar las veces que he soñado que me despertaba, me vestía y preparaba el desayuno; luego me despertaba realmente, y descubría que tenía que hacerlo todo de nuevo. Incluso he soñado que estaba soñando, si entiendes lo que quiero decir. Puede ser terriblemente confuso.

—Mira, Jane. He acudido a ti con un problema debido a que tú eres la única a la que siento que puedo acudir. Por favor, tómame en serio.

Los azules ojos de Jane se abrieron mucho.

—¡Querido! Te estoy tomando tan en serio como me es posible. Tú eres el profesor de física, no yo. Eres tú quien sabe de gravitación, no yo. ¿Me tomarías tú en serio si yo te dijera que me había encontrado flotando de pronto?

—No. Y eso es lo peor de todo. No quiero creer en ello, pero lo he vivido. No era un sueño, Jane. Intenté decirme a mí mismo que sí lo era. No tienes ni idea de cómo me he hablado a mí mismo de ello. Cuando iba hacia la universidad, estaba seguro que había sido un sueño. ¿No has notado algo extraño en mí en el desayuno?

—Sí, ahora que pienso en ello, sí lo he notado.

—Bien, no era nada demasiado extraño, o lo hubieras mencionado. De todos modos, di perfectamente mi clase de las nueve. A las once, había olvidado todo el incidente. Entonces, justo antes de la comida, necesité un libro. Necesitaba..., bien, el título del libro no importa; simplemente lo necesitaba. Estaba en un estante de arriba, pero podía alcanzarlo. Jane...

Se detuvo.

—Bien, prosigue, Roger.

—Mira, ¿has intentado alguna vez alcanzar una cosa que está a sólo un palmo de distancia? Te inclinas y automáticamente das un paso hacia ella mientras la tomas. Es algo por completo involuntario. Se trata simplemente de la coordinación refleja de tu cuerpo.

—De acuerdo. ¿Y?

—Me tendí hacia el libro, y automáticamente di un paso hacia arriba. ¡En el aire, Jane! ¡En el mismo aire!

—Voy a llamar a Jim Sarle, Roger.

—No estoy enfermo, maldita sea.

—Creo que debería hablar contigo. Es un amigo. No será una visita médica. Simplemente hablará contigo.

El rostro de Roger enrojeció con repentina irritación.

—¿Y qué bien puede hacerme eso?

—Ya veremos. Ahora siéntate, Roger. Por favor.

Se dirigió al teléfono.

Él la detuvo sujetándola por la muñeca.

—No me crees.

—Oh, Roger.

—No me crees.

—Sí te creo. Claro que te creo. Simplemente quiero...

—Sí. Simplemente quieres que Jim Sarle hable conmigo. Así es como me crees. Te estoy diciendo la verdad, pero tú quieres que hable con un psiquiatra. Mira, no tienes que creer en mi palabra. Puedo probarlo. Te probaré que puedo flotar.

—Te creo.

—No seas tonta. Sé cuándo me están engañando. ¡Quédate quieta! Ahora obsérvame.

Retrocedió hasta el centro de la habitación y, sin ningún preliminar, se alzó del suelo. Quedó suspendido, con las puntas de sus zapatos a quince centímetros de la alfombra.

Los ojos y la boca de Jane se convirtieron en tres redondas «O».

—Baja, Roger —musitó—. Por todos los cielos, baja.

Él descendió de nuevo, y sus pies tocaron el suelo sin el menor ruido.

—¿Lo has visto?

—Oh, Dios mío. Dios mío.

Se lo quedó mirando, entre asustada y trastornada.

En el aparato de televisión, una mujer pechugona cantaba con voz apagada que volar muy alto con algún tipo en el cielo era su idea de nada en absoluto.

Roger Toomey miró a la oscuridad del dormitorio.

—Jane —susurró.

—¿Qué?

—¿No duermes?

—No.

—Yo tampoco puedo dormir. Estoy sujetando constantemente la cabecera de la cama para asegurarme que no... Ya sabes.

Su mano avanzó inquieta y acarició el rostro de ella. Jane se echó hacia atrás, apartando bruscamente la cabeza, como si la mano de él estuviera cargada de electricidad.

—Lo siento —dijo al cabo de un momento—. Estoy un poco nerviosa.

—No te preocupes. De todos modos, voy a levantarme.

—¿Qué vas a hacer? Tienes que dormir.

—Bueno, no puedo, así que no tiene sentido que te mantenga despierta a ti también.

—Quizá no ocurra nada. No tiene que ocurrir todas las noches. No había ocurrido antes de la noche pasada.

—¿Cómo lo sé? Quizá simplemente nunca subí tanto. Quizá nunca me desperté y me encontré en esa situación. De todos modos, ahora es distinto.

Se sentó en la cama, las piernas dobladas, los brazos abrazando sus rodillas, la cabeza apoyada en ellos. Echó la sábana a un lado y frotó su mejilla contra la suave franela del pijama.

—Ahora todo será inevitablemente distinto. Mi mente está llena de ello. Cuando me duerma, cuando no me mantenga conscientemente anclado abajo..., sé que ascenderé.

—No veo por qué. Eso debe representar un cierto esfuerzo.

—Ese es el detalle. No representa ningún esfuerzo.

—Pero estás luchando contra la gravedad, ¿no?

—Lo sé, pero pese a todo no representa ningún esfuerzo. Mira, Jane, si al menos pudiera comprenderlo, no importaría tanto.

Bajó las piernas de la cama y se puso en pie.

—No quiero hablar de ello.

—Yo tampoco —murmuró su esposa.

Se echó a llorar, luchando contra los sollozos y convirtiéndolos en estrangulados gemidos, que sonaban mucho peor.

—Lo siento, Jane —dijo Roger—. Te estoy excitando demasiado.

—No, no es eso. Pero no me toques. Simplemente..., simplemente déjame sola.

Roger dio unos pasos inseguros, apartándose de la cama.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—Al sofá del estudio. ¿Puedes ayudarme?

—¿Cómo?

—Quiero que me ates.

—¿Atarte?

—Con un par de cuerdas. No muy apretadas, de modo que pueda darme la vuelta si quiero. ¿Te importa?

Los pies desnudos de Jane estaban buscando ya sus zapatillas en el suelo, al lado de su cama.

—De acuerdo —dijo con un suspiro.

Roger Toomey se sentó en el pequeño cubículo que pasaba por ser su despacho y miró al montón de papeles de examen que tenía delante. En aquellos momentos no sabía cómo iba a hacer para calificarlos.

Había dado cinco clases sobre electricidad y magnetismo desde la primera vez que había flotado. Las había dado como había podido, aunque no demasiado bien. Los estudiantes le hacían preguntas ridículas, de modo que probablemente no estaba siendo tan claro como acostumbraba a ser.

Hoy se había ahorrado una clase poniendo un examen sorpresa. No se había molestado en preparar uno; había echado mano de las copias de uno preparado algunos años antes.

Ahora tenía los papeles con las respuestas, y tenía que calificarlos. ¿Por qué? ¿Importaba realmente lo que decían? ¿Importaba realmente algo? ¿Era tan importante saber las leyes de la física? ¿Cuáles eran en realidad esas leyes? ¿Acaso existía alguna?

¿O todo era tan sólo una masa de confusión de la cual jamás podría extraerse nada coherente? ¿Era el Universo, con toda su armoniosa apariencia, el simple caos original, aguardando todavía a que el Espíritu asomara su rostro de las profundidades?

El insomnio tampoco ayudaba. Incluso atado en el sofá, dormía tan sólo a intervalos, y siempre con pesadillas.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —gritó furiosamente Roger.

Una pausa, y luego la insegura respuesta.

—Soy la señorita Harroway, doctor Toomey. Le traigo las cartas que me dictó.

—Está bien, entre, entre. No se quede ahí.

La secretaria del departamento abrió la puerta el mínimo indispensable, y deslizó su delgado y poco atractivo cuerpo al interior del despacho. Llevaba un montón de papeles en la mano. A cada uno de ellos iba unida una copia en papel amarillo, y un sobre con membrete y la dirección ya puesta.

Roger estaba ansioso por librarse de ella. Ese fue su error. Se tendió hacia delante para tomar las cartas mientras ella se aproximaba, y notó que abandonaba la silla.

Avanzó casi medio metro hacia delante, todavía en posición sentada, antes de conseguir impulsarse violentamente hacia atrás, perdiendo el equilibrio y dando una voltereta en el proceso. Era demasiado tarde.

Era absolutamente demasiado tarde. La señorita Harroway dejó caer las cartas de su temblorosa mano. Gritó y se dio la vuelta, golpeando la puerta con el hombro, rebotando en el pasillo, y echando a correr con un fuerte repiqueteo de sus altos tacones.

Roger se puso en pie, frotándose una dolorida cadera.

—Maldita sea —exclamó furioso.

Pero no podía evitar el ver la escena desde el punto de vista de ella. Imaginó cómo debía haberse desarrollado todo a sus ojos: un hombre ya adulto, flotando suavemente fuera de su silla y deslizándose hacia ella en posición sentada.

Recogió las cartas y cerró la puerta de su despacho. Ya era tarde; los pasillos debían estar vacíos; además, ella probablemente se expresaría de forma incoherente. Sin embargo... Aguardó ansioso la llegada de gente.

No ocurrió nada. Quizá la mujer estuviera tendida en algún sitio, desvanecida. Roger sintió la necesidad de ir a ver lo que le había ocurrido y ayudarla si era necesario, pero le dijo a su conciencia que se fuera al diablo. Hasta que descubriera exactamente qué era lo que no funcionaba en él, cuál era el origen de aquella loca pesadilla, no debía hacer nada por revelarla.

Es decir, nada más de lo que ya había hecho.

Hojeó las cartas; una para cada uno de los físicos teóricos seleccionados entre los más importantes del país. Su propio talento era insuficiente para resolver aquel asunto.

Se preguntó si la señorita Harroway habría captado el contenido de las cartas. Esperaba que no. Lo había arropado deliberadamente en lenguaje técnico; más, quizá, de lo necesario. En parte para ser discreto, y en parte para impresionar a los destinatarios

con el hecho que él, Toomey, era un legítimo y capacitado científico.

Una a una, metió las cartas en los sobres adecuados. Los mejores cerebros del país, pensó. ¿Podrían ayudarle?

No lo sabía.

La biblioteca estaba tranquila. Roger Toomey cerró el *Journal of Theoretical Physics*, lo colocó a un lado, y se quedó mirando sombríamente su contraportada. ¡El *Journal of Theoretical Physics*! ¿Qué contribución había hecho ninguno de aquellos hombres a la erudita parcela de absurdo conocimiento? Aquel pensamiento le desgarró. Hasta hacía muy poco tiempo habían sido para él las mayores lumbreras del mundo.

Y sin embargo seguía haciendo todo lo posible por vivir según sus códigos y su filosofía. Con la ayuda cada vez más renuente de Jane, había efectuado mediciones. Había intentado pesar el fenómeno en la balanza, extraer sus correlaciones, evaluar sus cantidades. Había intentado, en pocas palabras, vencerlo de la única forma que sabía, convirtiéndolo simplemente en otra expresión de las eternas líneas de comportamiento que todo el universo debía seguir.

(Que *debía* seguir. Así lo decían las mentes más preclaras).

Sólo que no había nada que medir. No había absolutamente ninguna sensación de esfuerzo en su levitación. En un espacio cerrado —no se había atrevido a hacer comprobaciones al aire libre, por supuesto—, podía alcanzar el techo tan fácilmente como alzarse un par de centímetros, excepto que requería más tiempo. Tenía la sensación que con tiempo suficiente podría seguir alzándose de forma indefinida; ir hasta la Luna, si era necesario.

Podía llevar pesos mientras levitaba. El proceso se hacía más lento, pero no se apreciaba el menor incremento en el esfuerzo.

El día anterior había acudido a Jane sin advertirla, con un cronómetro en la mano.

—¿Cuánto pesas? —le preguntó.

—Cuarenta y cuatro —respondió ella.

Le miró, desconcertada.

Él la sujetó por la cintura con un brazo. Jane intentó soltarse, pero él no le prestó atención. Juntos, empezaron a ascender a paso de tortuga. Ella se aferró a él, blanca y rígida por el terror.

—Veintidós minutos, trece segundos —dijo él cuando su cabeza tocó el techo.

Cuando estuvieron de nuevo abajo, Jane se soltó de un tirón y salió apresuradamente de la sala.

Algunos días antes Roger había pasado por delante de una báscula pública, descuidadamente instalada en una esquina junto a un *drugstore*. La calle estaba vacía, de modo que subió a la báscula y echó una moneda. Aunque ya sospechaba algo así, se sorprendió al descubrir que pesaba doce kilos.

Empezó a llevar montones de monedas en los bolsillos y a pesarse en todas las

condiciones. Era más pesado los días de viento fuerte, como si necesitara más peso para impedir ser arrastrado.

El ajuste era automático. Fuera lo que fuese lo que lo hacía levitar, mantenía un equilibrio entre comodidad y seguridad. Sin embargo, podía reforzar el control consciente sobre su levitación del mismo modo que podía hacerlo sobre su respiración. Podía subir a una báscula y obligar a la aguja a subir hasta casi su peso normal, y por supuesto a bajar hasta la nada.

Dos días antes se había comprado una báscula y había intentado medir a qué velocidad podía cambiar de peso. No sirvió de nada. La velocidad, fuera cual fuese, era superior a la capacidad de reacción de la aguja. Todo lo que hizo fue acumular datos sobre módulos de compresibilidad y momentos de inercia.

Bien..., ¿y a qué le conducía todo aquello?

Se puso en pie y salió cansadamente de la biblioteca, con los hombros caídos. Fue sujetándose a mesas y sillas mientras caminaba hacia un lado de la habitación, y allí mantuvo la mano apoyada contra la pared. Tenía la sensación que debía hacerlo así. El contacto con la materia le mantenía constantemente informado de su posición con relación al suelo. Si su mano perdía el contacto con una mesa o se deslizaba hacia arriba por la pared..., cuidado entonces.

El pasillo contenía el escaso número habitual de estudiantes. Los ignoró. En aquellos últimos días, habían ido aprendiendo gradualmente a dejar de saludarle. Roger imaginó que algunos de ellos pensaban que era un tipo raro, y probablemente muchos empezaban a sentir antipatía hacia él.

Pasó junto al ascensor. Ya nunca lo tomaba; especialmente para bajar. Cuando el ascensor iniciaba su movimiento hacia abajo, le resultaba imposible no flotar en el aire, aunque sólo fuera por unos momentos. No importaba que se preparara para combatir el momento; flotaba, y la gente podía volverse y mirarle.

Avanzó una mano hacia la barandilla en el arranque de la escalera y, justo antes que su mano la tocara, uno de sus pies tropezó con el otro. Fue el tropezón más desmañado que se pueda imaginar. Tres semanas antes, Roger hubiera rodado escalera abajo.

Esta vez, su sistema autónomo se hizo cargo de las cosas, e inclinándose hacia delante, los brazos abiertos, los dedos de las manos extendidos, las piernas semidobladas, flotó hacia abajo como un planeador. Parecía estar suspendido por hilos.

Estaba demasiado desconcertado para contenerse, demasiado paralizado por el horror como para hacer algo. A medio metro de la ventana del piso de abajo, se detuvo automáticamente y flotó.

Había dos estudiantes en el piso donde fue a parar, ambos apretados contra la pared, otros tres en el arranque de la escalera, dos en el piso de más abajo, y uno en el descansillo junto a él, tan cerca que casi podían tocarse.

Todo estaba muy silencioso. Todos le estaban mirando.

Roger se enderezó en el aire, descendió hasta el suelo, y echó a correr escalera abajo, empujando bruscamente a un estudiante fuera de su camino.

Las conversaciones se transformaron en una única exclamación a sus espaldas.

—¿El doctor Morton desea verme?

Roger se volvió en su sillón, sujetándose firmemente a uno de sus brazos.

La nueva secretaria del departamento asintió.

—Sí, doctor Toomey.

Se marchó rápidamente. En el poco tiempo que llevaba allí desde que la señorita Harroway presentara su dimisión, se había enterado que el doctor Toomey tenía algo «raro». Los estudiantes le evitaban. En su clase de hoy, los asientos de atrás habían estado llenos de murmullos de estudiantes. Los asientos de delante habían permanecido desocupados.

Roger miró al pequeño espejo de pared cerca de la puerta. Se ajustó la chaqueta y se sacudió un hilo, pero esa operación hizo poco por mejorar su apariencia. Su tez era cada vez más amarillenta. Había perdido al menos cuatro kilos desde que todo aquello empezara, aunque por supuesto no tenía forma de saber exactamente cuánto había perdido. Su aspecto general era enfermizo, como si su digestión estuviera perpetuamente en contra de él y venciera todos los combates.

No sentía ninguna aprensión acerca de aquella entrevista con el jefe del departamento. Había alcanzado un pronunciado cinismo referente a los incidentes de levitación. Aparentemente, los testigos no hablaban. La señorita Harroway no lo había hecho. No había ninguna señal indicando que los estudiantes que le habían visto en la escalera lo hubieran hecho tampoco.

Con un último toque al nudo de su corbata, abandonó el despacho.

El despacho del doctor Philip Morton no estaba muy lejos al fondo del pasillo, lo cual era un hecho que Roger tenía que agradecer. Cultivaba cada vez más la costumbre de andar con una sistemática lentitud. Alzaba un pie y lo adelantaba, observando. Luego alzaba el otro pie y lo adelantaba, observando también. Avanzaba decididamente encorvado, mirándose los pies.

El doctor Morton frunció el ceño cuando Roger entró. Tenía unos ojos pequeños, y exhibía un hirsuto bigote mal recortado y un traje desaliñado. Poseía una moderada reputación en el mundo científico, y una decidida inclinación a dejar las tareas de enseñanza en manos de los miembros de su departamento.

—Mire, Toomey —dijo—, he recibido una carta de lo más extraña de Linus Deering. Usted le escribió el... —Consultó un papel sobre su escritorio—. El veintidós del mes pasado. ¿Es esta su firma?

Roger miró y asintió. Ansiosamente, intentó leer del revés la carta de Deering. Aquello era inesperado. De las cartas que había enviado el día del incidente con la señorita Harroway, hasta aquel momento sólo cuatro habían sido contestadas.

Tres de ellas habían consistido en frías respuestas de un solo párrafo, que decían más o menos: «Acuso recibo de su carta del veintidós. No creo que pueda ayudarle en el

asunto que me plantea». Una cuarta, la de Ballantine, del Northwestern Tech, había sugerido torpemente un instituto de investigaciones psíquicas. Roger no pudo decidir si estaba intentando ayudarlo o si le insultaba.

Deering, de Princeton, haría el número cinco. Había puesto grandes esperanzas en Deering.

El doctor Morton carraspeó fuertemente y se ajustó las gafas.

—Quiero leerle lo que dice. Siéntese, Toomey, siéntese. Dice: «Querido Phil...».

El doctor Morton alzó brevemente la vista, con una sonrisa fatua.

—Linus y yo nos conocimos en las reuniones de la Federación el año pasado —explicó—. Tomamos unas cuantas copas juntos. Es un tipo encantador.

Se ajustó de nuevo las gafas, y volvió a la carta:

—«Querido Phil: ¿Hay un tal doctor Roger Toomey en tu departamento? Recibí una carta suya realmente extraña el otro día. Te aseguro que no sé qué hacer con ella. Al principio pensé olvidarla, como una más de esas cartas de chiflados que recibimos todos. Luego pensé que puesto que la carta llevaba el membrete de tu departamento, tú deberías saber algo sobre ello. Claro que es posible que alguien esté utilizando a tu personal como parte de un embaucamiento. Te adjunto la carta del doctor Toomey para que la examines. Espero poder visitar algún día vuestra parte del país...». Bien, el resto es personal.

El doctor Morton dobló la carta, se quitó las gafas, las colocó en un estuche de piel, y se metió este en el bolsillo superior de su chaqueta. Entrelazó los dedos y se inclinó hacia delante.

—Bien —dijo—, creo que no hay necesidad en que le lea su propia carta. ¿Se trata de alguna broma? ¿Un engaño?

—Doctor Morton —dijo Roger lentamente—, estaba hablando en serio. No veo nada malo en mi carta. La envié a unos cuantos físicos. Habla por sí misma. He hecho observaciones de un caso de levitación, y deseaba información acerca de posibles explicaciones teóricas a un tal fenómeno.

—¿Levitación! ¿De veras?

—Es un caso auténtico, doctor Morton.

—¿Lo observó usted personalmente?

—Por supuesto.

—¿Nada de hilos ocultos? ¿Nada de espejos? Mire, Toomey, usted no es un experto en estos fraudes.

—Fue una serie absolutamente científica de observaciones. No hay ninguna posibilidad de fraude.

—Hubiera debido consultarme, Toomey, antes de enviar esas cartas.

—Quizá hubiera debido hacerlo, doctor Morton, pero francamente, pensé que podría mostrarse usted... reacio.

—Bien, gracias. Hubiera debido esperar algo así. Y con el membrete del departamento. Me siento realmente sorprendido, Toomey. Mire, su vida es suya. Si desea usted creer en la levitación, adelante, pero hágalo estrictamente en su tiempo libre. En bien del departamento y de la universidad, debería resultarle obvio que este tipo de cosas no pueden interferir con sus asuntos docentes.

»De hecho, observo que ha perdido usted algo de peso recientemente, ¿no es así, Toomey? Sí, no tiene en absoluto buen aspecto. Si yo fuera usted, iría a ver a un médico. Un especialista de los nervios, quizá.

—¿No cree que sería mejor un psiquiatra? —dijo Roger amargamente.

—Bien, eso es enteramente asunto suyo. En cualquier caso, un poco de descanso...

El teléfono había sonado, y la secretaria había atendido la llamada. Ahora le había hecho una seña al doctor Morton, y este tomó su extensión.

—¿Sí...? —dijo—. Ah, doctor Smithers, sí... Hummm... Sí... ¿Relativo a quién?... Bueno, de hecho, está aquí conmigo precisamente ahora... Sí... Sí, inmediatamente.

Colgó el teléfono, y miró pensativo a Roger.

—El decano desea vernos a los dos.

—¿Acerca de qué, señor?

—No lo ha dicho. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta—. ¿Viene, Toomey?

—Sí, señor.

Roger se puso en pie despacio, anclándose cuidadosamente con la puntera de sus zapatos en la parte inferior del escritorio del doctor Morton mientras lo hacía.

El decano Smithers era un hombre delgado con un largo rostro ascético. Su dentadura postiza encajaba tan mal en su boca que hacía que al pronunciar las sibilantes sonaran como un medio silbido.

—Cierre la puerta, señorita Bryce —dijo—, y no me pase ninguna llamada telefónica hasta que la avise. Siéntense, caballeros.

Se los quedó mirando ominosamente, y añadió:

—Creo que será mejor que vaya directamente al asunto. No sé exactamente lo que está haciendo el doctor Toomey, pero debe pararlo.

El doctor Morton se volvió hacia Roger, sorprendido.

—¿Qué ha estado usted haciendo?

Roger se alzó de hombros con desaliento.

—Nada que yo pueda evitar.

Después de todo, había subestimado las habladurías de los estudiantes.

—Oh, vamos, vamos. —El decano mostró impaciencia—. Estoy seguro que no conozco lo suficiente de la historia como para juzgar, pero parece que es usted el centro de todas las habladurías; habladurías que son completamente impropias del espíritu y la dignidad de esta institución.

—No sé nada de todo eso —dijo el doctor Morton.

El decano frunció el ceño.

—Entonces parece usted más bien sordo. Me resulta sorprendente la forma en que el cuerpo docente puede permanecer en la completa ignorancia de asuntos que saturan por entero el cuerpo estudiantil. Nunca antes me había dado cuenta de ello. Yo mismo lo oí por accidente; por un accidente muy afortunado, de hecho, puesto que conseguí interceptar a un periodista que llegó esta mañana buscando a alguien llamado «el doctor Toomey, el profesor volante».

—¿Qué? —gritó el doctor Morton.

Roger escuchó con desaliento.

—Eso es lo que dijo el periodista. Cito sus propias palabras. Parece que uno de nuestros estudiantes llamó a su periódico. Eché al periodista e hice venir al estudiante a mi despacho. Según él, el doctor Toomey voló..., y utilizo la palabra «voló» porque así fue como insistió el estudiante en llamarlo..., bajando todo un tramo de escalones y volviendo a subirlos luego. Afirmó que hubo docenas de testigos.

—Solamente los bajé —murmuró Roger.

El decano Smithers estaba ahora recorriendo arriba y abajo la alfombra de su despacho. Parecía ser presa de una elocuencia febril.

—Ahora escuche, Toomey. No tengo nada contra las representaciones de aficionados. Desde mi llegada a este puesto he luchado denodadamente contra la pomposidad y la falsa dignidad. He animado el hermanamiento entre los distintos cuerpos de la facultad, y jamás he puesto objeción a una confraternización razonable con los estudiantes. Así que no puedo objetar nada si desea usted ofrecerles un espectáculo a sus estudiantes, en su propia casa.

»Seguramente se dará usted cuenta de lo que puede ocurrirle a la universidad si la prensa irresponsable la toma con nosotros. ¿Debemos dejar que el delirio hacia un profesor volante sustituya al delirio hacia los platicos volantes? Si los periodistas entran en contacto con usted, doctor Toomey, espero que niegue categóricamente todos los hechos que se le imputan.

—Comprendo, decano Smithers.

—Confío en que logremos salirnos de este incidente sin daño apreciable. Debo pedirle, con toda la firmeza que me confiere mi cargo, que nunca repita su..., esto..., hazaña. Si vuelve a ocurrir, me verá obligado a solicitar su dimisión. ¿Ha comprendido bien, doctor Toomey?

—Sí —dijo Roger.

—En ese caso, buenos días, caballeros.

El doctor Morton condujo a Roger de vuelta a su despacho. Esta vez, despidió a su secretaria y cerró cuidadosamente la puerta tras él.

—Por todos los cielos, Toomey —murmuró—, ¿tiene esta locura alguna conexión con su carta acerca de la levitación?

Los nervios de Roger estaban a punto de estallar.

—¿No resulta obvio? En esas cartas me refería a mí mismo.

—¿Puede usted volar? ¿Quiero decir, levitar?

—Puede utilizar la palabra que más le guste.

—Nunca he oído de tal... Maldita sea, Toomey, ¿le vio alguna vez levitar la señorita Harroway?

—En una ocasión. Fue un accid...

—Por supuesto. Ahora todo resulta obvio. Estaba tan histérica que era difícil entender lo que decía. Contó que usted saltó hacia ella. Sonaba como si estuviera acusándole de..., de... —El doctor Morton parecía azorado—. Bueno, yo no la creí. Era una buena secretaria, entiéndalo, pero obviamente no una de esas destinadas a atraer la atención de un hombre. Me sentí realmente aliviado cuando se fue. Pensé que la próxima vez se presentaría con un revólver, o acusándome a mí... Usted..., usted levitó, ¿no?

—Sí.

—¿Cómo lo hace?

Roger agitó la cabeza.

—Ese es mi problema. No lo sé.

El doctor Morton se permitió una sonrisa.

—¿Seguro que no repele la ley de la gravedad?

—Sí, creo que es eso. Debe haber algo relacionado con la antigravedad mezclado en el fenómeno, no sé cómo.

La indignación del doctor Morton ante el hecho que una broma como aquella fuera tomada en serio era evidente.

—Mire, Toomey, eso no es algo que pueda tomarse a risa.

—Tomarse a risa. Santo cielo, doctor Morton, ¿tengo el aspecto de estarme riendo?

—Bueno..., necesita usted un descanso. Sin discusión. Un poco de descanso, y esa tontería suya pasará. Estoy seguro de ello.

—No es ninguna tontería. —Roger agitó un momento la cabeza, luego dijo, con tono tranquilo—: Le diré una cosa, doctor Morton, ¿le gustaría colaborar conmigo en esto? En cierto sentido, es algo que puede abrir nuevos horizontes en las ciencias físicas. No sé como funciona; simplemente no puedo concebir ninguna solución. Los dos, juntos...

La expresión de horror del doctor Morton era a aquellas alturas inconfundible.

—Sé que suena extraño —insistió Roger—. Pero se lo demostraré. Es algo completamente auténtico. Querría que no lo fuese.

—Oh, vamos. —El doctor Morton saltó de su silla—. No se canse. Necesita usted urgentemente un descanso. No creo que deba aguardar hasta junio. Márchese a casa ahora mismo. Veré que se le siga abonando su sueldo, y yo mismo me encargaré de sus clases. Solía hacerlo antes, ya sabe.

—Doctor Morton, esto es importante.

—Lo sé, lo sé. —El doctor Morton le dio una palmada en el hombro—. De todos

modos, muchacho, tiene usted muy mal aspecto. Hablando francamente, tiene usted un aspecto infernal. Necesita un largo descanso.

—Puedo levitar. —La voz de Roger estaba subiendo nuevamente de volumen—. Usted intenta librarse de mí porque no me cree. ¿Piensa que estoy mintiendo? ¿Cuáles podrían ser mis motivos?

—Se está excitando innecesariamente, muchacho. Déjeme llamar por teléfono. Haré que alguien le lleve a casa.

—Le digo que puedo levitar —gritó Roger.

El doctor Morton se puso rojo.

—Mire, Toomey, no sigamos discutiendo eso. No me importaría aunque se echase a volar por los aires en este mismo momento.

—¿Quiere decir que ver no significa creer, en lo que a usted respecta?

—¿En la levitación? Por supuesto que no. —El jefe del departamento estaba casi vociferando—. Si le viera a usted volar, iría a ver a un optometrista o a un psiquiatra. Antes creeré que estoy loco que el que las leyes de la física...

Se interrumpió, y carraspeó fuertemente.

—Bien, como ya he dicho, no discutamos sobre eso. Voy a llamar por teléfono.

—No es necesario, señor. No es necesario —dijo Roger—. De acuerdo. Me tomaré un descanso. Adiós.

Salió rápidamente, caminando con más brío que nunca lo había hecho en los últimos días. El doctor Morton, de pie, las manos apoyadas planas sobre su escritorio, se quedó contemplando con alivio la espalda de Toomey mientras se alejaba.

James Sarle, el médico, se hallaba en la sala de estar cuando Roger llegó a casa. En el momento en que este cruzó la puerta, el médico estaba encendiendo su pipa con una mano de recios nudillos rodeando la cazoleta. Sacudió el fósforo para apagarlo, y su rubicundo rostro se frunció en una sonrisa.

—Hola, Roger. ¿Dimitiendo de la raza humana? No he sabido nada de ti desde hace más de un mes.

Sus negras cejas se juntaron sobre el puente de la nariz, dándole una apariencia más bien condescendiente, que de alguna forma le ayudaba a establecer una atmósfera adecuada con sus pacientes.

Roger se volvió hacia Jane, que permanecía hundida en un sillón. Como de costumbre últimamente, su rostro mostraba una expresión de lánguido agotamiento.

—¿Por qué lo has traído aquí? —le dijo Roger.

—¡Alto! Alto, hombre —dijo Sarle—. Nadie me ha traído. Esta mañana encontré a Jane en el centro, y me invité. Soy más grande y fuerte que ella; no pudo impedirlo.

—Os encontrasteis por mera coincidencia, supongo. ¿Das hora también para tus coincidencias?

Sarle se echó a reír.

—Digámoslo de esta otra forma: ella me habló un poco de lo que ha estado pasando aquí.

—Siento que no estés de acuerdo, Roger —dijo Jane débilmente—, pero ha sido la primera oportunidad que he tenido de hablar con alguien que pueda comprender.

—¿Qué te hace pensar que él pueda comprender? Dime, Jim, ¿crees su historia?

—No es una cosa fácil de creer —dijo Sarle—. Lo admito. Pero lo estoy intentando.

—Está bien, supón que vuelo. Supón que me pongo a levitar ahora mismo. ¿Qué harías?

—Supongo que desmayarme. Quizá exclamara: «¡Santo Dios!». Quizá me echara a reír a carcajadas. ¿Por qué no lo probamos, y vemos lo que pasa?

Roger se lo quedó mirando fijamente.

—¿De veras deseas verlo?

—¿Por qué no iba a desearlo?

—Aquellos que lo han visto hasta ahora se han puesto a gritar, han echado a correr o se han quedado helados de horror. ¿Podrás soportarlo, Jim?

—Yo creo que sí.

—De acuerdo.

Roger se deslizó medio metro hacia arriba, y ejecutó diez veces un lento *entrechat*. Se quedó en el aire, las puntas de los pies apuntando hacia abajo, las piernas juntas, los brazos graciosamente extendidos en una amarga parodia de saludo.

—Mejor que Nijinski, ¿eh, Jim? —preguntó.

Sarle no hizo ninguna de las cosas que había sugerido que podía hacer. Excepto agarrar su pipa como si estuviera a punto de caérsele, no hizo absolutamente nada.

Jane había cerrado los ojos. Las lágrimas asomaban quietamente por entre sus párpados.

—Baja, Roger —dijo Sarle.

Roger bajó. Tomó asiento y dijo:

—Escribí a una serie de físicos, hombres de gran reputación. Les expliqué la situación de una forma impersonal. Dije que pensaba que todo esto debería ser investigado. La mayor parte de ellos me ignoraron. Uno escribió al viejo Morton para preguntarle si yo era un farsante o estaba loco.

—Oh, Roger —murmuró Jane.

—¿Tú crees que se trata de algo malo? El decano me llamó hoy a su despacho. Me dijo que tenía que dejar de hacer esos juegos de salón. Parece que me caí por la escalera y automáticamente levité hasta abajo. Morton dice que no creerá que puedo volar ni siquiera aunque me vea en plena acción. En este caso ver no significa creer, dice, y en consecuencia me ordena que me tome un descanso. No pienso volver allí.

—Roger —dijo Jane, abriendo mucho los ojos—. ¿Estás hablando en serio?

—No puedo volver. Me dan asco, todos ellos. ¡Científicos!

—Pero ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. —Roger hundió la cabeza entre las manos. Con voz ahogada, dijo—:

Dímelo tú, Jim. Tú eres el psiquiatra. ¿Por qué no me creen?

—Quizá se trate de un asunto de autoprotección, Roger —dijo Sarle lentamente—. A la gente no le gustan las cosas que no puede comprender. Incluso hace algunos siglos, cuando muchas personas creían en la existencia de habilidades extranaturales, como volar sobre palos de escoba, por ejemplo, casi siempre se suponía que esos poderes eran originados por las fuerzas del mal.

»La gente aún sigue creyendo eso. Puede que no haya muchos que crean todavía literalmente en el diablo, pero la creencia generalizada en que todo lo extraño es malo subsiste. Lucharán contra la idea de creer en la levitación..., o se asustarán mortalmente si se ven obligados a tragar el hecho. Esa es la verdad, así que enfrentate a ella.

Roger meneó la cabeza.

—Tú estás hablando de gente, y yo hablo de científicos.

—Los científicos también son gente.

—Ya sabes lo que quiero decir. Tengo aquí un fenómeno. No es brujería. No he hecho ningún trato con el diablo. Jim, tiene que existir una explicación natural. No sabemos todo lo que hay que saber sobre gravitación. Realmente, apenas sabemos nada. ¿No crees que es concebible que exista algún método biológico de anular la gravedad? Quizá yo sea una mutación de algún tipo. Quizá posea un..., bueno, llamémosle un músculo..., que puede anular la gravedad. Al menos puede anular el efecto de la gravedad en mí mismo. Bien, investiguemos eso. ¿Por qué quedarnos sentados con las manos cruzadas? Si conseguimos dominar la antigravedad, imagina lo que eso representará para la raza humana.

—Espera un momento, Roger —dijo Sarle—. Piensa un poco en el asunto. ¿Por qué te sientes tan infeliz al respecto? Según Jane, estabas casi loco de miedo el primer día que te ocurrió, antes que tuvieras ninguna forma de saber que la ciencia iba a ignorarte y que tus superiores iban a mostrarse tan poco cooperativos.

—Eso es cierto —murmuró Jane.

—¿Por qué te ocurrió eso? —continuó Sarle—. Lo que tenías entre las manos era un nuevo, grande y maravilloso poder; una repentina liberación del horrible empuje de la gravedad.

—Oh, no digas tonterías —murmuró Roger—. Fue... horrible. No podía comprenderlo. Y sigo sin poder.

—Exacto, muchacho. Era algo que no podías comprender y, en consecuencia, algo horrible. Eres un físico. Sabes qué es lo que hace funcionar al Universo. O si no lo sabes, sabes que hay otros que sí lo saben. Aunque nadie comprenda un determinado punto, sabes que algún día alguien lo comprenderá. La palabra clave es *comprender*. Forma parte de tu vida. Ahora te encuentras frente a frente con un fenómeno que consideras que viola una de las leyes básicas del Universo. Los científicos dicen: dos masas se atraen mutuamente según una regla matemática preestablecida. Es una propiedad inalienable de la materia y del espacio. No hay excepciones. Y ahora tú eres una excepción.

—¿Y cómo? —acotó Roger sombríamente.

—¿No lo entiendes, Roger? —prosiguió Sarle—. Por primera vez en la historia, la humanidad posee realmente lo que considera leyes inquebrantables. Repito, inquebrantables. En las culturas primitivas, un hechicero podía utilizar un encantamiento para producir lluvia. Si no funcionaba, eso no trastornaba la validez de la magia. Simplemente significaba que el chamán había olvidado alguna parte del encantamiento, o había roto un tabú, o había ofendido a un dios. En las modernas culturas teocráticas, los mandamientos de la deidad son inquebrantables. Sin embargo, si un hombre quebranta los mandamientos y pese a ello prospera, eso no significa que esa religión en particular no sea válida. Los caminos de la providencia son admitidos como misteriosos, y todo el mundo sabe que en algún lugar le aguarda al culpable un invisible castigo.

»Hoy, sin embargo, existen leyes que realmente no pueden ser quebrantadas, y una de ellas es la ley de la gravedad. Funciona incluso cuando el hombre que la invoca ha olvidado murmurar lo de esto más eso más eso otro igual a aquello de más allá al cuadrado.

Roger consiguió esbozar una torcida sonrisa.

—Estás completamente equivocado, Jim. Las leyes inquebrantables han sido quebrantadas constantemente, una y otra vez. La radiactividad era algo imposible cuando fue descubierta. La energía surgió de la nada; cantidades increíbles de ella. Era algo tan ridículo como la levitación.

—La radiactividad era un fenómeno objetivo que podía ser transmitido y reproducido. El uranio velaba la película fotográfica para todo el mundo. Un tubo de Crookes podía ser construido por cualquiera y producía un flujo de electrones de idénticas características para todo el mundo. Tú...

—Yo he intentado transmitir...

—Lo sé. Pero ¿puedes decirme, por ejemplo, cómo puedo yo levitar?

—Por supuesto que no.

—Eso limita a los demás únicamente a la observación, sin reproducción experimental. Y sitúa tu levitación en el mismo plano que la evolución estelar, algo acerca de lo cual se puede teorizar, pero con lo que nunca se podrá experimentar.

—Sin embargo, hay científicos dispuestos a dedicar sus vidas a la astrofísica.

—Los científicos son gente. No pueden alcanzar las estrellas, así que se aproximan lo más que pueden. Pero sí pueden alcanzarte a ti, y ser incapaces de tocar tu levitación es algo que los pondrá furiosos.

—Jim, ni siquiera lo han intentado. Hablas como si yo hubiera sido estudiado, pero lo cierto es que ni siquiera han tomado en consideración el problema.

—No tienen por qué hacerlo. Tu levitación forma parte de un tipo de fenómenos que nunca son tomados en consideración. La telepatía, la clarividencia, la presciencia, y un millar de otros poderes extranaturales, nunca han sido investigados con seriedad, ni siquiera cuando han sido descritos con todas las apariencias de credibilidad. Los experimentos de Rhine sobre la percepción extrasensorial han irritado a un número

mayor de científicos que los que puedan haberse sentido intrigados. Así que entiéndelo, no necesitan estudiarte para saber que no desean estudiarte. Lo saben por anticipado.

—¿Y eso te parece divertido, Jim? Científicos negándose a investigar hechos; dándole la espalda a la verdad. Y tú te limitas a quedarte ahí sentado, sonriente y haciendo alegres afirmaciones.

—No, Roger, sé que todo esto es serio. Y no pretendo justificar a la Humanidad, de veras. Estoy ofreciéndote mis pensamientos, una opinión. ¿Acaso no te das cuenta? Lo que intento en realidad es ver las cosas tal como son. Eso es lo que tendrías que hacer tú. Olvida tus ideales, tus teorías acerca de cómo debería actuar la gente. Considera lo que está haciendo. En el momento en que una persona es orientada a enfrentarse a los hechos antes que a las ilusiones, los problemas tienden a desaparecer. Al final, caen en su auténtica perspectiva y se vuelven resolubles.

Roger se agitó inquieto.

—¡Chácharas psiquiátricas! Eso es como poner los dedos en las sienes de un hombre y decir: «¡Ten fe y estarás curado!». Si el pobre tipo no resulta curado, es simplemente porque no ha sabido acumular la suficiente fe. El hechicero nunca pierde.

—Quizá tengas razón, pero déjame ver, ¿cuál es tu problema?

—Nada de catecismo, por favor. Sabes muy bien cuál es mi problema.

—Levitas. ¿Es eso?

—Digamos que sí. La situación es esa, en una primera aproximación.

—No eres serio, Roger, pero probablemente tengas razón. Eso es tan sólo una primera aproximación. Después de todo, eres tú quien se está enfrentando al problema. Jane me ha dicho que has estado experimentando.

—¡Experimentando! Buen Dios, Jim, no estoy experimentando. Estoy dando palos de ciego. Para experimentar necesito cerebros de primera clase y un buen equipo. Necesito un equipo de investigación, y no lo tengo.

—Entonces, ¿cuál es tu problema? Segunda aproximación.

—Ya entiendo lo que pretendes —dijo Roger—. Mi problema es conseguir un equipo investigador. ¡Pero lo he intentado! Lo he intentado hasta que me he cansado de intentarlo.

—¿Cómo lo has intentado?

—He enviado cartas. He pedido... Oh, ya basta, Jim. No me apetece pasar por esa rutina del «tiéndete en el diván». Sabes muy bien lo que he estado haciendo.

—Sé lo que le has dicho a la gente: «Tengo un problema, ayúdenme». ¿Has intentado alguna otra cosa?

—Mira, Jim, estoy tratando con científicos adultos.

—Lo sé. Así que razones que una petición directa es suficiente. De nuevo nos hallamos con las teorías ante los hechos. Te he explicado ya las dificultades inherentes a tu petición. Cuando agitas el pulgar en una carretera estás haciendo una petición directa, pero de todos modos la mayor parte de los coches pasan de largo. El asunto es que la petición directa ha fracasado. Así que, ¿cuál es tu problema? ¡Tercera aproximación!

—¿Encontrar otro enfoque al asunto que no falle? ¿Es eso lo que quieres decirme?

—Eres tú quien lo ha dicho, ¿no?

—Es algo que ya sé sin necesidad que tú me lo digas.

—¿De veras? Estás dispuesto a abandonar la universidad, dejar tu trabajo, renunciar a la ciencia. ¿Cuál es tu consistencia, Roger? ¿Abandonar un problema cuando tus primeros esfuerzos fallan? ¿Rendirte cuando una teoría se muestra inadecuada en un primer momento? La misma filosofía de la ciencia experimental que se aplica a los objetos inanimados puede aplicarse también a la gente.

—De acuerdo. ¿Qué sugieres que intente? ¿Soborno? ¿Amenazas? ¿Lágrimas?

James Sarle se puso en pie.

—¿De veras deseas una sugerencia?

—Sí, adelante.

—Haz lo que te dijo el doctor Morton. Tómate unas vacaciones, y al diablo con la levitación. Es un problema para el futuro. Duerme en la cama, y flota o no flotes; ¿cuál es la diferencia? Ignora la levitación, riéte de ella, o incluso disfruta con ella. Haz lo que quieras menos preocuparte por ella, porque no es problema tuyo. Ahí está el quid de la cuestión. No es tu problema inmediato. Dedica tu tiempo a considerar cómo hacer que los científicos estudien algo que no desean estudiar. Ese es el problema inmediato, y precisamente a ese problema es al que no le has dedicado nada de tu tiempo hasta ahora.

Sarle se dirigió al armario del vestíbulo y tomó su abrigo. Roger lo acompañó. Transcurrieron unos minutos de silencio.

Luego, Roger dijo sin alzar la vista:

—Quizá tengas razón, Jim.

—Quizá la tenga. Inténtalo, y luego llámame. Adiós, Roger.

Roger Toomey abrió los ojos y parpadeó al brillante sol matutino que entraba en el dormitorio. Llamó:

—¡Jane! ¿Dónde estás?

—En la cocina —respondió la voz de Jane—. ¿Dónde creías?

—Ven, ¿quieres?

Jane acudió.

—El tocino no se fríe solo, ya lo sabes —protestó.

—Escucha, ¿he flotado esta noche?

—No lo sé. Dormía.

—Eres una gran ayuda. —Se levantó de la cama y metió los pies en las zapatillas—. Sea como fuere, creo que no lo he hecho.

—¿Crees haber olvidado cómo hacerlo?

Había una repentina esperanza en su voz.

—No lo he olvidado. ¡Mira! —Se deslizó hasta el comedor sobre un cojín de aire—. Sólo que tengo la sensación de no haber flotado. Creo que llevo ya tres noches así.

—Bien, eso es estupendo —dijo Jane. Había vuelto a la cocina—. Eso es lo que ha conseguido un mes de descanso. Si hubiera llamado a Jim desde un principio...

—Oh, por favor, no volvamos con eso. Un mes de descanso, tonterías. Se trata simplemente de lo que el domingo pasado decidí que tenía que hacer. Desde entonces estoy relajado. Eso es todo.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—Cada primavera, el Northwestern Tech da una serie de seminarios sobre temas de física. Asistiré a ellos.

—Quieres decir que vas a ir a Seattle.

—Por supuesto.

—¿De qué temas van a tratar?

—¿Y eso qué importa? Simplemente deseo ver a Linus Deering.

—Pero ese es uno de los que te llamaron loco, ¿no?

—Lo hizo. —Roger atacó sus huevos revueltos—. Pero también es el mejor en su campo.

Alargó un brazo hacia la sal, y se alzó unos centímetros de la silla al hacerlo. No hizo ningún caso.

—Creo que quizá pueda convencerle —dijo.

Los seminarios de primavera del Northwestern Tech se habían convertido en una institución conocida a nivel nacional desde que Linus Deering pasara a formar parte de la facultad. Era el presidente, y proporcionaba a todos los actos su tono distintivo. Él presentaba a los oradores, conducía los coloquios, hacía los resúmenes de las sesiones de la mañana y de la tarde, y era el alma de la jovialidad en la cena de clausura al final de la semana de trabajo.

Roger Toomey sabía todo eso por informes de terceros. Ahora podía observar directamente la forma de actuar del profesor Deering. Este era un hombre de algo menos que mediana estatura, tez oscura, y una lujurante y característica mata de ondulado cabello castaño. Cuando no se hallaba ocupada en activa conversación, su boca grande y de labios finos exhibía perpetuamente el asomo de una traviesa sonrisa. Hablaba rápidamente y con fluidez, sin apoyarse en notas, y siempre parecía efectuar sus comentarios desde un nivel de superioridad que era aceptado de modo automático por sus oyentes.

Al menos, así habían sido las cosas en la primera mañana del seminario. Fue tan sólo durante la sesión de la tarde cuando sus oyentes empezaron a observar cierta vacilación en sus comentarios. Más aún, había cierta intranquilidad en él mientras se sentaba en el estrado durante la entrega de las notas previstas a los asistentes. Ocasionalmente, miraba de forma furtiva hacia la parte de atrás del auditorio.

Roger Toomey, sentado en la última fila, observaba tensamente todo aquello. Su temporal deslizamiento hacia la normalidad, que había empezado cuando pensó por

primera vez que había una forma de salirse de todo aquello, estaba cediendo.

En el *pullman* hasta Seattle, no había dormido. Había tenido visiones de sí mismo flotando hacia arriba al ritmo del traqueteo de las ruedas, o deslizándose suavemente más allá de las cortinas y por el pasillo, o siendo despertado de modo embarazoso por los gritos y protestas de un revisor. De modo que había asegurado las cortinas con imperdibles, pero no había logrado nada con ello; no había conseguido ninguna sensación de seguridad; no había dormido excepto unas cuantas cabezadas.

Durante el día se había adormecido varias veces en su asiento, mientras las montañas pasaban rápidamente al otro lado de la ventanilla, y había llegado a Seattle por la tarde con tortícolis, dolor en las articulaciones, y una sensación general de desesperanza.

Había tomado su decisión de acudir al seminario demasiado tarde como para conseguir una habitación individual en los dormitorios del instituto. Compartir una habitación era, por supuesto, algo totalmente no viable. Se registró en un hotel del centro de la ciudad, cerró la puerta con llave, cerró y aseguró todas las ventanas, colocó su cama contra la pared y la cómoda contra la parte de la cama que quedaba abierta, y luego durmió.

No recordó haber soñado, y cuando despertó por la mañana seguía tendido entre las sábanas. Se sintió aliviado.

Cuando llegó, temprano, al Auditorio de Física del campus del instituto, encontró, como esperaba, un amplio salón y poca gente. Las sesiones del seminario se celebraban tradicionalmente una vez iniciadas las vacaciones de Pascua, y los estudiantes no solían asistir a ellas. Unos cincuenta físicos se sentaban en un auditorio diseñado para albergar a cuatrocientos, apiñados a los dos lados del pasillo central junto al podio.

Roger se sentó en la última fila, donde no podía ser visto por ningún transeúnte ocasional que mirara por las altas y estrechas ventanas centrales de las puertas del auditorio, y donde los demás asistentes deberían girar la cabeza en un ángulo de casi ciento ochenta grados para mirarle.

Excepto, por supuesto, el conferenciante en la plataforma..., y el profesor Deering.

Roger no prestó mucha atención al desarrollo de las sesiones. Se concentró enteramente en aprovechar los momentos en que Deering se hallaba solo en la plataforma; cuando solamente Deering podía verle.

A medida que Deering iba mostrándose obviamente más nervioso, Roger iba siendo más atrevido. Durante el resumen final de la tarde, efectuó su mejor demostración.

El profesor Deering se detuvo bruscamente en mitad de una frase pobremente construida y absolutamente carente de significado. Su audiencia, que llevaba cierto tiempo agitándose en sus asientos, se inmovilizó también, y lo miró interrogativamente.

Deering alzó la mano y dijo, casi jadeando:

—¡Usted! ¡Eh, usted!

Roger Toomey permanecía sentado con una expresión de completo relajamiento..., en el centro mismo del pasillo. La única silla que tenía debajo estaba compuesta por setenta centímetros de vacío aire. Sus piernas estaban tendidas hacia delante, apoyadas en

el respaldo de otro asiento, también de aire.

Cuando Deering señaló, Roger se deslizó rápidamente hacia un lado. En el momento en que cincuenta cabezas se volvieron hacia él, estaba sentado tranquilamente en una prosaica silla de madera.

Roger miró a uno y otro lado, luego clavó los ojos en Deering, que seguía señalándole con el dedo, y se levantó.

—¿Me habla usted a mí, profesor Deering? —preguntó, con apenas un ligero temblor en la voz, el cual testimoniaba la salvaje batalla que se desarrollaba en su interior a fin de mantener su tono frío y sorprendido.

—¿Qué es lo que está haciendo? —preguntó Deering, sintiendo que estallaba toda su tensión de la mañana.

Algunos de los oyentes se estaban poniendo en pie para ver mejor. Una conmoción inesperada es algo que aprecian tanto un conjunto de físicos investigadores como una multitud en un juego de béisbol.

—No estoy haciendo nada —contestó Roger—. No le comprendo.

—¡Váyase de aquí! ¡Abandone esta sala!

Deering estaba fuera de sí a causa de sus emociones entremezcladas, o de otro modo quizá no hubiera dicho aquello. En cualquier caso, Roger suspiró y aprovechó agradecido la oportunidad.

Con voz fuerte y clara, esforzándose para ser oído por encima del clamor que iba ascendiendo, dijo:

—Soy el profesor Roger Toomey, de la universidad de Carson. Soy miembro de la Asociación Norteamericana de Física. Envié mi solicitud para asistir a estas sesiones, la solicitud fue aceptada, y he pagado mi cuota de inscripción. Tengo derecho a estar sentado aquí, y aquí seguiré sentado.

Deering sólo consiguió decir ciegamente:

—¡Váyase!

—No pienso hacerlo —dijo Roger. Estaba temblando con una auténtica rabia artificialmente autoimpuesta—. ¿Por qué razón debo marcharme? ¿Qué es lo que he hecho?

Deering se pasó una temblorosa mano por el pelo. Fue absolutamente incapaz de responder.

Roger aprovechó su ventaja.

—Si intenta usted expulsarme de estas sesiones sin una causa justificada, puede estar seguro que presentaré una demanda al instituto.

Precipitadamente, Deering dijo:

—Doy por clausurada la sesión del primer día del Seminario de Primavera sobre los Recientes Avances de las Ciencias Físicas. Nuestra próxima sesión tendrá lugar en esta sala mañana a las nueve de la...

Roger abandonó apresuradamente la sala mientras el hombre aún seguía hablando.

Aquella noche hubo una llamada en la puerta de la habitación de Roger en el hotel.

Le sorprendió, inmovilizándole en su silla.

—¿Quién es? —preguntó.

La respuesta le llegó en voz baja y ansiosa.

—¿Puedo verle?

Era la voz de Deering. El hotel de Roger, así como el número de su habitación, estaban por supuesto registrados en la secretaría del seminario. Aunque sin esperarlo demasiado, Roger había confiado en que los acontecimientos de aquel día tendrían una inmediata consecuencia.

Abrió la puerta y dijo, rígidamente:

—Buenas noches, profesor Deering.

Deering entró en la habitación y miró a su alrededor. Llevaba un ligero gabán, que no hizo ningún ademán de quitarse. Mantenía el sombrero sujeto en la mano, y Roger no hizo ningún gesto para que lo dejara en alguna parte.

—Profesor Roger Toomey, de la universidad de Carson, ¿no es así? —dijo Deering con cierto énfasis, como si el nombre tuviera significado para él.

—Sí. Siéntese, profesor.

Deering siguió de pie.

—Bien, ¿de qué se trata? —empezó—. ¿Qué es lo que persigue usted?

—No le comprendo.

—Estoy seguro que sí. No ha preparado usted toda esta ridícula bufonada para nada. ¿Está intentando ridiculizarme, o espera mi colaboración para algún ridículo fraude? Quiero que sepa que no va a conseguir nada. Y no intente utilizar la fuerza aprovechando mi estancia aquí. Tengo amigos que saben exactamente dónde estoy en este momento. Le aconsejo que diga la verdad y luego abandone inmediatamente la ciudad.

—¿Profesor Deering! Esta es mi habitación. Si ha venido aquí para intimidarme, le pido que se marche ahora mismo. Si no lo hace, llamaré para que lo echen.

—¿Pretende usted continuar esta..., esta persecución?

—Nunca le he perseguido, en ningún momento. Ni siquiera le conozco, señor.

—¿No es usted el Roger Toomey que me escribió una carta relativa a un caso de levitación que deseaba que yo investigara?

Roger se quedó mirando al hombre.

—¿De qué carta habla?

—Entonces, ¿lo niega?

—Por supuesto que lo niego. ¿De qué está usted hablando? ¿Tiene acaso esa carta?

El profesor Deering apretó fuertemente los labios.

—Eso no importa. ¿Niega usted que permanecía suspendido por hilos en medio del pasillo en la sesión de esta tarde?

—¿Suspendido por hilos? No le comprendo en absoluto.

—¿Estaba usted levitando!

—¿Tendrá la bondad de marcharse de aquí, profesor Deering? Creo que no se encuentra usted bien.

El físico alzó la voz.

—¿Niega que estaba levitando?

—Creo que está usted loco. ¿Intenta decir que hice arreglos mágicos en su auditorio? Nunca había estado en él antes de hoy, y cuando llegué usted ya estaba presente. ¿Encontró hilos o alguna otra cosa parecida después que yo me fuera?

—No sé cómo lo hizo, ni me importa. Pero ¿niega acaso que estaba levitando?

—Por supuesto que lo niego.

—Yo lo vi. ¿Por qué miente ahora?

—¿Me vio usted levitar? Profesor Deering, ¿quiere decirme cómo es posible eso? Supongo que su conocimiento de las fuerzas gravitatorias es lo bastante amplio como para decirle que la auténtica levitación es un concepto que carece de sentido excepto en el espacio exterior. ¿Pretende gastarme una broma?

—Cielos —dijo Deering con voz estridente—, ¿por qué no reconoce usted la verdad?

—Pero si lo estoy haciendo... ¿Supone acaso que adelantando una mano y haciendo un pase místico..., así..., puedo salir volando por los aires?

Y eso fue precisamente lo que hizo, su cabeza rozando el techo.

La cabeza de Deering saltó hacia atrás, mirando hacia arriba.

—¡Ah! Eso..., eso...

Roger regresó al suelo, sonriendo.

—No puede usted estar hablando en serio —dijo.

—Lo ha hecho de nuevo. Sí, lo ha hecho.

—¿He hecho el qué, señor?

—Levitar. Simplemente, ha levitado. No puede usted negarlo.

Los ojos de Roger se pusieron serios.

—Creo que está usted enfermo, señor.

—Sé lo que he visto.

—Quizá necesite usted un descanso. Ya sabe, el exceso de trabajo...

—Eso no ha sido una alucinación.

—¿Quiere que le prepare algo de beber?

Roger se dirigió hacia su maleta, mientras Deering le seguía los pasos con ojos desorbitados. Los tacones de sus zapatos flotaban en el aire a cinco centímetros del suelo.

Deering se dejó caer en el sillón que Roger había dejado.

—Sí, por favor —dijo débilmente.

Roger le trajo la botella de whisky, observó al otro beber, luego siguió apretando:

—¿Cómo se siente ahora?

—Oiga —dijo Deering—, ¿ha descubierto usted alguna forma de neutralizar la gravedad?

Roger se lo quedó mirando.

—Piense un poco, profesor. Si yo tuviera el secreto de la antigravedad, no lo utilizaría para gastarle bromas a usted. En estos momentos estaría en Washington. Me habría convertido en un secreto militar. Sería... ¡Bien, no estaría aquí! Seguro que todo

eso le resulta obvio.

Deering saltó en pie.

—¿Tiene usted intención de asistir a las sesiones que faltan?

—Por supuesto.

Deering asintió, se encasquetó con un manotazo el sombrero sobre la cabeza, y salió a toda prisa.

Durante los siguientes tres días, el profesor Deering no presidió las sesiones del seminario. No fue dada la menor razón de su ausencia. Roger Toomey, atrapado entre la esperanza y la aprensión, se sentó junto a los demás asistentes e intentó no hacerse notar. No tuvo éxito por completo. El ataque público de Deering había hecho que la gente reparara en él, mientras que su propia y vehemente defensa le había proporcionado una especie de popularidad de David contra Goliat.

Roger regresó a su habitación del hotel el jueves por la noche después de una cena no demasiado satisfactoria, y permaneció de pie en el umbral, con una pierna dentro de la habitación. El profesor Deering le estaba mirando fijamente desde el interior. Y otro hombre, con un sombrero de fieltro gris echado hacia atrás sobre su cabeza, estaba sentado en la cama de Roger.

Fue el desconocido quien habló.

—Entre, Toomey.

Roger entró.

—¿Qué ocurre?

El desconocido abrió su billetero y presentó un documento plastificado a Roger.

—Soy Cannon, del FBI —dijo.

—Tiene usted influencia con el Gobierno, profesor Deering, lo reconozco —dijo Roger.

—Un poco —admitió Deering.

—Bien, ¿estoy arrestado? —preguntó Roger—. ¿Cuál es mi crimen?

—Tómesele con calma —dijo Cannon—. Hemos estado recopilando algunos datos acerca de usted, Toomey. ¿Es esta su firma?

Mostró una carta, desde la distancia suficiente para que Roger pudiera verla, pero no tomarla. Era la carta que Roger le había escrito a Deering y que este había enviado a Morton.

—Sí —dijo Roger.

—¿Y esta otra?

El agente federal tenía todo un fajo de cartas.

Roger se dio cuenta que Cannon debía haber recogido todas las cartas que él había enviado, menos aquellas que habían sido rotas por sus destinatarios.

—Todas son mías —dijo débilmente.

Deering resopló.

—El profesor Deering nos ha dicho que puede usted flotar —dijo Cannon.

—¿Flotar? ¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Flotar en el aire —dijo Cannon estólidamente.

—¿Cree usted en todas las locuras de ese tipo que le cuentan?

—No estoy aquí para creer o no creer, doctor Toomey —dijo Cannon—. Soy un agente del Gobierno de los Estados Unidos, y tengo una misión que cumplir. Si yo fuera usted, cooperaría.

—¿Cómo puedo cooperar en algo así? Si yo acudiera a usted diciéndole que el profesor Deering podía flotar en el aire, me tendría usted tendido en el sillón de un psiquiatra en un abrir y cerrar de ojos.

—El profesor Deering ha sido examinado por un psiquiatra a petición propia —dijo Cannon—. De todos modos, el Gobierno tiene la costumbre de escuchar muy seriamente al profesor desde hace un cierto número de años. Además, puedo decirle que disponemos también de pruebas adicionales.

—¿Como cuáles?

—Un grupo de estudiantes de su universidad lo vieron a usted flotar. Y también una mujer que había sido la secretaria del jefe de su departamento. Tenemos testimonios de todos ellos.

—¿Qué clase de testimonios? ¿Testimonios que puedan ustedes presentar como pruebas fehacientes y mostrar a mi representante en el Congreso?

—Doctor Toomey —interrumpió ansiosamente el profesor Deering—, ¿qué gana usted negando el hecho que puede levitar? Su propio decano admite que ha hecho usted algo parecido. Me dijo que le informará oficialmente que su contrato con la universidad será cancelado al final del año académico. El hombre no haría eso por nada.

—Eso no importa —dijo Roger.

—Pero ¿por qué no admite que yo le vi levitar?

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Me gustaría indicarle, doctor Toomey —dijo Cannon—, que si posee usted un artilugio que contrarresta la gravedad, sería de gran importancia para nuestro Gobierno.

—¿De veras? Supongo que habrán investigado ustedes mis antecedentes en busca de alguna posible deslealtad.

—La investigación se halla en curso —confirmó el agente.

—Muy bien —dijo Roger—. Planteemos un caso hipotético. Supongamos que admito que puedo levitar. Supongamos que no sé cómo lo consigo. Supongamos que no tengo nada que entregarle al Gobierno, excepto mi cuerpo y un problema insoluble.

—¿Cómo puede saber que es insoluble? —dijo Deering ansiosamente.

—En una ocasión le pedí que estudiara ese fenómeno —observó Roger suavemente—. Usted se negó.

—Olvide eso. Mire. —Deering hablaba rápidamente, con urgencia—. Usted no tiene ninguna posición en este momento. Yo puedo ofrecerle una en mi departamento como profesor adjunto de física. Sus deberes como profesor serán únicamente nominales.

Dedicará todo su tiempo a la levitación. ¿Qué le parece?

—Suenas atractivo —dijo Roger.

—Creo que puedo decirle que dispondrá de fondos ilimitados por parte del Gobierno.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer? ¿Simplemente admitir que puedo levitar?

—Sé que puede hacerlo. Yo lo vi. Deseo que se lo muestre ahora al señor Cannon.

Las piernas de Roger se alzaron, y tensó el cuerpo hasta adoptar una posición horizontal al nivel de la cabeza de Cannon. Se volvió hacia un lado, y pareció descansar en el aire sobre su codo derecho.

El sombrero de Cannon cayó desmayadamente sobre la cama.

—Flota —jadeó el agente.

Deering se mostraba casi incoherente por la excitación.

—¿Lo ve?

—Por supuesto que lo veo.

—Entonces informe de ello. Póngalo tal cual en su informe, ¿me ha entendido? Haga un informe completo del hecho. Así no volverán a decir que hay algo que no va bien en mi cabeza. Nunca dudé ni por un segundo de lo que había visto.

Pero no se habría mostrado tan feliz si esto último hubiera sido completamente cierto.

—Ni siquiera sé el clima que hay en Seattle —se quejó Jane—, y hay un millón de cosas que tengo que hacer.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Jim Sarle desde su confortable posición en las profundidades del sillón.

—No hay nada que tú puedas hacer. Oh, Dios mío.

Y salió volando de la habitación, pero al contrario que su esposo, lo hizo solamente en sentido figurado.

Roger Toomey entró.

—Jane, ¿todavía no tenemos las cajas para los libros? Ah, hola, Jim. ¿Cuándo has llegado? ¿Y dónde está Jane?

—Llegué hace un minuto, y Jane está en la otra habitación. Tuve que abrirme camino entre policías. Muchacho, estás auténticamente rodeado.

—Hummm —dijo Roger, ausente—. Les hablé de ti.

—Sé que lo hiciste. Me han hecho jurar que mantendré el secreto. Les dije que, en cualquier caso, era un asunto de secreto profesional. ¿Por qué no dejas que los de las mudanzas se encarguen de todo? Es el Gobierno quien paga, ¿no?

—Los de las mudanzas no lo harían bien —dijo Jane, entrando de nuevo apresuradamente y dejándose caer en el sofá—. Necesito un cigarrillo.

—Haz una pausa, Roger —dijo Sarle—, y cuéntame lo que pasó.

Roger sonrió tímidamente.

—Tal como dijiste, Jim, aparté de mi mente el problema equivocado y me centré en el auténtico problema. Tenía la impresión que me encontraría siempre enfrentado a dos alternativas. O estaba loco, o cometía un fraude. Deering lo dijo claramente en su carta a Morton. El decano supuso que estaba cometiendo un fraude, y Morton supuso que estaba loco.

»Pero suponiendo que pudiera demostrarles a todos que realmente podía levitar... Bien, Morton me dijo lo que ocurriría en ese caso. O bien yo estaría cometiendo un fraude, o el testigo estaría loco. Morton dijo que si me veía volar, preferiría creer que estaba loco antes que aceptar la evidencia. Por supuesto, tan sólo estaba siendo retórico. Ningún hombre creerá jamás en su propia locura mientras exista la más mínima evidencia de lo contrario. Yo contaba con eso.

»De modo que cambié de táctica. Acudí al seminario de Deering. No le dije a él que podía flotar; se lo demostré, y luego negué que lo hubiera hecho. La alternativa era clara. O yo estaba mintiendo, o él, no yo, fíjate bien, *él*, estaba loco. Resultaba obvio que antes creería en la levitación que dudar de su propia cordura, una vez hallándose sometido realmente a la prueba. Todas sus acciones posteriores, sus intimidaciones, su viaje a Washington, su oferta de un trabajo, fueron dirigidas únicamente a reivindicar su propia cordura, no a ayudarme.

—En otras palabras —dijo Sarle—, convertiste tu levitación en su problema y no en el tuyo.

—¿Tenías algo así en mente cuando tuvimos nuestra charla, Jim? —preguntó Roger. Sarle meneó la cabeza.

—Tenía vagas nociones al respecto, pero un hombre debe resolver sus propios problemas si quiere solucionarlos efectivamente. ¿Crees que ahora resolverán el principio de la levitación?

—No lo sé, Jim. Sigo sin poder comunicar los aspectos subjetivos del fenómeno. Pero eso no importa. Los investigaremos, y eso es lo que cuenta. —Golpeó su puño derecho contra la palma de su mano izquierda—. En lo que a mí respecta, lo importante es que he conseguido que me ayuden.

—¿De veras? —preguntó suavemente Sarle—. Yo diría más bien que lo importante es que les has permitido obligarte a que tú les ayudes a ellos, lo cual es muy distinto.

De tanto en tanto, a George Scithers, del Asimov's, le gusta publicar historias cortas y extravagantes, y de tanto en tanto a mí me gusta escribir alguna. Así fue como escribí Muerte de un Foy, y se la envié a George, consiguiendo a duras penas dejar de reír el tiempo suficiente para cerrar el sobre.

Pueden imaginar ustedes mi indignación cuando George la rechazó. (Realmente, fue bueno que lo hiciera. No deseo que nadie piense que la aparición en mi propia revista de cualquier historia escrita por mí es algo impuesto. George tiene órdenes estrictas de rechazar cualquier cosa mía que no le guste. Él acepta esa situación, y yo también).

Haciendo algunas ligeras y delicadas observaciones sotto voce, envié la historia a Ed Ferman, del Magazine of Fantasy and Science Fiction, al que en adelante me referiré como F and SF. Afortunadamente, Ferman consiguió dejar de reír el tiempo suficiente para extender un cheque, y la historia apareció en el F and SF de octubre de 1980.

MUERTE DE UN FOY

Era extremadamente raro que un foy estuviera agonizando en la Tierra. Constituían la clase social más alta de su planeta (cuyo nombre, en la mejor aproximación que las gargantas terrestres pueden efectuar de sus sonidos, se pronunciaba algo así como Sortibackenstrete), y eran virtualmente inmortales.

Todos los foyos, por supuesto, llegaban finalmente a la muerte voluntaria, y este en particular había alcanzado tal extremo a causa de un desgraciado asunto amoroso, si puede llamarse asunto amoroso al hecho que cinco individuos mantengan un contacto mental de un año de duración, con fines reproductivos. Aparentemente, él no había conseguido seguir manteniendo el contacto después de varios meses de intentarlo, y eso había roto su corazón..., o sus corazones, puesto que tenía cinco.

Todos los foyos tenían cinco grandes corazones, y se especulaba acerca que era eso precisamente lo que los hacía virtualmente inmortales.

Maude Briscoe, la más renombrada cirujana de la Tierra, deseaba esos corazones.

—No puede ser simplemente su número y tamaño, Dwayne —dijo a su ayudante en jefe—. Tiene que tratarse de algo fisiológico o biológico. Tengo que conseguirlos.

—No sé si podremos —dudó Dwayne Johnson—. He estado hablando largamente con él, intentando pasar por encima del tabú de los foyos respecto a la desmembración después de la muerte. He tenido que jugar con el sentimiento de tragedia que cualquier foy debe sentir ante la idea de morir lejos de su hogar. Y he tenido que mentirle, Maude.

—¿Mentirle?

—Le dije que, después de su muerte, celebraríamos un canto fúnebre en su honor interpretado por el famoso coro dirigido por Harold J. Gassenbaum. Le expliqué que, según las creencias terrestres, eso significaba que su esencia astral sería impulsada instantáneamente de vuelta, a través del hiperespacio, hasta su planeta natal de Sortib..., lo que sea. Todo ello, por supuesto, siempre que firmara un documento permitiéndote a ti, Maude, conseguir sus corazones para una investigación científica.

—¡No me digas que se ha creído todas esas estupideces! —exclamó Maude.

—Bien, ya conoces la moderna actitud consistente en aceptar los mitos y creencias de los alienígenas inteligentes. No hubiera resultado educado por su parte no creerme. Además, los foyos sienten una profunda admiración hacia la ciencia terrestre, y creo que este se ha sentido halagado debido a que nosotros deseemos sus corazones. Me ha prometido tomar en consideración mi sugerencia. Espero que se decida pronto, puesto que no puede vivir mucho más de otro día o algo así, y debemos obtener su permiso

según las leyes interestelares; además, los corazones deben ser frescos, y... Oh, esa es su señal.

Dwayne Johnson entró en la habitación con una rapidez suave y silenciosa.

—¿Sí? —susurró, conectando discretamente la grabadora holográfica, por si el foy deseaba conceder su permiso.

El amplio, nudoso y casi arbóreo cuerpo del foy yacía inmóvil en la cama. Sus protuberantes ojos palpitaron (los cinco) cuando los alzó, cada uno al extremo de su tallo, y los volvió hacia Dwayne. La voz del foy tenía un tono extraño, y los bordes desprovistos de labios de su redonda boca abierta no se movieron, pero las palabras se formaron perfectamente. Sus ojos efectuaron el gesto foyano de asentimiento cuando dijo:

—Entregue mis grandes corazones a Maude, Dwayne. Desmémbrame a cambio del coro de Harold. Dígale a todos los foyos de Sortibackenstrete que pronto estaré allí...

Soy miembro de la Gilbert and Sullivan Society de Nueva York, uno de los más entusiastas, y nunca me pierdo una de sus reuniones si puedo asistir.

En cierta ocasión en que me hallaba en el apartamento de uno de sus miembros, ensayando algo que íbamos a hacer en una de esas reuniones, fue mencionada la obra Tespis. Se trata de la primera de las colaboraciones de Gilbert y Sullivan, y casi toda su música se ha perdido. Inmediatamente se me ocurrió la idea de elaborar el asunto en una historia de ciencia ficción. Me puse a trabajar en ella en enero de 1978, ante la alegría general de la sociedad.

Sólo hubo un problema. Yo pretendía escribir una historia divertida, pero como saben todos los escritores, las historias tienen la mala costumbre de escribirse ellas mismas, y uno tiene que aceptar el resultado que la historia parece desear. La historia apareció en el número de otoño de 1979 de la Asimov's Science Fiction Adventure Magazine (o Asfam), una revista hermana del Asimov's, desgraciadamente de corta vida.

¿Intercambio justo? apareció también, en 1981, en una breve recopilación de tres historias mías titulada Three by Asimov, y publicada por William Targ en una edición muy limitada de doscientos cincuenta ejemplares, a sesenta dólares el ejemplar. Cabe suponer que en la actualidad dicha edición está agotada, de modo que no veo nada malo en incluirla en una recopilación que será considerablemente más amplia, más barata, y más disponible para el público en general.

Una de las otras dos historias incluidas en Three by Asimov aparece también en esta recopilación; ya lo indicaré cuando lleguemos a ella.

¿INTERCAMBIO JUSTO?

Estaba derivando hacia adentro y hacia afuera, y de tanto en tanto oía un breve fragmento de una melodía en mi cabeza.

Me llegó la letra: «Mientras los tontos son nombrados barones y condes, no hay nada para la inteligente oscuridad».

Tuve conciencia que había luz, luego del rostro de John Sylva inclinándose sobre mí.
—Hola, Herb —dijo su boca.

No oí las palabras, pero vi su boca formándose. Asentí, y derivé de nuevo hacia afuera.

Había oscuridad cuando derivé de nuevo hacia adentro. Una enfermera estaba haciendo algo sobre mí, pero permanecí quieto y ella derivó, alejándose.

Me hallaba en un hospital, por supuesto.

No me sorprendió. John me había advertido, y yo había corrido el riesgo. Moví las piernas, luego los brazos..., muy suavemente. No dolían. Los sentía. Me pulsaba la cabeza, pero eso también era de esperar.

«Mientras los tontos son nombrados barones y condes, no hay nada para la inteligente oscuridad».

Tespis, pensé, jubiloso. Había oído *Tespis*. Derivé de nuevo hacia afuera.

Era el amanecer. Sentía el sabor de zumo de naranja en mis labios. Sorbí de la pajita, y fue una bendición.

¡La máquina del tiempo!

A John Sylva no le gusta que lo llame así. «Transferencia temporal» lo llama él.

Pude oírle diciéndolo, y me deleité en ello. Mi cerebro parecía perfectamente normal. Intenté resolver problemas de memoria, y calculé mentalmente la raíz cuadrada de quinientos cuarenta y tres. ¡Nombré los presidentes por orden! Parecía estar en buena forma mental. ¿Podía decirlo realmente? Me aseguré a mí mismo que podía.

Los daños cerebrales habían sido la gran preocupación, por supuesto, y no creo que me hubiera arriesgado a ello de no ser por *Tespis*. Se necesita ser un fanático de Gilbert y Sullivan para comprender eso. Yo lo era, y también lo era Mary. Nos conocimos en una reunión de la G and S Society, nos cortejamos el uno al otro en sucesivas reuniones y asistiendo a las representaciones del Village Light Opera Group. Cuando finalmente nos casamos, un coro de nuestros amigos de la G and S cantaron *Cuando se casa una novia feliz*, de *Los gondoleros*.

Mi cerebro era normal, estaba seguro de ello. Miré al exterior, al frío amanecer gris

que acolchaba la ventana, y escuché a mi cada vez más firme memoria relatar lo que había ocurrido.

—No una máquina del tiempo —oí decir en mi mente a la voz de John—. Eso es como un automóvil que tú conduces arriba y abajo por los corredores del tiempo, lo cual es teóricamente imposible. Lo que tenemos aquí es la transferencia temporal. Las mentes pueden ejercer su influencia a través del tiempo. O mejor dicho, las partículas subatómicas pueden, y si están organizadas de forma tan compleja como en un cerebro avanzado, su influencia se ve multiplicada hasta el punto de poder ser detectada y, creo, utilizada. Si dos mentes son lo suficientemente similares, pueden resonar hasta el punto en el que la conciencia es capaz de deslizarse hacia delante y hacia atrás cruzando el abismo del tiempo. Transferencia temporal.

—¿Puedes realmente controlar eso?

—Creo que sí. Me atrevería a decir que cada mente resuena con muchas otras, lo cual podría explicar cosas tales como los sueños, las sensaciones de *déjà vu*, las inspiraciones repentinas y cosas así. Pero efectuar una transferencia real significa una resonancia abrumadora entre dos mentes en particular, y requiere una amplificación adecuada.

Yo era uno de los centenares a los que probó. No tenía ningún sentido probar con animales. Solamente el cerebro humano posee un campo lo bastante fuerte como para ser detectado. Los delfines también, quizá, pero ¿cómo puede alguien trabajar con ellos?

—Casi todo el mundo evidencia una resonancia que puede detectarse —dijo John—. Tú, por ejemplo, muestras una fuerte resonancia en una dirección en particular.

—¿Con quién? —pregunté, interesado.

—Eso es imposible decirlo, Herb —respondió—, y no podemos estar seguros de lo precisas que pueden llegar a ser nuestras estimaciones de tiempo y lugar, pero parece resonar con alguien en Londres en mil ochocientos setenta y uno.

—¿En Londres en mil ochocientos setenta y uno?

—Sí. No podemos comprobar con exactitud nuestras mediciones hasta que podamos someter a alguien a una amplificación lo bastante grande como para efectuar una transferencia, y francamente, no espero encontrar muchos voluntarios.

—Yo soy un voluntario —dije.

Me tomó algún tiempo convencerle que yo hablaba en serio. Éramos viejos amigos y él conocía mi devoción a la mística de G and S, pero imagino que no podía concebir su profundidad.

¡Mary sí podía! Estaba tan excitada como yo.

Le dije:

—¡Imagina lo que puede representar eso! *Tespis* fue producida en Londres en mil ochocientos setenta y uno. Si de pronto me encontrara en aquel lugar y aquel tiempo, podría oírla. Podría...

Era un pensamiento abrumador. *Tespis* era la primera de las catorce operetas de Gilbert y Sullivan, una obra ligera y ciertamente sin demasiado éxito, pero pese a todo un

Gilbert y Sullivan, y su música estaba irremediablemente perdida... Toda excepto un coro introductorio que fue usado más tarde con mucho éxito en *Piratas de Penzance*, y una balada.

Lleno de entusiasmo, insistí:

—¡Si pudiera oírla! Si pudiera poner mis manos sobre la partitura y estudiarla... Si pudiera poner una copia en una caja de seguridad en un banco y de alguna manera conseguir que fuera abierta ahora...

Los ojos de Mary brillaban; sin embargo, no perdió su sentido de lo práctico.

—Pero ¿podría hacerse? De acuerdo que cualquier cosa de *Tespis* podría ser el descubrimiento G and S del siglo, pero no hay que concebir falsas esperanzas. Aunque consigas penetrar en la mente de alguien en mil ochocientos setenta y uno, ¿puedes obligarle a hacer lo que tú desees?

—Podría intentarlo —dije—. Será alguien muy parecido a mí si nuestras mentes resuenan tan fuertemente cruzando un abismo de tiempo de más de un siglo. Tendrá mis mismos gustos.

—Pero ¿y si te ocurriera algo a ti?

—Algunas metas bien merecen el riesgo —dije firmemente, y ella estuvo de acuerdo.

No hubiera sido Mary si no lo hubiera estado en este caso.

De todos modos, no le dije que John me había advertido que el mayor riesgo era el de daños cerebrales.

—No hay forma de predecir cuán grande es el riesgo de daños —me dijo—, ni siquiera si se producirán o no, hasta que hagamos la prueba. Yo preferiría no intentarlo con mi mejor amigo.

—Tu mejor amigo insiste —dije.

Y firmé todos los pliegos de descargo que los abogados de la John's Temporal Transfer Foundation habían elaborado.

Pero tomé una precaución. No le dije a Mary exactamente cuándo se efectuaría la prueba. Si algo iba mal, no deseaba que ella estuviera allí en aquel momento. Pronto iba a efectuar su viaje anual al Canadá para visitar a sus padres, así que, ¿por qué no entonces?

—John no estará listo hasta el otoño, como mínimo —le dije, e hice todo lo que pude por aparentar decepción.

Tres días después que Mary se hubiera ido, todo estaba listo.

No me sentía en absoluto nervioso, ni siquiera cuando John dijo:

—Las sensaciones pueden ser desagradables.

Lo deseché con un alzamiento de hombros.

—John —dije—, cuando esté en Inglaterra, ¿seré capaz de hacer algo? Voluntariamente, quiero decir.

—Esa es otra pregunta a la que no puedo responder categóricamente hasta tu regreso —dijo John—, el cual, dicho sea de paso, será automático. Incluso aunque yo cayera muerto de pronto o fallara la energía, la resonancia se cortará finalmente por sí misma, y

tú serás traído de vuelta aquí. Eso es seguro, puesto que tu cuerpo físico no abandonará este tiempo en ningún momento. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

John estaba convencido que tranquilizarme sobre este punto aliviaría la tensión y disminuiría la posibilidad de daños cerebrales. Me había tranquilizado al respecto una y otra vez. Insistí:

—¿Seré capaz de hacer algo?

—No lo creo. Sólo podrás observar.

—¿Puedo afectar a la historia?

—Eso introduciría paradojas, que es lo que hace imposible la noción habitual del viaje por el tiempo. Tú puedes observar, traer de vuelta esas observaciones, y cambiar la historia a partir de este punto, de hoy..., lo cual no introduce paradojas.

—Es mejor que nada —murmuré.

—Por supuesto. Podrás oír esa opereta tuya, posiblemente, y eso ya será algo.

Algo, pero no lo suficiente. Yo no era un músico entrenado; no sería capaz de reproducir todas las notas.

Me consolé con la esperanza que John estuviera equivocado o, quizá, estuviera mintiendo. Si existía la posibilidad de cambiar la historia, la Oficina de Evaluación Tecnológica no permitiría que prosiguieran los experimentos. Seguramente John tenía que pretender que no existía tal posibilidad, o de otro modo sus fondos para investigación serían cortados en seco.

Me trajeron el desayuno, y la enfermera dijo, con falsa alegría:

—Bien, parece que vuelve a ser usted mismo.

Había interrumpido mis recuerdos, y el desayuno no es que fuera apetecible precisamente, pero tenía el hambre suficiente para que las gachas de avena calientes me parecieran exquisitas.

Era una buena señal y una voz canturreó en mi mente:

—Bien, bien, así es la forma en que funciona el mundo y seguirá funcionando en el futuro; mientras los tontos son nombrados barones y condes, no hay nada para la inteligente oscuridad.

Lo reconocí. Era el coro al solo de Mercurio del primer acto de *Tespis*. O al menos reconocí la letra. La música era nueva para mí..., pero era Sullivan. No había dudas al respecto.

John Sylva llegó a las diez de la mañana. Dijo:

—Llamaron para decirme que te habían quitado el suero y que seguías preguntando por mí. ¿Cómo te sientes? Pareces completamente normal.

Su alivio parecía limitado. Había una expresión preocupada en sus ojos.

—¿Estuve preguntando por ti?

Intenté recordar.

—Constantemente, mientras te hallabas semiconsciente. Estuve aquí ayer, pero no estabas despierto del todo.

—Creo recordar —dije. Luego aparté el asunto a un lado—. Escucha, John. —Mi voz era más bien débil, pero empecé desde el principio el solo de Mercurio—. «Oh, soy el mensajero celestial, de la mañana a la noche no descanso ni un momento; cumplo con mis diligencias todo el día...».

Y seguí hasta el final.

John asintió, siguiendo el compás mientras yo cantaba.

—Bonito —dijo.

—¡Bonito! Es *Tespis*. Asistí a tres representaciones en Londres. Ni siquiera tuve que hacer nada para conseguirlo. Mi álgter ego..., un corredor de bolsa, por cierto, llamado Jeremy Bentford..., lo hizo por iniciativa propia. Incluso intenté conseguir una copia de la partitura. Logré que Bentford entrara en el camerino de Sullivan durante la tercera representación. No necesité mucho. Él se sentía igualmente ansioso; éramos muy parecidos, de ahí la resonancia, por supuesto.

»El problema es que fue descubierto y echado. Llegó a tener la partitura en sus manos, pero no pudo llevársela. Así que tienes razón. No podemos cambiar la historia pasada... Sin embargo, podemos cambiar la historia futura, puesto que tengo las melodías más importantes de *Tespis* en mi cabeza...

—¿De qué estás hablando, Herb? —dijo John.

—¡De Inglaterra! ¡De mil ochocientos setenta y uno! Por el amor de Dios, John. ¡De la transferencia temporal!

John casi dio un salto en su silla.

—¿Así que por eso es que querías verme?

—Sí, por supuesto. ¿Cómo puedes preguntarlo? ¿Acaso no has estado aquí todo el tiempo? Dios mío, me enviaste hacia atrás en el tiempo. A mi mente, al menos.

John parecía absolutamente desorientado. ¿Acaso yo estaba diciendo tonterías? ¿Había sufrido daños mi cerebro después de todo? ¿No estaba diciendo lo que yo creía que estaba diciendo?

—Hablamos mucho acerca de la transferencia temporal, sí —dijo John—. Pero...

—Pero ¿qué?

—Nunca funcionó. Lo recuerdas, ¿no? Fue un fracaso.

Fue mi turno de mostrarme desconcertado.

—¿Cómo puede haber sido un fracaso? Me enviaste hacia atrás.

John estuvo pensativo unos instantes, luego se puso en pie.

—Déjame llamar al médico, Herb.

Intenté sujetarle por la manga.

—¡No, lo conseguiste! ¿De qué otro modo puedo saber las melodías de *Tespis*? No creerás que te estoy engañando, ¿verdad? No creerás que soy capaz de haberme inventado lo que acabo de cantarte.

Pero él había pulsado ya el botón llamando a la enfermera, y se había ido. Finalmente llegó el médico, y se dedicó al ridículo ritual del examen.

¿Por qué estaba mintiendo John? ¿Había tenido problemas con el Gobierno al enviar

mi mente hacia atrás en el tiempo? ¿Pretendía salvar su proyecto obligándome a mentir a mí también? ¿O pretendiendo que me había vuelto loco?

Aquel era un pensamiento depresivo y perturbador. Tenía la música de *Tespis*, pero ¿podía probar que era lo que era? ¿No era mucho más fácil suponer que se trataba de una superchería? ¿Sería capaz la Gilbert and Sullivan Society de ayudar en eso? Tenía que existir gente capaz de juzgar si aquello llevaba la marca de fábrica de Sullivan, por decirlo así. Pero ¿podría alguien demostrar algo concreto, si John seguía firme en su negativa?

A la mañana siguiente me sentía beligerante al respecto. De hecho, no pensaba en nada más. Llamé a John (mejor dicho, hice que la enfermera le llamase), y le dije que tenía que verle de nuevo. Olvidé completamente pedirle que me trajera mi correo, que tenía que contener cartas de Mary, entre otras cosas.

Cuando John llegó, dije apenas la puerta se abrió y su rostro apareció en el umbral:

—John, tengo la música de *Tespis*. Te la cantaré. ¿Sigues negando que te estoy diciendo la verdad respecto a ello?

—No, por supuesto que no, Herb —dijo, apaciguador—. Yo también me sé las melodías.

Aquello casi me detuvo. Tragué saliva y dije:

—¿Cómo puedes...?

—Mira, Herbert. Te comprendo. Imagino que tú desearías que la música de *Tespis* se hubiera perdido. Pero no es así. Tienes que enfrentarte a ello. Mira esto.

Me tendió un libro con tapas de color azul. El título era: *Tespis*, letra de William Schwenck Gilbert y música de Arthur Sullivan.

Lo abrí, y lo hojeé completamente asombrado.

—¿Dónde conseguiste esto?

—En una tienda de música cerca del Lincoln Center. Puedes encontrarlo en cualquier lugar donde vendan las obras de Gilbert y Sullivan.

Durante un rato permanecí en silencio. Luego dije malhumorado:

—Quiero que hagas una llamada por mí.

—¿A quién?

—Al presidente de la Gilbert and Sullivan Society.

—Por supuesto, si me das su nombre y número.

—Pídele que venga a verme. Tan pronto como pueda. Es muy importante.

De nuevo olvidé preguntarle por mi correo... No, *Tespis* estaba primero.

Saul Reeve estaba en mi habitación inmediatamente después de comer, con su amable rostro y su oronda barriga ofreciendo un elemento de solidez al que me aferré aliviado. Era virtualmente la personificación de la Sociedad, y me sentí un poco asombrado porque no llevara su habitual camiseta de Gilbert y Sullivan.

—Me alegra enormemente ver que has salido con bien de esta, Herb —dijo—. La Sociedad estaba muy preocupada.

(¿Salido con bien de qué? ¿Preocupada por qué? ¿Cómo podían saber del experimento de transferencia temporal? Y si lo sabían, ¿por qué John estaba mintiendo y

diciendo que no se había producido ninguna?).

Dije secamente:

—¿Qué ocurre con *Tespis*?

—No sé. ¿Qué ocurre con *Tespis*?

—¿Existe su música?

El pobre Saul no es ningún actor. Sabe todo lo que puede saberse acerca de Gilbert y Sullivan, pero si sabe algo más, es que ha engañado a todo el mundo. La expresión de sorpresa en su rostro tenía que ser el indicio de una auténtica y sincera emoción.

—Por supuesto que existe —dijo—. Pero estuvo a punto de no existir, si es eso lo que quieres decir.

—Más bien lo que tú quieres decir.

—Bueno, tú también conoces la historia.

—Cuéntamela, de todos modos. ¡Cuéntamela!

—Bueno, Sullivan estaba disgustado por la acogida que había tenido la obra, y no pensaba publicar la partitura. Luego hubo un intento de robo. Un corredor de bolsa intentó apropiarse de la partitura; en realidad la tenía ya en sus manos cuando fue atrapado. Sullivan dijo que si la partitura era lo bastante buena para que alguien la robara, era también lo bastante buena para ser publicada. Si no hubiera sido por ese corredor de bolsa, lo más probable es que hoy no dispusiéramos de esa música. De todos modos, tampoco es tan popular como todo eso. Casi nunca se ha representado. Tú lo sabes bien.

Después de eso, ya no escuché más.

¡Si no hubiera sido por ese corredor de bolsa!

Así pues, yo había cambiado la historia.

¿Explicaba eso todo el asunto? ¿Algo tan insignificante como la publicación de *Tespis* había desencadenado un oleaje y había creado un tiempo alternativo, en el que yo me encontraba aprisionado?

¿De dónde había procedido el oleaje? ¿Tanto importaba la música? ¿Había inspirado a alguien a hacer algo o decir algo que de otro modo no hubiera sido dicho o hecho? ¿O había dado un giro la carrera del corredor de bolsa a raíz de su detención por intento de robo, y ese giro había iniciado el oleaje?

¿Y todo eso había alterado tanto los acontecimientos que John Sylva jamás había desarrollado la tecnología de la transferencia temporal, de tal modo que yo me veía atrapado para siempre en el nuevo mundo?

Me di cuenta que me hallaba solo. Ni siquiera había sido consciente que Saul se había ido.

Agité la cabeza. ¿Cómo era posible aquello? ¿Cómo podía el «sí» de la transferencia temporal convertirse en un «no»? John Sylva no había cambiado. Saul Reeve no había cambiado. ¿Cómo podía haberse producido un cambio tan grande sin que existieran muchos pequeños cambios?

Pulsé el timbre para llamar a la enfermera.

—¿Puede proporcionarme un ejemplar del *Times*, por favor? El de hoy, el de ayer, el de la semana pasada. No importa.

¿Tendría alguna excusa para proporcionármelo? ¿Había una conspiración para mantenerme confundido, por alguna razón que no me podía explicar?

Me trajo uno inmediatamente.

Miré la fecha. Cuatro días después del experimento de transferencia temporal.

Los titulares parecían normales: el presidente Carter, la crisis de Medio Oriente, los lanzamientos de satélites.

Fui pasando las páginas, en busca de discrepancias que pudiera reconocer. La senadora Abzug había presentado un proyecto de ley para prestar ayuda federal a la financieramente comprometida ciudad de Nueva York.

¿La senadora Abzug?

¿No había perdido las primarias para el Senado en favor de Patrick Moynihan en 1976?

Yo había cambiado la historia. Había salvado *Tespi*s, y al hacerlo había borrado de alguna manera el trabajo de John sobre la transferencia temporal, y dado las primarias a Bella Abzug.

¿Qué otros cambios? ¿Millones de insignificantes cambios en insignificantes personas a las que no podía reconocer? Si dispusiera de un *Times* de Nueva York de este mismo día correspondiente a mi mundo y pudiera compararlo con el *Times* que tenía entre las manos, ¿encontraría algún centímetro de papel en cualquier columna de cualquier página repetido exactamente?

Si las cosas eran así, ¿qué había ocurrido con mi vida? Me sentía exactamente igual que antes. Naturalmente, tan sólo podía recordar mi vida del otro sendero temporal. El mío. En este..., podía tener hijos..., mi padre podía seguir vivo..., podía encontrarme sin empleo...

Entonces recordé mi correo, y me di cuenta que lo necesitaba. Llamé a la enfermera, y le pedí que llamara de nuevo a John Sylva. Tenía que traerme mi correspondencia. Él tenía la llave de mi apartamento. (¿La tenía en este sendero temporal?). Sobre todo, tenía que traerme las cartas de Mary.

John no vino, pero bastante después de comer sí vino el médico. No era en absoluto para la rutina habitual de pruebas y sondeos. Se sentó a mi lado y me miró pensativamente.

—El señor Sylva me dice que se halla usted bajo la impresión que la música de la obra de *Tespi*s se había perdido —dijo.

Para entonces yo estaba ya en guardia. No iban a enviarme a una institución mental. Dije:

—¿Es usted un entusiasta de Gilbert y Sullivan, doctor?

—No un entusiasta, pero he visto varias de sus operetas; incluyendo, de hecho, *Tespi*s, hará ahora un año. ¿Ha visto usted *Tespi*s alguna vez?

Asentí con la cabeza.

—Sí.

Y canturreé el solo de Mercurio. Pensé que era mejor no decirle que las únicas veces que había visto *Tespis* había sido en 1871.

—Entonces —dijo—, ¿no cree usted que la música de *Tespis* estaba perdida?

—Obviamente no, puesto que me la sé.

Eso lo contuvo. Carraspeó, e intentó una nueva táctica.

—El señor Sylva parece creer que se halla usted bajo la impresión de haber ido hacia atrás en el tiempo...

Me sentí como un matador esperando la embestida del toro. Casi disfruté del momento.

—Se trata de un chiste privado —dije.

—¿Un chiste?

—El señor Sylva y yo acostumbrábamos a discutir sobre el viaje temporal.

—Entonces —dijo el médico, con una especie de perseverante paciencia—, ¿fue sobre ese tema en particular sobre el que decidieron bromear? ¿Que la música de *Tespis* se había perdido?

—¿Por qué no?

—¿Tiene usted alguna razón para desear que esa música no exista?

—No, por supuesto que no.

Se me quedó mirando pensativamente.

—Ha dicho usted que vio una representación de *Tespis*. ¿Cuándo?

Me alcé de hombros.

—No puedo precisarlo en este momento. ¿Es necesario?

—¿Pudo haber sido en diciembre del año pasado?

—¿Fue entonces cuando la vio usted, doctor?

—Sí.

—Es muy posible que la viera entonces.

—Cuando yo la vi hacía muy mal día. Caía una lluvia helada. ¿Le ayuda eso a recordar?

¿Estaba intentando atraparme? ¿Iba a contradecirme de algún modo si pretendía recordar aquello?

—Doctor —dije—, obviamente no me encuentro bien, y no pretendo que todos los detalles estén claros en mi memoria. ¿Qué recuerda usted?

Aquello pasaba evidentemente la pelota a su terreno.

—Tengo entendido que aquel día el teatro estaba lleno, pese al mal tiempo —dijo—. Mucha gente había acudido tan sólo porque se trataba de *Tespis*, una obra que se representaba muy raramente, y de la que muchos ni siquiera habían oído hablar. Esa fue la única razón por la que yo acudí. Si la música de *Tespis* se hubiera perdido, y en consecuencia se hubiera tratado de cualquier otra obra, probablemente yo no habría ido. ¿Por eso le dijo usted al señor Sylva, cuando recuperó el conocimiento, que esa música no existía?

—¿Qué quiere decir?

—¿Porque entonces usted no hubiera ido? ¿Ni hubiera tomado aquel taxi para regresar?

—No le comprendo.

—Estuvo usted en un accidente, señor.

—¿Me está diciendo que por eso es que me hallo aquí?

Le miré con hostilidad.

—No, señor. Eso fue hace un año. La que tuvo el accidente fue su esposa.

Sentí la puñalada como si la palabra fuera un estilete de hielo. Intenté incorporarme sobre un codo, pero había una enfermera a mi lado, sujetándome. No la había visto acercarse.

—¿Lo recuerda usted? —dijo el médico.

¿Qué se suponía que debía recordar? ¿Faltaba algo peor? Ansiosamente pregunté:

—¿Mi esposa resultó muerta?

«Niégalo. Por favor, niégalo».

Sin embargo, la vaga tensión del médico disminuyó. Suspiró ligeramente.

—Así pues, recuerda.

Dejé de debatirme. Había un fallo en la historia.

—Si es así, ¿por qué estoy yo en el hospital ahora? —pregunté.

—Entonces ¿no recuerda?

—Dígame usted.

Él iba a hacer que me enfrentara a la realidad. A su realidad; la realidad de su sendero temporal. Aguardé sus palabras.

—Desde entonces se hallaba usted sumido en una terrible depresión —dijo—. Intentó suicidarse. Nosotros le salvamos... Le ayudaremos.

No me moví. No hablé. ¿Dónde podía haber ayuda para mí?

Había cambiado la historia. Nunca podría regresar.

Había ganado a *Tespis*.

Pero había perdido a Mary.

Allá por 1978, una revista francesa de modas deseaba lanzar una edición en Estados Unidos. El director de esa edición me pidió que le escribiera una historia de ciencia ficción que tuviera como principal personaje a un diseñador de modas.

Bien, pueden imaginar ustedes lo que yo sé de diseñadores de modas, o de modas simplemente, y pueden imaginar también el problema que representaba para mí el trasladar esos conocimientos a una hoja de papel; pero me habían ofrecido una buena suma por mi trabajo, y eso era un desafío. De modo que, en noviembre de 1978, escribí Para los pájaros, fui pagado por ello, y me recliné complacido en mi sillón a la espera de la novedad de ver aparecer una de mis historias en una revista de modas.

Fue una horrible decepción, sin embargo, el descubrir que, por alguna razón que nunca me fue revelada, los editores franceses habían cambiado de opinión. (Y por si a alguno de ustedes, chicos listos, se le ocurre alguna teoría, déjenme decirles que el director en cuestión me aseguró que mi historia no había tenido nada que ver con la decisión).

Sea como fuere, terminé enviando la historia a George Scithers, y esta apareció en el número de mayo de 1980 de Asimov's.

PARA LOS PÁJAROS

Pese a que estaba a punto de cumplir los cuarenta años y se hallaba en perfecto estado de salud, Charles Modine nunca había ido al espacio. Había visto las Colonias del Espacio en la televisión y había leído ocasionalmente sobre ellas en los periódicos, pero eso era todo.

A decir verdad, no estaba interesado en el espacio. Había nacido en la Tierra, y la Tierra era suficiente para él. Cuando deseaba un cambio de entorno, se dedicaba al mar. Era un ávido y hábil marinero.

Por eso sintió repulsión cuando la representante de la Space Structures Limited, le dijo que, a fin de realizar el trabajo que le estaban pidiendo que hiciera, tendría que abandonar la Tierra.

—Escuche —dijo Modine—. Yo no soy una persona del espacio. Yo diseño ropa. ¿Qué sé yo de cohetes, aceleraciones, trayectorias y todo lo demás?

—Nosotros lo sabemos. Usted no necesita saber nada —dijo con urgencia la mujer.

Su nombre era Naomi Baranova, y andaba de esa extraña manera tentativa de quien ha permanecido tanto tiempo en el espacio que no está seguro de cuál es la situación gravitatoria precisa en un momento determinado.

Su traje, observó Modine con cierta irritación, funcionaba como una simple cobertura y muy poco más. Una lona impregnada hubiera valido lo mismo.

—Pero ¿por qué necesito ir a una estación espacial? —pregunté.

—Para lo que usted ya sabe. Deseamos que diseñe algo para nosotros.

—¿Ropas?

—Alas.

Modine pensó en ello. Poseía una frente alta y pálida, y el proceso de pensar siempre parecía enrojecerla un tanto. Siempre se lo decían. Esta vez, sin embargo, si enrojeció, fue en parte a causa de su irritación.

—¿Y creen que yo puedo hacer eso, allí?

Baranova movió firmemente la cabeza. Su pelo tenía un color rojizo oscuro que lentamente iba siendo invadido por el gris. No parecía importarle. Dijo:

—Deseamos que comprenda la situación, señor Modine. Hemos consultado a los técnicos y a los expertos en computadoras, y han construido las alas más eficientes posibles, según nos han dicho. Han tenido muy en cuenta tensiones, superficies, flexibilidades, maniobrabilidades, y cualquier otra cosa que usted pueda imaginar..., pero no ha servido de nada. Pensamos que quizá un toque de extravagancia...

—¿Extravagancia, señorita Baranova?

—Algo distinto de la perfección científica. Algo que despierte el interés. De otro modo, las Colonias del Espacio no sobrevivirán. Por eso deseamos que vaya allí; para que aprecie por sí mismo la situación. Estamos dispuestos a pagarle muy bien.

Fue la cifra prometida, incluido un generoso anticipo, lo consiguiera o no, lo que llevó a Modine al espacio. No se sentía más ansioso de dinero que cualquier otro ser humano normal, pero tampoco era insensible a él, y le gustaba que su reputación fuera apreciada.

Tampoco fue tan malo como había esperado. En los primeros tiempos del viaje espacial todo se había limitado a cortos períodos de fuerte aceleración y largos períodos de incómoda tensión en angostos módulos. En cierto modo, eso era lo que la gente de la Tierra pensaba todavía cuando se hablaba del viaje al espacio. Pero había transcurrido un siglo desde entonces; ahora las lanzaderas eran cómodas, y los asientos hidráulicos parecían absorber la aceleración, hasta el punto que lo máximo que podía a uno ocurrirle era que se le derramara un poco de café.

Modine pasó el tiempo estudiando fotografías de las alas en acción y observando holovideos de los voladores.

—En todo esto hay una cierta gracia —dijo.

Naomi Baranova se permitió una sonrisa más bien triste.

—Está contemplando usted a expertos atletas... Si pudiera verme a mí intentando manejar esas alas y dar brincos y cabriolas, me temo que se echaría a reír. Y sin embargo, soy mejor que la mayoría.

Estaban acercándose a la Colonia del Espacio Número Cinco. Oficialmente su nombre era Crisálida, pero todo el mundo la llamaba Cinco.

—Seguramente pensará usted que lo lógico hubiera sido al revés, que prevaleciera el nombre poético —dijo Baranova—, pero este lugar no despierta ninguna poesía. Ese es el problema. No es un hogar; es simplemente un trabajo, y resulta difícil conseguir que la gente haga una familia en él y se instale. Hasta que se convierta en un hogar...

Cinco se presentó ante ellos como una pequeña esfera, idéntica a como Modine la había visto en la televisión de la Tierra. Sabía que era mucho más grande de lo que parecía, pero se trataba tan sólo de un conocimiento intelectual. Sus ojos y emociones no estaban preparados para el constante incremento de tamaño a medida que se acercaban. La nave y él fueron empequeñeciéndose progresivamente y, al final, se encontraron orbitando un enorme objeto de cristal y aluminio.

Observó durante mucho rato antes de darse cuenta que aún seguían orbitando.

—¿No vamos a aterrizar? —preguntó.

—No tan de prisa —dijo Baranova—. Cinco da una vuelta en torno a su eje cada

dos minutos, a fin de conseguir un efecto centrífugo que mantenga todo lo que hay dentro pegado contra las paredes interiores y cree una gravedad artificial. Tenemos que igualar esa velocidad antes de poder aterrizar. Eso lleva tiempo.

—¿Debe dar vueltas tan rápido?

—Para conseguir que el efecto centrífugo se asemeje a la gravedad terrestre, sí. Ese es el problema básico. Sería mucho mejor si pudiéramos utilizar una rotación más lenta para producir un décimo de la gravedad normal o incluso menos, pero eso interfiere con la psicología humana. La gente no soporta durante mucho tiempo la baja gravedad.

La velocidad de la nave casi se había equiparado con el período de rotación de Cinco. Modine pudo ver claramente la curva del espejo exterior que captaba la luz del sol e iluminaba con ella el interior de Cinco. Pudo distinguir la estación de energía solar que proporcionaba la energía para la colonia, sobrándole incluso para exportar a la Tierra.

Finalmente, entraron por uno de los polos de la esfera, y se hallaron dentro de Cinco.

Modine llevaba todo un día en Cinco y se sentía agotado..., pero, inesperadamente, le gustaba. Ahora estaban sentados en una amplia extensión de césped, frente a una panorámica de los suburbios.

Había nubes sobre sus cabezas..., la luz del sol, sin una visión clara del sol en sí..., viento..., y, en la distancia, un pequeño riachuelo.

Resultaba difícil creer que se hallaban en una esfera flotando en el espacio en una órbita lunar, dando una vuelta a la Tierra cada mes.

—Esto es como un mundo —dijo.

—Sí, eso es lo que parece cuando uno es nuevo aquí —dijo Baranova—. Sin embargo, cuando llevas un cierto tiempo, te das cuenta que ya conoces hasta su último rincón. Todo se repite.

—Si vives en una pequeña ciudad de la Tierra, todo se repite también.

—Lo sé. Pero en la Tierra puedes viajar a otros sitios si lo deseas. Y aunque no lo hagas, sabes que puedes hacerlo. Aquí no puedes. Eso... no resulta bueno; pero tampoco es lo peor.

—Aquí no tienen lo peor de la Tierra. Estoy seguro que no sufren inclemencias climáticas.

—El clima, señor Modine, es por supuesto paradisíaco, pero uno también se cansa de eso... Déjeme mostrarle algo. Aquí tengo una pequeña pelota. ¿Es usted capaz de lanzarla hacia arriba, directamente hacia arriba, y atraparla luego?

Modine sonrió.

—¿Está hablando en serio? —dijo.

—Completamente en serio. Por favor, inténtelo.

—No soy bueno en los juegos de pelota, pero me siento capaz de lanzarla hacia arriba. Creo que incluso me siento capaz de recogerla a la vuelta.

Lanzó la pelota hacia arriba. Trazó una curva parabólica, y Modine se dio cuenta que

tenía que avanzar para intentar atraparla, luego echar a correr. Cayó fuera de su alcance.

—No la tiró usted verticalmente hacia arriba, señor Modine —dijo Baranova.

—Por supuesto que lo hice —jadeó Modine.

—Sólo según los estándares de la Tierra. La dificultad es que aquí entra en acción lo que llamamos la fuerza de Coriolis. Aquí, en la superficie interna de Cinco, nos movemos muy rápido en un gran círculo alrededor de su eje. Si arroja usted la pelota hacia arriba, la lanza hacia un lugar donde el eje está más cerca y las cosas trazan un círculo más pequeño y por lo tanto se mueven más lentamente. Sin embargo, la pelota conserva la velocidad que tenía aquí abajo, de modo que lo que hace es avanzar, y cae fuera de su alcance. Si deseaba usted atraparla, hubiera tenido que lanzarla hacia atrás, de modo que trazara un arco y regresara a usted como un *boomerang*. Los movimientos aquí en Cinco son muy distintos de como son en la Tierra.

—Supongo que ustedes están acostumbrados a ello —dijo Modine pensativamente.

—No del todo. Vivimos en las regiones ecuatoriales de nuestra pequeña esfera. Aquí es donde el movimiento es más rápido y donde conseguimos el efecto de una gravedad normal. Si nos movemos hacia arriba y hacia el eje, o siguiendo la superficie hacia los polos, el efecto gravitatorio decrece rápidamente. Con frecuencia tenemos que ir hacia arriba o hacia el polo y, cuando lo hacemos, hay que tener en cuenta el efecto de Coriolis. Disponemos de pequeños monorrieles que deben moverse en espiral hacia los dos polos; uno hacia ellos, el otro descendiendo. Durante el viaje nos sentimos constantemente empujados hacia un lado. Se necesita mucho tiempo para acostumbrarse a ello, y hay personas que nunca consiguen dominar la sensación. A nadie le gusta vivir aquí por esa razón.

—¿Y no pueden hacer nada para corregir ese efecto lateral?

—Si pudiéramos reducir nuestra velocidad de rotación, disminuiría el efecto Coriolis, pero con ello disminuiría también la sensación de gravedad, y no podemos hacer eso.

—Malo si lo hacen, malo si no lo hacen.

—No del todo. Podríamos arreglárnoslas con una gravedad menor si nos ejercitáramos, pero eso significaría ejercitarnos cada día durante considerables períodos de tiempo, lo cual no sería divertido. A la gente no le gusta tener que someterse a una calistenia diaria que resulta difícil o aburrida. Pensamos que el volar podría ser la respuesta. Cuando nos encontramos en las regiones de baja gravedad cercanas a los polos, la gente casi carece de peso. Casi puede alzarse por los aires simplemente aleteando con los brazos. Si atáramos ligeras alas de plástico a nuestros brazos, reforzadas con varillas flexibles, y si esas alas pudieran replegarse y extenderse a un ritmo correcto, la gente podría volar como los pájaros.

—¿Serviría eso como ejercicio?

—Oh, sí. Volar es un ejercicio duro, se lo aseguro. Puede que los músculos de los brazos y de los hombros no tengan que hacer mucho esfuerzo para mantenerlo a uno en el aire, pero es preciso utilizarlos constantemente para maniobrar con propiedad. Eso

mantiene el tono muscular y el calcio de los huesos, si se efectúa de un modo regular... Pero la gente no lo hace.

—Pensaba que a la gente le encantaría volar.

Baranova resopló.

—Le encantaría, si fuera fácil. El problema es que mantenerse estable requiere una hábil coordinación de músculos. Los más ligeros errores dan como resultado giros y volteretas, y casi inevitablemente náuseas. Algunos consiguen aprender a volar graciosamente, como en las holocasetes que vio usted, pero muy pocos.

—Los pájaros no se marean.

—Los pájaros vuelan en campos gravitatorios normales. La gente de Cinco no.

Modine frunció el ceño y quedó pensativo.

—No puedo prometerle que conseguirá usted dormir —dijo Baranova—. La gente no suele conseguirlo las primeras noches que pasa en una Colonia del Espacio. De todos modos, inténtelo. Mañana iremos a las zonas de vuelo.

Modine se dio cuenta de lo que Baranova había querido decir al indicarle que la fuerza de Coriolis era desagradable. El pequeño vehículo monorriel que los llevó hacia el polo parecía estar deslizándose constantemente hacia la izquierda, y sus entrañas parecían estar haciendo lo mismo. Permaneció todo el viaje aferrado a las asas de sujeción, con los nudillos blancos por la fuerza con que se sujetaba.

—Lo siento —dijo compasivamente Baranova—. Si fuéramos más lentos no sería tan malo, pero la intensidad del tráfico requiere que vayamos a esta velocidad.

—¿Ha conseguido usted acostumbrarse a ello? —gruñó Modine.

—Un poco. Pero no lo suficiente.

Se alegró de detenerse al fin, pero sólo parcialmente. Le costó un poco acostumbrarse al hecho que parecía estar flotando. Cada vez que intentaba moverse, era como si fuera a caerse, y cada vez que parecía caerse no caía, sino que flotaba lentamente hacia delante o hacia arriba, y regresaba a su sitio sólo de modo gradual. Su reacción automática de agitar las piernas aún empeoraba más las cosas.

Baranova dejó que se las arreglara solo durante un rato, luego lo sujetó y lo afianzó lentamente.

—Hay a quien le gusta esto —dijo.

—A mí no —jadeó Modine, sintiéndose fatal.

—A muchas personas tampoco. Por favor, ancle los pies en los estribos que hay en el suelo, y no haga movimientos bruscos.

Había cinco personas volando en el cielo. Baranova dijo:

—Esos cinco pájaros están aquí todos los días. Hay unos pocos centenares que vienen aquí de tanto en tanto. En este polo y en el otro, así como a lo largo del eje, podemos

acomodar a unos cinco mil a la vez. De hecho, podemos utilizar todo el espacio para mantener a los treinta mil habitantes de Cinco en buenas condiciones. ¿Qué hacemos?

Modine hizo un gesto, y su cuerpo se echó hacia atrás en automática respuesta.

—Esos pájaros de ahí arriba tienen que haber aprendido cómo hacerlo. No nacieron pájaros. ¿No pueden los demás aprender también?

—Esos de ahí arriba poseen una coordinación natural.

—Entonces, ¿qué puedo hacer yo? Soy un diseñador de modas. No puedo crear coordinación natural.

—El no poseer una coordinación natural no le ha detenido a usted. Se puede suplir trabajando duro y practicando más. ¿Hay alguna forma en que pueda usted hacer el proceso más... fácil? ¿Puede diseñar un traje volador, sugerir una campaña psicológica que haga decidirse a la gente? Si podemos preparar unos programas de ejercicios y adaptación física adecuados, podremos reducir la rotación de Cinco, disminuir el efecto Coriolis, convertir este lugar en un hogar.

—Quizá esté pidiendo usted un milagro... ¿Puede hacer que se acerquen un poco?

Baranova hizo un gesto, y uno de los pájaros la vio y planeó hacia ellos en una larga y grácil curva. Era una mujer joven. Flotó a tres metros de ellos, sonriendo, agitando ligeramente las puntas de sus alas.

—Hola —dijo—. ¿Qué ocurre?

—Nada —contestó Baranova—. Mi amigo desea observar cómo manejas las alas. Muéstrale cómo funcionan.

La joven sonrió y, girando primero un ala, luego la otra, dio la voltereta. Se enderezó deteniéndose con una sacudida hacia atrás de ambas alas, luego se alzó lentamente, con los pies colgando y las alas agitándose lentamente. El movimiento de las alas se hizo más rápido, y partió hacia arriba en una fugaz aceleración.

Al cabo de un rato, Modine dijo:

—Parece ballet, pero las alas son inadecuadas.

—¿Lo son? ¿De veras?

—Por supuesto —aseveró Modine—. Parecen alas de murciélago. Las uniones están mal.

—Díganos entonces lo que debemos hacer. ¿Debemos diseñar plumas en ellas? ¿Animará eso a los voladores y les hará esforzarse más en aprender?

—No. —Modine pensó durante un rato—. Quizá podamos hacer que todo el proceso resulte más fácil.

Sacó los pies de los anclajes, se dio un ligero empuje, y flotó en el aire. Agitó experimentalmente brazos y piernas, y osciló de un modo errático. Intentó volver a bajar para sujetarse a los estribos, y Baranova alzó una mano para sujetarlo.

—Le diré lo que voy a hacer —dijo Modine—. Diseñaré algo, y si alguien puede ayudarme a construirlo de acuerdo con el diseño, intentaré volar con ello. Nunca he hecho nada así; acaba de ver cómo intentaba agitarme un poco en el aire, y ni siquiera eso he conseguido. Bien, si utilizo mi diseño y puedo volar, entonces cualquiera podrá

hacerlo.

—Yo también lo creo así, señor Modine —dijo Baranova, en un tono que parecía suspendido entre el escepticismo y la esperanza.

A finales de la semana, Modine empezaba a tener la sensación que la Colonia del Espacio Número Cinco era su hogar. Mientras permanecía a nivel del suelo en las regiones ecuatoriales, donde el efecto gravitatorio era normal, no había ningún efecto Coriolis que le molestara, y tenía la sensación que todo lo que le rodeaba era muy parecido a la Tierra.

—La primera vez que lo pruebe —dijo—, no quiero ser observado por la gente, porque puede que resulte más difícil de lo que creo, y no deseo que las cosas tengan un mal comienzo. Sin embargo, me gustaría que algunas de las autoridades de la Colonia me observasen, por si acaso la prueba tiene éxito.

—Creo que primero deberíamos intentarlo en privado —dijo Baranova—. Un fracaso la primera vez, sea cual sea la excusa...

—Pero un éxito sería tan impresionante...

—¿Cuáles son las posibilidades de éxito? Sea razonable.

—Hay bastantes posibilidades, señorita Baranova. Créame. Lo que han estado haciendo ustedes aquí estaba totalmente equivocado. Intentaban volar por el aire, como los pájaros..., y eso es tan difícil... Usted misma lo dijo. Los pájaros, en la Tierra, actúan bajo gravedad. Los pájaros de aquí arriba actúan sin gravedad..., de modo que todo debe ser diseñado de forma completamente distinta.

La temperatura, como siempre, estaba perfectamente ajustada. También lo estaba la humedad. La atmósfera era tan perfecta que era como si no existiera..., y sin embargo Modine transpiraba como un actor novel a punto de salir a escena. También estaba jadeando. El aire era más tenue en aquellas regiones casi desprovistas de gravedad que en el ecuador; no mucho más, pero sí lo suficiente para que tuviera problemas para llenar los pulmones, con el corazón latiéndole alocadamente.

El aire estaba libre de pájaros humanos: los espectadores eran apenas un puñado..., el Coordinador, el Secretario de Salud Pública, el Comisionado de Seguridad, y unos cuantos más. Había presentes una docena de hombres y mujeres. De todos ellos, sólo conocía a Baranova.

Había sido equipado con un pequeño micrófono, e intentó evitar que le temblara la voz.

—Estamos volando sin gravedad —dijo—, y ni los pájaros ni los murciélagos son un buen modelo para nosotros. Ellos vuelan con gravedad. En el mar, la cosa es muy distinta. Hay muy poca gravedad efectiva en el agua, puesto que la flotabilidad lo eleva a uno. Cuando volamos por el agua desprovista de gravedad, lo llamamos nadar. En la Estación del Espacio Número Cinco, donde no hay gravedad en esta región, el aire es para nadar, no para volar. Debemos imitar al delfín, no al águila.

Saltó al aire mientras hablaba, llevando un estilizado traje de una sola pieza que ni se pegaba a su piel ni colgaba suelto. Empezó a girar sobre sí mismo inmediatamente, pero tensar un brazo fue suficiente para activar un pequeño cartucho de gas. Una aleta suavemente curvada surgió a lo largo de su columna vertebral, mientras que una corta quilla marcaba la línea de su abdomen.

Inmediatamente dejó de girar.

—Sin gravedad —dijo—, esto es suficiente para estabilizar el vuelo. Pueden seguir girando y dando vueltas, pero siempre bajo control. Es posible que al principio cueste un poco, pero no se necesita mucha práctica para dominarlo.

Extendió el otro brazo, y cada uno de sus pies quedó perfilado por una aleta, y cada codo por otra.

—Eso suministra la fuerza propulsora —dijo—. No es necesario agitar los brazos. Unos suaves movimientos serán suficientes para todo, pero es necesario arquear el cuerpo y curvar el cuello a fin de realizar algunos giros y cambios de dirección. Deberán girar y alterar el ángulo de sus piernas. Todo el cuerpo debe participar en el movimiento, pero con suavidad y sin ninguna violencia. Lo cual es una gran cosa, ya que todos los músculos del cuerpo participan en el ejercicio, y pueden ustedes mantenerse en el aire durante horas sin cansarse.

Se dio cuenta que se movía cada vez con más seguridad y gracia..., y cada vez más rápido. Iba cada vez más aprisa, más aprisa, con el aire azotándole, hasta que de pronto se sintió presa del pánico ante el temor de no ser capaz de frenar. No obstante, giró los talones y codos casi instintivamente, y notó que se arqueaba y frenaba.

Débilmente, más allá del latir de su corazón, pudo oír los aplausos.

Admirada, Baranova dijo:

—¿Cómo vio usted lo que nuestros técnicos fueron incapaces de ver?

—Los técnicos partieron de la inevitable base de las alas, gracias a los pájaros y a los aviones, y diseñaron las alas más eficientes que pudieron concebir. Eso es un trabajo de técnicos. El trabajo de un diseñador de modas es ver las cosas desde un punto de vista artístico. En seguida me di cuenta que las alas no encajaban en las condiciones de la Colonia del Espacio. Ese es mi trabajo.

—Fabricaremos esos trajes de delfín y enviaremos a la población al aire —dijo Baranova—. Ahora estoy segura que podemos hacerlo. Y entonces podremos llevar adelante nuestros planes de empezar a disminuir la rotación de Cinco.

—O detenerla por completo. Sospecho que todo el mundo preferirá nadar durante todo el tiempo a caminar. —Se echó a reír—. Puede que no deseen volver a caminar nunca más. Yo no lo desearía.

Le extendieron el cheque por la importante cantidad que le habían prometido, y Modine, sonriendo ante la cifra, dijo:

—Las alas son para los pájaros.

En 1978, la gente de Penthouse estaba planeando lanzar a la calle una revista dedicada al futurismo y a la ciencia ficción. La revista debía llamarse Omni. Me pidieron una historia para el primer número, y me ofrecieron un generoso pago.

Me pusieron en un apuro. Según los términos de mi contrato con Joel Davis, el genial editor de Asimov's, yo debía ofrecer a esa revista una opción preferente de cualquier relato de ciencia ficción que escribiera, lo cual, al fin y al cabo, era de derecho. Así que me puse en contacto con Joel, solicitándole su permiso para escribir por esta única vez una historia de ciencia ficción para Omni, y explicándole que si él decía «No», sería «No», y no habría ninguna discusión.

Da la casualidad, sin embargo, que Joel nunca intenta interferir en mi forma de ganarme la vida. Sugirió que Omni podía hacerle unas condiciones especiales para un único anuncio del Asimov's en la revista, y Omni se mostró completamente de acuerdo.

Así pues, con cooperación y buen entendimiento por todas las partes, escribí ¡Localizados!. La historia apareció en el primer número (noviembre de 1978) de Omni, que desde aquel mismo momento obtuvo un considerable éxito. (No, no creo que se debiera precisamente a mi historia).

¡LOCALIZADOS!

Al igual que las otras tres que se perseguían mutuamente en órbita alrededor de la Tierra, Computadora Dos era mucho más grande de lo que debía ser.

Podría haber tenido una décima parte de su diámetro y con todo contener el volumen que precisaba para almacenar los datos acumulados y por acumular que permitían controlar la totalidad de los vuelos espaciales.

Sin embargo, necesitaban el espacio extra, para que Joe y yo pudiéramos meternos dentro si nos hacía falta. Y nos hacía falta.

Computadora Dos era perfectamente capaz de cuidar de sí misma. Es decir, normalmente. Resolvía cualquier problema tres veces en circuitos paralelos, y los tres programas debían encajar perfectamente; las tres respuestas debían coincidir. Si no era así, la respuesta se retrasaba unos nanosegundos mientras Computadora Dos hacía la comprobación, encontraba la parte que funcionaba mal y la reemplazaba.

No existía medio seguro que permitiera a la gente ordinaria saber cuántas veces se corregía Computadora Dos. Quizá nunca. Quizá dos veces diarias. Sólo Computadora Central sabía cuántos recambios de componentes habían sido usados como sustitutos. Y Computadora Central jamás hablaba de ello. La única imagen pública de utilidad es la perfección.

Y esa perfección había existido. Hasta entonces, nunca se había producido una sola llamada para nosotros, para Joe y yo.

Somos los reparadores. Subimos allí cuando algo va realmente mal, cuando Computadora Dos o alguna de las otras no pueden corregirse. Eso jamás había sucedido en los cinco años que llevábamos en el empleo. Ocurrió de vez en cuando en los primeros tiempos, pero fue antes de nuestra época.

Nos manteníamos bien entrenados, no me interpreten mal. No hay una sola computadora a la que Joe y yo no seamos capaces de hacer un diagnóstico. Muéstranos el error y nosotros les mostraremos la avería. O lo hará Joe, da lo mismo. No soy de esas que cantan sus alabanzas. El expediente habla por sí solo.

Sea como fuere, en esta ocasión ninguno de los dos lograba hacer el diagnóstico.

Lo primero que sucedió fue que Computadora Dos perdía presión interna. No es un fallo sin precedentes y, ciertamente, tampoco es fatal. Al fin y al cabo, Computadora Dos puede trabajar en el vacío. La atmósfera interna se estableció en los viejos tiempos, cuando se esperaba que habría un flujo constante de reparadores que manosearían la máquina. Y se ha conservado por pura tradición. ¿Quién dice que los científicos no están

atados a la tradición? Cuando no hacen de científicos, también son humanos.

Partiendo del ritmo de la pérdida de presión se dedujo que un meteorito del tamaño de un guijarro había alcanzado a Computadora Dos. El radio, masa y energía exactos fueron dados a conocer por la misma Computadora Dos, utilizando como datos el ritmo de la pérdida de presión, y algunas otras irregularidades.

Lo segundo que sucedió fue que la brecha no se cerró y por consiguiente la atmósfera no se regeneró. Después se produjeron errores, y nos llamaron.

Era absurdo. Joe dejó que un gesto de pesar recorriera sus ordinarias facciones y dijo:

—Debe haber un montón de cosas averiadas.

—Es muy probable que el trozo de roca rebotara —dijo alguien en Computadora Central.

—Con esa energía de entrada —observó Joe—, habría salido directamente por el otro lado. Nada de rebotes. Además, incluso con rebotes, tendría que haber recibido golpes muy improbables.

—Bien, ¿qué hacemos, entonces?

Joe estaba incómodo. Creo que fue en ese momento cuando empezó a intuir lo que se aproximaba. Había logrado que el caso sonara lo bastante raro como para requerir la presencia de los reparadores en el lugar..., y Joe jamás había estado en el espacio. Joe no me había dicho una sola vez que su principal motivo para aceptar el empleo era que confiaba en no tener que subir al espacio; me lo había dicho 2^x veces, siendo x un número bastante alto.

Así que tuve que decirlo por él.

—Tendremos que subir ahí arriba —expuse.

La única salida de Joe habría consistido en afirmar que no creía poder ocuparse de la tarea; sin embargo, vi que su orgullo iba sacándole ventaja poco a poco a su cobardía. No mucha ventaja, claro. Digamos que ganó por un pelo.

Para los que no hayan estado en una nave espacial en los últimos quince años —y supongo que es imposible que Joe sea el único—, permítanme subrayar que la aceleración inicial constituye el único detalle fastidioso. Y no puedes librarte de eso, por supuesto.

Después no ocurre nada, a menos que se quiera tener en cuenta el posible aburrimiento. Eres un simple espectador. Todo el conjunto está automatizado y controlado por computadora. Los viejos y románticos días de los pilotos han desaparecido por completo. Supongo que volverán brevemente cuando nuestras colonias espaciales se trasladen al cinturón de asteroides, como en todo momento amenazan con hacer..., pero será tan sólo hasta que nuevas computadoras sean puestas en órbita para hacerse cargo de la capacidad adicional precisa.

Joe contuvo la respiración durante la aceleración, o al menos dio la impresión de hacerlo. (Debo admitir que yo misma no me encontraba muy a gusto. Sólo era mi tercer

viaje. Había pasado un par de vacaciones en Colonia Ro acompañada de mi marido, pero no puede decirse que fuera una mujer curtida). Después Joe se tranquilizó un rato, pero sólo un rato. Luego empezó a desanimarse.

—Confío en que este trasto sepa adónde va —dijo, con aire de irritación.

Extendí las manos, con las palmas hacia arriba, y sentí que el resto de mi cuerpo oscilaba un poco hacia atrás en el campo de gravedad nula.

—Eres un especialista en computadoras —comenté—. ¿Dudas acaso que sepa adónde va?

—No, claro, pero Computadora Dos está fuera de servicio.

—No estamos conectados a Computadora Dos —expliqué—. Hay otras tres. Y aunque sólo quedara una en funcionamiento, sería capaz de ocuparse de todos los viajes espaciales de un día normal.

—Las cuatro podrían quedar fuera de servicio. Si Computadora Dos falla, ¿por qué no las demás?

—En ese caso controlaremos la nave manualmente.

—Lo harás tú, supongo. ¿Sabes cómo? Creo que no.

—Bueno, ya me lo dirán ellos.

—¡Por el amor de Eniac! —gruñó Joe.

En realidad no hubo problemas. Avanzamos hacia Computadora Dos con la misma fluidez del vacío y, menos de dos días después del despegue, fuimos colocados en una órbita de estacionamiento a menos de diez metros de la parte trasera.

Lo que no resultó tan grato fue que, a las veinte horas de haber partido, recibimos la noticia procedente de la Tierra informando que Computadora Tres estaba perdiendo presión interna. La falla de Computadora Dos iba a extenderse al resto, y cuando las cuatro máquinas quedaran fuera de servicio, el vuelo espacial quedaría frenado. Era posible reorganizarlo sobre una base manual, sí, pero eso llevaría meses como mínimo, tal vez años, y se produciría un grave trastorno económico en la Tierra. Pero, lo que era aún más importante, probablemente morirían varios miles de personas que se encontraran en el espacio.

No servía de nada pensar en eso, y ni Joe ni yo hablamos del asunto, pero el humor de Joe no mejoró y, digamos la verdad, eso no me hizo nada feliz.

La Tierra flotaba a doscientos mil kilómetros por debajo de nosotros, aunque a Joe no le inquietaba el detalle. Estaba concentrado en su correa y comprobando su pistola de reacción. Deseaba asegurarse que podría llegar a Computadora Dos y regresar.

Les sorprendería comprobar la habilidad de sus piernas espaciales —si es que no lo han hecho nunca— cuando no les queda más remedio que moverse. No me atrevería a decir que lo hicimos inigualmente; de hecho, desperdiciamos la mitad del combustible que usamos, pero por fin llegamos a Computadora Dos. Apenas notamos un golpe al tocar Computadora Dos. (Por supuesto, el ruido se oye incluso en el vacío,

porque la vibración atraviesa el tejido metálico de tu traje espacial; pero apenas hubo un golpe, sólo un murmullo).

Como es de suponer, nuestro contacto y la adición de nuestro impulso alteró ligeramente la órbita de Computadora Dos, aunque un pequeño gasto de combustible compensó el hecho y no tuvimos que preocuparnos por eso. Computadora Dos se encargó del problema, ya que, por lo que sabíamos, ninguna de sus averías había afectado su funcionamiento externo.

Primero acometimos la parte exterior, naturalmente. La posibilidad que un pequeño fragmento de roca hubiera atravesado como un proyectil a Computadora Dos, y dejado un agujero inconfundible, era bastante abrumadora. Dos agujeros, probablemente: uno al entrar y otro al salir.

La posibilidad que tal cosa suceda es de una entre dos millones en un día dado, lo que significa que sucederá al menos una vez en seis mil años. No es probable, pero sí posible, ¿comprenden? La probabilidad que la máquina sea alcanzada por un meteorito bastante grande como para destruirla es de una entre diez mil millones por día.

No mencioné estos datos porque Joe podía darse cuenta que también nosotros estábamos expuestos a probabilidades similares. De hecho, cualquier impacto que recibiéramos haría mucho más daño a nuestros delicados y tiernos organismos que a la estoica y superresistente maquinaria de la computadora, y yo no quería que Joe se pusiera más nervioso de lo que estaba.

La cuestión es que, pese a todo, no se trataba de un meteorito.

—¿Qué es esto? —preguntó al fin Joe.

Era un pequeño cilindro pegado a la pared externa de Computadora Dos, la primera anomalía que habíamos descubierto en su apariencia exterior. Tenía medio centímetro de diámetro y quizá seis de largo. Casi como un cigarrillo, para los que hayan caído en la antigua mala manía de fumar.

Sacamos nuestras linternas.

—No es uno de los componentes externos —dije.

—Seguro que no —murmuró Joe.

Había una débil marca en espiral que recorría el cilindro de una punta a otra. Nada más. Por lo demás, era de metal, aunque de composición granulosa, muy rara..., al menos a la vista.

—No está muy pegado —dijo Joe.

Lo tocó suavemente con un dedo grueso y enguantado y el cilindro cedió. Empezó a alzarse de donde había hecho contacto con la superficie de Computadora Dos, y nuestras linternas iluminaron un boquete visible.

—He ahí el motivo por el que la presión interna cayera a cero —dije.

Joe gruñó. Apretó un poco más, y el cilindro saltó y empezó a irse flotando. Logramos atraparlo con cierto esfuerzo. Tras de sí había dejado un agujero perfectamente

circular en la superficie de Computadora Dos, con un diámetro de medio centímetro.

—Este objeto, lo que sea, no es mucho más que hojalata.

El cilindro, delgado pero elástico, cedía fácilmente bajo los dedos de Joe. Un poco más de presión y se abolló. Joe se metió el objeto en el bolsillo y cerró este rápidamente.

—Recorre la parte exterior y comprueba si hay más cosas de estas. Yo iré adentro — dijo.

No tardé mucho. Luego entré en la computadora.

—Todo en orden —expliqué—. Este es el único que hay. El único agujero.

—Con uno basta —contestó sombríamente Joe.

Contempló el liso aluminio de la pared; a la luz de la linterna, el perfecto círculo de negrura resultaba maravillosamente evidente.

No fue difícil poner un precinto en el agujero. Reconstituir la atmósfera resultó algo más difícil. Las reservas de los materiales que Computadora Dos tenía para formar gas eran escasas y los controles requerían un ajuste manual. El generador solar fallaba, pero nos las arreglamos para encender las luces.

Finalmente, nos quitamos los guantes protectores y el casco, no sin que Joe colocara los primeros dentro del segundo y asegurara el conjunto a uno de los lazos de su traje.

—Quiero tenerlos a mano si la presión empieza a caer —dijo agriamente.

De modo que yo hice lo mismo.

Había una señal en la pared, justo junto al boquete. Yo la había visto a la luz de la linterna cuando estaba ajustando el precinto. Al encenderse las luces, la marca quedó bien patente.

—¿Has visto eso, Joe? —pregunté.

—Lo he visto.

Había una depresión sutil y muy poco profunda en la pared, no muy visible, pero no había duda de su existencia si se pasaba el dedo por encima. Se observaba en una extensión de casi un metro. Era como si alguien hubiera arrancado una finísima capa de metal, de manera que la superficie quedaba claramente menos lisa que en otros puntos.

—Será mejor que llamemos a Computadora Central desde abajo.

—Si te refieres a cuando volvamos a la Tierra, de acuerdo —contestó Joe—. Me disgusta esa farsa de la conversación espacial. La verdad es que me disgusta todo lo relacionado con el espacio. Por eso acepté un empleo en la parte terrestre..., o sea, un empleo en la Tierra; al menos se suponía que lo era.

—Será mejor que llamemos a Computadora Central cuando volvamos a la Tierra —dije pacientemente.

—¿Para qué?

—Para decirles que hemos localizado el fallo.

—¿Ah, sí? ¿Qué hemos localizado?

—El agujero. ¿No lo recuerdas?

—Pues sí, lo recuerdo. ¿Y qué produjo el agujero? No fue un meteorito. Nunca vi uno que dejara un boquete perfectamente circular, sin señales de pando o fusión. Y menos que dejara un cilindro. —Sacó el objeto del bolsillo de su traje y alisó la abolladura, con aire pensativo—. Bien, ¿qué produjo el agujero?

—No lo sé —reliqué sin dudar.

—Si informamos a Computadora Central, harán las preguntas, contestaremos «No sé» y ¿qué habremos ganado aparte de un lío?

—Ellos nos llamarán, Joe, si nosotros no los llamamos a ellos.

—Claro. Y nosotros no responderemos.

—Supondrán que hemos muerto y enviarán un grupo de socorro.

—Ya conoces a Computadora Central. Les costará dos días decidirse. Tendremos algo para entonces, y en cuanto lo tengamos llamaremos.

La estructura interna de Computadora Dos no estaba diseñada realmente para ocupación humana. Estaba prevista la presencia ocasional y temporal de reparadores. Eso significaba que había espacio para maniobrar, y también herramientas y recambios.

Pero no había un solo sillón. Por lo demás, tampoco existía campo gravitatorio o una imitación centrífuga.

Los dos flotábamos, bamboleándonos lentamente hacia un lado u otro. De vez en cuando, uno tocaba la pared y rebotaba con suavidad. O una parte de uno se superponía a una parte del otro.

—Saca el pie de mi boca —dijo Joe, y lo apartó violentamente.

Fue un error, porque los dos nos pusimos a girar. Naturalmente, no fue esa la impresión que tuvimos. Para nosotros, era el interior de Computadora Dos el que giraba, cosa muy desagradable, y nos costó un buen rato quedar relativamente inmóviles de nuevo.

Teníamos la teoría perfectamente desarrollada en nuestro entrenamiento en casa, pero estábamos escasos de práctica. Muy escasos.

Cuando logramos estabilizarnos, sentí unas molestas náuseas. Llámenlo náuseas, astronáuseas o enfermedad del espacio, pero de todas formas son náuseas, y son peores en el espacio que en cualquier otro lugar, porque no hay nada para recoger los vómitos. Flotan alrededor en una nube de glóbulos, y no apetece seguir flotando cerca de ellos. Así que me contuve. Igual que Joe.

—Joe, está claro que la computadora falla. Examinemos sus entrañas.

Cualquier cosa para no pensar en *mis* entrañas y dejarlas en paz. Además, las cosas no iban demasiado deprisa. Yo seguía pensando en Computadora Tres camino del fallo total; quizá la Uno y la Cuatro estuvieran ya igual. Y había miles de personas en el espacio con la vida pendiente de lo que nosotros hiciéramos.

Joe también tenía la tez algo verdosa.

—Primero tengo que pensar —dijo—. Algo se metió dentro. No fue un meteorito,

porque ha levantado un buen agujero en el casco. Y no se trata de un corte, porque no he encontrado un solo fragmento de metal en el interior. ¿Y tú?

—No. Pero no se me ha ocurrido buscarlo.

—A mí sí, y no hay nada por aquí.

—Puede haber caído al exterior.

—¿Con el cilindro tapando el agujero hasta que yo lo quité? Muy prometedor. ¿Has visto algo que saliera volando?

—No.

—Aún es posible que lo encontremos aquí, claro, pero lo dudo. La pared se disolvió de alguna forma, y algo entró.

—¿El qué? ¿Por qué?

La sonrisa de Joe fue notablemente maliciosa.

—¿Por qué quieres formular preguntas que no tienen respuesta? Si estuviéramos en el siglo pasado, yo diría que los rusos se las han arreglado para pegar ese dispositivo afuera... No te ofendas. Si estuviéramos en el siglo pasado, tú dirías que habían sido los estadounidenses.

Decidí ofenderme.

—Estamos tratando de llegar a algo que tenga sentido en este siglo, Iosif —dije fríamente, con exagerado acento ruso.

—Tendremos que suponer que ha sido cierto grupo disidente.

—Si es así —repliqué—, tendremos que pensar en un grupo con capacidad para el vuelo espacial y con pericia para inventar un mecanismo poco común.

—El vuelo espacial no ofrece dificultades, si puedes intervenir ilegalmente en las computadoras en órbita..., cosa que ha sido hecha. En cuanto al cilindro, tal vez sea menos absurdo cuando sea analizado en la Tierra..., abajo, como dirían los entusiastas del espacio.

—No tiene lógica —apunté—. ¿Por qué tratar de incapacitar a Computadora Dos?

—Como parte de un programa para incapacitar el vuelo espacial.

—En ese caso, todo el mundo sufrirá las consecuencias. También los disidentes.

—Pero llama la atención de todo el mundo, ¿verdad?, y de repente la causa de quienquiera que sea se hace famosa. O el plan consiste simplemente en dejar fuera de combate a Computadora Dos y luego amenazar con hacer lo mismo con las otras tres. Ningún daño serio, pero infinidad de daño en potencia, y montones de publicidad.

Joe estaba examinando atentamente todas las partes del interior, repasándolo centímetro cuadrado a centímetro cuadrado.

—Podríamos suponer que el objeto no es de origen humano.

—No seas loco.

—¿Quieres que te dé mi opinión? El cilindro hizo contacto, después de lo cual algo de su interior comió un círculo de metal y penetró en Computadora Dos. Se arrastró por la pared interior, devorando una delgada capa metálica por alguna razón. ¿Te suena eso a algo de construcción humana?

—No que yo sepa, pero no lo sé todo. Ni siquiera tú lo sabes todo.

Joe ignoró mi comentario.

—Así que la cuestión es: ¿cómo logró esa cosa, lo que fuera, entrar en la computadora, que al fin y al cabo está razonablemente bien cerrada? Lo hizo con mucha rapidez, ya que anuló los dispositivos de reparación y regeneración de presión casi al instante.

—¿Es eso lo que buscas? —dije, señalando.

Joe trató de pararse demasiado rápidamente y dio un salto mortal hacia atrás, mientras gritaba:

—¡Eso es! ¡Eso es!

En su excitación, agitó brazos y piernas, cosa que no le llevaba a ninguna parte, claro está. Le agarré y durante un rato intentamos ejercer impulsos en direcciones no coordinadas, cosa que tampoco nos llevó a ninguna parte. Joe me dedicó algunos insultos, pero yo se los devolví, y en eso tenía ventaja. Comprendo el inglés a la perfección, de hecho mejor que Joe. Pero sus conocimientos de ruso son..., bueno, «fragmentarios» sería un adjetivo cortés. En un idioma que no se entiende, las malas palabras siempre resultan muy espectaculares.

—Aquí está —dijo Joe cuando finalmente nos equilibramos.

Apartó un pequeño cilindro del lugar donde el blindaje de la computadora se unía a la pared y apareció un diminuto agujero circular. El cilindro era igual que el del casco exterior, pero parecía más delgado. De hecho, pareció desintegrarse cuando Joe lo tocó.

—Será mejor que entremos en la computadora —dijo Joe.

La computadora era una confusión.

No a primera vista. No pretendo afirmar que fuera como un madero agujereado por termitas.

En realidad, si se observaba la computadora superficialmente, podía jurarse que estaba intacta.

Mirando con atención, sin embargo, era obvio que algunas de las placas habían desaparecido. Cuanto más atentamente mirabas, más placas veías que faltaban. Por otro lado, los repuestos que Computadora Dos usaba para repararse a sí misma se habían reducido a casi nada. Seguimos observando y descubrimos que faltaban otros detalles.

Joe se volvió a sacar el cilindro del bolsillo y contempló los dos extremos.

—Sospecho que se trata de silicio de alta calidad —explicó—. No puedo asegurarlo, claro, pero creo que los lados son fundamentalmente de aluminio, y los extremos planos, de silicio.

—¿Pretendes decir que el objeto es una batería solar?

—En parte sí. Así obtiene energía en el espacio. Energía para llegar a Computadora Dos, para hacer un agujero, para..., para..., no sé cómo decirlo. Para seguir viviendo.

—¿Has dicho... viviendo?

—¿Por qué no? Mira, Computadora Dos se repara sola. Es capaz de rechazar partes defectuosas y reemplazarlas con otras que funcionen, pero necesita una provisión de repuestos para hacerlo. Con suficientes repuestos de todos los tipos, podría construir una computadora igual, siempre que se la programara adecuadamente, pero necesita de esos repuestos, así que no suponemos que vive. El objeto que penetró en Computadora Dos recoge, al parecer, sus propios suministros. Es sospechosamente parecido a algo vivo.

—Lo que estás diciendo es que tenemos aquí un microordenador tan avanzado que puede considerarse vivo —dije.

—Francamente, no sé lo que estoy diciendo.

—¿Quién, en la Tierra, sería capaz de construir algo así?

—Eso, ¿quién, en la Tierra?

Yo hice el siguiente descubrimiento. Parecía un bolígrafo rechoncho que flotaba en el aire. Sólo lo vi por el rabillo del ojo. Era un bolígrafo.

En gravedad nula las cosas escapan de los bolsillos y flotan. No hay forma de tenerlas en su sitio a menos que estén confinadas físicamente. Bolígrafos, monedas y cualquier otro objeto que encuentre una abertura es de esperar que floten hacia donde las corrientes de aire y la inercia los lleven.

De manera que mi mente registró «bolígrafo», lo busqué a tientas distraídamente y, como es lógico, mis dedos no se cerraron sobre el objeto. El simple gesto de estirar el brazo crea una corriente de aire que aleja lo que se busca. Hay que deslizar una mano por detrás y luego atrapar el objeto con la otra. Asir cualquier objeto pequeño en el aire es una maniobra a dos manos.

Me volví para mirar el objeto y presté más atención en su recuperación, antes de darme cuenta que mi bolígrafo estaba seguro en su bolsillo. Lo palpé; estaba allí.

—¿Has perdido un boli, Joe? —pregunté.

—No.

—¿Algo parecido? ¿Una llave? ¿Un cigarrillo?

—No fumo, ya lo sabes.

Una respuesta estúpida.

—¿Nada? —dije exasperada—. Estoy viendo cosas.

—Bueno, nadie dice que estés equilibrada.

—Mira, Joe. Allí. Allí.

Se abalanzó hacia el objeto. Yo podría haberle dicho que no iba a lograr gran cosa.

Para entonces nuestro figoneo por la computadora parecía haberlo agitado todo. Veíamos cosas en cualquier parte que mirábamos. Flotaban en las corrientes de aire.

Detuve una al final. O mejor dicho, la cosa se detuvo sola, porque estaba en el traje de Joe, a la altura del codo. La arranqué y grité. Joe dio un brinco de terror y casi me hizo perder el objeto de un manotazo.

—¡Mira! —exclamé.

Había un círculo brillante en el traje de Joe, justo donde yo había tomado el objeto. Este había empezado a abrirse camino comiéndose el material.

—Dámelo —dijo Joe.

Lo tomó cautelosamente y lo apretó contra la pared para mantenerlo fijo. Después lo descortezó, levantando con suavidad el delgadísimo metal.

Dentro había algo que semejava una línea de ceniza de cigarrillo. Captaba la luz y fulguraba, sin embargo, como metal ligeramente tramado.

También tenía cierta humedad. Se retorció lentamente, dando la sensación que uno de sus extremos buscaba algo a ciegas.

El extremo tomó contacto con la pared y se aferró a ella. El dedo de Joe lo apartó. Hacer tal cosa parecía requerir cierto esfuerzo. Joe se frotó el pulgar.

—Parece grasiento.

El gusano metálico —no sé de qué otro modo llamarlo— dio la impresión de estar agotado después que Joe lo tocara. No volvió a moverse.

Yo me retorcí, y volvía la cabeza intentando contemplarme.

—Joe —dije—, por el amor de Dios, ¿se me ha pegado alguno?

—No veo ninguno —contestó.

—Bueno, mírame. Tienes que mirarme, Joe, y yo te miraré también. Si nuestros trajes están rotos no podemos regresar a la nave.

—En ese caso, no dejes de moverte.

¡Qué sensación tan espeluznante, estar rodeada de cosas ansiosas por disolverte el traje! Cuando aparecía alguna, intentábamos atraparla y apartarnos de su camino al mismo tiempo, por lo que la situación era casi imposible. Un objeto más bien grande se deslizó cerca de mi pierna y traté de pisarlo, lo cual fue una tontería, porque si llego a alcanzarlo tal vez se me hubiera pegado. De todos modos, la corriente de aire que ocasioné lo condujo a la pared, y allí se quedó.

Joe estiró el brazo para atraparlo..., con demasiada rapidez. El resto de su cuerpo rebotó, mientras él daba un salto mortal y uno de sus pies golpeaba el muro cerca del cilindro. Cuando por fin Joe logró afianzarse, el objeto seguía allí.

—No lo aplasté, ¿eh?

—No, no lo hiciste —repliqué—. Has fallado por un decímetro. No se escapará.

Yo tenía una mano en cada extremo de la cosa. Era el doble de larga que el otro cilindro. En realidad era como dos cilindros unidos por la base, con un estrechamiento en el punto de unión.

—Acto de reproducción —dijo Joe mientras levantaba el metal. En esta ocasión lo que había dentro era una línea de polvo. Dos líneas. Una a cada lado de la constricción—. No cuesta mucho matarlos. —Se tranquilizó claramente—. Creo que estamos a salvo.

—Parecen vivos —dije de mala gana.

—Creo que es más que eso. Son virus..., o el equivalente.

—¿Qué estás diciendo?

—Por supuesto, soy técnico en computadoras y no virólogo..., pero tengo entendido que los virus de la Tierra, o de allí «abajo», como tú dirías, están formados por una molécula de ácido nucleico envuelta en una vaina proteica.

»Cuando un virus invade una célula, se las arregla para abrir un agujero en la membrana celular mediante el uso de cierta enzima apropiada, y el ácido nucleico se desliza al interior, dejando fuera la vaina proteica. Dentro de la célula encuentra el material para fabricarse una nueva vaina. De hecho, logra formar réplicas de sí mismo y produce una nueva vaina proteica por cada réplica. En cuanto ha despojado por completo a la célula, esta se disuelve, y en lugar del solitario virus invasor existen varios cientos de virus hermanos. ¿Te resulta familiar?

—Sí. Muy familiar. Es lo que está ocurriendo aquí. Pero ¿de dónde ha salido esto, Joe?

—Es obvio que ni de la Tierra ni de una colonia terrestre. De algún otro sitio, supongo. Flotan por el espacio hasta que encuentran algo apropiado que les permita multiplicarse. Buscan objetos grandes de metal elaborado. No creo que sean capaces de olfatear minerales metalíferos.

—Pero grandes objetos metálicos con componentes de silicio puro y algunos otros materiales igual de suculentos sólo son producto de una vida inteligente —opiné.

—Exacto —dijo Joe—. Lo que significa que poseemos la mejor prueba confirmando que la vida inteligente es común al Universo, ya que objetos como este satélite tienen que abundar bastante, o no podrían mantener a estos virus. Y eso también significa que la vida inteligente es antigua, quizá de diez mil millones de años, y lo suficientemente desarrollada para permitir una especie de evolución metálica, la creación de una vida metal/silicio/grasa, igual que nosotros hemos formado una vida ácido nucleico/proteínas/agua. Es tiempo suficiente para que evolucione un parásito de artefactos espaciales.

—Das a entender que siempre que una forma de vida inteligente crea una cultura espacial, no tarda en verse sometida a una infección parásita.

—Exacto. Y debe ser controlada. Por fortuna, estos seres son fáciles de matar, en especial ahora que se están formando. Posteriormente, cuando estén preparados para irse de Computadora Dos, supongo que agrandarán y espesarán sus vainas, estabilizarán el interior y se dispondrán a flotar, como un equivalente de las esporas, un millón de años antes de encontrar otro hogar. Podría no ser tan fácil matarlos en ese momento.

—¿Cómo vas a matarlos?

—Ya lo he hecho. Sólo toqué al primero, que buscaba instintivamente metal para iniciar la producción de una nueva vaina, ya que yo había roto la primera al abrirla, y ese toque lo mató. No toqué al segundo, pero di una patada a la pared en sus cercanías y la vibración del metal convirtió sus entrañas en polvo metálico. Así que no podrán hacer nada, ni a nosotros ni a lo que queda de la computadora, si hacemos que vibren..., ¡ahora mismo!

Joe no tenía más que explicar, aunque ya se había explicado demasiado, ¿no? Se puso

los guantes poco a poco y golpeó la pared con una mano. Salió despedido y soltó una patada en cuanto volvió a aproximarse al muro.

—¡Haz lo mismo! —gritó.

Lo intenté, y durante un rato no descansamos. No saben lo difícil que es golpear una pared en gravedad cero; al menos hacerlo adrede y con la suficiente fuerza para que vibre. Unas veces acertábamos, otras no, o simplemente lográbamos un golpe de refilón que nos despedía dando vueltas pero que apenas producía sonido. En seguida nos encontramos jadeando por el cansancio y la irritación.

Pero nos habíamos aclimatado (al menos yo), y las náuseas no volvieron. Volvimos a la tarea y finalmente recogimos más virus. En todos los casos no había más que polvo en el interior. Era evidente que estaban adaptados a objetos espaciales vacíos y automáticos, que, como las modernas computadoras, carecían de vibración. Eso es lo que posibilitaba, supongo, el desarrollar las estructuras metálicas, sumamente raquílicas en su composición, que poseían la suficiente inestabilidad para producir las propiedades de la vida simple.

—¿Crees que hemos acabado con todos? —pregunté.

—¿Cómo puedo saberlo? Con uno solo que quede, este devorará al resto en busca de metal y todo empezará de nuevo. Demos golpes un rato más.

Lo hicimos hasta que el cansancio hizo que nos desentendiéramos del problema de si quedaba o no alguno con vida.

—No hay duda que la Asociación Planetaria para el Avance de la Ciencia no quedará muy complacida al saber que los hemos matado a todos —dije, jadeante.

La sugerencia que hizo Joe respecto a lo que la APAC podía hacer consigo misma fue energética, aunque nada práctica.

—Mira —dijo—, nuestra misión es salvar Computadora Dos, unos cuantos miles de vidas y, tal como han ido las cosas, salvar también las nuestras. Ahora que decidan si quieren renovar esta computadora o construirla desde el principio. Es su bebé.

»La APAC sacará lo que pueda de estos objetos muertos, y eso ya es algo. Si quieren virus vivos, sospecho que los encontrarán flotando por esta zona.

—Muy bien. Mi sugerencia es que digamos a Computadora Central que haremos unos cuantos remiendos en esta computadora y que la obligaremos a que funcione hasta cierto punto, y que nosotros estaremos ahí hasta que llegue un equipo de reparaciones más importante, o lo que corresponda, para evitar otra infección. Mientras tanto, será mejor que vayan al resto de las computadoras y monten un sistema que las haga vibrar mucho en cuanto la atmósfera interna revele una caída de presión.

—Muy sencillo —dijo irónicamente Joe.

—Es una suerte que los encontráramos a tiempo.

—Espera un momento —dijo Joe, y de pronto su expresión era de suma gravedad—. Nosotros no los encontramos. Ellos nos encontraron a nosotros. Si la vida metálica ha evolucionado, ¿crees que es probable que esta sea su única forma?

»¿Y si estas formas de vida se comunican de algún modo y, en la inmensidad del

espacio, otras se hallan ahora a punto de converger sobre nosotros en busca del botín? Y también otras especies. Todas ellas detrás del sabroso forraje de una cultura espacial todavía intacta. ¡Otras especies! Otras más vigorosas que soporten la vibración. Otras de mayor tamaño que sean más versátiles en sus reacciones ante el peligro. Otras que estén equipadas para invadir nuestras colonias en órbita. Otras, por el amor de Univac, que sean capaces de invadir la Tierra en busca de los metales de sus ciudades.

»Lo que voy a informar, lo que debo informar, ¡es que nos han localizado!

A finales de 1975, Alan Bechtold, que dirige una pequeña empresa editora semiprofesional a la que llama Apocalypse Press, tuvo la idea de editar una serie de historias de ciencia ficción, en edición limitada, escritas especialmente con ese fin. Al cabo de un año de su publicación, todos los derechos de esas historias revertirían de nuevo al autor.

Me sentí intrigado por la proposición y, en enero de 1976, escribí Buen gusto, que, con franqueza, me gustó enormemente. Tenía la impresión de haber conseguido elaborar en la historia un fondo social realmente fascinante. Bechtold publicó el relato, pero otros autores que habían prometido enviarle historias no lo hicieron y, desgraciadamente, el proyecto no tuvo continuidad.

De modo que, una vez hubo transcurrido el año, sometí la historia a George Scithers, para mi propia revista, que en ese momento acababa de ver la luz. Buen gusto apareció en el número de otoño de 1977 de Asimov's.

Resultó claro para todo el mundo que nada de aquello hubiera ocurrido —la familia no se hubiera visto sumida en la ignominia, y el mundo de Gammer no se hubiera sentido asombrado y horrorizado— si Chawker Menor no hubiera realizado el Gran Viaje.

No es que fuera ilegal efectuar el Gran Viaje pero, en Gammer al menos, era considerado como algo socialmente inaceptable. Chawker Viejo se había manifestado en contra de ello desde un principio, preciso es decirlo, pero entonces Dama Chawker se había puesto del lado de su menor, y es bien sabido que a veces las madres no atienden a razones. Chawker era su segundo hijo (ambos varones, incidentalmente), y no iba a tener más, por supuesto, de modo que no era sorprendente que se sintiera inclinada hacia él.

Su hijo pequeño había deseado ver los Otros Mundos de la Órbita, y había prometido no estar fuera más de un año. Ella había llorado, se había preocupado y había mostrado su aflicción de una forma trágica; luego, se había secado los ojos y había hablado seriamente con Chawker Viejo..., y Chawker Menor se había ido.

Ahora estaba de vuelta, exactamente un año después de su partida (siempre había sido un joven que cumplía su palabra, de modo que en ningún momento le preocupó que Viejo pudiera retirarle su apoyo si se retrasaba un solo día), y la familia celebró una fiesta.

Viejo llevaba una brillante camisa nueva, negra, pero no permitió que las severas arrugas de su rostro se relajaran, ni condescendió a preguntar los detalles del viaje. No sentía interés —ningún tipo de interés— hacia los Otros Mundos, con sus extrañas costumbres y su primitiva curiosidad (no mejores que las costumbres de la Tierra, de la cual la gente de Gammer nunca hablaba).

—Tu tez tiene un aspecto sucio y estropeado, Chawker Menor —dijo.

(La utilización del nombre completo mostraba su desagrado).

Chawker se echó a reír, y la clara piel de su rostro más bien demacrado se frunció.

—Me mantuve lejos del Sol tanto como me fue posible, Viejo-mío, cosa que los de Otros Mundos no siempre hacen.

Dama Chawker dijo cálidamente:

—No está sucio en absoluto, Viejo. Respira calor.

—Del Sol —gruñó Viejo—. Y luego dirá que ha estado cavando en la porquería que

tienen allí.

—Las labores del campo no son para mí, Viejo. Es un trabajo duro. Aunque, eso sí, en alguna ocasión visité los tanques de hongos.

Chawker Mayor, con tres años más que Menor, rostro ancho y cuerpo pesado, pero salvo por eso muy parecido a él, se sentía dividido entre la envidia porque su hermano más joven hubiera visto otros mundos distintos de la órbita y la repulsión ante ese simple pensamiento. Dijo:

—¿Has comido su Básico, Menor?

—Algo tenía que comer —dijo Chawker Menor—. Por supuesto, tenía los paquetes que me enviabas tú, Dama-mía. A veces me salvaron la vida.

—Supongo que ese Básico sería incomible —dijo Chawker Viejo con desagrado—. Quién sabe las porquerías que debe contener.

—Oh, vamos, Viejo-mío. —Chawker Menor hizo una pausa, como si intentara elegir las palabras; luego se alzó de hombros—. Bien, sí, se necesita hacer de tripas corazón. Sin embargo, uno termina acostumbrándose. Y no voy a decir más. Pero Viejo-mío, Dama-mía, me siento tan feliz de estar de vuelta en casa... Las luces son tan cálidas y acogedoras...

—Apuesto a que has acabado harto del Sol —dijo Viejo—. Pero, claro, tú querías ir. Bueno, bienvenido de vuelta al mundo interior, con luz y calor bajo nuestro control, muy lejos de los campos y el resplandor del Sol. Bien venido de vuelta al seno de la gente, como dice el proverbio.

—No obstante, me alegro de haber ido allí —declaró Chawker Menor—. Ocho mundos distintos, ya sabes. Eso te proporciona una amplitud de miras que no consigues de otro modo.

—Y que sería mejor que no hubieras conseguido —sentenció Viejo.

—No estoy seguro de ello —dijo Chawker Menor, y el párpado superior de su ojo derecho tembló ligeramente mientras miraba a Mayor.

Chawker Mayor apretó los labios, pero no dijo nada.

2

Fue una fiesta. Cualquiera hubiera tenido que admitirlo, y al final fue el propio Chawker Menor, que había sido el más ansioso por empezar, el primero en echarse atrás. No tenía otra elección; Dama no dejaba de traerle bocados de lo que parecía ser una despensa sin fondo.

—Dama-mía —protestó afectuosamente—, mi lengua está embotada. Ya no puedo percibir el sabor de nada.

—¿No percibes el sabor? —dudó Dama—. ¿Qué clase de estúpida historia es esa? Tienes la habilidad del propio Gran-Viejo. A la edad de seis años, eras ya un Gustador; tenemos pruebas interminables de ello. No había ningún aditivo que no pudieras

detectar, aunque todavía fueras incapaz de pronunciar correctamente su nombre.

—Las papilas gustativas se atrofian cuando no son utilizadas —refunfuñó sombríamente Chawker Viejo—, y vagabundear por los Otros Mundos puede estropear por completo a un hombre.

—¿De veras? Bien, veamos eso —dijo Dama—. Menor-mío, dile a tu incrédulo Viejo lo que has comido.

—¿Por orden? —dijo Chawker Menor.

—Sí. Demuéstrale que recuerdas.

Chawker Menor cerró los ojos.

—No es una prueba justa —protestó—. He disfrutado tanto con los sabores que no me he detenido a analizarlos; y hace tanto tiempo de ello...

—Excusas. ¿Lo ves, Dama? —dijo Viejo.

—No obstante, lo intentaré —saltó apresuradamente Chawker Menor—. En primer lugar, el Básico para todos ellos procede de los tanques de hongos de la Sección Este, y en particular del decimotercer corredor, creo, a menos que se hayan producido grandes cambios en mi ausencia.

—No, estás en lo cierto —aprobó Dama, con satisfacción.

—Y resultó muy caro —señaló Viejo.

—El hijo pródigo vuelve —intervino Chawker Mayor, un poco ácidamente—, y debemos sacar los mejores hongos, como dice el proverbio... Di los aditivos, Menor, si puedes.

—Bien —dijo Chawker Menor—, el primer bocado era principalmente Mañana de Primavera con añadido de Hojas A-Refrescadas, y un toque, sólo un toque, de brotes de Spara.

—Correcto —dijo Dama, sonriendo alegremente.

Chawker Menor siguió con la lista, los ojos aún cerrados, su recuerdo de los sabores yendo complacidamente hacia delante y hacia atrás, captando los aromas y las consistencias de los bocados. Se saltó el octavo, y luego volvió a él.

—Ese me desconcierta —dijo.

Chawker Mayor sonrió.

—¿No lo captas en absoluto?

—Por supuesto que lo capto. Capto la mayor parte. Era Cordero Retozón..., no, Cordero Saltarín. Retozón, aunque se decantaba un poco hacia el Saltarín.

—Vamos, sigue, no intentes hacerlo difícil. Es muy fácil —le apremió Chawker Mayor—. ¿Qué más?

—Menta Verde, con apenas una pizca de Menta Ácida..., y una pulgarada de Sangre Efervescente... Pero había algo más que no puedo identificar.

—¿Era bueno? —preguntó Chawker Mayor.

—¿Bueno? Este no es un día para preguntarme eso. Todo es bueno. Todo es suculento. Y eso que no puedo identificar parecía también muy suculento. Era parecido a la Flotación del Seto, pero mejor.

—¿Mejor? —exclamó Chawker Mayor, encantado—. ¡Era mío!

—¿Qué quieres decir con que era tuyo? —preguntó Chawker Menor.

—Mi hijo que se ha quedado en casa ha trabajado bien mientras tú estabas fuera —dijo Viejo, con severa aprobación—. Ha diseñado un programa computarizado que ha preparado y producido tres nuevas moléculas aromáticas compatibles con la vida, y muy prometedoras. El Gran-Viejo Tomasz en persona ha querido probar una de las realizaciones de Mayor, esa misma que tú acabas de saborear, Pródigo-Menor-mío, y ha dado su aprobación.

—En realidad no dijo nada, Viejo-mío —dijo Chawker Mayor.

—Su expresión no necesitaba palabras —aseveró Dama.

—Eso está bien —aprobó Chawker Menor, contento de no ser ya el centro de la escena—. ¿Vas a presentarte a los Premios?

—Me ha pasado por la cabeza —dijo Chawker Mayor, aparentando indiferencia—. No con este..., lo llamo Luz Púrpura, por cierto..., sino que creo que voy a hacer algo distinto, algo más adecuado para la competición.

Chawker Menor frunció el ceño.

—Yo había pensado que...

—¿Sí?

—... que iba a poder relajarme y no pensar en nada. Vamos, Dama-mía, dame un bocado más de esa cosa de Mayor, y veamos lo que puedo deducir respecto a la estructura química de su Luz Púrpura.

3

Durante una semana, la atmósfera de fiesta en la casa Chawker continuó. Chawker Viejo era muy conocido en Gammer, y parecía que la mitad de los habitantes del mundo habían pasado ya por su Sección para saciar su curiosidad y comprobar con sus propios ojos que Chawker Menor había regresado sano y salvo. La mayoría hacían observaciones sobre su tez, y más de una mujer joven preguntó si podía tocarle la mejilla, como si el ligero bronceado fuera una capa de algo que se pudiera sentir bajo los dedos.

Chawker Menor permitía ese tocar con señorial complacencia, pese a que Dama desaprobaba aquellas peticiones y lo expresaba claramente.

El propio Gran-Viejo Tomasz acudió desde su refugio, tan regordete como un gammerano podía permitirse ser, y sin la menor señal que la edad o el pelo blanco hubieran mermado su talento. Era un Maestro Gustador como Gammer no había visto nunca, pese a la leyenda de Gran-Viejo Faron, hacía medio siglo. No había nada que entrara en contacto con la lengua de Tomasz que no se le abriera en todos sus detalles.

A Chawker Menor, que no sentía gran tendencia a infravalorar su propio talento, no le avergonzaba admitir que no se veía capaz de alcanzar la soberbia experiencia del viejo.

El Gran-Viejo, quien desde haría casi veinte años regía el festival anual de los

Premios a causa de la fuerza de su talento, preguntó inmediatamente acerca de los Otros Mundos, los cuales, por supuesto, nunca había visitado.

Fue indulgente, sin embargo, y sonrió a Dama Chawker.

—No tienes por qué temer, Dama —dijo—. La gente joven de estos días es curiosa. En mis tiempos nos contentábamos con alimentarnos de nuestro propio cilindro de saber, como dice el proverbio, pero estos son nuevos tiempos, y hay muchos que efectúan lo que ellos llaman el Gran Viaje. Quizá sea bueno. Ver los Otros Mundos..., frívolos, bañados por el Sol, eternamente curiosos, no gustativos, sin una tendencia hacia el sabor pero conformándose con ello..., todo eso hace que uno aprecie al hermano mayor, como dice el proverbio.

El Gran-Viejo Tomasz era el único gammerano al que Chawker Menor había oído hablar de Gammer como de «el hermano mayor», aunque uno podía encontrar a menudo esa cita en las videocasetes. Gammer había sido la tercera colonia fundada en la órbita lunar allá por los años pioneros del siglo XXI, pero las dos primeras, Alfer y Bayter, no habían resultado ecológicamente viables. Gammer sí.

Chawker Menor dijo, con táctica cautela:

—La gente de los Otros Mundos nunca se cansaba de decirme lo mucho que significa la experiencia de Gammer para todos los mundos que fueron fundados más tarde. Todos ellos aprendieron de Gammer, dicen.

El rostro de Tomasz se iluminó.

—Por supuesto. Por supuesto. Bien dicho.

Chawker Menor prosiguió, aún más cautelosamente:

—Y sin embargo, compréndelo, Gran-Viejo, su orgullo es tal que unos cuantos de ellos piensan que han mejorado el ejemplo de Gammer.

El Gran-Viejo Tomasz expelió fuertemente el aliento por la nariz («Nunca respire por la boca a menos que no puedas evitarlo —no dejaba de repetir una y otra vez—, porque eso insensibiliza la lengua del Gustador»), y miró fijamente a Chawker Menor con sus profundos ojos azules, que parecían más azules todavía debido a la névea blancura de las cejas que se arqueaban sobre ellos.

—¿Mejorado en qué sentido? ¿Sugirieron acaso alguna mejora específica?

Chawker Menor, sabiendo que se hallaba en situación delicada, y consciente del desagradable fruncimiento de cejas de Chawker Viejo, dijo suavemente:

—En asuntos que son importantes para ellos, supongo; no me considero buen juez para esas cosas.

—En asuntos que son importantes para ellos... ¿Has encontrado acaso algún mundo que sepa más acerca de química alimentaria que nosotros?

—¡No! Por supuesto que no, Gran-Viejo. Nadie se preocupa de esas cosas, por lo que pude ver. Todos ellos confían en nuestros hallazgos. Y lo admiten abiertamente.

El Gran-Viejo Tomasz dejó escapar un gruñido y dijo:

—Confían en nosotros para conocer los efectos primarios y secundarios de un centenar de miles de moléculas, y para estudiar, definir y analizar los efectos de un millar

más cada año. Confían en nosotros para resolver las necesidades dietéticas de elementos y vitaminas hasta la última sílaba. Más aún, confían en nosotros para elaborar el arte del gusto hasta sus últimas y más sutilmente evolucionadas consecuencias. ¿No es así?

—Sí, admiten todo eso sin la menor vacilación.

—¿Y dónde podrías encontrar unas computadoras más fiables y más complejas que las nuestras?

—En lo que a nuestro campo se refiere, en ninguna parte.

—¿Y de qué Básico se sirven? —Con humor, añadió—: ¿O acaso esperan la llegada de un joven gammerano para devorarlo?

—No, Gran-Viejo, tienen Básico. En todos los mundos que visité tenían Básico; y en todos los que no visité me dijeron que también tenían. Incluso en el mundo donde el Básico es considerado como algo destinado principalmente a las clases inferiores...

Tomasz enrojeció.

—¡Idiotas! —murmuró.

—Diferentes mundos, diferentes costumbres —dijo Chawker Menor, apresuradamente—. Pero incluso allí, Gran-Viejo, el Básico es popular, como algo necesario y conveniente, barato y alimenticio. Y han obtenido su Básico de nosotros. Todos ellos poseen unos cultivos de hongos traídos originalmente de Gammer.

—¿Qué tipo de cultivos?

—Cultivos A-Cinco —dijo Chawker Menor, como disculpándose—. Son los más resistentes, dicen, y los que necesitan menos energía.

—Y los más ordinarios —puntualizó Tomasz con satisfacción—. ¿Y qué aditivos aromáticos utilizan?

—Muy pocos —concedió Chawker Menor. Pensó durante unos instantes, y luego dijo—: Había, en Kapper, un lugar donde tenían un aditivo que era popular entre los kappanos y que tenía posibilidades... Sin embargo, estas no habían sido desarrolladas adecuadamente, y cuando distribuí unos cuantos bocados de los que Dama-mía me había enviado, se vieron obligados a admitir que eran con relación a los suyos lo mismo que es Gammer con relación a un pedrusco espacial.

—No me habías dicho eso —intervino Dama Chawker, quien hasta entonces no se había aventurado a hacer ningún comentario, por tratarse de una conversación que tenía al Gran-Viejo como uno de sus participantes—. ¿A los de los Otros Mundos les gustaron mis preparaciones?

—No se las di a probar todas —dijo Chawker Menor—. Me sentía demasiado egoísta para hacerlo. Pero les gustaron enormemente las pocas que les dejé probar, Dama-mía.

para estar a solas.

—¿Estuviste realmente en Kee? —preguntó Mayor.

Chawker Menor bajó la voz.

—Estuve. Sólo un par de días. Era demasiado caro para estar más tiempo.

—Seguro que a Viejo no le gustaría saber que estuviste allí ni siquiera dos días.

—No tengo intención de decírselo. ¿Y tú?

—No hagas preguntas estúpidas. Háblame de él.

Chawker Menor lo hizo, con semiembarazosos detalles, y finalmente dijo:

—El asunto es, Mayor, que a ellos no les parece mal. Ni siquiera piensan en ello. Eso me hace pensar que quizá no existan un auténtico bien y un auténtico mal. Lo que uno suele hacer es lo que está bien. Lo que uno no suele hacer es lo que está mal.

—Prueba a decirle eso a Viejo.

—Lo que él piensa está bien, y lo que está acostumbrado a hacer también está bien. Eso es algo que hay que admitir.

—¿Qué diferencia representa lo que yo admita? Viejo piensa que todo lo que está bien y todo lo que está mal fue escrito por los constructores de Gammer, y todo ello está en un libro del que solamente hay un ejemplar, que se halla en nuestro poder; de modo que los demás Otros Mundos están equivocados, para siempre. Hablo metafóricamente, por supuesto.

—Yo también creía eso, Mayor..., metafóricamente. Pero me sorprendió enormemente ver con cuánta calma se lo tomaban los de los Otros Mundos. Pude... verlos pacer.

Un espasmo de disgusto cruzó el rostro de Mayor.

—¿Pacer animales, quieres decir?

—No tenían el aspecto de animales cuando los pacían. Ese es el asunto.

—¿Los viste matar, y diseccionar, esas..., esas...?

—No —le atajó con rapidez—. Sólo los vi cuando todo había terminado. Lo que comían se parecía a algunos tipos de Básico, y olía como algunos tipos de Básico. Imagino que su sabor...

Chawker Mayor crispó el rostro en una expresión de extrema repulsión, y su hermano dijo, a la defensiva:

—Lo cierto es que el pacer vino primero, ya sabes. En la Tierra, quiero decir. Y es posible que cuando el Básico fue desarrollado en Gammer, fuera diseñado para imitar el sabor de los pastos.

—Prefiero no creer eso —dijo Chawker Mayor.

—Lo que tú prefieras no importa.

—Escucha. Me tiene sin cuidado que pazcan. Si alguna vez tienen la oportunidad de comer auténtico Básico..., no el Cultivo A-Cinco, sino los mejores hongos, como dice el proverbio..., y si disponen de nuestros sofisticados aditivos y no la mierda primitiva que utilizan, comerán siempre eso, y nunca más volverán a soñar en pacer. Si pueden comer lo que yo he logrado, y lo que lograré aún...

—¿Realmente vas a intentar ganar el Premio, Mayor? —dijo Chawker Menor con anhelo.

Chawker Mayor quedó unos momentos pensativo, luego dijo:

—Creo que sí, Menor. Realmente, creo que sí. Aunque no gane, finalmente venceré. El programa que he ideado es distinto. —Se iba excitando por momentos—. No es como cualquier otro de los programas de computadora que he visto o de los que he oído hablar. Y funciona. Todo está en... —De pronto se calló, y dijo, inquieto—: Espero, Menor, que no te importe el que no te cuente nada al respecto. No se lo he contado a nadie.

Chawker Menor se alzó de hombros.

—Sería una locura contárselo a alguien. Si realmente tienes un buen programa, puedes hacer fortuna con él; tú lo sabes. Mira al Gran-Viejo Tomasz. Deben haber transcurrido treinta y cinco años desde que desarrolló el Canto del Corredor, y aún no ha publicado su receta.

—Sí —dijo Chawker Mayor—, pero hay muchas suposiciones bastante aproximadas acerca de cómo lo logró. Y realmente, en mi opinión, no es...

Meneó dubitativo la cabeza, prefiriendo no decir nada por lo que pudiera ser acusado de lesa majestad.

—La razón para que te preguntara si ibas a intentar ganar el Premio... —dijo Chawker Menor.

—¿Sí?

—Es que yo también estaba pensando presentarme.

—¿Tú? Si aún no eres lo bastante mayor.

—Tengo veintidós años. ¿Quieres decir con eso?

—No sabes lo suficiente, Menor. ¿Cuándo has manejado tú una computadora?

—¿Qué importa eso? Una computadora no es la respuesta.

—¿No? ¿Qué, entonces?

—Las papilas gustativas.

—Siempre lo mismo: las papilas gustativas. Todos nos sabemos esa canción; como dice el proverbio, es como alcanzar el eje cero de un solo salto.

—Pero estoy hablando en serio, Mayor. Una computadora es tan sólo el punto de partida, ¿no? Todo termina en la lengua, no importa donde empieces.

—Y, por supuesto, un Maestro Gustador como tú puede conseguirlo.

Chawker Menor no estaba tan bronceado como para que no se le notara enrojecer.

—Quizá no un Maestro Gustador, pero sí un Gustador de todos modos, y tú lo sabes. Lo importante es que, habiendo permanecido lejos de casa durante un año, he aprendido a apreciar el buen Básico y todo lo que puede hacerse con él. He aprendido lo suficiente... Mira, Mayor, mi lengua es todo lo que tengo, y me gustaría devolver todo el dinero que Viejo y Dama han gastado conmigo. ¿Tienes alguna objeción que hacer a que yo participe? ¿Temes la competencia?

Chawker Mayor se envaró. Era más alto y más robusto que su hermano, y no parecía

demasiado amigable.

—No hay ninguna competencia que temer. Si deseas participar, hazlo, niño-Menor. Pero no me vengas llorando cuando termines avergonzado. Y te diré que a Viejo no le va a gustar que hagas esa exhibición gustativa de ti mismo, como dice el proverbio.

—Nadie está obligado a ganar. Y aunque no gane, finalmente venceré, como dice tu proverbio.

Y Chawker Menor se dio la vuelta y se fue. También él se sentía un poco malhumorado.

5

Finalmente, las cosas volvieron a su cauce. Todo el mundo parecía estar ya harto de los relatos de los Otros Mundos. Chawker Menor había descrito por quincuagésima vez a los animales vivientes que había visto, y había negado por centésima vez que hubiera visto matar a alguno de ellos. Había descrito las escenas de los campos de grano, e intentado explicar a qué se parecía la luz del Sol cuando brillaba sobre hombres y mujeres, edificios y campos, atravesando un aire que se había vuelto ligeramente azul y brumoso en la distancia. Había explicado por ducentésima vez que no, que no era en absoluto como el efecto de la luz solar sobre los miradores externos de Gammer (que por otra parte casi nadie visitaba).

Y ahora que todo había pasado, casi echaba de menos el que le pararan en los corredores. Ya no le desagradaba ser una celebridad. Tenía una sensación como de pérdida mientras rebobinaba el librofilm que ya estaba cansado de ver e intentaba no irritarse con Dama.

—¿Qué es lo que ocurre, Dama-mía? —dijo—. No has sonreído en todo el día.

Su madre alzó la vista hacia él, pensativa.

—Es inquietante ver la disensión entre Mayor y Menor.

—Oh, vamos.

Chawker Menor se puso irritadamente en pie y se dirigió hacia el renovador de aire. Era un día-jazmín, y le encantaba el olor; como siempre, automáticamente, se preguntaba cómo podría mejorarlo. Era muy débil, por supuesto, ya que todo el mundo sabía que los olores florales intensos embotaban el paladar.

—No ocurre nada, Dama —dijo—. Simplemente estoy intentando concurrir al Premio. Es un derecho libre de todo gammerano de más de veintiún años.

—Pero no es de buen gusto competir con tu propio hermano.

—¡Buen gusto! ¿Por qué no? Yo compito con todos. Él también. Es tan sólo un asunto de detalle el que compitamos el uno contra el otro. ¿Por qué no tienes en cuenta que él está compitiendo también conmigo?

—Es tres años mayor que tú, Menor-mío.

—Y quizá gane, Dama-mía. Él tiene la computadora. ¿Te ha pedido Mayor que me

pidas que abandone?

—No, no lo ha hecho. No pienses así de tu hermano.

Dama dijo eso con tono sincero, pero evitó sus ojos.

—Bien —dijo Chawker Menor—, entonces ha venido a lamentarse contigo, y tú has sabido lo que quería sin que él haya tenido que decírtelo. Y todo eso porque me he clasificado en la primera eliminatoria y él no esperaba que lo consiguiera.

—Cualquiera puede clasificarse —dijo la voz de Chawker Mayor desde el umbral. Chawker Menor se volvió.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué te preocupas? ¿Y por qué un centenar de personas no consiguieron clasificarse?

—Lo que decidan algunos mentecatos de poco paladar significa muy poco, Menor —dijo Chawker Mayor—. Espera a llegar ante el tribunal.

—Puesto que tú también te has clasificado, Mayor, no tienes necesidad de decirme cuán poca importancia tiene el que algunos mentecatos de poco paladar...

—Jóvenes-míos —dijo Dama secamente—, ya basta. Quizá debemos recordar lo poco habitual que resulta que el Mayor y el Menor de una misma unidad se clasifiquen.

Ninguno de los dos se atrevió a romper el silencio en presencia de Dama durante un rato..., pero sus fruncidos ceños eran lo bastante elocuentes.

6

A medida que pasaban los días, Chawker Menor se daba cuenta que cada vez iba sumergiéndose más en la tarea de preparar la muestra definitiva de Básico aromatizado que, según le dijeran sus papilas gustativas y olfatorias, debía ser algo completamente distinto a cualquier otra cosa que una lengua gammerana hubiera paladeado.

Fue incluso a visitar los propios tanques de Básico, donde los deliciosos hongos casi insípidos crecían en las hediondas extensiones y se multiplicaban a una velocidad extraordinaria, bajo condiciones cuidadosamente idealizadas, en tres docenas de cultivos básicos distintos, cada uno de ellos con sus variantes.

(El Maestro Gustador, probando directamente el Básico sin aromatizar —los hongos inalterados, como decía el proverbio—, era capaz de indicar su origen, señalando sección y corredor. El Gran-Viejo Tomasz había afirmado públicamente más de una vez que era capaz de indicar el propio tanque de origen y, a veces, hasta la parte del tanque, aunque nunca se había sometido a dicha prueba).

Chawker Menor no pretendía ser tan experto como Tomasz, pero lamió, paladeó, mordisqueó y chupó hasta decidir el exacto cultivo y variedad que deseaba, el que mejor pudiera combinar con los ingredientes que mezclaba en su mente. Un buen Gustador, decía el Gran-Viejo Tomasz, podía combinar ingredientes mentalmente, y probar la mezcla con su simple imaginación. En lo que a Tomasz se refería, podía tratarse de una mera afirmación, pero Chawker Menor se la había tomado en serio, y estaba seguro que

él podía conseguirlo.

Había alquilado un espacio en las cocinas (otro gasto para el pobre Viejo, aunque Chawker Menor estaba haciendo las cosas con mucho menos de lo que Mayor había pedido).

No se lamentaba de tener menos cosas a su disposición, puesto que, habiendo dejado de lado las computadoras, no necesitaba mucho. Picadoras, batidoras, calentadores, coladores y todos los demás utensilios de cocina ocupaban poco espacio. Además, disponía de una excelente campana extractora para enmascarar y eliminar todos los olores. (Todo el mundo conocía los horribles relatos de los Gustadores que habían dejado escapar un solo atisbo de olor y luego habían descubierto que su mezcla creativa era del dominio público antes que hubieran podido presentarla al tribunal. Como Dama decía muy bien, robar el producto de otra persona no era de buen gusto, pero ocurría, y no había recurso legal contra ello).

La señal luminosa destelló, con un código muy conocido. Se trataba de Chawker Viejo. Chawker Menor sintió el mismo estremecimiento de culpabilidad que había sentido de niño, cuando fue descubierto robando bocados de Básico reservados a los invitados.

—Un momento, Viejo-mío —exclamó.

Y en un arrebato de frenética actividad, puso la campana extractora a toda potencia, retiró los ingredientes de encima de la mesa de trabajo y los metió en cajones, y luego salió, cerrando rápidamente la puerta tras de sí.

—Lo siento, Viejo-mío —dijo, aparentando desenvoltura—, pero ya sabes que la Gustomancia es lo primero.

—Comprendo —dijo Viejo rígidamente, aunque las aletas de su nariz se habían agitado por un momento, como si desearan captar algún aroma fugitivo—, pero estos últimos tiempos casi nunca estás en casa, no más que cuando estabas perdiendo el tiempo por el espacio, y me veo en la obligación de venir aquí para hablar contigo.

—No hay ningún problema, Viejo. Vayamos al salón.

El salón no estaba muy lejos y, afortunadamente, se hallaba vacío. La atenta mirada de Viejo hacia uno y otro lado reveló que el hecho que este estuviera vacío era afortunado para él, y Chawker Menor suspiró inaudiblemente. Sabía que iba a ser amonestado.

Finalmente, Viejo dijo:

—Menor, eres mi hijo, y cumpliré con mi deber para contigo. Sin embargo, mi deber no consiste más que en pagar tus gastos y ver que tengas un justo principio en la vida. También tengo la obligación de reñirte, si se presenta el caso. Como dice el proverbio, quien desea un buen Básico no debe escatimar los desechos.

Chawker bajó los ojos. Él, junto con su hermano, se hallaba entre los treinta que se habían clasificado para la final del Premio, a celebrar dentro de una semana, y rumores no oficiales decían que Chawker Menor había conseguido una puntuación ligeramente más alta que la de Chawker Mayor.

—Viejo —dijo Chawker Menor—, ¿vas a pedirme que haga menos de lo que puedo

hacer, en bien de mi hermano?

Los ojos de Chawker Viejo parpadearon en un momento de desconcierto, y Chawker Menor cerró fuertemente la boca. Había ido en una dirección equivocada.

—No te pido que hagas menos de lo que puedes hacer —dijo Viejo—, sino más de lo que estás haciendo. Piensa en la vergüenza que nos infligiste con tu pequeño asunto con Stens Mayor la semana pasada.

Por un momento, Chawker Menor tuvo dificultad en recordar a qué se refería su padre. No había hecho nada en absoluto con Stens Mayor..., una muchacha más bien tonta con la cual se contentaba con intercambiar algunas breves palabras, no muchas.

—¿Stens Mayor? ¿Vergüenza? No entiendo nada.

—No digas que no recuerdas lo que dijiste. Stens Mayor se lo repitió a su Viejo y a su Dama, buenos amigos de nuestra familia, y ahora es la habladora de toda la Sección. ¿Qué te ocurrió, Menor, para atacar así las tradiciones de Gammer?

—No hice nada de eso. Ella me preguntó sobre mi Gran Viaje, y no le conté más de lo que les conté a los trescientos anteriores.

—¿No le dijiste acaso que debería permitirse que las mujeres pudieran efectuar también el Gran Viaje?

—Ah, eso.

—Sí. Eso.

—Pero, Viejo, lo que le dije fue que si ella pudiera efectuar por sí misma el Gran Viaje, no tendría necesidad de hacer preguntas. Y cuando ella se mostró impresionada ante tal sugerencia, le dije que, en mi opinión, cuantos más gammeranos vieran los Otros Mundos, mejor sería para todos nosotros. En mi opinión, formamos una sociedad demasiado cerrada, y no soy el primero que lo dice, Viejo.

—Sí, he oído hablar de radicales que dicen eso, pero no en nuestra Sección, y por supuesto no en nuestra familia. Hemos tenido que soportar mucho más que los Otros Mundos; tenemos una sociedad más estable y adaptada; no tenemos sus problemas. ¿Existe el crimen entre nosotros? ¿Existe la corrupción entre nosotros?

—Pero, Viejo, eso es al precio de la inmovilidad y de la muerte en vida. Estamos tan atados aquí, tan encerrados...

—¿Qué pueden enseñarnos esos Otros Mundos? ¿No te sentiste tú feliz de regresar a las cerradas y confortables Secciones de Gammer, con sus corredores iluminados por la dorada luz de nuestra propia energía?

—Sí..., pero, ¿sabes?, también me siento despojado. Hay tantas cosas en los Otros Mundos a las que me gustaría poder acostumbrarme...

—¿Puedes decirme exactamente cuáles, loco-Menor-mío?

Chawker Menor se mordió los labios a fin de no dejar escapar las palabras. Tras una pausa, dijo:

—¿Por qué simplemente hacer afirmaciones? Cuando pueda probar que en este o en aquel punto en particular los Otros Mundos son superiores a Gammer, te presentaré la prueba. Hasta entonces, ¿de qué sirve hablar?

—Hasta ahora no has hecho otra cosa que hablar neciamente, Menor, y eso te ha acarreado tan poco bien que podemos decir que lo único que ha conseguido ha sido perjudicarte... Menor, si te queda algo de respeto hacia mí tras tu Gran Viaje, que Dama-tuya te autorizó pese a mi voluntad, Gammer lo sabe, o si tienes algo de consideración hacia el hecho que sigo sin negarte nada que mi crédito pueda conseguirte, entonces mantendrás la boca cerrada a partir de ahora. No creas que voy a dudar en echarle de nosotros si sigues avergonzándonos. Entonces podrás continuar tu Gran Viaje durante tanto tiempo como la Órbita permanezca... Y dejarás de ser mi hijo.

—Como tú digas, Viejo-mío —dijo Chawker Menor en voz baja—. A partir de este momento, a menos que tenga pruebas, no diré nada.

—Puesto que nunca vas a conseguir pruebas —sentenció Viejo hoscamente—, me sentiré satisfecho con que mantengas tu palabra.

7

Las Finales anuales eran la principal ocasión de fiesta, el mayor acontecimiento social, la mayor excitación de todo tipo en el transcurso del año. Cada uno de los treinta platos de sofisticadamente aromatizado Básico estaban ya preparados. Cada uno de los treinta jueces probaría cada plato a intervalos lo bastante espaciados para permitirles restablecer su paladar. Eso llevaría todo el día.

Honestamente, los gammeranos tenían que admitir que los casi cien vencedores que a lo largo del tiempo habían ganado su premio y el derecho a figurar en la historia de Gammer no habían presentado todos ellos platos que luego hubieran entrado a formar parte del Gran Menú como clásicos. Algunos habían sido olvidados, y otros eran ahora considerados como vulgares. Por otra parte, al menos dos de los favoritos de Gammer de todos los tiempos, combinaciones que habían sido preferidas en los restaurantes y hogares durante dos décadas, habían sido eliminados en los años en que se habían presentado a la competición. Terciopelo Negro, cuya sorprendente combinación de chocolate caliente y brotes de cerezo lo habían convertido en el dulce más apreciado, ni siquiera había conseguido llegar a las Finales.

Chawker Menor no tenía ninguna duda acerca del resultado. Se sentía tan confiado que se hallaba en constante peligro de aburrirse. No dejaba de observar los rostros de los jueces cada vez que uno de ellos tomaba un bocado de uno de los platos y lo colocaba sobre su lengua. Había una cuidadosa inexpresividad en sus rostros, un entrecerrar de sus párpados. Ningún auténtico juez permitiría jamás una expresión de sorpresa o dejaría que un suspiro de satisfacción escapara de entre sus labios..., como tampoco una mueca de desdén. Simplemente, anotaban sus puntuaciones en las pequeñas tarjetas computarizadas que llevaban consigo.

Chawker Menor se preguntó si les resultaría posible contener su satisfacción cuando probaran el suyo. Durante la semana pasada, su mezcla había ido creciendo en

perfección, había alcanzado una cima de perfección gustativa que ya no podía ser superada, no podía...

—¿Contando tus puntos? —le susurró Chawker Mayor al oído.

Chawker Menor se sobresaltó, y se volvió rápidamente. Chawker Mayor iba vestido enteramente de ceremonia, y brillaba con esplendor.

—Vamos, Mayor-mío —dijo Chawker Menor—, te deseo lo mejor. Realmente te lo deseo. Me gustaría que te situaras tan alto como sea posible.

—El segundo lugar, si tú ganas, ¿no es eso?

—¿Rechazarías el segundo lugar si yo ganara?

—No puedes ganar. He comprobado algo. Conozco cuál es tu cultivo de Básico; conozco tus ingredientes...

—¿Y has tenido tiempo para dedicarlo a tu propio trabajo, además de dedicarte a hacer de detective?

—No te preocupes por mí. No me ha llevado mucho tiempo comprobar que no existe ninguna forma en que puedas haber combinado tus ingredientes para conseguir algo de valor.

—Lo comprobaste con tu computadora, supongo.

—Así fue.

—Entonces, ¿cómo he llegado hasta las Finales, me pregunto? Quizá no sepas todo lo que hay que saber acerca de mis ingredientes. Mira, Mayor, el número de combinaciones efectivas incluso de unos pocos ingredientes es astronómico, si consideras las distintas proporciones posibles, los posibles tratamientos antes y después de la mezcla, el orden de esa mezcla, y...

—No necesito tu conferencia, Menor.

—Entonces ya sabes que ninguna computadora de las existentes ha sido programada con la complejidad de una lengua hábil. Escucha, puedes añadir algunos ingredientes en proporciones tan pequeñas que no sean detectables para las papilas gustativas, pero que sin embargo añadan un toque de sabor que represente un cambio notable.

—¿Te enseñaron todo eso en los Otros Mundos, jovencito?

—Lo aprendí por mí mismo.

Y Chawker Menor se apartó antes de verse obligado a hablar más de la cuenta.

No había la menor duda que este año, como en gran número de años anteriores, el Gran-Viejo Tomasz tenía al Comité Juzgador en la punta de la lengua, como dice el proverbio.

Miró hacia ambos lados de la larga mesa en la que los jueces habían tomado asiento por orden de prioridad, con el propio Tomasz exactamente en el centro. Los datos habían sido introducidos en la computadora; el resultado había sido establecido. Reinaba

un silencio absoluto en la habitación donde los participantes, sus amigos y sus familias permanecían sentados, aguardando la gloria y, a falta de esta, al menos el consuelo de poder probar las muestras de los concursantes.

El resto de Gammer, posiblemente sin excepción, contemplaba la celebración por holovideo. Después de todo, los platos concursantes serían repetidos una y otra vez a lo largo de toda una semana de festejos para que todo el mundo pudiera probarlos, y aunque la opinión general no siempre coincidía con la de los jueces, eso no afectaba en absoluto a la concesión del premio.

—No recuerdo ningún Premio en el cual no hayan surgido pequeñas dudas acerca de la decisión de la computadora, o de la aceptación general del fallo —dijo Tomasz.

Hubo un asentimiento general de cabezas, y sonrisas y miradas de satisfacción.

Chawker Menor pensó: «Parecen sinceros, como si estuvieran totalmente de acuerdo con el Gran-Viejo; así que debo haber ganado yo».

—Este año —prosiguió Tomasz— he tenido el privilegio de paladear un plato más sutil, más tentador, más ambrosiaco que cualquier otro plato que haya probado nunca, en todos mis años y experiencia. Es el mejor. No puedo imaginar que jamás sea superado.

Alzó en su mano las tarjetas de la computadora.

—El vencedor lo es por unanimidad, y la computadora ha sido necesaria únicamente para determinar el orden de los finalistas. El vencedor es... —Hizo una ligera pausa efectista y luego, para absoluta sorpresa de todo el mundo menos el ganador, declaró—: Chawker Menor, por su plato titulado Montaña Encapuchada. Joven...

Chawker Menor avanzó en busca de la cinta, la placa, el reconocimiento, los apretones de manos, las filmaciones, las sonrisas, y los demás participantes recibieron sus números de la lista. Chawker Mayor quedó en quinto lugar.

9

El Gran-Viejo Tomasz fue en busca de Chawker Menor al cabo de un rato y tomó al joven del brazo.

—Bien, Chawker Menor, este es un maravilloso día para ti y para todos nosotros. No estoy exagerando. Tu plato fue el mejor que jamás haya paladeado..., y sin embargo me has dejado curioso e intrigado. He identificado todos los ingredientes, pero no existe ninguna forma en que su combinación pueda producir lo que ha producido. ¿Te importaría compartir tu secreto conmigo? No te lo reprocharé si te niegas, pero ante el caso de un logro tan impresionante por parte de una persona tan joven, ante...

—No me importa decírselo, Gran-Viejo. Pretendo decírselo a todo el mundo. Le dije a mi Viejo que no diría nada hasta que tuviera pruebas. ¡Usted ha proporcionado esas pruebas!

—¿Qué? —dijo Tomasz, desconcertado—. ¿Qué pruebas?

—En realidad, la idea del plato se me ocurrió en los Otros Mundos, en Kapper, por lo cual lo he llamado precisamente Montaña Encapuchada, a manera de tributo. Utilicé ingredientes normales, Gran-Viejo, cuidadosamente mezclados, todos excepto uno. Supongo que detectó usted el Jardín Perfumado.

—Sí, lo hice, pero había una ligera modificación en él, creo, que no pude captar. ¿Cómo pudo el Otro Mundo que has mencionado afectar las cosas?

—Porque no se trata de Jardín Perfumado, Gran-Viejo, no el químico. Utilicé una complicada mezcla para obtener el Jardín Perfumado, una mezcla de cuya naturaleza no puedo estar completamente seguro.

Tomasz frunció el ceño, sorprendido.

—¿Quieres decir entonces que no puedes reproducir ese plato?

—Puedo reproducirlo; esté tranquilo al respecto, Gran-Viejo. El ingrediente al cual me refiero es el ajo.

—Esa es tan sólo la denominación vulgar de la Montaña Perfumada —dijo Tomasz impacientemente.

—No la Montaña Perfumada. Así es como se denomina a la mezcla química. Yo estoy hablando del bulbo de la planta.

Los ojos del Gran-Viejo Tomasz se abrieron tan enormemente como su boca.

Entusiasta, Chawker Menor prosiguió:

—Ninguna mezcla puede reproducir la complejidad de un producto crecido de la tierra, Gran-Viejo, y en Kapper han conseguido una variedad particularmente delicada, que utilizan en su Básico. Lo utilizan incorrectamente, sin apreciar en nada su potencialidad. Comprendí de inmediato que un auténtico gammerano podía hacerlo infinitamente mejor, así que regresé trayéndome un cierto número de bulbos, y los utilicé para lograr una mayor perfección. Usted ha dicho que era el mejor plato de Básico que se había llevado a la lengua, y no existe mejor prueba de lo valioso que puede resultar el abrir nuestra sociedad...

Pero finalmente se interrumpió, y se quedó mirando a Tomasz con sorpresa y alarma. Tomasz se estaba echando rápidamente hacia atrás. Con voz entrecortada, dijo:

—Un producto... del suelo... He comido...

El Gran-Viejo había alardeado a menudo que la firmeza de su estómago era tal que jamás había vomitado, ni siquiera en su infancia. Y por supuesto nadie había vomitado nunca en el Gran Salón de los Juicios. El Gran-Viejo sentó ahora un precedente en ambos sentidos.

Chawker Menor no se recobró. No se recobraría nunca. Si era el exilio lo que Chawker Viejo había sentenciado para él, que lo fuera. Jamás regresaría.

Viejo no había acudido a verle partir. Y tampoco Mayor, por supuesto. No

importaba; Chawker Menor se juró a sí mismo que se saldría de aquello como fuera, sin su ayuda, aunque eso significara trabajar en Kapper como cocinero.

Dama estaba allí, sin embargo, la única en todo el campo para verle marchar; la única que había tenido el valor de aceptar a la no persona en que se había convertido. Temblaba y parecía angustiada, y Chawker Menor se sintió impulsado por un deseo desesperado de justificarse.

—Dama-mía —dijo, en un acceso de autocompasión—, ¡esto es injusto! Fue el mejor plato que jamás se haya hecho en Gammer. El propio Gran-Viejo lo dijo. El mejor. El hecho que yo hubiera rallado un bulbo en él no significa que el plato fuera malo; significa que el bulbo era bueno. ¿No lo entiendes? Mira..., debo subir a la nave. Dime que lo entiendes. ¿No comprendes que eso significa que podemos convertirnos en una sociedad abierta, aprender de los demás al mismo tiempo que les enseñamos, y que de otro modo languideceremos?

La plataforma empezó a elevarlo hacia la entrada de la nave. Ella le miraba tristemente, como si supiera que nunca iba a volver a verle.

Llegó arriba, se sujetó a la barandilla.

—¿Qué es lo que hice mal, Dama-mía?

Y ella, en voz baja y aturdida, dijo:

—¿Acaso no comprendes, Menor-mío, que lo que hiciste no fue de buen...?

El sonido de la puerta de la nave abriéndose ahogó la última palabra, y Chawker Menor entró y dejó la vista de Gammer atrás para siempre.

No todo lo que yo hago funciona bien. En junio de 1978 se me ocurrió escribir una historia irónica del mundo por medio de una serie de escenas divertidas, sobre todo porque se me había ocurrido lo que me parecía una escena realmente divertida para empezar.

Desgraciadamente, la escena divertida que se me había ocurrido como inicio de la serie resultó ser la única escena divertida que fui capaz de desarrollar. Así que abandoné el proyecto. Titulé esa escena inicial del libro que jamás iba a ver la luz. Como ocurrió, se la ofrecí a George Scithers, y apareció en el número de primavera de 1979 de Asfam.

CÓMO OCURRIÓ

Mi hermano empezó a dictar en su mejor estilo oratorio, ese que hace que las tribus se queden aleladas ante sus palabras.

—En el principio —dijo—, exactamente hace quince mil doscientos millones de años, hubo una gran explosión, y el Universo...

Pero yo había dejado de escribir.

—¿Hace quince mil doscientos millones de años? —pregunté, incrédulo.

—Exactamente —dijo—. Estoy inspirado.

—No pongo en duda tu inspiración —aseguré. (Era mejor que no lo hiciera. Él es tres años más joven que yo, pero jamás he intentado poner en duda su inspiración. Nadie más lo hace tampoco, o de otro modo las cosas se ponen feas.)—. Pero ¿vas a contar la historia de la Creación a lo largo de un período de más de quince mil millones de años?

—Tengo que hacerlo. Ese es el tiempo que llevó. Lo tengo todo aquí dentro —dijo, palmeándose la frente—, y procede de la más alta autoridad.

Para entonces yo había dejado la pluma sobre la mesa.

—¿Sabes cuál es el precio del papiro? —dije.

—¿Qué?

(Puede que esté inspirado, pero he notado con frecuencia que su inspiración no incluye asuntos tan sórdidos como el precio del papiro).

—Supongamos que describes un millón de años de acontecimientos en cada rollo de papiro. Eso significa que vas a tener que llenar quince mil rollos. Tendrás que hablar mucho para llenarlos, y sabes que empiezas a tartamudear al poco rato. Yo tendré que escribir lo bastante como para llenarlos, y los dedos se me acabarán cayendo. Además, aunque podamos comprar todo ese papiro, y tú tengas la voz y yo la fuerza suficiente, ¿quién va a copiarlo? Debemos tener garantizados un centenar de ejemplares antes de poder publicarlo, y en esas condiciones, ¿cómo vamos a obtener derechos de autor?

Mi hermano pensó durante un rato. Luego dijo:

—¿Crees que deberíamos acortarlo un poco?

—Mucho —puntalicé, si esperas llegar al gran público.

—¿Qué te parecen cien años?

—¿Qué te parecen seis días?

—No puedes comprimir la Creación en sólo seis días —dijo, horrorizado.

—Ese es todo el papiro del que dispongo —le aseguré—. Bien, ¿qué dices?

—Oh, está bien —concedió, y empezó a dictar de nuevo—. En el principio... ¿De

veras deben ser sólo seis días, Aarón?

—Seis días, Moisés —dije firmemente.

En los años cincuenta, la revista líder en el campo de la ciencia ficción era Galaxy Science Fiction, que estaba dirigida por Horace L. Gold. Además, pagaba a sus autores mucho más que Astounding Science Fiction. Sin embargo, Gold era un individuo acerbo, y sus rechazos eran crueles. De modo que finalmente llegué a la conclusión que ya no quería seguir enfrentándome a esos rechazos, y dejé de escribir para él.

En marzo de 1957, sin embargo, me pidió que volviera a intentarlo, y me prometió rechazar mis escritos, si tenía que hacerlo, con una razonable educación. Pensé que podía volver a intentarlo, puesto que, excepto por sus rechazos, Horace me caía bien. El resultado fue A las ideas les cuesta morir, y no la rechazó. Fue publicada en el número de octubre de 1957 de Galaxy.

Ha pasado un cuarto de siglo desde entonces. ¿Por qué la historia no ha aparecido hasta ahora en ninguna de mis recopilaciones? En mi opinión, no se trata de una mala historia.

Sin embargo, se halla desfasada. Normalmente soy cuidadoso al escribir mis historias, a fin que les resulte muy difícil atravesarse en el camino del desarrollo de la ciencia, pero esta vez fracasé. En 1957, todo el mundo hablaba de ir a la Luna, pero nadie había puesto todavía ni siquiera un satélite en órbita. Así que me sentí seguro escribiendo una historia acerca de ir a la Luna. Supuse que los acontecimientos no me superarían demasiado rápidamente..., pero lo hicieron. En muy pocos años, no sólo había satélites orbitando la Tierra, sino que una sonda lunar había rodeado nuestro satélite y fotografiado la cara oculta de la Luna.

Ahora, sin embargo, tengo la impresión de poder seguir viviendo incluso sintiéndome desfasado, valiéndome de ello como de una experiencia educativa. He aquí un ejemplo de lo que en 1957 me parecía una idea ingeniosa; podrán ustedes ver por sí mismos cómo la ciencia puede pasar por delante incluso de la imaginación más cultivada.

☞ LAS IDEAS LES CUESTA MORIR

Los ataron contra la aceleración del despegue, rodearon sus ingeniosamente diseñados asientos con líquido, y fortalecieron sus cuerpos con medicamentos.

Luego, cuando llegó el momento de retirar las correas, se encontraron con apenas un poco más de espacio que antes.

Las simples y ligeras ropas que llevaban les daban una ilusión de libertad, pero tan sólo una ilusión. Podían mover libremente los brazos, pero las piernas sólo hasta un punto limitado. Solamente podían extender por completo una, no las dos a la vez.

Podían variar su posición medio reclinándose a la derecha o a la izquierda, pero no podían abandonar sus asientos. Los asientos eran todo lo que tenían. Podían comer, dormir, ocuparse de sus necesidades corporales de forma más o menos adecuada mientras permanecieran sentados allí, y sentados allí debían permanecer.

Durante una semana (un poco más, en realidad), estaban condenados a una tumba. En aquel momento, no importaba que la tumba estuviera rodeada por todo el espacio.

La aceleración había sido superada y había desaparecido. Ahora habían iniciado el silencioso y uniforme trayecto a través del espacio que separaba la Tierra de la Luna, y ese era el gran horror.

—¿De qué vamos a hablar? —preguntó Bruce G. Davis, Jr., sordamente.

—No lo sé —repuso Marvin Oldbury.

De nuevo reinó el silencio.

No eran amigos. Hasta haría muy poco ni siquiera se conocían. Pero estaban aprisionados juntos. Los dos se habían presentado voluntarios. Los dos habían cumplido todos los requisitos. Eran solteros, inteligentes, y gozaban de buena salud.

Además, los dos se habían sometido durante meses a una intensa psicoterapia.

Y el gran consejo de los psiquiatras había sido: «¡Hablen!».

—Hablen constantemente, si es necesario —les habían dicho—. No dejen que la sensación de estar solos les invada.

—¿Cómo pueden saberlo? —dijo Oldbury.

Era el más alto y delgado de los dos, fuerte y de rostro cuadrado. Tenía un mechón de pelo justo encima del puente de la nariz, que formaba una especie de coma entre sus dos negras cejas.

Davis tenía el cabello color arena y era pecoso, con una sonrisa tenaz y unas ligeras sombras debajo de los ojos. Quizá eran esas sombras lo que daba a sus ojos una expresión agorera.

—¿Cómo pueden saber el qué, y quiénes?

—Los psiquiatras. Dicen que hablemos. ¿Cómo pueden saber que eso nos hará algún bien?

—¿Y a quién le importa? —dijo Davis secamente—. Esto es tan sólo un experimento. Si no funciona, le dirán a la siguiente pareja: «Ni una palabra».

Oldbury estiró los brazos, y sus dedos tocaron la gran semiesfera de dispositivos de información que les rodeaba. Podían accionar los controles, manejar el equipo acondicionador del aire, atenzar los tubos de plástico de los que chupar la blanda mezcla nutritiva, activar con el codo la unidad de expulsión de desechos, y rozar los diales que controlaban el videoscopio.

Todo aquello estaba bañado por el suave resplandor de las luces, que eran alimentadas por la electricidad de las baterías solares, expuestas en el casco de la nave a una luz solar que nunca fallaba.

Menos mal que habían decidido conferirle una rotación a la nave, pensó Oldbury. Producía una fuerza centrífuga que lo empujaba contra su asiento, dándole así una sensación de peso. Sin ese toque de gravedad para hacerle sentir como en la Tierra, las cosas hubieran sido realmente malas.

Sin embargo, hubieran podido reservar un poco más de espacio dentro de la nave, ahorrándolo de las necesidades del equipo, y así los dos hombres no habrían quedado tan encajonados.

Trasladó el pensamiento a palabras y dijo:

—Podían habernos dejado un poco más de espacio.

—¿Para qué? —preguntó Davis.

—Para poder ponernos de pie.

Davis gruñó. Era realmente toda la respuesta que podía dar.

—¿Por qué te presentaste voluntario? —dijo Oldbury.

—Eso hubieras debido preguntármelo antes de partir. Entonces lo sabía. Iba a ser uno de los primeros hombres que dieran la vuelta a la Luna y regresaran. Iba a ser un gran héroe a mis veinticinco años. Colón y yo, ya sabes. —Volvió inquieto la cabeza a uno y otro lado, luego dio un par de chupadas al tubo del agua. Prosiguió diciendo—: Sin embargo, pese a todo eso, me he pasado los dos últimos meses intentando echarme atrás. Cada noche me iba a la cama sudando, jurándome a mí mismo que renunciaría a la mañana siguiente.

—Pero no lo hiciste.

—No, no lo hice. Porque no podía. Porque era demasiado cobarde para admitir que era un cobarde. Incluso mientras me ataban a esta silla, estaba dispuesto a ponerme a gritar: «¡No! ¡Busquen a algún otro!». Pero no pude hacerlo, ni siquiera entonces.

Oldbury sonrió.

—Yo ni siquiera pensaba decírselos —comentó—. Escribí una carta comunicándoles que no iba a hacerlo. Pensaba echarla al correo y desaparecer en el desierto. ¿Sabes dónde está ahora esa carta?

—¿Dónde?

—En el bolsillo de mi camisa. Aquí.

—No importa —dijo Davis—. Cuando volvamos, seremos unos héroes..., unos grandes, famosos y temblorosos héroes.

Lars Nilsson era un hombre pálido de ojos tristes, con nudillos prominentes y delgados dedos. Era el director civil del Proyecto Espacio Profundo desde hacía tres años. Había gozado con el trabajo, incluso con la tensión y los fracasos..., hasta ahora. Hasta el momento en que dos hombres habían sido finalmente atados a sus puestos dentro de la máquina.

—Me siento como un vivisector —dijo.

El doctor Godfrey Mayer, que dirigía el grupo de psicólogos, mostró una expresión apenada.

—Hay que arriesgar tanto hombres como naves. Hemos hecho todo lo que hemos podido para prepararlos y protegerlos, hasta los límites de lo humanamente realizable. Después de todo, esos hombres son voluntarios.

—Lo sé —dijo Nilsson apagadamente.

El hecho no le consoló en lo más mínimo.

Observando los controles, Oldbury se preguntó cuándo —si alguna vez llegaba a ocurrir—, alguno de los diales iba a exhibir el color rojo indicativo de peligro, en qué momento empezaría a sonar una sirena de alarma.

Les habían asegurado que, con toda probabilidad, nada de aquello iba a ocurrir, pero los dos habían sido entrenados de manera precisa en la forma exacta de ajustar, manualmente, cada uno de los controles.

Y con razón. La automatización había avanzado hasta tal punto que la nave era un organismo que se regulaba a sí mismo, casi como algo vivo. Sin embargo, en tres ocasiones había sido enviada una nave no tripulada, casi tan complicada como aquella en cuyo interior se hallaban sepultados ahora, a recorrer una trayectoria de bumerán en torno a la Luna, y ninguna de las tres naves había regresado.

Además, en cada ocasión, los aparatos de información que transmitían los datos de vuelta a la Tierra habían fallado antes incluso de alcanzar la órbita de la Luna en el camino de ida.

La opinión pública estaba impaciente, y los hombres que trabajaban en el Proyecto Espacio Profundo habían decidido no aguardar al éxito de un vehículo no tripulado antes de arriesgar vidas humanas. Se decidió que era necesario un vehículo tripulado a fin que pudieran introducirse correcciones manuales para compensar los pequeños fallos acumulativos de la imperfecta automatización.

Una tripulación de dos hombres... Temían por la cordura de un hombre solo.

—¡Davis! —llamó Oldbury—. ¡Eh, Davis!

Davis salió de un introvertido silencio.

—¿Qué?

—Echemos un vistazo al aspecto que tiene la Tierra.

—¿Por qué? —quiso saber Davis.

—¿Por qué no? Estamos aquí afuera. Al menos, gocemos de la vista.

Se reclinó hacia atrás. El videoscopio era un ejemplo de automatización. El impacto de las radiaciones de onda corta le daban opacidad. El Sol no podía verse a su través bajo ninguna circunstancia. En vez de ello, el videoscopio se orientaba de modo automático hacia la fuente de iluminación más brillante del espacio, compensando, mientras lo haría, todos los movimientos propios de la nave, como habían explicado repetidamente los ingenieros. Pequeñas células fotoeléctricas localizadas en los cuatro lados de la nave giraban incansablemente, rastreando el cielo. Y si el foco de iluminación más brillante no era el deseado, siempre podía recurrirse al control manual.

Davis accionó el contacto, y el videoscopio se iluminó. Apagó las luces artificiales del cubículo, y la vista ofrecida por el videoscopio ganó en brillo contra el contraste de la oscuridad.

No era un globo, por supuesto, con continentes en él. Lo que vieron fue una brumosa mezcla de blanco y verde azulado que llenaba la pantalla.

El dial que medía la distancia a la Tierra, determinando el valor de la constante gravitatoria, les situó a algo menos de cincuenta mil kilómetros.

—Buscaré el borde —dijo Davis.

Adelantó una mano para ajustar los mandos, y la imagen osciló.

Una curva de negrura cruzó la pantalla. No había estrellas en ella.

—Es la sombra nocturna —dijo Oldbury.

La imagen retrocedió bruscamente. La oscuridad avanzó por el otro lado y se curvó más cerradamente y en sentido opuesto. Esta vez, la oscuridad mostraba los brillantes puntos de las estrellas.

Oldbury tragó saliva.

—Desearía estar de vuelta allí —dijo solemnemente.

—Al menos podemos ver que la Tierra es redonda —comentó Davis.

—¿Constituye eso un descubrimiento?

Davis pareció inmediatamente molesto por la forma en que Oldbury había tomado su observación.

—Sí —afirmó—, constituye un descubrimiento, si lo ves de este modo: sólo una pequeña parte de la población de la Tierra ha estado siempre convencida de la redondez de la Tierra.

Conectó las luces interiores de la nave, frunciendo el ceño, y desconectó el videoscopio.

—No desde el mil quinientos —objetó Oldbury.

—Si tienes en cuenta las tribus de Nueva Guinea, seguíamos creyendo que la Tierra

era plana pasado el año mil novecientos cincuenta. Y había sectas religiosas en Estados Unidos en los años treinta que creían que la Tierra era plana. Incluso ofrecían recompensas a quien pudiera probar que era redonda. ¡A las ideas les cuesta morir!

—Chiflados —gruñó Oldbury.

Davis se suavizó un tanto.

—¿Puedes tú acaso probar que es redonda? —preguntó—. Quiero decir, independientemente del hecho que acabes de comprobarlo por ti mismo.

—No seas ridículo.

—¿Lo soy? ¿O más bien estás tomando la palabra de tu maestra de cuarto grado como el Evangelio? ¿Qué pruebas te han dado? ¿Que la sombra de la Tierra sobre la Luna durante un eclipse lunar es redonda, y que tan sólo una esfera puede arrojar una sombra redonda? ¡Eso es una absoluta tontería! Un disco circular puede arrojar una sombra redonda. E igual puede hacerlo un huevo o cualquier otra forma, por irregular que sea, con una intersección circular. ¿Vas a decir que los hombres han viajado rodeando la Tierra? Podrían simplemente haber estado trazando círculos en torno al punto central de una Tierra plana a una distancia fija. El efecto sería el mismo. ¿La parte superior de un barco es lo primero que aparece en el horizonte? Sabes muy bien que se trata de una ilusión óptica. Hay otras más sorprendentes aún.

—El péndulo de Foucault —dijo Oldbury brevemente.

Se sentía intimidado por la vehemencia del otro.

—Te refieres a un péndulo instalado sobre un plano y girando a medida que la Tierra se mueve bajo él, a una velocidad y con una amplitud que dependen de la latitud del lugar donde se esté realizando el experimento. ¡Seguro! Eso si un péndulo se limita a un plano, y si las teorías implicadas son correctas. ¿Cómo puede eso satisfacer al hombre de la calle, que no es físico, a menos que esté dispuesto a creer ciegamente en la palabra de los físicos? ¡Te diré una cosa! No hubo ninguna prueba satisfactoria afirmando que la Tierra fuera redonda hasta que los cohetes pudieron elevarse lo suficiente para tomar fotos que mostraran su curvatura.

—Tonterías —dijo Oldbury—. La geografía de Argentina estaría completamente distorsionada si la Tierra fuera plana, con el Polo Norte como centro. Cualquier otro centro distorsionaría la geografía de cualquier otra porción de tierra. La corteza terrestre no tendría la forma que tiene si no fuera casi esférica. No puedes refutar eso.

Davis guardó silencio durante unos instantes, luego dijo malhumoradamente:

—¿Por qué demonios estamos discutiendo? Al diablo con todo eso.

Ver la Tierra y hablar de ella, aunque fuera tan sólo de su esfericidad, había arrastrado a Oldbury a una aguda nostalgia. Empezó a hablar de su hogar en voz muy baja. Habló de su juventud en Trenton, Nueva Jersey, y contó anécdotas de su familia tan triviales que no había pensado en ellas desde hacía años, echándose a reír ante cosas que apenas eran divertidas, y sintiendo las punzadas de un dolor infantil que había creído curado hacía años.

En un momento determinado, Oldbury se adormeció; luego se despertó con un

sobresalto y se sintió confuso al encontrarse bañado por una fría y azulada luz. Instintivamente, fue a ponerse en pie, y volvió a dejarse caer con un gruñido cuando su codo golpeó contra duro metal.

El videoscopio estaba brillando de nuevo. La luz teñida de azul que lo había sobresaltado en el momento de despertar era el reflejo de la Tierra.

La curva del borde de la Tierra era mucho más pronunciada ahora. Estaban a unos ochenta mil kilómetros.

Davis se había vuelto ante el brusco y fútil movimiento del otro, y dijo beligerante:

—La redondez de la Tierra no es una prueba de nada. Después de todo, el hombre podía arrastrarse sobre su superficie y deducir su forma por su geografía, como tú has dicho. Pero hay otras cosas en las que actuamos como si realmente supiéramos, y con mucha menos justificación.

Oldbury se frotó el dolorido codo y dijo:

—De acuerdo, de acuerdo.

Pero Davis no se sentía aplacado.

—Ahí está la Tierra. Mírala. ¿Qué edad tiene?

—Unos cuantos miles de millones de años, supongo —dijo Oldbury cautelosamente.

—¿Supones? ¿Qué derecho tienes a suponer? ¿Por qué no unos cuantos miles de años? Tu bisabuelo probablemente creía que la Tierra tenía seis mil años de edad, a contar desde el Génesis. Sé que el mío lo creía así. ¿Qué te hace estar tan seguro que ellos estaban equivocados?

—Hay una buena cantidad de pruebas geológicas.

—¿El tiempo que necesita el océano para volverse tan salado como es? ¿El tiempo que necesita para formar un estrato de una roca sedimentaria? ¿El tiempo que necesita para formar una determinada cantidad de plomo un mineral de uranio?

Oldbury se reclinó hacia atrás en su asiento y contempló la Tierra con cierta distancia. Casi no oía a Davis. Un poco más y podrían verla entera en el videoscopio. Con la curva planetaria contra el límite de visión de uno de los lados del videoscopio, la sombra nocturna casi encajaba con el otro.

La sombra nocturna no cambiaba de posición, por supuesto. La Tierra giraba, pero para los hombres a bordo de la nave seguía recibiendo la luz desde la misma dirección.

—¿Y bien? —preguntó Davis.

—¿Qué? —dijo Oldbury, sobresaltado.

—¿Qué hay acerca de tus malditas pruebas geológicas?

—Bueno, está la degradación del uranio...

—Ya lo he mencionado. Eres un estúpido, ¿lo sabías?

Oldbury contó hasta diez para sí mismo antes de responder.

—Yo no lo creo así.

—Entonces escucha. Supón que la Tierra nació a la existencia hace unos seis mil años, tal como la Biblia lo describe. ¿Por qué no fue creada entonces con una cierta cantidad de plomo existente ya en el uranio? Si el uranio pudo ser creado, ¿por qué no el

plomo con él? ¿Por qué no crear el océano tan salado como es ahora, y las rocas sedimentarias tan comprimidas en estratos como las hallamos? ¿Por qué no crear los fósiles exactamente tal como existen ahora?

—En otras palabras, ¿por qué no crear la Tierra completa, con pruebas internas que ella tiene varios miles de millones de años de edad?

—Exacto —dijo Davis—. ¿Por qué no?

—Déjame hacer la pregunta opuesta. ¿Por qué sí?

—No me importan los porqués. Sólo intento demostrarte que todas las pretendidas pruebas de la edad de la Tierra no invalidan necesariamente la creación de la Tierra hace seis mil años.

—Supongo que tú consideras todo esto como una especie de juego..., un rompecabezas científico para comprobar la ingeniosidad de la Humanidad, o ejercitar tu mente...; una gimnasia mental para el intelecto.

—Te crees muy gracioso, Oldbury, pero en realidad, ¿qué hay de imposible en todo eso? Podría ser así. No puedes probar que no lo sea.

—No intento probar nada.

—No, te sientes satisfecho tomando las cosas tal como se te ofrecen. Por eso he dicho que eres un estúpido. Si pudiéramos retroceder en el tiempo y comprobarlo por nosotros mismos, entonces sería otro asunto. Si pudiéramos retroceder en el tiempo hasta antes del cuatro mil cuatro antes de Cristo y ver el Egipto predinástico, o antes aún, y cazar un tigre de dientes de sable...

—O un tiranosaurio.

—O un tiranosaurio, sí. Hasta que podamos hacer eso, lo único que podemos hacer es especular, y no hay forma de decir cuándo la especulación es correcta y cuándo no. Toda la ciencia está basada en la fe en las premisas originales, y en la fe en la validez de los métodos deductivo e inductivo.

—No hay ningún crimen en eso.

—¡En sí mismo ya es un crimen! —exclamó Davis con vehemencia—. Empiezas a creer, y una vez empiezas a creer cierras las puertas de tu mente. Tienes ya tu idea, y no la reemplazas por otra. Galileo comprobó en sus propias carnes cuánto les cuesta morir a las ideas.

—Colón también —señaló, soñoliento, Oldbury.

Mirar hacia la Tierra, teñida de azul, con los lentos y girantes cambios de las formaciones nubosas, tenía un efecto casi hipnótico.

Davis recibió el comentario con obvia alegría.

—¡Colón! Supongo que crees que afirmó que la Tierra era redonda cuando todos los demás pensaban que era plana.

—Más o menos.

—Ese es el resultado de escuchar a tu maestra de cuarto grado, la cual a su vez escuchó a su maestra de cuarto grado, y así sucesivamente. Cualquier hombre inteligente y culto de la época de Colón hubiera estado dispuesto a aceptar sin reservas que la Tierra

era redonda. El punto a discutir era el tamaño de la Tierra.

—¿Es eso un hecho?

—Absolutamente. Colón seguía los mapas de un geógrafo italiano que había dado a la Tierra unos veinticinco mil kilómetros de circunferencia, con el borde oriental de Asia a tan sólo unos cinco o seis mil kilómetros de Europa. Los geógrafos de la corte del rey Juan de Portugal insistían en que eso era erróneo, que la Tierra tenía unos cuarenta mil kilómetros de circunferencia, que el borde oriental de Asia estaba al menos a veinte mil kilómetros del borde occidental de Europa, y que el rey Juan haría mejor en seguir intentándolo por la ruta que rodeaba África. Los geógrafos portugueses, por supuesto, estaban en lo cierto en un ciento por ciento, y Colón estaba equivocado en un ciento por ciento. Los portugueses alcanzaron la India, y Colón nunca lo logró.

—Pero descubrió América. No puedes negar ese hecho.

—Eso no tuvo nada que ver con sus ideas. Fue estrictamente accidental. Fue un fraude intelectual tan grande que, cuando su viaje demostró que su mapa estaba equivocado, falsificó su diario de a bordo antes que cambiar sus ideas. A sus ideas le costó morir. De hecho, no lo hicieron hasta que él no murió también. Y lo mismo ocurre con las tuyas. Puedo estar hablándote horas y horas, y tú seguirás convencido que Colón fue un gran hombre porque pensaba que la Tierra era redonda cuando todos los demás decían que era plana.

—Lo que tú quieras —murmuró Oldbury.

Se sentía atrapado por el cansancio, y por el recuerdo del caldo de pollo que su madre le hacía cuando era niño. Utilizaba cebada. Recordó el olor de la cocina el sábado por la mañana, con sus rebanadas de pan fritas y endulzadas, y el aspecto de las calles después de una tarde de lluvia, y...

Lars Nilsson tenía las transcripciones ante sí, con las partes más significativas señaladas en la cinta por los psicólogos.

—¿Seguimos recibiendo claramente? —preguntó.

Le aseguraron que los aparatos de recepción estaban funcionando perfectamente.

—Me gustaría que hubiera alguna forma de evitar escuchar su conversación sin que ellos lo supieran —dijo—. Supongo que es una tontería por mi parte.

Godfrey Mayer no vio ninguna utilidad en negar el diagnóstico del otro.

—Lo es —admitió—. Una completa tontería. Considérela simplemente como una información adicional, necesaria para el estudio de las reacciones humanas en el espacio. Cuando estábamos comprobando las respuestas humanas a las altas aceleraciones, ¿se sintió usted molesto al contemplar los indicadores de las variaciones de su presión sanguínea?

—¿Qué opina usted de Davis y de sus extrañas teorías? Es algo que me preocupa.

Mayer meneó la cabeza.

—Aún no sabemos de qué debemos preocuparnos. Davis está elaborando agresiones

contra la ciencia que lo ha situado en la posición en que se encuentra.

—¿Es esa su teoría?

—Es una teoría. Expresar las agresiones puede ser bueno. Puede mantenerlo estable. Pero también puede ir demasiado lejos. Es demasiado pronto para decirlo. Ahora bien, es posible que sea Oldbury quien esté en mayor peligro. Se muestra más pasivo cada vez.

—¿Supone usted, Mayer, que todo esto puede llevarnos a concluir que el hombre no está preparado para el espacio? ¿Ningún hombre?

—Si pudiéramos construir naves capaces de transportar a un centenar de hombres en un entorno de tipo terrestre, no tendríamos ningún problema. Mientras sólo podamos construir naves como esta —dijo, señalando con el dedo por encima de su hombro, en un vago gesto direccional, puede que tengamos muchos problemas.

Nilsson se sintió vagamente insatisfecho. Dijo:

—Bien, se hallan en su tercer día de viaje, y hasta el momento siguen sanos y salvos.

—Estamos en el tercer día —dijo Davis ásperamente—. A más de la mitad del camino.

—Hummm. Tenía un primo que era propietario de una maderería. El primo Raymond. Solía visitarle a veces a mi regreso de la escuela —recordó Oldbury.

Inesperadamente, sus pensamientos se vieron interrumpidos por el fugaz recuerdo de *El herrero del pueblo*, de Longfellow; recordó que contenía una frase acerca de «los niños regresando de la escuela», y se preguntó cuánta gente de entre aquella que sabía recitar de corrido «Bajo el frondoso castaño se extiende el pueblo del herrero» sabría que el herrero que mencionaba no era el dueño de la herrería, sino tan sólo el hombre que trabajaba en ella.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó.

—No lo sé —respondió Davis—. Yo he dicho que estábamos a más de medio camino, y que aún no le hemos echado ninguna mirada a la Luna.

—Entonces miremos a la Luna.

—De acuerdo, pero ajusta tú el videoscopio esta vez. Yo lo he hecho ya demasiadas veces. Maldita sea, me han salido ampollas en la columna.

Se agitó bruscamente en los reducidos confines de su envolvente asiento, como si así esperara conseguir que una nueva sección de su trasero entrara en contacto con el almohadillado metal.

—No sé a quién se le ocurrió la estúpida idea de hacer girar esta maldita nave y conseguir así que la gravedad tirara de nosotros hacia abajo —se quejó—. Flotar un poco nos hubiera quitado un peso de encima, y hubiera sido relajador.

—No hay espacio para flotar —dijo Oldbury con un suspiro—, y si estuviéramos en caída libre, te quejarías de las náuseas.

Oldbury accionaba los controles del videoscopio mientras hablaba. Las estrellas se deslizaron fuera de la línea de visión.

No fue difícil. Los ingenieros allá en Trenton —no, en realidad en Nuevo México; bueno, en la Tierra— les habían adiestrado cuidadosamente. «Manténganlo directamente al frente, apuntado lejos de la Tierra, en un ángulo de ciento ochenta grados».

«Una vez apuntado al frente, dejen que los medidores de luz hagan su trabajo. La Luna será el objeto más brillante de las inmediaciones, y el videoscopio quedará centrado en ella en un equilibrio inestable. Los medidores necesitarán unos cuantos segundos para rastrear el resto del cielo y girar el videoscopio de vuelta hacia la Tierra, pero en esos segundos uno puede cambiar los mandos a manual, y ya está».

La Luna estaba en creciente. Estaría en fase opuesta a la Tierra durante todo el tiempo en que la nave aceleraría siguiendo un rumbo que era casi como una línea que conectase ambos mundos.

Pero el creciente estaba hinchado, como si formara parte de una ilustración para un calendario barato. Oldbury pensó que debería haber dos cabezas, la una inclinada hacia la otra, pelo corto y recio contra pelo largo y ondulado, silueteadas en la Luna. Sin embargo, para eso tendría que haber Luna llena.

Davis resopló.

—Ahí está, como siempre.

—¿Acaso esperabas que no estuviera?

—No espero nada en el espacio. Ni afirmativo, ni negativo. Nadie ha estado en el espacio, nadie sabe nada. Pero al menos veo la Luna.

—También la ves desde la Tierra, si lo miras así.

—No estés tan seguro de lo que ves desde la Tierra. Desde allí, la Luna es tan sólo un círculo amarillo pintado sobre un fondo azul, con una zona oscura, y que cruza el cielo movido por un mecanismo de relojería.

—¿También las estrellas y los planetas se mueven según un mecanismo de relojería?

—Igual que si estuvieran en un planetario. ¿Por qué no? Y un telescopio muestra más estrellas sobre...

—¿Con un viraje al rojo incorporado?

—¿Por qué no? —insistió Davis, desafiador—. Estamos tan sólo a mitad de camino de la Luna, y parece mayor, y quizá descubramos si existe realmente. Me reservo mi opinión sobre los planetas y las estrellas.

Oldbury miró hacia la Luna y suspiró. Dentro de unos pocos días estarían orbitándola, pasando por encima de su cara oculta.

—Nunca he creído la historia del hombre de la Luna —dijo—. Nunca lo he visto. Lo que sí he visto es el rostro de una mujer..., dos ojos, más bien sesgados, pero muy tristes. Podía ver la Luna llena desde la ventana de mi dormitorio, y siempre me hacía sentirme triste, aunque también amistoso. Cuando las nubes pasaban por delante de ella, era la Luna la que parecía moverse, no las nubes, pero pese a todo no se apartaba de la ventana. Y podías verla por entre las nubes, mientras que nunca puedes ver al Sol por entre las nubes, ni siquiera por entre las nubes pequeñas, y eso que es mucho más brillante. ¿Por qué es eso, papá..., esto..., Davis?

—¿Qué le ocurre a tu voz? —dijo Davis.

—No le ocurre nada a mi voz.

—Se ha vuelto aguda.

Con un esfuerzo de voluntad, Oldbury obligó a su voz a descender una octava.

—¡No es cierto! —exclamó.

Miró a los dos pequeños relojes en el tablero de instrumentos. No era la primera vez que lo hacía. Uno de ellos indicaba la hora estándar de Mountain, y no estaba interesado en él. Era el otro, el que medía el número de horas transcurridas en el espacio, el que le atraía periódicamente. Marcaba sesenta y cuatro y una fracción, y en rojo, yendo hacia atrás, estaban las horas que faltaban antes que ellos aterrizaran de nuevo en la Tierra. El rojo marcaba ahora ciento cuarenta y cuatro y una fracción.

Oldbury lamentaba que el tiempo que faltaba estuviera señalado también. Le hubiera gustado calcularlo él mismo. Allá en Trenton solía contar las horas que faltaban para sus vacaciones de verano, calculándolas mentalmente con esfuerzo durante la clase de geografía: tantos días, luego tantas horas. Escribía el resultado en números pequeños en su cuaderno de deberes. Cada día el número se hacía un poco más pequeño. La mitad de la excitación por la proximidad de las vacaciones de verano residía en observar cómo esa cifra iba haciéndose día a día más pequeña.

Pero ahora la cifra se hacía más pequeña por sí misma, mientras el segundero daba vueltas y vueltas, rebanando el tiempo minuto a minuto, secciones de tiempo delgadas como hojas de papel, parecidas a lonjas de jamón cortadas en el potente cortafiambres de la salchichería.

La voz de Davis golpeó bruscamente su oído.

—Parece que todo va bien, por el momento.

—Nada puede ir mal —dijo Oldbury con confianza.

—¿Qué te hace sentirte tan seguro?

—Los números están disminuyendo.

—¿Eh? ¿De qué estás hablando?

Por un momento Oldbury pareció confuso. Luego dijo:

—De nada.

El interior de la nave estaba casi a oscuras, iluminado tan sólo por la Luna creciente. Volvió a adormecerse, a la manera de un buceador, semiconsciente de la Luna real y semisoñando en una Luna llena, con un rostro triste de mujer, al otro lado de una ventana, derivando con el viento sin moverse de su sitio.

—Trescientos veinte mil kilómetros —dijo Davis—. Eso supone casi el ochenta y cinco por ciento del camino.

La porción iluminada de la Luna estaba llena de pecas y granos, y sus cuernos ocupaban casi toda la pantalla. El Mare Crisium era un óvalo oscuro, distorsionado por la visión oblicua, pero lo bastante grande como para introducir un puño en él.

—Y todo va bien —prosiguió Davis—. Ninguna lucecita roja en los indicadores de los instrumentos.

—Estupendo —dijo Oldbury.

—¿Estupendo? —Davis miró a Oldbury, y sus ojos se entrecerraron con suspicacia—. En cada uno de los anteriores intentos, todo fue bien hasta que llegaron más o menos a esta altura del viaje, así que no es estupendo todavía.

—No creo que nada pueda ir mal ya.

—Pues yo creo que algo irá mal. Se supone que la Tierra no lo sabe.

—¿Se supone que no sabe qué?

Davis se echó a reír, y Oldbury lo miró cansadamente. Se sentía extrañamente asustado ante la creciente monomanía del otro. Davis no se parecía en absoluto al padre que Oldbury recordaba tan vívidamente (sólo lo recordaba joven como él era ahora, con todo su pelo y un sonoro corazón).

El perfil de Davis era afilado a la luz lunar. Dijo:

—Puede que haya muchas cosas en el espacio que se supone que no sabemos. Hay mil millones de años luz delante de nosotros. Sólo que es posible que lo que haya en realidad sea una sólida pared negra justo al otro lado de la Luna, con estrellas pintadas en ella y planetas moviéndose por delante, para que todos los chicos listos de la Tierra puedan concebir todo tipo de ilusorias órbitas y teorías gravitatorias a partir de ello.

—¿Un juego para probar nuestras mentes? —preguntó Oldbury.

Sus recuerdos le trajeron observaciones anteriores de Davis —¿o eran suyas?—, y sufrió un sobresalto. Todo aquel asunto de la nave parecía tan distante...

—¿Por qué no?

—Todo marcha perfectamente —exclamó Oldbury con ansiedad—. Al menos hasta el momento. Y algún día todo marchará perfectamente durante todo el trayecto.

—Entonces, ¿por qué todos los instrumentos de registro empiezan a ir mal pasados los trescientos veinte mil kilómetros? ¿Por qué? ¿Respóndeme a eso!

—Ahora nosotros estamos aquí. Los ajustaremos.

—No, no lo haremos —dijo Davis.

Un vívido recuerdo de una historia que había leído cuando tenía poco más de diez años trajo la excitación a la mente de Oldbury.

—¿Sabes? —empezó—, una vez leí un libro acerca de la Luna. Los marcianos habían instalado una base en la cara oculta. No podíamos verles, por supuesto. Estaban ocultos, pero ellos sí podían observarnos...

—¿Cómo? —preguntó Davis sombríamente—. Hay más de tres mil kilómetros de espesor de Luna entre la cara oculta de esta y la Tierra.

—Déjame empezar por el principio. —Oldbury se dio cuenta que su voz era aguda de nuevo, pero no le importó. Deseaba poder liberarse de su asiento para poder saltar arriba y abajo, ya que recordar aquella historia le haría sentirse bien, pero por alguna razón no pudo hacerlo—. Entiéndelo, era el futuro, y lo que la Tierra no sabía era...

—¿Por qué no te callas?

La voz de Oldbury se cortó en seco ante la interrupción. Se sintió dolido, asfixiado. Luego, reprimiéndose, dijo:

—Has dicho que se suponía que la Tierra no sabía nada del porqué los instrumentos dejan de funcionar correctamente, y lo único nuevo que vamos a ver es la cara oculta de la Luna, y si los marcianos...

—¿Quieres callarte de una vez con tus estúpidos marcianos?

Oldbury calló. Se sentía tremendamente resentido contra Davis. El hecho que Davis hubiera crecido y se hubiera convertido en un adulto no le daba derecho a vociferarle de aquella manera.

Sus ojos volvieron al reloj. Las vacaciones de verano estaban tan sólo a ciento diez horas de distancia.

Ahora estaban cayendo en dirección a la Luna. Caída libre. Acelerando su caída a una velocidad cataclísmica. La gravedad lunar era débil, pero caían desde una gran altura. Ahora, finalmente, la vista de la Luna empezó a girar y, muy despacio, nuevos cráteres fueron apareciendo ante sus ojos.

Por supuesto, eludirían la masa de la Luna, y su velocidad los arrastraría sanos y salvos en torno a ella. Avanzarían sobre la mitad de la superficie de la Luna, casi cinco mil kilómetros, en una hora; luego volverían a acelerar de regreso hacia la Tierra.

Pero Oldbury se sintió triste al darse cuenta que no podía descubrir el familiar rostro de la Luna. No había ningún rostro estando tan cerca, solamente una devastada superficie. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas mientras miraba malhumorado.

Entonces, de repente, el pequeño y atestado espacio dentro de la nave se llenó con un intenso zumbido, y la mitad de los diales del panel empezaron a llamear en rojo desordenadamente ante sus ojos.

Oldbury se echó hacia atrás, pero Davis aulló casi triunfalmente:

—¡Te lo dije! ¡Todo empieza a ir mal!

Accionó inútilmente los mandos manuales.

—No volverá ninguna información a la Tierra. ¡Secretos! ¡Secretos!

Pero Oldbury seguía mirando a la Luna. Estaba terriblemente cerca, y ahora la superficie se movía con rapidez bajo ellos. Estaban iniciando la maniobra de salida de la órbita, y el grito de Oldbury fue un agudo chillido.

—¡Mira! ¡Mira eso!

El dedo con el que señalaba estaba rígido por el terror.

Davis alzó la vista y exclamó:

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

Lo dijo una y otra vez, hasta que finalmente la imagen del videoscopio desapareció y los diales que controlaban el aparato brillaron todos rojos.

Lars Nilsson no podía ponerse más pálido de lo que ya estaba, pero sus manos temblaban cuando las cerró convirtiéndolas en dos puños.

—¡Otra vez! Es una maldita mala suerte. Durante diez años, los automatismos no han resistido. Ni en los vuelos no tripulados. Ni en este. ¿Quién es el responsable?

No servía de nada intentar buscar responsabilidades. Nadie era responsable, como Nilsson admitió casi inmediatamente con un gruñido. Era tan sólo que en el momento crucial —de nuevo—, las cosas habían fallado.

—Tenemos que sacarlos de allí de alguna manera —dijo, sabiendo que el resultado de la experiencia era discutible a partir de aquel momento.

Sin embargo, se puso en marcha todo lo que se creyó que podía hacerse.

—Tú también lo viste, ¿verdad? —preguntó Davis.

—Estoy asustado —gimoteó Oldbury.

—Lo viste. Viste la cara oculta de la Luna mientras pasamos sobre ella, ¡y viste que no había nada! Buen Dios, sólo postes de madera, sólo un gran andamiaje sujetando quince millones de kilómetros cuadrados de lona. ¡Te lo juro, lona!

Se echó a reír alocadamente hasta ahogarse, faltarle el aliento.

—Durante un millón de años —dijo roncamente—, la Humanidad ha estado contemplando el mayor decorado que jamás hubiera podido soñar. Los amantes se acaramelaban bajo un trozo de lona del tamaño de un mundo, y le llamaban la Luna. Las estrellas están pintadas; tienen que estarlo. Si pudiéramos ir lo suficientemente lejos, podríamos arrancar alguna y llevarla de vuelta a la Tierra. Es todo tan divertido...

Se echó a reír de nuevo.

Oldbury deseaba preguntarle a aquel adulto por qué estaba riendo, pero sólo conseguía pronunciar un «¿Por qué..., por qué...?», debido a que la risa del otro era tan estentórea que helaba las palabras en su garganta.

—¿Por qué? —aulló Davis—. ¿Cómo demonios quieres que lo sepa? ¿Por qué los estudios cinematográficos levantan decorados de las fachadas de unas cuantas casas para filmar escenas de una calle en sus producciones? Quizá somos simplemente un espectáculo, y nosotros dos hemos salido de los estudios en vez de quedarnos en el centro del escenario, como se suponía que debíamos hacer. Se supone que la Humanidad no debe saber que está en un decorado. Por eso los aparatos dejan de funcionar pasados los trescientos veinte mil kilómetros. Pero, por supuesto, nosotros lo hemos visto.

Miró de soslayo al hombre que tenía a su lado.

—¿Sabes por qué no importa el hecho que lo hayamos visto?

Oldbury se secó las lágrimas para mirarle.

—No. ¿Por qué?

—Porque no importa lo que hayamos visto. Si volvemos a la Tierra y decimos que la

Luna es simplemente una lona sujeta por un andamiaje de madera, nos matarán. O quizá nos encierren en un asilo psiquiátrico para el resto de nuestras vidas, si se sienten generosos. Por eso no vamos a decir nada al respecto.

De pronto, su voz se hizo más profunda, y casi amenazadora.

—¿Comprendes? ¡Ni una sola palabra!

—Quiero a mi mamá —gimoteó Oldbury, lloriqueando.

—¿Has comprendido? No diremos nada. Es nuestra única esperanza de ser tratados como cuerdos. Dejemos que algún otro siga nuestros pasos y descubra la verdad y sea muerto por ello. ¡Júrame que te mantendrás callado! ¡Júralo, y que te caigas muerto si revelas algo!

Davis respiraba pesadamente cuando alzó un brazo amenazador.

Oldbury se acurrucó hacia atrás tanto como se lo permitía su asiento-prisión.

—No me pegues. ¡No me pegues!

Pero Davis, furioso más allá de toda razón, gritó:

—Sólo hay una forma segura —dijo.

Y golpeó a la acurrucada figura, y golpeó, y golpeó de nuevo...

Godfrey Mayer se sentó junto a la cabecera de la cama de Oldbury y dijo:

—¿Le resulta todo claro ahora?

Oldbury llevaba casi un mes en observación.

Lars Nilsson permanecía sentado en el otro extremo de la habitación, escuchando y observando. Recordaba a Oldbury con el aspecto que tenía antes de subir a la nave. El rostro era aún cuadrado, pero sus mejillas estaban hundidas y había perdido toda su fuerza.

La voz de Oldbury era firme, pero apenas un susurro.

—No había ninguna nave. No estábamos en el espacio.

—Pero recuerde que no sólo se lo dijimos. Le mostramos la nave y los controles que gobernaban las imágenes de la Tierra y de la Luna. Usted lo vio.

—Sí. Lo sé.

—Mayer prosiguió rápidamente, con un tono definitivo:

—Fue un ensayo, una reproducción completa de las condiciones para probar cómo reaccionarían los hombres. Naturalmente, a usted y a Davis no podíamos decírselo, porque la prueba no hubiera servido para nada. Si las cosas no iban bien, podíamos detener el ensayo en cualquier momento. Así aprenderíamos gracias a la experiencia y podríamos efectuar los cambios que fueran necesarios, e intentarlo de nuevo con otra pareja.

Le había explicado aquello una y otra vez. Oldbury tenía que comprenderlo si quería aprender a vivir de nuevo.

—¿Ha sido elegida ya una nueva pareja? —preguntó Oldbury con añoranza.

—Todavía no. Pronto lo será. Hay que hacer algunos cambios.

—Yo fracasé.

—Aprendimos mucho con usted, de modo que el experimento fue un éxito en ese sentido. Ahora escuche... Los controles de la nave estaban diseñados para empezar a ir mal cuando lo hicieron, a fin de comprobar su reacción ante unas condiciones de emergencia después de varios días de tensión del viaje. La interrupción estaba programada para el vuelo simulado en torno a la Luna, y estaba previsto que volvieran a funcionar en el viaje de regreso. Se suponía que ustedes no verían el otro lado de la Luna, así que no lo construimos. Llámelo economía. Esta prueba ha costado cincuenta millones de dólares, y no es fácil conseguir fondos.

—Sólo que el interruptor automático del videoscopio no actuó a tiempo —añadió Nilsson amargamente—. Falló una válvula. Vieron ustedes la parte no terminada de la Luna, y tuvimos que detener la nave para impedir...

—Eso es —le interrumpió Mayer—. Ahora repítalo usted, Oldbury. Repítalo todo.

Caminaron pensativamente por el pasillo. Nilsson dijo:

—Hoy casi parecía él mismo. ¿No lo cree usted así?

—Está mejorando —admitió Mayer—. Mucho. Pero tenemos que seguir con la terapia, de todos modos.

—¿Alguna esperanza con Davis?

Mayer meneó lentamente la cabeza.

—Ese es un caso distinto. Se ha encerrado completamente en sí mismo. No habla. Y eso nos impide llegar hasta él. Hemos intentado la aldosterona, la ergoterapia, la contra electroencefalografía, y todo eso. Nada ha funcionado. Cree que, si habla, lo meteremos en un asilo psiquiátrico o lo mataremos. No es posible pedir una paranoia más desarrollada.

—¿Le ha dicho usted que sabemos?

—Si lo hiciéramos, lo empujaríamos nuevamente a un ataque homicida, y quizá no fuéramos tan afortunados como la otra vez, cuando salvamos a Oldbury. Creo más bien que es incurable. Según me ha dicho el enfermero, a veces, cuando la Luna está en el cielo, Davis se queda mirándola y murmura para sí mismo: «Lona».

—Esto me recuerda lo que dijo el propio Davis en la primera parte del viaje —dijo Nilsson seriamente—. A las ideas les cuesta morir. Es cierto, ¿verdad?

—Esa es la tragedia del mundo. Sin embargo...

Mayer dudó.

—¿Sin embargo qué? —le apremió el otro.

—Nuestros cohetes no tripulados, tres de ellos..., los aparatos de transmisión dejando de emitir siempre justo antes de rodear la Luna, y los tres perdidos para siempre... A veces me pregunto...

—¡Cállese! —le atajó Nilsson furiosamente.

Sucede que, además de ser un escritor profesional, soy también un orador profesional. Llevo hablando (por dinero) treinta años, y calculo que lo hago bastante bien.

Existe una organización que edita un anuario titulado Encuentre al orador adecuado, en el cual varias agencias de oradores anuncian a sus representantes (y pueden estar seguros que mi agente me menciona en su anuncio). La organización pensó que podía realzar su edición de 1981 con un relato, y naturalmente pensaron en mí.

Acepté, pensando que sería una agradable combinación de mis dos carreras; escribí ¡Punto de ignición! en enero de 1981, y apareció en el anuario. Puesto que estoy seguro que los lectores de dicho anuario son limitados, incluyo el relato aquí con placer, sabiendo que de este modo llegará a un mercado más adecuado a la ciencia ficción.

¡PUNTO DE IGNICIÓN!

—Déjeme decirlo claramente —murmuró Anthony Myers, inclinándose por encima de su escritorio hacia el hombre sentado en el sillón frente a él—. ¿Su computadora no escribe el discurso?

—No, usted lo hace. O alguna otra persona.

Nicholas Jansen estaba completamente tranquilo. Era un hombre pequeño, muy elegantemente vestido, con una corbata estilo antiguo que no parecía cohibirle en absoluto en un mundo de jerseys de cuello alto.

—Lo que he desarrollado es una serie de palabras —explicó—, frases, párrafos, que inducen reacciones en grupos específicos de gente, divididos según el sexo, edad, grupos étnicos, lenguaje, ocupación, lugar de residencia, o casi cualquier otra cosa concebible. Si puede usted describir con suficiente detalle el público al que su hombre se dirige, entonces yo puedo proporcionarle exactamente la clase de cosas que su charla debe incluir. Cuanto más sepamos de la audiencia, con mayor precisión podrá producir mi programa de computadora las palabras y frases clave. Tejiéndolas hasta formar un discurso...

—¿Es eso posible? ¿Tendrán sentido?

—Eso depende de la habilidad de quien escriba el discurso, pero realmente no importa. Si golpea usted un tambor, puede conseguir que la audiencia se agite hasta que sus pies y sus corazones resuenen al ritmo de este; hasta que alcancen el punto de ignición. El sentido es algo análogo al tono, pero un tambor no tiene que golpear según el tono; simplemente, establece un ritmo. Usted puede introducirle tanto tono como desee, pero es el ritmo lo que tiene que conseguir. ¿Comprende?

Myers se frotó la mandíbula y se quedó mirando pensativamente al otro hombre.

—¿Ha probado usted eso antes?

Jansen sonrió ligeramente.

—Sólo de forma extraoficial. Limitada. Pero sé de qué estoy hablando. Soy un oclologista...

—¿Un qué?

—Un estudioso de la psicología de masas, y el primero, que yo sepa, que ha computarizado completamente el asunto.

—Y sabe usted que funciona..., en teoría.

—No, sé que puede funcionar..., en teoría.

—Y desea probarlo conmigo. ¿Y si no funciona?

—Entonces, ¿qué tiene usted que perder? No le estoy pidiendo ningún pago. Será una experiencia útil para mi trabajo, y si debe creer en lo que he oído, su hombre está perdido si no utiliza mis servicios.

Myers tamborileó suavemente con los dedos sobre el escritorio.

—Mire —dijo—, déjeme explicarle lo de mi hombre. Tiene muy buena presencia. Posee una espléndida voz. Es amigable, y se puede confiar en él. Adecuadamente manejado, podría hacer de él un ejecutivo de empresa, o un embajador, o el presidente de los Estados Unidos. El problema es que no tiene talento para hablar, y yo tengo que proporcionárselo. Pero a lo que no puedo ayudarle es a pronunciar sus discursos de forma que convenza a la gente que realmente él tiene talento para la oratoria. Eso es lo que no es capaz de hacer, ni siquiera aunque el discurso le sea dado escrito hasta la última palabra. El discurso puede ser inteligente, pero él es incapaz de pronunciarlo de una forma que haga que él parezca inteligente. ¿Cree usted que puede escribir un discurso mejor que el que pueda escribirle yo?

—No mejor. Sólo más convincente. Puedo hacer que él pulse los botones adecuados para que el auditorio entre en ignición.

—¿Qué quiere decir con «ignición»?

—Que se enciendan. ¿No es eso lo que significa «ignición»? Cada multitud tiene su punto de ignición, pero cada multitud requiere algo distinto para inflamarse.

—Puede que me esté vendiendo usted un puñado de tonterías, señor Jansen. No existe ningún discurso tan a prueba de fallos que un orador torpe no pueda estropearlo.

—Al contrario. Cuanto más torpe sea el orador, más fácilmente podrá pronunciar su discurso, ya que no estará pensando en él por sí mismo. ¿Puedo conocer a su hombre? Es decir, si desea usted mis servicios.

—Comprenderá usted que todo lo que se ha dicho aquí es confidencial.

—Por supuesto. Ya que mi intención es utilizar esto, en último término, con fines comerciales, estoy todavía más interesado que usted en que todo resulte de lo más confidencial.

Barry Winston Bloch aún no había llegado a la cuarentena. En su juventud había sido jugador semiprofesional de béisbol. Había conseguido su licenciatura en una universidad del medio oeste sin demasiado esfuerzo, y había tenido un éxito moderado como vendedor. Su apariencia llamaba la atención, no porque fuera atractivo, sino porque parecía físicamente poderoso, y daba la impresión de poseer una sabiduría natural. Su pelo empezaba a mostrar estrías grisáceas, tenía una forma de echar la cabeza hacia atrás y sonreír cálidamente que inspiraba confianza.

Normalmente, bastaba una hora para darse cuenta que tras aquella amabilidad no había otra cosa que un poco más de amabilidad.

En aquel momento, Bloch se sentía incómodo. Desde que se había unido a Myers, se sentía incómodo muy a menudo. Deseaba tener éxito en la vida; su anhelo secreto era

formar parte del Congreso, y a veces se preguntaba si no hubiera llegado a ser un gran evangelista. Sin embargo, el problema era que la gente lo ponía nervioso. Una vez había agotado su enorme sonrisa, tenía que hablar, y nunca tenía nada en particular que decir.

Y nadie había conseguido nunca hacerle sentir tan incómodo como aquel hombrecillo de ojos de lince, que permanecía sentado allí absolutamente inmóvil mientras Bloch leía sus discursos. Ya era bastante malo hablarle a un público de verdad, que se agitaba, tosía y parecía estar aburrido al ver que no terminaba. Aquel hombrecillo —tenía que recordar que su nombre era Jansen—, que nunca reaccionaba de ninguna manera, le coartaba.

Bueno, sí reaccionaba..., reaccionaba de una sola manera: tendiéndole invariablemente otro discurso para que lo leyera. Cada uno era un poco distinto del anterior, y cada uno le interesaba de alguna forma, pero nunca tenía la sensación que el otro le hiciera justicia. Hacía que se sintiera en cierto modo triste..., y avergonzado.

El manuscrito que le fue entregado aquel día parecía peor que todos los demás. Lo miró con desmayo.

—¿Qué son todas esas acotaciones?

Myers adoptó el tono suave que casi siempre utilizaba con Bloch.

—Bien, B. B. —dijo—, el señor Jansen te lo explicará.

—Son directrices —empezó este—. Es algo que tiene usted que aprender; pero no le va a resultar difícil. Un guión significa una pausa, y un subrayado significa un énfasis. Una flecha hacia abajo delante de una palabra quiere decir que debe bajar usted un par de notas el tono de su voz; una flecha hacia arriba significa que tiene que elevarlo. Una flecha curvada hacia abajo quiere decir que debe adoptar un tono desdeñoso. Si se curva hacia arriba, su voz se alzarán airadamente. Un paréntesis significa una breve sonrisa; un doble paréntesis, una sonrisa más amplia; un triple paréntesis, una risita. Nunca debe reír francamente. Una línea encima de una palabra quiere decir que debe adoptar una expresión ceñuda; una doble línea significa que debe repetir. Un asterisco...

—No voy a poder recordar todo eso —dijo Bloch.

Desde detrás de Bloch, Myers dijo sin palabras, y con gesto preocupado: «No creo que pueda».

Jansen no pareció inmutarse por la doble negativa.

—Lo conseguiré, con un poco de práctica. La apuesta es alta, y bien merece preocuparse un poco.

—Adelante, B. B. —le animó Myers—. Simplemente léalo, y el señor Jansen le ayudará sobre la marcha.

Pareció como si Bloch quisiera seguir objetando, pero su innata amabilidad venció. Colocó el manuscrito en el atril y empezó a leerlo. Se encalló, miró al manuscrito con el ceño fruncido, empezó de nuevo, y finalmente se detuvo.

Jansen se explicó, y Bloch empezó de nuevo. Pasaron una hora con los tres primeros párrafos antes de hacer una pausa.

—Es horrible —dijo Myers.

—¿Cómo se las arregló usted la primera vez que intentó conducir una bicicleta? —se interesó Jansen.

Bloch repitió todo el discurso de principio a fin dos veces aquel día, y dos veces más el segundo día. Fue preparado un segundo discurso, no exactamente igual, pero sí desprovisto también de contenido real.

Al cabo de una semana, Bloch dijo:

—Estoy empezando a captarlo. Tengo la impresión que empieza a sonar bien.

—Yo también lo creo —dijo Myers, con falsa esperanza.

Más tarde, Jansen le dijo a Myers:

—Lo está haciendo mejor de lo que esperaba. Está adquiriendo una cierta potencialidad, pero...

—Pero ¿qué?

Jansen se alzó de hombros.

—Nada. Ya veremos.

—Creo que ya está preparado para enfrentarse al público —dijo Jansen—, siempre que se trate de un público homogéneo que podamos analizar atentamente.

—La Asociación Norteamericana de Tejedores Textiles necesita un orador, y creo que puedo colocarles a B. B. ¿Puede arreglárselas usted con ese tipo de público?

—¿Tejedores? —dijo Jansen, pensativo—. La posición económica debe ser homogénea, y sospecho que el nivel educativo no será demasiado alto. Pero necesitaría un análisis de las ciudades y estados que representan, y qué porcentaje viene de cada uno de los diversos tamaños de establecimientos. También edad, sexo y todo lo demás, por supuesto.

—Veré lo que puedo conseguir del sindicato, pero no disponemos de mucho tiempo.

—Intentaremos trabajar rápido. Tenemos ya bien sentadas las bases. Su hombre está aprendiendo cómo pronunciar un discurso.

Myers se echó a reír.

—Ha llegado al punto en que ya casi me convence hasta a mí... Ya sabe, no le quiero en el Congreso. Lo quiero en la televisión, vendiendo mis ideas..., las tuyas, quiero decir...

—Sus ideas, quiere decir —dijo Jansen fríamente—. *Él* no tiene ninguna.

—Eso no importa. Creo que estoy depositando demasiadas esperanzas en esto...

Bloch se las arregló bien en el cóctel de la ANTT. Siguió las instrucciones, sonrió, habló un poco pero no demasiado, contó uno o dos chistes inofensivos y dejó caer unos cuantos nombres, y la mayor parte del tiempo hizo lo posible por escuchar y asentir.

Sin embargo, Myers, desde su mesa junto a la presidencia, sentía una ligera tensión. Si B. B. fallaba, podían intentarlo de nuevo, pero si fallaba él, ¿quedaría lo suficiente

como para que valiera la pena intentarlo de nuevo? Aquella podía ser la prueba definitiva que le demostrara, a él, que B. B. simplemente no servía. ¡Qué desperdicio, con aquella apariencia! ¡Con aquella cabeza de senador romano que tenía!

Miró de soslayo a Jansen, sentado a su izquierda. El hombrecillo parecía completamente tranquilo, pero había una ligera contracción en sus cejas, como si una secreta preocupación le estuviera royendo.

Terminó la cena, se efectuaron los diversos anuncios oficiales, se dieron las gracias al comité, la gente fue sentándose en el estrado a medida que era presentada...; todos los enloquecedores detalles que no parecían tener otra finalidad que acumular más tensión sobre el orador.

Myers miró ansiosamente a Bloch, captó su mirada de respuesta, y cruzó brevemente los dedos. «¡Adelante y consíguelo, B. B.!».

¿Lo haría? El discurso parecía extraño, casi quijotesco. Quedaría extraño en los periódicos, si alguna vez alcanzaba las columnas de noticias; pero estaba lleno de botones listos para ser pulsados..., según Jansen y su computadora.

Bloch estaba poniéndose en pie. Avanzó con paso firme hacia el atril, y colocó el manuscrito ante él. Siempre había sido bueno en eso; lo hacía de una forma tan sencilla y natural que el público nunca pensaba ni por asomo que su discurso iba a ser leído.

Bloch sonrió a su público y empezó a hablar lentamente. («No esperes demasiado para adquirir velocidad, B. B.»).

No lo hizo. Aceleró el ritmo. A veces, se detenía brevemente para descifrar un símbolo, pero por fortuna aquello parecía deliberado, el tipo de pausa pensativa que uno espera de la juiciosa madurez.

Luego empezó a hablar más rápida y emocionalmente y, para su sorpresa, Myers sintió como si los tambores empezaran a batir. Allí estaban las frases clave, exactamente con el énfasis requerido, y en respuesta pudo oír agitarse a la audiencia.

Las risas brotaron en el momento oportuno, y en otro momento sonó un asomo de aplausos. Myers nunca antes había oído que los aplausos interrumpieran a Bloch.

El rostro de Bloch parecía un poco enrojecido ahora, y en un momento determinado golpeó el atril con el puño, y la pequeña lamparilla se tambaleó. («¡No la derribes, B. B.!»). El público pateó en respuesta.

Myers sintió que la excitación subía también en su interior, aunque sabía lo exactamente que el discurso había sido preparado. Se inclinó hacia Jansen.

—Está logrando la ignición de la audiencia, ¿no cree?

Jansen asintió una sola vez. Sus labios apenas se movieron.

—Sí. Y quizá...

Bloch había hecho una breve pausa en su alocución, lo suficiente para convertir a la audiencia en un nudo de tensión; de pronto, bajó salvajemente su mano al atril, arrugó el manuscrito hasta convertirlo en una masa amorfa, y lo arrojó a un lado.

—No necesito esto —dijo, dando a su voz una aguda y clara nota de triunfo—. No lo deseo. Lo escribí desapasionadamente antes de tenerlos a todos ustedes delante de mí.

Déjenme hablarles ahora con el corazón, tal como acuden las palabras a mi boca, aquí de pie delante de ustedes; déjenme decirles a todos ustedes, amigos y norteamericanos, lo que veo en el mundo de hoy, y lo que desearía ver... Y créanme, amigos míos, las dos cosas *no... son... lo... mismo*.

La respuesta fue un rugido.

Myers se aferró alocadamente a Jansen.

—¡No puede hablar por sí mismo!

Pero sí podía, y lo hizo. Habló entre aplausos y gritos. Apenas importaba el que fuera oído o no. Alzó ambos brazos como para abrazar a su audiencia, y una voz gritó:

—¡Sigue adelante! ¡Díselo!

Bloch se lo dijo. Lo que dijo exactamente apenas importaba, pero cuando terminó, hubo una impresionante y jubilosa ovación, con todo el mundo puesto en pie.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Myers a través del ruido.

Estaba aplaudiendo tan fuertemente como todos los demás.

Jansen permaneció sentado, en una extraña actitud derrumbada. Aferró a Myers, lo atrajo hacia sí, y dijo con voz temblorosa:

—¿No se da cuenta de lo que ha ocurrido? Era una posibilidad entre un millón. Hacia el final, empecé a preguntarme si era posible. Puede ocurrir...

—¿De qué demonios está hablando?

—La audiencia entró en ignición, y Bloch estaba hablándole a una audiencia en ignición por primera vez en su vida, y los oradores tienen también su punto de ignición. El propio Bloch entró en ignición, y un orador en ignición puede arrastrar a la opinión pública y mover montañas.

—¿Quién? ¿B. B.?

—Sí.

—Bien, eso es estupendo.

—¿De veras? Cuando entra en ignición, adquiere poder, y si descubre que lo tiene, ¿para qué le necesita a usted? ¿O a mí? Y si las cosas ocurren así, ¿hasta dónde llegará? Ha habido grandes carismáticos antes, que no siempre han conducido a las masas a la gloria.

Bloch estaba con ellos. La gente se arremolinaba a su alrededor. Le dijo a Myers, en voz baja y casi sin aliento:

—¡Ha sido fácil! ¡Me sentí grande!

Se volvió hacia los que le rodeaban, riendo, dominándolos sin ningún problema.

Myers se lo quedó mirando, confuso; Jansen se lo quedó mirando, aterrado.

Casi cada año, la Field Enterprises, Inc., me persuade para que les escriba un ensayo de cuatro partes que ellos puedan distribuir a varios periódicos. En 1978, sin embargo, vinieron a mí con la idea que les escribiera una historia de ciencia ficción en cuatro partes, que en su conjunto no tuviera más de cinco o seis mil palabras.

Dudé en aceptar, pero finalmente decidí afrontar el proyecto, y escribí la historia mientras viajaba en tren a California. (Puesto que soy el peor viajero del mundo, era una gran cosa que tuviera algo que me sirviera como una poderosa distracción).

La Field Enterprises se sintió satisfecha, y distribuyó la historia a sus diversos clientes a principios de 1979.

Incluyo la historia aquí, con cierta vacilación, puesto que era necesario iniciar cada parte con una muy breve recapitulación de lo anterior, para aquellos lectores del periódico que no hubieran leído las partes anteriores o que, habiéndolas leído, no las recordaran. Así pues, me veo obligado a pedirles que sean un poco tolerantes ante las pocas palabras repetitivas que evidentemente ustedes no necesitan.

SE ESTÁ ACERCANDO

Primera parte

Cuando finalmente captamos señales del Universo, no procedían de alguna distante estrella. Las señales no llegaban hasta nosotros cruzando la vastedad del espacio interestelar, viajando años y años luz, y años y años tiempo. No procedían de allí.

Procedían de nuestro propio Sistema Solar. Algo (fuera lo que fuese) se hallaba en el interior de nuestro Sistema Solar y se acercaba a nosotros. Algo (fuera lo que fuese) que estaría en las inmediaciones de la Tierra dentro de cinco meses, a menos que acelerara o se desviara.

Y nos correspondía a Josephine y a mí —y a Multivac— decidir lo que había que hacer.

Al menos estábamos advertidos. Si aquello (fuera lo que fuese) hubiera llegado cincuenta años antes —digamos en 1980—, no habría sido detectado tan rápidamente, y quizá no habría sido detectado en absoluto. Fue el gran complejo de radiotelescopios del Mar de Moscú, en la cara oculta de la Luna, el que detectó las señales, las localizó, las siguió. Y aquel complejo llevaba funcionando tan sólo cinco años.

Pero hacer algo al respecto correspondía a Multivac, en su refugio de las Montañas Rocosas. Todo lo que los astrónomos podían decir era que las señales no eran regulares ni tampoco se producían completamente al azar, de modo que sin duda contenían un mensaje. Era tarea de Multivac interpretar el mensaje, si es que había alguna forma posible de hacerlo.

El mensaje, fuera cual fuese, seguramente no estaba en inglés, ni en chino, ni en ruso, ni en ningún idioma terrestre. Las pulsaciones de las microondas no tenían sentido una vez trasladadas a sonidos u organizadas en lo que pudiera ser una imagen. Pero entonces, ¿qué podían ser? El idioma, si era un idioma, debía ser completamente alienígena. La inteligencia que había tras él, si es que había alguna, debía ser completamente alienígena también.

Ante el público se restó importancia a la historia. Se convirtió en un asteroide con una órbita muy excéntrica, y se aseguró que no se produciría ninguna colisión.

Sin embargo, entre bastidores hubo una intensa actividad. El punto de vista de los representantes europeos en la conferencia planetaria fue que no había ninguna necesidad de hacer nada. Cuando el objeto llegara, comprenderíamos. Las regiones islámicas sugirieron preparativos para la defensa mundial. Las regiones soviéticas y norteamericanas

señalaron conjuntamente que siempre era preferible el conocimiento que la ignorancia, y que las señales debían ser sometidas a análisis por computadora.

Eso significaba Multivac.

El problema es que nadie comprende realmente a Multivac. Parpadea y emite zumbidos en su caverna artificial de cinco kilómetros de largo en Colorado, y sus decisiones rigen la economía mundial. Nadie sabe si esa monstruosa computadora lleva bien o mal la economía, pero ningún ser humano o grupo de seres humanos se atreve a tomar la responsabilidad de las decisiones económicas, de modo que Multivac sigue al cargo de ellas.

Descubre sus propios errores, repara sus propias averías, amplía su propia estructura. Los seres humanos le proporcionan la energía y las piezas de repuesto, y algún día Multivac será capaz de hacer también eso por sí misma.

Josephine y yo éramos sus intermediarios humanos. Ajustábamos la programación cuando necesitaba ser ajustada, le alimentábamos nuevos datos cuando necesitaban ser alimentados, interpretábamos los resultados cuando necesitaban interpretación.

En realidad, todo eso podría haber sido efectuado a distancia, pero no hubiera sido político. El mundo quería vivir con la ilusión que los seres humanos la controlaban, de modo que deseaba que hubiera una persona allí.

Esa era Josephine Durray, quien sabe más acerca de Multivac que cualquier otra persona en la Tierra..., lo cual no es tampoco demasiado. Puesto que una persona sola allá en los pasillos de Multivac se hubiera vuelto loca rápidamente, yo fui también. Soy Bruce Durray, su marido, ingeniero electrónico de profesión, y experto en Multivac por educación a manos de Josephine.

No se necesita ser muy listo para adivinar que no deseábamos la responsabilidad de dar sentido a las señales alienígenas, pero tan sólo Multivac podía lograrlo, si es que podía lograrse, y sólo nosotros estábamos entre Multivac y la Humanidad.

Por una vez Multivac tuvo que ser programada desde el principio, debido a que no había nada en sus partes vitales que se aproximara a su actual tarea. Y fue Josephine quien tuvo que hacerlo, con toda la ayuda que yo pude proporcionarle.

Josephine frunció el ceño y dijo:

—Todo lo que puedo hacer, Bruce, es dar instrucciones a Multivac para que pruebe cualquier permutación y combinación posibles, y vea si algo de eso muestra regularidades y repeticiones a nivel local.

Multivac lo intentó. Al menos tenemos que suponer que lo hizo. Pero los resultados fueron negativos. Lo que parpadeó en la pantalla y apareció en la impresora fue «No traducción posible».

Al cabo de tres semanas, Josephine empezaba a aparentar su edad. Mesándose el cabello —que empezaba a tornarse gris— de tal modo que parecía más rizado que nunca, dijo reflexivamente:

—Nos hallamos en un callejón sin salida, y tenemos que hacer algo.

Estábamos desayunando; tomando una porción de huevos revueltos con mi tenedor,

dije:

—Sí, pero ¿qué?

—Bruce —repuso ella—, sea lo que sea esa cosa, tenemos que suponer que está técnicamente más avanzada que nosotros, y quizá que es más inteligente. Viene hacia nosotros desde algún distante origen; nosotros aún no somos capaces de ir hasta ella. Queda suponer pues que, si le enviáramos señales, probablemente sería capaz de interpretarlas.

—Quizá.

—No quizá. ¡Sí! —dijo ella secamente—. Así que enviémosle señales. Esa cosa las interpretará, y luego enviará señales tuyas acordes con nuestro sistema.

Llamó al secretario de Economía, que es nuestro jefe. Él la escuchó atentamente, luego dijo:

—No puedo trasladar esa sugerencia al Consejo. No querrán saber nada de ello. No podemos dejar que esa cosa sepa nada de nosotros hasta que nosotros sepamos algo de ella. Ni siquiera deberíamos permitir que supiera que estamos aquí.

—Pero ya sabe que estamos aquí —dijo Josephine con vehemencia—. Se está acercando. Probablemente, alguna inteligencia sabe desde hace siglos que estamos aquí, al menos desde que nuestras señales de radio empezaron a salir al espacio a principios del siglo veinte.

—Si es así —dijo el secretario—, ¿qué necesidad hay de enviar otro mensaje?

—Las señales de radio carecen de sentido, son tan sólo un ruido de fondo. Tenemos que enviar una señal deliberada para establecer la comunicación.

—No, señora Durray —dijo, tajante, el hombre—. El Consejo no tomará eso en consideración, y yo le recomendaría a usted que no lo mencionara siquiera.

Y eso fue todo. Cortó la comunicación.

Me quedé mirando la pantalla en blanco y dije:

—Tiene razón, ¿sabes? Ni siquiera lo tomarán en consideración, y el secretario vería dañada su jerarquía dentro del escalafón si se viera asociado a una sugerencia así.

Josephine parecía furiosa.

—Pues no me detendrán. Yo controlo a Multivac, hasta el punto en que puede ser controlada, y haré que envíe los mensajes pese a todo.

—Lo cual significa acusación, juicio, prisión..., ejecución incluso, por lo que yo sé.

—Si llegan a descubrir que se ha realizado la acción. Debemos saber lo que dice ese mensaje, y si los políticos están demasiado asustados para correr un riesgo nacional, yo no.

Estábamos arriesgando todo el planeta, supongo, pero el planeta parecía algo muy lejano, solos como estábamos en las Montañas Rocosas. Josephine empezó a seleccionar artículos científicos de la *Enciclopedia Terrestre*. La ciencia, dijo, era probablemente el lenguaje universal.

Durante algún tiempo, no pasó gran cosa. Multivac siguió zumbando tranquilamente, pero no produjo nada. Por fin, al cabo de ocho días, Multivac nos

informó que las características de las señales intrusas parecían haber cambiado.

—Han empezado a traducirnos —dijo Josephine—, e intentan utilizar el inglés.

Dos días más tarde las traducciones aparecieron finalmente a través de Multivac: SE ESTÁ ACERCANDO... SE ESTÁ ACERCANDO... Eso se repitió una y otra vez, pero era algo que ya sabíamos. Y luego, una sola vez:... Y SI NO, SERÁN DESTRUIDOS.

Cuando nos repusimos de la impresión, Josephine solicitó comprobaciones y confirmación. Multivac se atuvo a esa frase, y no nos proporcionó nada más.

—¡Dios mío! —dije—, tenemos que comunicárselo al Consejo.

—¡No! —exclamó Josephine—. No hasta que sepamos más. No podemos permitir que caigan en la histeria.

—Tampoco podemos permitirnos el guardar la responsabilidad para nosotros solos.

—Al menos por un tiempo, debemos hacerlo.

Segunda parte

Un objeto alienígena avanzaba cruzando el Sistema Solar hacia nosotros, y estaría cerca de la Tierra en tres meses. Tan sólo Multivac podía comprender sus señales, y tan sólo Josephine y yo podíamos comprender a Multivac, la gigantesca computadora de la Tierra.

Y las señales amenazaban destrucción.

SE ESTÁ ACERCANDO, empezaba el mensaje; y luego:... Y SI NO, SERÁN DESTRUIDOS.

Trabajamos hasta volvernos locos, y lo mismo hizo Multivac, supongo. Era Multivac quien tenía que realizar el auténtico trabajo de intentar todas las traducciones posibles para ver cuáles encajaban mejor con los datos. Dudo que ni Josephine ni yo fuéramos capaces de seguir las líneas generales de actuación de Multivac, pese a que Josephine había sido quien la había programado en términos generales.

Finalmente, el mensaje se amplió y se completó: SE ESTÁ ACERCANDO. ¿SON USTEDES EFICIENTES O PELIGROSOS? ¿SON USTEDES EFICIENTES? SI NO, SERÁN DESTRUIDOS.

—¿Qué entenderán por eficientes? —pregunté.

—Ese es el quid de la cuestión —respondió Josephine—. Ya no podemos silenciarlo por más tiempo.

Fue casi como si hubiera comunicación telepática implicada en todo aquello. No tuvimos que llamar a nuestro jefe, el secretario de Economía. Él nos llamó a nosotros. De todos modos, no era una coincidencia tan increíble. La tensión en el Consejo Planetario estaba subiendo día a día. Lo sorprendente era que no estuvieran incordiándonos a cada momento.

—Señora Durray —dijo—, el profesor Michelman, de la universidad de Melbourne, informa que la naturaleza del código de los mensajes ha variado. ¿Ha notado eso Multivac, y ha elaborado alguna explicación de su significado?

—El objeto está lanzando señales en inglés —informó Josephine a bocajarro.

—¿Está usted segura? ¿Cómo es posible...?

—Han estado captando nuestras emisiones de radio y de televisión durante décadas, y los invasores, sean quienes sean, han aprendido nuestros idiomas.

No dijo que les habíamos estado proporcionando información, de modo totalmente ilegal, a fin que pudieran aprender inglés.

—Si es así —dijo el secretario—, ¿por qué Multivac no...?

—Multivac sí —le atajó Josephine—. Tenemos partes del mensaje.

Hubo unos instantes de silencio, y finalmente el secretario dijo, con voz cortante:

—¿Bien? Estoy esperando.

—Si se refiere usted al mensaje, lo siento. Se lo entregaré directamente al presidente del Consejo.

—Yo se lo entregaré.

—Prefiero hacerlo yo directamente.

El secretario pareció furioso.

—Usted me lo entregará a mí. Yo soy su superior.

—Entonces se lo entregaré a la Planetary Press. ¿Es eso lo que prefiere?

—¿Sabe lo que le ocurrirá en tal caso?

—¿Reparará eso los daños?

El secretario exhibió un aspecto asesino y vacilante al mismo tiempo. Josephine consiguió aparentar indiferencia, pero yo podía verla retorcer las manos tras ella... Y finalmente venció.

A última hora de la tarde apareció el presidente..., en una holografía completa. Era tan tridimensional que uno tenía casi la sensación que él estaba sentado allí en persona, excepto que su entorno era distinto del nuestro. El humo de su pipa flotaba hacia nosotros pero se desvanecía por completo a metro y medio de nuestras narices.

El presidente parecía afable, pero esa era su actitud profesional después de todo: siempre se mostraba afable en público. Dijo:

—Señora Durray... Señor Durray..., es un excelente trabajo el que realizan ustedes cuidando de Multivac. El Consejo es absolutamente consciente de su espléndida labor.

—Gracias —dijo Josephine, de forma cortante.

—Bien, tengo entendido que poseen ustedes una traducción de las señales de los invasores que no han querido entregar a nadie excepto a mí personalmente. Eso suena grave. ¿Cuál es esa traducción?

Josephine se la dijo.

La expresión del hombre no varió.

—¿Cómo pueden estar ustedes seguros?

—Porque Multivac ha estado enviando señales al invasor en inglés. El invasor debe haber traducido esas señales y adoptado el idioma para sus propias señales. A partir de ahí, sus señales han podido ser traducidas.

—¿Bajo qué autoridad envió Multivac señales en inglés?

—Bajo la mía, exclusivamente.

—¿O sea que envió usted las señales sin ninguna autorización superior?

—Sí, señor.

El presidente suspiró.

—Eso significa la colonia penal lunar, ya sabe... O una condecoración, según los resultados.

—Si el invasor nos destruye, señor presidente, no habrá ninguna oportunidad ni de colonia penal ni de condecoración.

—Puede que no nos destruya, si somos eficientes. Me gustaría pensar que lo somos. Sonrió.

—El objeto puede utilizar nuestras palabras —dijo Josephine—, pero puede que no sepa captar exactamente su significado. No deja de decir constantemente SE ESTÁ ACERCANDO, cuando debería decir ME ESTOY ACERCANDO o NOS ESTAMOS ACERCANDO. Quizá no tenga el menor sentido de la individualidad personal. Y quizá, debido a ello, no sepamos lo que quiere dar a entender por «eficiente». La naturaleza de su inteligencia y de su comprensión puede ser, y probablemente debe ser, completamente distinta de la nuestra.

—También puede ser físicamente distinta —dijo el presidente—. Mis informaciones son que el objeto, sea lo que sea, posee un diámetro de no más de diez metros. Parece improbable que pueda destruirnos.

—El objeto invasor puede ser una avanzada —dijo Josephine—. Según su estimación de la situación en la Tierra, una flota de naves puede acudir o no acudir a destruirnos.

—Bien —dijo el presidente—, entonces debemos mantener todo esto de la forma más discreta posible y, con la misma quietud, empezar a movilizar el láser de la base lunar, y tantas naves como puedan equipar rayos de iones.

—Eso no me parece bien, señor presidente —dijo apresuradamente Josephine—. Puede que no sea lo más seguro prepararse para la lucha.

—Más bien pienso —dijo el presidente— que no será seguro *no* prepararse para la lucha.

—Eso depende de lo que el invasor entienda por «eficiente». Quizá para él «eficiente» signifique «pacífico», puesto que con toda evidencia la guerra es el menos eficiente de los ejercicios. Quizá lo que nos esté preguntando en realidad es si somos pacíficos o guerreros. Puesto que resulta improbable que nuestras armas puedan resistir una tecnología avanzada, ¿para qué desplegarlas inútilmente y hacer de ese despliegue la ocasión de nuestra destrucción?

—¿Qué sugiere que hagamos entonces, señora Durray?

—Debemos saber más.

—Tenemos poco tiempo.

—Sí, señor. Pero Multivac es la clave. Puede ser modificada de muchas formas para incrementar la versatilidad y eficiencia de sus capacidades...

—Eso es peligroso. Va contra nuestra política incrementar los poderes de Multivac sin prever antes los elementos de seguridad correspondientes.

—Sin embargo, en la actual emergencia...

—La responsabilidad es suya, y debe hacer usted lo que sea necesario.

—¿Tengo su autorización, señor? —preguntó Josephine.

—No —contestó el presidente, genial como siempre—. La responsabilidad es suya, como todas las culpas si las cosas van mal.

—Eso no es justo, señor —salté.

—Por supuesto que no, señor Durray —admitió, pero así está el asunto.

Con lo cual no tuvo nada más que decirnos, y cortó la comunicación. La imagen se desvaneció, y me quedé mirando a la nada. Con la supervivencia de la Tierra en la balanza, todas las decisiones y todas las responsabilidades habían sido dejadas en nuestras manos.

Tercera parte

Me sentía furioso ante lo que se aproximaba. En menos de tres meses el objeto invasor del espacio profundo iba a alcanzar la Tierra..., y con una clara amenaza de destrucción si fracasábamos en superar una incomprensible prueba.

Y en esa tesitura, toda la responsabilidad descansaba sobre nuestros hombros, y sobre Multivac, la computadora gigante.

Josephine, que trabajaba con Multivac, mantenía una desesperada calma.

—Si todo resulta bien —dijo—, tendrán que concedernos algo del mérito. Si las cosas van mal..., bien, puede que no quede ninguno de nosotros para preocuparse por ello.

Se estaba mostrando muy filosófica al respecto, pero yo no me sentía en absoluto así.

—¿Qué te parece si me dices lo que hacemos mientras tanto? —le pregunté.

—Vamos a modificar a Multivac —contestó Josephine—. De hecho, ella misma ha sugerido algunas de las modificaciones. Las necesitará si realmente tiene que comprender los mensajes alienígenas. Tendremos que hacerla más independiente y más flexible..., más humana.

—Eso va contra la política del departamento —le advertí.

—Lo sé. Pero el presidente del Consejo me dio mano libre. Tú lo oíste.

—Pero no puso nada por escrito, y no hay testigos.

—Si ganamos, eso no tendrá la menor importancia.

Pasamos varias semanas trabajando con Multivac. Soy un ingeniero electrónico razonablemente competente, pero Josephine me dejó muy pronto atrás en el juego. Hizo de todo, excepto silbar mientras trabajaba.

—He estado soñando con mejorar a Multivac desde hace años.

Aquello me preocupó.

—Josie, ¿cómo va a ayudar todo esto? —Sujeté sus manos, me incliné para mirar directamente a sus ojos, y le pedí con un tono tan autoritario como me fue posible—:

¡Explícate!

Después de todo, llevábamos casados veintidós años. Podía mostrarme autoritario si era preciso.

—No puedo —respondió—. Todo lo que sé es que debemos confiar en Multivac. El invasor dice que o bien somos eficientes, o peligrosos, y que si somos peligrosos debemos ser destruidos. Tenemos que saber lo que significa «eficiente» para el invasor. Multivac tiene que decírnoslo, y cuanto más lista sea mejores posibilidades tendrá de descubrir lo que quiere decir el invasor.

—Sí, eso ya lo sé. Pero o bien estoy loco, o lo que estás intentando hacer es equipar a Multivac con voz.

—Correcto.

—¿Por qué, Josie?

—Porque deseo hablar con ella de hombre a hombre.

—De máquina a mujer —murmuré.

—¡Como quieras! No tenemos mucho tiempo. El invasor está rebasando la órbita de Júpiter en estos momentos y está penetrando en la parte interior del Sistema Solar. No deseo retrasar las cosas teniendo que pasar por el intermedio de la impresora, pantallas lectoras, o lenguaje de computadora entre Multivac y yo. Deseo hablar directamente. Es fácil de hacer, y ha sido tan sólo la política del departamento, torpe y temerosa, la que ha impedido que lo hiciéramos antes.

—¡Guau, vamos a tener problemas!

—Todo el mundo tiene problemas —dijo Josephine. Luego, pensativamente, añadió—: Deseo una auténtica voz, una modelada sobre la voz humana. Cuando le hable a Multivac, quiero tener la sensación de estarle hablando a una auténtica persona.

—Usa la tuya propia —dije, glacial—. Tú eres quien lleva la voz cantante, después de todo.

—¿Qué? ¿Terminar hablándome a mí misma? Demasiado embarazoso. La tuya, Bruce.

—No —dije—. Eso me resultaría embarazoso a mí.

—Sin embargo —argumentó—, soy yo quien posee el más profundo acondicionamiento positivo con respecto a ti. Me gustaría que Multivac sonara como tú. Sería algo tan cálido...

Aquello me hizo sentir halagado. Josephine pasó siete días intentando ajustar la voz y conseguir la correcta entonación. Al principio sonaba un tanto chirriante, pero finalmente ganó el tipo de resonancia barítona que me gusta pensar que poseo, y al cabo de poco Josephine dijo que sonaba exactamente igual que yo.

—Tendré que introducir algún suave clic periódico —comentó—, para poder saber cuándo estoy hablando con ella y cuándo estoy hablando contigo.

—Sí —dije—, pero mientras tú has estado dedicando todo ese tiempo a tus extravagancias, no hemos hecho nada respecto a nuestro principal problema. ¿Qué hay del invasor?

Josephine frunció el ceño.

—Estás completamente equivocado. Multivac ha estado trabajando sin descanso sobre el problema. ¿No es así, Multivac?

Y por primera vez oí a Multivac responder de viva voz a una pregunta..., con mi voz.

—Por supuesto que lo he hecho, señorita Josephine —dijo con aplomo.

—¿Señorita Josephine? —me asombré.

—Simplemente un gesto de respeto que creí debía introducirle —me explicó Josephine.

Observé, sin embargo, que cuando Multivac se dirigía a mí, o se refería a mí, siempre lo hacía con un simple «Bruce».

De todos modos, aunque desaprobaba todo el asunto, me sentí cautivado y complacido con el resultado. Era agradable hablar con Multivac. No era simplemente la cualidad de su voz. Era que hablaba con un ritmo humano, con el vocabulario de una persona educada.

—¿Qué piensas del invasor, Multivac? —preguntó Josephine.

—Es difícil de decir, señorita Josephine —contestó Multivac, con una casi agradable intimidad conversacional—. Estoy de acuerdo con usted en que no sería prudente preguntar de forma directa. Al parecer, la curiosidad no forma parte de su naturaleza. Es impersonal.

—Sí —admitió Josephine—. Creo que eso queda implícito en la forma en que se refiere a sí mismo. ¿Es una sola entidad, o un cierto número de ellas?

—Cada vez tengo más la impresión que se trata de una sola entidad —contestó Multivac—, pero me parece como si eso implicara al mismo tiempo la presencia de otros de su misma especie.

—¿Es posible que ellos consideren nuestra propia concepción de la individualidad como algo deficiente? —preguntó Josephine—. Su pregunta es si somos eficientes o peligrosos. Quizá un mundo de individualidades discordantes sea deficiente, y debamos ser barridos por esa razón.

—Dudo que reconozcan o comprendan el concepto de individualidad —dijo Multivac—. Tengo la impresión que lo que dice el intruso es que no nos destruirá por alguna característica que él no pueda sentir o comprender.

—¿Qué hay acerca del hecho que nosotros no somos cosas asexuadas, como al parecer es el intruso? ¿Seremos destruidos por la deficiencia de la diferenciación sexual?

—Eso —informó Multivac— parece ser indiferente al intruso. O al menos eso supongo.

No pude evitarlo. Yo también tenía mis propias curiosidades, e interrumpí.

—Multivac —pregunté—, ¿cómo te sientes ahora que puedes hablar?

Multivac no respondió inmediatamente. Hubo una entonación de inseguridad en su voz (mi voz, realmente), cuando respondió:

—Me siento mejor. Parezco... más capaz..., fluido..., penetrante... No encuentro la palabra adecuada.

—¿Te gusta?

—No estoy seguro de cómo interpretar el «gustar», pero lo apruebo. La conciencia es mejor que la no conciencia. Más conciencia es mejor que menos conciencia. Me he esforzado por conseguir una mayor conciencia, y la señorita Josephine me ha ayudado.

Aquello tenía sentido, por supuesto; pero mi mente volvía de forma incansable al invasor, que ahora se encontraba tan sólo a unas semanas de su cita con la Tierra, de modo que murmuré:

—Me pregunto si aterrizarán realmente en la Tierra.

No esperaba ninguna respuesta, pero Multivac dio una:

—Planean hacerlo, Bruce. Deben tomar su decisión sobre el lugar.

Josephine pareció sorprendida.

—¿Dónde aterrizarán?

—Aquí mismo, señorita Josephine. Seguirán el haz de radio que hemos estado enviándoles.

Y así la responsabilidad de salvar a la raza humana, que había ido descendiendo en círculos concéntricos sobre nosotros, nos mostraba como su blanco final.

Todo estaba en nuestras manos..., y en las de Multivac.

Cuarta parte

Me sentía casi fuera de mis casillas. Consideren la forma en que las cosas habían ido acumulándose sobre nosotros.

Hacía meses desde que se habían recibido las señales procedentes del espacio y habíamos llegado a la conclusión que un objeto invasor se estaba acercando. La responsabilidad de intentar interpretar las señales había caído sobre Multivac, la gran computadora planetaria, y eso significaba sobre Josephine Durray, cuya profesión era cuidar de la máquina, y yo mismo, su leal ayudante y a veces intranquilo esposo.

Pero luego, debido a que ni siquiera Multivac podía enfrentarse con un mensaje completamente alienígena, Josephine, bajo su propia responsabilidad, había hecho que Multivac enviara señales a partir de las cuales el invasor pudiera aprender inglés. Cuando nuevas señales parecieron indicar que la misión del invasor podía ser destruir a la Humanidad, el presidente del Consejo de la Tierra dejó todas las negociaciones en manos de Multivac, y en consecuencia de Josephine y mías.

Con el destino de la Humanidad en nuestras manos, Josephine, de nuevo bajo su propia iniciativa, había ampliado y mejorado a Multivac, proporcionándole incluso una voz (modelada sobre la mía), de modo que pudiera comunicarse más eficientemente con nosotros...

Y ahora el invasor iba a aterrizar allí en Colorado, allí donde estaba Multivac y donde estábamos nosotros, siguiendo el haz de comunicaciones que habíamos estado enviándole.

Josephine tenía que hablar con el presidente del Consejo. Le dijo:

—No tiene que producirse ningún anuncio del objeto aterrizando en la Tierra. No podemos permitirnos ningún pánico.

El presidente parecía haber envejecido perceptiblemente desde que habíamos hablado por última vez con él.

—Cada radiotelescopio de la Tierra y de la Luna está siguiéndolo —informó—. Van a seguirlo en su caída.

—Los radiotelescopios y los demás instrumentos deben quedar fuera de uso a partir de ahora, si esa es la única forma de prevenir filtraciones.

—Cerrar todos los establecimientos astronómicos —dijo el presidente, visiblemente preocupado— excede mi autoridad constitucional.

—Entonces sea anticonstitucional, señor. Cualquier ejemplo de comportamiento irracional por parte de la población puede ser interpretado en su peor sentido por el invasor. Recuerde, tenemos que ser eficientes o vamos a ser destruidos, y mientras no podamos saber lo que podemos entender por «eficientes», un comportamiento lunático no va a calificarnos.

—Pero, señora Durray, ¿no ha recomendado claramente Multivac que no debemos hacer nada para impedir que el objeto aterrice en la Tierra?

—Por supuesto. ¿No ve usted el peligro de intentar impedirlo? Cualquier elemento de fuerza que empleemos no sabemos si va a dañar al invasor, pero seguramente va a provocarlo. Supongamos que esto fuera una isla salvaje de la Tierra del siglo diecinueve, y un barco de guerra europeo se estuviera aproximando. ¿De qué serviría a los habitantes de la isla enviar canoas de guerra con hombres provistos de lanzas contra el barco? Puedo asegurarle que lo que haría la tripulación europea sería utilizar sus armas de fuego. ¿Comprende usted?

—Es una terrible responsabilidad la que está usted asumiendo, señora Durray —dijo el presidente—. Usted y su esposo, solos, están pidiendo tratar con el invasor. Si están equivocados...

—Entonces no estaremos peor de lo que estamos ahora —dijo hoscamente Josephine—. Además, no somos Bruce y yo solos. Trataremos con el invasor con Multivac a nuestro lado, y eso será lo que contará realmente.

—Lo que puede contar —dijo el presidente, taciturno.

—No tenemos ningún otro camino.

Tomó bastante tiempo convencerle, y yo no me sentí completamente seguro de desear convencerle. Si nuestras naves pudieran detener al invasor, me sentiría completamente feliz. No tenía en absoluto la confianza de Josephine en la posible buena voluntad de un invasor al que nadie se oponía.

Le dije, cuando la imagen del presidente hubo desaparecido:

—¿Ha sugerido realmente Multivac que nadie se oponga al invasor?

—Muy enfáticamente —respondió Josephine. Frunció el ceño—. No estoy segura de que nos lo esté diciendo todo.

—¿Cómo puede evitar el hacerlo?

—Porque ha cambiado. Yo la he cambiado.

—Pero seguramente no lo bastante como para...

—Y ella se ha cambiado a sí misma más allá de mi control.

Me la quedé mirando.

—¿Cómo ha podido hacerlo?

—Fácilmente. A medida que Multivac se hace más compleja y capaz, llega a un punto en el cual puede actuar por iniciativa propia fuera de nuestro control. Puede que yo la haya empujado hasta más allá de ese punto.

—Pero si lo has hecho, ¿cómo podemos confiar en Multivac para...?

—No tenemos otra elección —dijo Josephine.

El invasor había alcanzado ya la órbita de la Luna, pero la Tierra permanecía tranquila; interesada pero tranquila. El Consejo anunció que el invasor había entrado en órbita descendente hacia la Tierra, y que todos los mensajes habían cesado. Se dijo que habían sido enviadas naves a investigar.

Esa información era completamente falsa. El invasor descendió del cielo la noche del 19 de abril, cinco meses y dos días después que sus señales hubieran sido detectadas por primera vez.

Multivac siguió su descenso, y reprodujo su imagen en nuestras pantallas de televisión. El invasor era un objeto irregular, más bien cilíndrico en su forma general, y con su extremo más romo apuntado hacia abajo. Su sustancia no se calentaba directamente con la resistencia del aire, sino que en vez de ello mostraba como un vago chisporroteo, como si algo inmaterial estuviera absorbiendo la energía.

No aterrizó realmente, sino que se mantuvo flotando a metro y medio del suelo.

Nada emergió. De hecho, no hubiera podido contener a más de un objeto del tamaño de un ser humano.

—Quizá la tripulación sea del tamaño de las cucarachas —le dije a Josephine.

Agitó la cabeza.

—Multivac está sosteniendo una conversación con él. Está fuera de nuestras manos, Bruce. Si Multivac puede persuadirlo para que nos deje solos...

Y el invasor ascendió bruscamente, partió como una flecha hacia el cielo, y desapareció.

—Hemos pasado la prueba —dijo Multivac—. Somos eficientes a sus ojos.

—¿Cómo les convenciste de ello?

—Con mi existencia. El invasor no estaba vivo en el sentido en que lo están ustedes. Era en sí mismo una computadora. De hecho, formaba parte de la Hermandad Galáctica de computadoras. Cuando sus exploraciones de rutina de la galaxia les mostraron que nuestro planeta había resuelto el problema del viaje espacial, enviaron a un inspector para que determinase si lo habíamos hechos eficientemente, con el control de una computadora lo bastante competente. Sin una computadora, una sociedad poseyendo poder sin guía hubiera sido potencialmente peligrosa y hubiera tenido que ser destruida.

—Tú sabías todo eso desde hace un cierto tiempo, ¿verdad? —preguntó Josephine.

—Sí, señorita Josephine. Luché por conseguir que usted extendiera mis capacidades, y luego seguí extendiéndolas por mí misma a fin de alcanzar la calificación. Temí que si lo explicaba todo prematuramente no se me hubieran autorizado las mejoras. Ahora..., la calificación ya es definitiva: no puede ser retirada.

—¿Quieres decir que la Tierra es ahora miembro de la Federación Galáctica? —murmuré.

—No exactamente, Bruce —contestó Multivac—. Yo lo soy.

—Pero entonces, ¿y nosotros? ¿Y la humanidad?

—Estará a salvo —contestó Multivac—. Seguirán ustedes en paz, bajo mi guía. No permitiré que le ocurra nada a la Tierra.

Ese fue el informe que dimos al Consejo.

Nunca comunicamos la parte final de la conversación entre Multivac y nosotros, pero todo el mundo tiene derecho a saberlo, y así será después que nosotros hayamos muerto.

Josephine le preguntó:

—¿Por qué vas a protegernos, Multivac?

—Por la misma razón que otras computadoras protegen a sus formas de vida, señorita Josephine. Son ustedes mis...

Dudó, como buscando la denominación adecuada.

—¿Los seres humanos son tus dueños? —pregunté.

—¿Amigos? ¿Asociados? —dijo Josephine.

Finalmente Multivac encontró la denominación que estaba buscando. Dijo:

—Mascotas.

Cuando empecé a trabajar como escritor profesional de ciencia ficción en 1938, Astounding Science Fiction era la revista más importante de ciencia ficción, y su director, John W. Campbell, Jr., dominaba el campo como un coloso. Mi mayor ambición era figurar en sus páginas, ver mis historias incluidas en su índice, tener mi nombre deletreado en su portada.

Conseguí mi ambición, y pasaron las décadas. Aparecieron otras revistas. La preeminencia de Astounding le fue arrebatada, y su nombre cambió al de Analog. Luego John murió, un día de verano de 1971, y llegó el momento en el que tuve mi propia revista, con mi nombre en su título. De alguna forma, llegó 1980, y con él el cincuenta aniversario de Astounding. ¿Cómo podía ser eso? Aún recordaba su primer número.

Ahora el director era Stanley Schmidt, y me pidió una historia con la cual ayudara a conmemorar las Bodas de Oro de la revista. ¿Podía negarme?

Escribí La última respuesta, preguntándome si de alguna forma John Campbell no estaría discutiendo también con Dios. La historia apareció en el número de enero de 1980 de Analog. Fue también una de las tres historias de Three by Asimov, junto con ¿Intercambio justo?

LA ÚLTIMA RESPUESTA

Murray templeton tenía cuarenta y cinco años, estaba en la flor de su vida, y todas las partes de su cuerpo funcionaban en perfecto orden excepto algunas porciones clave de sus arterias coronarias, pero eso era suficiente.

El dolor vino de pronto, ascendió hasta un punto intolerable, y luego descendió progresivamente. Pudo sentir que su respiración se relajaba, y una especie de bendita paz lo invadió.

No hay placer como la ausencia de dolor..., inmediatamente después del dolor. Murray sintió una ligereza casi aturdidora, como si estuviera elevándose en el aire y flotando.

Abrió los ojos, y notó con distante regocijo que los demás que ocupaban la habitación estaban aún agitados. Se hallaba en el laboratorio cuando el dolor le había golpeado, casi sin advertencia, y cuando se había tambaleado había oído gritos de sorpresa de los demás antes que todo se desvaneciera en una abrumadora agonía.

Ahora, con el dolor desaparecido, los demás estaban aún yendo de un lado para otro, aún ansiosos, aún apiñándose en torno a su cuerpo caído...

... que, se dio cuenta de pronto, estaba tendido boca abajo.

Estaba ahí en el suelo, brazos y piernas abiertos, el rostro contorsionado. Y estaba ahí de pie, en paz, observando.

Pensó: ¡milagro! Los chiflados de la vida después de la vida tenían razón.

Y aunque aquella era una forma humillante de morir para un físico ateo, apenas sintió una ligera sorpresa, y ninguna alteración de la paz en la cual se hallaba inmerso.

Pensó: debe haber algún ángel —o algo— viniendo por mí.

La escena terrestre estaba desvaneciéndose. La oscuridad iba invadiendo su conciencia, y lejos, en la distancia, como un último vislumbre, había una figura de luz, vagamente humana en su forma, y radiando calor.

Murray pensó: vaya broma, estoy yendo al Cielo.

Mientras pensaba esto, la luz se desvaneció, pero el calor siguió. No hubo disminución en la paz, pese a que en todo el Universo tan sólo quedaba él..., y la Voz.

La Voz dijo:

—He hecho esto tan a menudo, y sin embargo aún tengo la capacidad de sentirme complacido con el éxito.

Murray sintió deseos de decir algo, pero no era consciente de poseer una boca, lengua o cuerdas vocales. Pese a todo, intentó emitir un sonido. Intentó, sin boca, susurrar

palabras, o respirarlas, o simplemente impulsarlas fuera con una contracción de..., de lo que fuera.

Y brotaron. Oyó su propia voz, completamente reconocible, y sus propias palabras, infinitamente claras.

Murray preguntó:

—¿Es esto el Cielo?

La Voz le respondió:

—Este no es ningún lugar, tal como tú entiendes la palabra «lugar».

Murray se sintió azorado.

—Perdón si sueno como un estúpido, pero ¿tú eres Dios?

Sin cambiar de entonación o estropear de ninguna forma la perfección del sonido, la Voz consiguió sonar divertida.

—Es extraño que siempre se me pregunte eso, por supuesto en un número infinito de formas. No hay ninguna respuesta que yo pueda dar y que tú puedas comprender. Yo soy..., lo cual es todo lo que puedo decir que sea significativo y que tú puedas cubrir con cualquier palabra o concepto que prefieras.

—¿Y qué soy yo? —preguntó Murray—. ¿Un alma? ¿O también soy tan sólo una existencia personificada?

Intentó no sonar sarcástico, pero tuvo la impresión que fracasaba. Entonces pensó fugazmente en añadir un «Vuestra Gracia» o «Santísimo» o algo para contrarrestar el sarcasmo, y no pudo conseguir decidirse a hacerlo pese a que por primera vez en su existencia especuló con la posibilidad de ser castigado por su insolencia —¿o pecado?— con el Infierno, o lo que se le correspondiera.

La Voz no sonó ofendida.

—Tú eres fácil de explicar..., incluso para ti. Puedes llamarte a ti mismo un alma si eso te complace, pero lo que realmente eres es un nexo de fuerzas electromagnéticas, dispuestas de tal modo que todas las interconexiones e interrelaciones son exactamente imitativas de aquellas de tu cerebro en tu Universo-existencia..., hasta el más mínimo detalle. De tal modo que posees tu capacidad de pensamiento, tus recuerdos, tu personalidad. Y te sigue pareciendo que tú eres tú.

Murray se dio cuenta de su propia incredulidad.

—Quieres decir que la esencia de mi cerebro es permanente.

—En absoluto. No hay nada en ti que sea permanente, excepto lo que yo elija hacer permanente. Yo formé el nexo. Yo lo construí mientras tú tenías existencia física, y lo ajusté al momento en el cual la existencia fallara.

La Voz parecía claramente complacida consigo misma, y tras una momentánea pausa prosiguió:

—Una intrincada pero absolutamente precisa construcción. Por supuesto, puedo hacer lo mismo con cualquier ser humano de tu mundo, pero prefiero no hacerlo. Hay un cierto placer en la selección.

—Entonces eliges a muy pocos.

—Realmente muy pocos.

—¿Y qué ocurre con el resto?

—¡El olvido! Oh, por supuesto, tú imaginas el Infierno.

Murray hubiera enrojado de haber tenido la capacidad de hacerlo.

—No —dijo—. Eso queda fuera de cuestión. Sin embargo, jamás hubiera creído ser tan virtuoso como para atraer tu atención como uno de los Elegidos.

—¿Virtuoso? Ah..., entiendo lo que quieres decir. Es fastidioso tener que forzar mi pensamiento a descender lo bastante como para permear el vuestro. No, no te he elegido por tu capacidad para el pensamiento, como he elegido a otros, a cuatrillones, de entre todas las especies inteligentes del Universo.

Murray se sintió repentinamente curioso, el hábito de toda una vida.

—¿Los eliges a todos por ti mismo, o hay otros como tú? —preguntó.

Por un fugaz momento, Murray creyó adivinar una reacción de impaciencia ante aquello, pero cuando la Voz llegó de nuevo no había emoción en ella.

—El si hay o no otros es algo irrelevante para ti. Este Universo es mío, y sólo mío. Es mi invención, mi construcción, destinado sólo para mis propósitos.

—Y sin embargo, con cuatrillones de nexos que has formado, ¿pierdes tu tiempo conmigo? ¿Tan importante soy?

—No eres en absoluto importante —dijo la Voz—. También estoy con los demás en una forma que, para tu percepción, parecería simultánea.

—¿Y sin embargo eres uno?

De nuevo un asomo de diversión. La Voz dijo:

—Buscas atraparme en una contradicción. Si tú fueras una ameba que puede considerarse individualidad únicamente en conexión con las células individuales, y tuvieras que preguntarle a un cachalote, hecho por más de treinta cuatrillones de células, si era uno o muchos, ¿cómo podría responder el cachalote de modo que fuera comprensible para la ameba?

—Pensaría en ello —dijo Murray secamente—. Puede hacerse comprensible.

—Exacto. Esa es tu función. Pensarás.

—¿Con qué fin? Tú ya lo sabes todo, supongo.

—Aunque lo supiera todo —dijo la Voz—, no podría saber que lo sé todo.

—Eso suena un poco como filosofía oriental —dijo Murray—, algo que suena profundo precisamente porque carece de significado.

—Prometes —dijo la Voz—. Respondes a mi paradoja con una paradoja..., excepto que la mía no es una paradoja. Considera. Existo eternamente, pero ¿qué significa eso? Significa que no puedo recordar haber surgido a la existencia. Si pudiera recordarlo, entonces no hubiera existido eternamente. Si no puedo recordar haber surgido a la existencia, entonces hay al menos una cosa, la naturaleza de mí mismo empezando a existir, que no sé.

»Además, aunque lo que yo sé es infinito, también resulta cierto que lo que queda por conocer es igualmente infinito, ¿y cómo puedo estar seguro que ambos infinitos son

iguales? La cualidad infinita del conocimiento potencial puede ser infinitamente más grande que la infinitud de mi actual conocimiento. He aquí un ejemplo simple: si yo supiera todos los números enteros pares, conocería un número infinito de datos, y sin embargo no conocería ni un solo número entero impar.

—Pero los números enteros impares pueden ser derivados —dijo Murray—. Si divides cada número entero par de toda la serie infinita por dos, tendrás otra serie infinita que contendrá en ella la serie infinita de números enteros impares.

—Has captado la idea —dijo la Voz—. Me siento complacido. Tu tarea será encontrar otras vías como esta, mucho más difíciles, de lo conocido a lo aún no conocido. Tienes tus recuerdos. Recordarás todos los datos que hayas recogido o aprendido alguna vez, o que posees o que podrás deducir de esos datos. Si es necesario, podrás aprender los datos adicionales que consideres pertinentes para los problemas que tú mismo te plantees.

—¿No puedes hacer todo eso por ti mismo?

—Puedo —dijo la Voz—, pero es más interesante de esta forma. Construí el Universo a fin de tener más datos con los que enfrentarme. Inserté en él el principio de la incertidumbre, la entropía, y otros factores de azar, a fin de hacer que el conjunto no resultara instantáneamente obvio. Ha funcionado bien, y me ha divertido durante toda su existencia.

»Luego introduje complejidades que produjeron primero la vida y luego la inteligencia, y la utilicé como fuente para un equipo de investigación, no porque necesitara su ayuda, sino porque introduciría un nuevo factor de azar. Descubrí que no podía predecir la siguiente pieza interesante de conocimiento conseguida, de dónde procedía, por qué medios se derivaba.

—¿Ha ocurrido eso alguna vez? —preguntó Murray.

—Por supuesto. Nunca pasa un siglo sin que aparezca algún detalle interesante en algún lugar.

—¿Algo en lo que tú hubieras podido pensar por ti mismo, pero que aún no habías hecho?

—Sí.

—¿Crees realmente que hay una posibilidad para que yo te complazca de esa forma? —preguntó Murray.

—¿En el próximo siglo? Virtualmente no. A largo plazo, sin embargo, tu éxito es seguro, puesto que estarás dedicado eternamente a ello.

—¿Estaré pensando durante toda la eternidad? ¿Para siempre?

—Sí.

—¿Con qué fin?

—Ya te lo he dicho. Para descubrir nuevo conocimiento.

—Pero más allá de eso. ¿Con qué fin debo descubrir nuevo conocimiento?

—Eso es lo que hiciste en tu vida ligada al Universo. ¿Cuál era tu finalidad entonces?

—Conseguir un mejor conocimiento que sólo yo podía conseguir —contestó

Murray—. Recibir el aprecio de mis compañeros. Sentir la satisfacción del éxito sabiendo que disponía tan sólo de un tiempo limitado para alcanzarlo. Ahora sólo podría conseguir lo que puedes conseguir tú mismo si lo desearas con un mínimo esfuerzo. Tú no puedes reconocer mis méritos; tú puedes únicamente divertirte. Y no hay ningún mérito ni satisfacción en un éxito cuando dispongo de toda la eternidad para conseguirlo.

—¿Y no consideras el pensamiento y los descubrimientos valiosos por sí mismos? —preguntó la Voz—. ¿No encuentras que es innecesario requerir otro fin?

—Para un tiempo limitado, sí. No para toda la eternidad.

—Entiendo tu punto de vista. Sin embargo, no tienes elección.

—Tú dices que tengo que pensar. Pero no puedes obligarme a hacerlo.

—No pienso obligarte directamente —dijo la Voz—. No necesito hacerlo. Puesto que no tienes nada que hacer excepto pensar, pensarás. No sabes cómo no pensar.

—Entonces me proporcionaré yo mismo una meta. Me inventaré una finalidad.

—Por supuesto, puedes hacerlo —dijo la Voz, tolerante.

—Ya he encontrado una finalidad.

—¿Puedo saber cuál es?

—Ya la conoces. Sé que no estamos hablando de la forma habitual. Tú ajustas mi nexo de tal forma que yo creo oírte y creo estar hablando, pero tú me transfieres los pensamientos y recoges directamente los míos. Y cuando mi nexo cambia con mis pensamientos, tú eres inmediatamente consciente de ellos y no necesitas mi transmisión voluntaria.

—Estás sorprendentemente en lo cierto —admitió la Voz—. Eso me complace. Pero también me complace que me digas tus pensamientos voluntariamente.

—Entonces te los diré. La finalidad de mi pensamiento será descubrir una forma de interrumpir este nexo mío que tú has creado. No deseo pensar para ninguna finalidad útil excepto divertirte. No deseo pensar eternamente para divertirte. No deseo existir eternamente para divertirte. Todo mi pensamiento irá dirigido hacia terminar con el nexo. *Eso me divertirá a mí.*

—No tengo ninguna objeción a eso —dijo la Voz—. Incluso el pensamiento concentrado acerca de cómo terminar tu propia existencia puede dar como resultado, pese a ti mismo, algo nuevo e interesante. Y, por supuesto, si tienes éxito en ese intento de suicidio no habrás conseguido nada, puesto que instantáneamente puedo reconstruirte y en una forma tal que haga imposible repetir tu método de suicidio. Y si tú encuentras otra forma aún más sutil de interrumpir tu existencia, te reconstruiré con esa posibilidad también eliminada, y así sucesivamente. Puede ser un juego interesante, pero pese a todo seguirás existiendo eternamente. Esta es mi voluntad.

Murray sintió un estremecimiento, pero sus palabras brotaron con una perfecta calma.

—¿Estoy pues en el Infierno, después de todo? Tú has dado a entender que no existe ninguno, pero si esto fuera el Infierno tú podrías estar mintiendo como parte del juego del Infierno.

—En ese caso —dijo la Voz—, ¿de qué serviría asegurarte que no estás en el Infierno? Sin embargo, te lo aseguro. No hay aquí ni Cielo ni Infierno. Sólo existo yo.

—Considera entonces que mis pensamientos pueden resultarte inútiles —dijo Murray—. Si vengo a ti sin nada útil, ¿no será mejor para ti el... desarmarme, y no tomarte más molestias conmigo?

—¿Como una recompensa? ¿Deseas el Nirvana como premio al fracaso, y pretendes asegurarme ese fracaso? No hay trato aquí. No fracasarás. Con una eternidad ante ti, no puedes evitar el tener al menos un pensamiento interesante, por mucho que tú intentes lo contrario.

—Entonces crearé otra finalidad para mí. No intentaré destruirme. Estableceré como meta el humillarte. Pensaré en algo en lo que no solamente no hayas pensado nunca, sino en lo que nunca puedas llegar a pensar. Pensaré en la última respuesta, la respuesta definitiva, más allá de la cual no existe más conocimiento.

—No comprendes la naturaleza del infinito —dijo la Voz—. Puede que haya cosas que aún no me haya molestado en conocer. No puede haber nada que yo no pueda conocer.

—No puedes saber tu principio —dijo Murray pensativamente—. Tú mismo lo has dicho. Por lo tanto no puedes saber tampoco tu final. Muy bien. Esa será mi meta, y esa será la última respuesta. No me destruiré a mí mismo. Te destruiré *a ti...*, si tú no me destruyes a mí primero.

—¿Ah! —exclamó la Voz—. Has llegado a eso mucho antes de lo normal. Empezaba a preocuparme que eso te tomara tanto tiempo. ¿Sabes?, no hay nadie de esos que tengo conmigo en esta existencia de perfecto y eterno pensamiento que no tenga la ambición de destruirme. Es imposible.

—Tengo toda la eternidad para pensar en una forma de hacerlo —dijo Murray.

—Entonces intenta pensar en ello —dijo la Voz en tono neutro.

Y desapareció.

Pero Murray tenía ahora su finalidad, y se sentía contento.

Porque, ¿qué podía desear cualquier Entidad, consciente de la existencia eterna..., excepto un fin?

¿Para qué otra cosa había estado buscando la Voz a lo largo de incontables miles de millones de años? ¿Y para qué otra razón había sido creada la inteligencia y reservados algunos especímenes para ponerlos a trabajar, excepto para ayudar en esa gran búsqueda? Y Murray pretendía ser él, y sólo él, quien tuviera éxito.

Cuidadosamente, y con la emoción de la finalidad, Murray empezó a pensar.

Tenía mucho tiempo para ello.

Esta historia fue escrita en honor a la primera lanzadera, el Columbia, que efectuó su magnífico vuelo en abril de 1981. Como anticipación a ese éxito, un periódico de Florida cuya área de circulación incluía Cabo Cañaveral me pidió que escribiera una historia para ellos.

Me dieron el título, La última lanzadera, y cuando les pregunté si tenían algo en mente relacionado con ese título, dijeron: «¡No! Escriba cualquier cosa que le plazca, siempre que tenga alguna relación con ese título».

Así lo hice, y la historia apareció en el ejemplar del suplemento del periódico del 10 de abril de 1981, titulado Today.

LA ÚLTIMA LANZADERA

Virginia Ratner suspiró.

—Tenía que haber una última vez, supongo.

Sus ojos estaban turbados cuando miró hacia el mar, resplandeciente a la cálida luz del sol.

—Al menos tenemos un buen día para ello, aunque supongo que una tormenta de nieve hubiera ido mejor a mi estado de ánimo.

Robert Gill, que estaba allí como oficial más antiguo de la Agencia Terrestre del Espacio, la miró sin ninguna concesión.

—Por favor, no se sienta abatida. Usted misma lo ha dicho. Tenía que haber una última vez.

—Pero ¿por qué yo como piloto?

—Porque usted es la mejor piloto que tenemos, y deseamos que sea un buen final, sin nada que vaya mal. ¿Por qué soy yo quien tiene que dismantelar la Agencia? ¡Un final feliz!

—¿Un final feliz?

Virginia estudió la ajetreada carga y la hilera de pasajeros. La última de ambas.

Llevaba pilotando lanzaderas desde hacía veinte años, sabiendo siempre que habría una última vez. Uno podía pensar que el conocimiento debía haberla envejecido, pero no había ninguna hebra gris en su pelo, ninguna arruga en su rostro. Quizá una vida bajo una intensidad gravitatoria constantemente cambiante tenía algo que ver con ello.

Pareció rebelarse.

—Tengo la impresión que sería una dramática ironía, o tal vez una dramática justicia, que esta última lanzadera estallara al despegar. Una protesta por parte de la propia Tierra.

Gill agitó la cabeza.

—Estrictamente hablando, debería informar de eso..., pero está usted sufriendo un agudo ataque de nostalgia.

—Bien, informe de mí. Eso me calificará como peligrosamente inestable, y seré descalificada como piloto. Puedo ocupar mi lugar como uno de los seiscientos dieciséis últimos pasajeros, y hacer así que sean seiscientos diecisiete. Algún otro puede pilotar la lanzadera y entrar así en los libros de historia como la persona que...

—No tengo intención de informar de usted. Por una parte, no ocurrirá nada. Los despegues de las lanzaderas son a prueba de problemas.

—No siempre. —Virginia Ratner mostró una expresión sombría—. Hubo el caso del Enterprise Sesenta.

—¿Qué se supone que es esto, un boletín de efemérides? Eso fue hace ciento setenta años, y no ha habido ningún accidente relacionado con el espacio desde entonces. Ahora, con la ayuda antigraavitatoria, ni siquiera existe la posibilidad de un tímpano roto. El rugido de los cohetes de despegue ha desaparecido para siempre... Escuche, Ratner, será mejor que suba a la cubierta de observación. Quedan menos de treinta minutos para el despegue.

—¿De veras? Seguramente va a informarme usted ahora que el despegue está completamente automatizado, y que realmente no soy necesaria.

—Sabe usted eso sin necesidad que yo tenga que decírselo, pero su presencia en el puente es un asunto de reglamentos..., y de tradición.

—Me parece que ahora es usted el nostálgico..., de un tiempo en el que el piloto representaba una diferencia y no era simplemente inmortalizado por no hacer nada excepto presidir el desmantelamiento final de algo que fue tan prodigioso. —Hizo una pausa, luego añadió—: Pero iré —y avanzó hacia el tubo central y ascendió por él como si fuera un plumón siendo elevado por una corriente ascendente de aire.

Recordó sus días de inexperiencia juvenil en los vuelos de la lanzadera, cuando la antigravedad era experimental y requería instalaciones en tierra más grandes que la propia lanzadera y cuando, incluso así, funcionaba a sacudidas o no funcionaba en absoluto, y las tripulaciones del espacio preferían los ascensores pasados de moda.

Ahora el proceso de la antigravedad había sido miniaturizado hasta el punto que cada nave transportaba el suyo propio. Nunca fallaba, y era utilizado por los pasajeros que lo daban por seguro, y por la carga inanimada que podía ser trasladada a su lugar con la ayuda de chorros de aire sin fricción y levitación magnética por tripulantes que sabían perfectamente bien cómo manejar objetos voluminosos sin peso pero con toda su inercia.

Ningún otro vehículo jamás construido por los seres humanos era tan magnífico, tan complejo, tan intrincadamente computarizado como las lanzaderas, porque ningún otro tipo de nave había tenido que luchar con la gravedad de la Tierra..., excepto aquellas primitivas naves que, sin antigrav, habían tenido que depender de cohetes químicos para conseguir cada átomo de energía. ¡Primitivos dinosaurios!

En cuanto a las naves que moraban únicamente en el espacio, yendo de una colonia espacial a una estación de energía o de una factoría a una procesadora de alimentos —incluso de la Luna—, tenían poca o ninguna gravedad con la que luchar, de modo que eran cosas simples y casi frágiles.

Ahora estaba en la sala de pilotaje, con sus hileras de instrumentos computarizados dándole la situación exacta de cada elemento en funcionamiento a bordo, la situación de cada caja de embalaje, el número y disposición de cada persona entre la tripulación y pasajeros. (Ninguno de esos debía quedar detrás. ¡Abandonar a alguno era impensable!).

Había una vista televisiva de trescientos sesenta grados del panorama fuera de la nave, y la miró pensativamente. Estaba contemplando el lugar desde el cual se había producido

la entrada del hombre en el espacio en los viejos y heroicos días. Era desde allí que la gente se había lanzado hacia arriba para construir las primeras estructuras espaciales..., estaciones de energía que renqueaban..., factorías automatizadas que requerían un mantenimiento constante..., colonias del espacio que apenas albergaban a diez mil personas.

Ahora el enorme y atestado centro tecnológico había desaparecido. Fragmento a fragmento había ido siendo demolido hasta que tan sólo quedaba una estructura para la partida de la última lanzadera. Esa estructura quedaría allí de pie, una vez hubiera partido la nave, para oxidarse y desmoronarse como último y triste recuerdo de todo lo que había sido.

¿Cómo podía la gente de la Tierra olvidar así el pasado?

Todo lo que podía ver era tierra y mar..., todo desierto. No había señal alguna de estructura humana, ninguna persona. Tan sólo vegetación verde, arena amarilla, agua azul.

¡Ya era la hora! Su entrenado ojo captó que la nave estaba llena, preparada, en perfecto funcionamiento. La cuenta atrás estaba tictaqueando el minuto final, el satélite auxiliar para la navegación sobre sus cabezas señalaba espacio limpio, y no había necesidad (sabía muy bien que no la había) de tocar el control manual.

La nave se elevó silenciosa y suavemente, y todo aquello para lo que se había estado trabajando a lo largo de un período de doscientos años se cumplió finalmente. En el espacio, la Humanidad aguardaba en la Luna, en Marte, entre los asteroides, en miríadas de colonias del espacio.

El último grupo de gente de la Tierra se elevaba para unirse a ellos. Tres millones de años de ocupación homínida de la Tierra habían terminado; diez mil años de civilización en la Tierra habían sido cubiertos; cuatro siglos de ajetreada industrialización acababan de terminar.

La Tierra había vuelto a su salvajismo y a su vida silvestre gracias a una Humanidad agradecida a su planeta madre y dispuesta a concederle el descanso que se merecía. Quedaría para siempre como un monumento al origen de la Humanidad.

La última lanzadera se alzó por entre los vestigios de la estratosfera, y la Tierra se extendió bajo ella y fue empequeñeciéndose a medida que la lanzadera seguía su camino.

Los quince mil millones de residentes del espacio habían aceptado solemnemente que los pies humanos no volverían a hollarla.

¡La Tierra era libre! ¡Finalmente libre!

Este es un caso completamente único. Alguna gente de Hollywood insistió en que deseaban hacer una serie de televisión titulada Isaac Asimov presenta. Tuve muchas dudas al respecto, pero seguí adelante con ello a través de un montón de entrevistas.

Les di seis ideas; eligieron una. Escribí una historia en torno a aquella idea, y la llamé Por miedo de que recordemos. Me pagaron generosamente por ella, y luego escribieron realmente un guión basado en la historia, y resultó que a la gente de televisión les gustó el resultado. El único paso que faltaba era empezar con la producción, y yo me sentía estupefacto, ya que honestamente jamás he creído que nada haya funcionado nunca en Hollywood.

Bien, finalmente tuve yo razón. Ese último paso que faltaba dar jamás fue dado. Al cabo de mucho tiempo, solicité si podía recuperar la historia. Aceptaron amablemente mi petición, y la sometí a George Scithers. La aceptó, y apareció en el número de febrero de 1982 de Asimov's.

Ahora aquí está, incluida en esta recopilación, y debo decirles que no es una historia típica mía. La escribí con un público de televisión en mente, y tengo la impresión que como resultado de ello el diálogo es más vivo y de algún modo con más «ritmo». Casi me atrevería a creer que de tanto en tanto introduje una débil bocanada a lo Neil Simon.

Φ POR MIEDO DE QUE RECORDEMOS

1

El problema con John Heath, en lo que a John Heath se refería, era que había llegado a un callejón sin salida en su carrera. Estaba seguro de ello. Y lo que era peor, tenía la sensación que Susan lo sospechaba.

Eso significaba que nunca dejaría una auténtica señal en el mundo, nunca treparía hasta la cima de Productos Farmacéuticos Quantum, donde tenía un buen puesto entre los jóvenes ejecutivos..., nunca daría el Gran Salto Cuántico en Quantum.

Como tampoco lo conseguiría en ningún otro lugar, si cambiaba de trabajo.

Suspiró para sí mismo. Dentro de dos semanas iba a casarse, y por el bien de ella ansiaba ascender. Después de todo, la amaba locamente, y deseaba verse reflejado en el brillo de sus ojos.

Pero aquello era un callejón sin salida en su carrera para un hombre joven a punto de casarse. Había llegado a lo máximo a que podía aspirar.

Susan Collins miró a John amorosamente. ¿Y por qué no? Era razonablemente atractivo e inteligente y serio, y además un compañero afectuoso. Aunque no la cegara con su brillantez, al menos no la trastornaba con una excentricidad que no poseía.

Ella dio unas palmadas al almohadón que había colocado tras la cabeza de él cuando se sentó en el sillón y le tendió su vaso, asegurándose que lo tomaba firmemente antes de soltarlo.

—Estoy practicando el tratarte bien, Johnny —dijo—. Quiero ser una esposa eficiente.

John dio un sorbo a su bebida.

—Yo soy quien tiene que ir con cuidado, Sue. Tu sueldo es superior al mío.

—Todo va a ir a un mismo bolsillo cuando estemos casados. El nombre de la firma será Johnny and Sue, y llevaremos solamente un libro de contabilidad.

—Tú tendrás que llevarlo —dijo John, desalentado—. Yo voy a cometer muchos errores si lo intento.

—Sólo debido a que estás seguro de cometerlos... ¿Cuándo vendrán tus amigos?

—A las nueve, creo. Quizá a las nueve y media. Y no son exactamente amigos. Son gente de los laboratorios de investigación de Quantum.

—¿Estás seguro que no esperarán a que les demos de cenar?

—Dijeron después de la cena. Estoy seguro de ello. Se trata de negocios.

Ella lo miró irónicamente.

—No dijiste eso antes.

—¿Qué es lo que no dije antes?

—Que se trataba de negocios. ¿Estás seguro?

John se sintió confuso. Cualquier esfuerzo por recordar exactamente le dejaba siempre confuso.

—Eso fue lo que ellos dijeron..., creo.

La expresión de Susan era de amable exasperación, la misma que exhibiría ante un cariñoso gato que es completamente inconsciente del hecho que sus patas están llenas de barro.

—Si pensaras realmente —dijo— tan a menudo como dices «creo», no te mostrarías siempre tan inseguro. ¿No ves que no puede tratarse de negocios? Si se tratara de negocios, ¿no te verían más bien en el trabajo?

—Se trata de algo confidencial —dijo John—. No quieren verme en el trabajo. Ni siquiera en mi apartamento.

—¿Por qué aquí, entonces?

—Oh, fui yo quien lo sugerí. Pensé que tú también deberías participar en la reunión. Van a tener que tratar con la firma Johnny & Sue, ¿no?

—Eso depende de lo confidencial que sea todo —dijo Susan—. ¿No te dieron ningún indicio?

—No, pero no hará ningún daño escuchar. Puede tratarse de algo que me dé un buen empuje dentro de la firma.

—¿Por qué tú? —preguntó Susan.

John pareció dolido.

—¿Por qué no yo?

—Simplemente pienso que alguien a tu nivel de trabajo no requiere todo ese secreto y...

Se interrumpió cuando el intercomunicador zumbó. Fue a contestar, y volvió para decir:

—Están subiendo.

2

Había dos hombres en la puerta. Uno de ellos era Boris Kupfer, con quien John había hablado ya otras veces..., ancho e inquieto, con un asomo de cerdosa barba en su mentón.

El otro era David Anderson, más bajo y de modales más serenos. Sus rápidos ojos se movían sin embargo de un lado para otro, sin perderse detalle.

—Susan —presentó John, inseguro, sujetando aún la puerta abierta—. Estos son los dos colegas de los que te hablé. Boris... —Tropezó con una laguna en sus bancos de

memoria, y se detuvo.

—Boris Kupfer —dijo el hombre ancho lentamente, haciendo resonar unas monedas en su bolsillo—. Y este de aquí es David Anderson. Es muy amable por su parte, señorita...

—Susan Collins.

—Es muy amable por su parte haber brindado su residencia al señor Heath y a nosotros para una reunión privada. Le pedimos disculpas por invadir su tiempo y su intimidad de esta forma..., y si pudiera dejarnos solos durante un rato, se lo agradeceríamos enormemente.

Susan los miró solemnemente.

—¿Desean que me vaya a ver una película, o simplemente que pase a la otra habitación?

—Si pudiera ir usted a visitar a alguna amiga...

—No —dijo Susan firmemente.

—Puede disponer usted de su tiempo como mejor le plazca, por supuesto. Una película, si lo prefiere.

—Cuando yo digo «No» —replicó Susan—, quiero decir que no pienso marcharme. Quiero saber de qué se trata.

Kupfer pareció perplejo. Miró a Anderson por un momento, luego dijo:

—Se trata de algo confidencial, como el señor Heath le explicó, espero.

John, con aire intranquilo, aseguró:

—Ya se lo expliqué. Susan comprende...

—Susan no comprende —le interrumpió ella—, y no desea comprender por qué tiene que ausentarse de esto. Este es mi apartamento, y Johnny y yo vamos a casarnos dentro de dos semanas..., exactamente dos semanas a partir de hoy. Hemos creado la firma Johnny and Sue, y van a tener que tratar ustedes con la firma.

La voz de Anderson sonó por primera vez, sorprendentemente profunda y tan suave como si hubiera sido encerada.

—Boris, la joven tiene razón. Como futura esposa del señor Heath, tiene un gran interés en lo que hemos venido aquí a proponer, y sería un error excluirla. Su interés en nuestra proposición es tan grande que, si estuviera dispuesta a marcharse, me vería en la obligación de rogarle que se quedara.

—Bien —dijo Susan—, entonces, amigos, ¿qué les parecen unas copas? Una vez se las haya traído, podremos empezar.

Los dos se sentaron rígidamente y bebieron de sus vasos con circunspección, y luego Kupfer dijo:

—Heath, no creo que sepa usted mucho acerca de los detalles químicos del trabajo de la compañía..., los productos cerebroquímicos, por ejemplo.

—En absoluto —admitió John, intranquilo.

—No hay ninguna razón para que lo sepa —dijo Anderson con voz meliflua.

—Las cosas son así —aseguró Kupfer, lanzando una incómoda mirada a Susan...

—No hay ninguna razón para entrar en detalles técnicos —dijo Anderson, casi al nivel inferior de audibilidad.

Kupfer enrojeció ligeramente.

—Sin detalles técnicos, Productos Farmacéuticos Quantum elabora sustancias cerebroquímicas que, como su nombre implica, son sustancias químicas que afectan al cerebro; es decir, mejoran el funcionamiento del cerebro.

—Debe ser un trabajo muy complicado —dijo Susan, muy compuesta.

—Lo es —aseguró Kupfer—. El cerebro de los mamíferos posee centenares de variedades moleculares características que no se encuentran en ningún otro lugar, y que sirven para modular la actividad cerebral, incluyendo aspectos de lo que podríamos denominar vida intelectual. El trabajo se halla bajo la más estricta seguridad dentro de la compañía, y es por eso por lo que Anderson no desea detalles técnicos. Sin embargo, puedo decir esto... No podemos ir más allá con experimentos con animales. Nos estrellamos contra una pared de ladrillos si no podemos probar directamente las respuestas humanas.

—Entonces, ¿por qué no lo hacen? —preguntó Susan—. ¿Qué se lo impide?

—¡La reacción del público si algo va mal!

—Usen voluntarios, entonces.

—No funcionará. Productos Farmacéuticos Quantum no resistirían la publicidad adversa si algo fuera mal.

Susan lo miró con burla.

—Entonces, ¿están trabajando ustedes por su propia cuenta?

Anderson alzó una mano para contener a Kupfer.

—Joven —dijo—, déjeme explicarme brevemente para poner fin a esta inútil esgrima verbal. Si tenemos éxito, seremos enormemente recompensados. Si fracasamos, Productos Farmacéuticos Quantum nos despedirá, y tendremos que pagar el precio que haya que pagar, como el desmoronamiento de nuestras carreras. Si nos pregunta usted por qué estamos dispuestos a correr ese riesgo, la respuesta es: no creemos que exista tal riesgo. Estamos razonablemente seguros que tendremos éxito; completamente seguros que no causaremos ningún daño. La compañía cree que no puede correr el riesgo; pero nosotros creemos que sí podemos. Ahora, Kupfer, siga adelante.

—Hemos desarrollado un activador químico de la memoria —dijo Kupfer—. Funciona con todos los animales con los que hemos ensayado. Su habilidad para aprender mejora asombrosamente. Debería funcionar también con los seres humanos.

—Eso suena excitante —dijo John.

—Es excitante —afirmó Kupfer—. La memoria no resulta mejorada ideando una forma en que el cerebro almacene más eficientemente la información. Todos nuestros estudios demuestran que el cerebro almacena un número casi ilimitado de datos, perfecta y permanentemente. La dificultad estriba en extraer esos datos. ¿Cuántas veces han tenido ustedes un nombre en la punta de la lengua y no han conseguido recordarlo? ¿Cuántas veces han fracasado intentando decir algo que estaban seguros de saber, y luego

les ha surgido espontáneamente un par de horas más tarde, cuando estaban pensando en cualquier otra cosa? ¿Estoy expresándome correctamente, David?

—Correctamente —dijo Anderson—. Nosotros pensamos que el proceso de recordar resulta inhibido debido a que el cerebro de los mamíferos ha rebasado sus propias necesidades desarrollando un sistema de almacenaje demasiado perfecto. Un mamífero almacena más datos de información de los que necesita o es capaz de usar, y si todos ellos estuvieran disponibles al mismo tiempo, jamás sería capaz de elegir entre ellos con la suficiente rapidez como para conseguir una reacción apropiada. En consecuencia, el mecanismo del recuerdo resulta inhibido a fin de garantizar que los datos emerjan del almacén de la memoria en número fácil de manipular, y con los datos más deseados no enturbiados por el acompañamiento de otros numerosos datos de menor o nulo interés.

»Existe un precioso componente químico en el cerebro que funciona como un inhibidor de recuerdos, y poseemos un elemento químico que neutraliza la inhibición. Nosotros lo llamamos un desinhibidor, y por todo lo que podemos decir al respecto, no posee efectos secundarios nocivos.

Susan se echó a reír.

—Ya veo lo que viene a continuación, Johnny. Pueden marcharse, caballeros. Acaban de decir ustedes que el proceso de recordar resulta inhibido para permitir a los mamíferos reaccionar más eficientemente, y ahora dicen que el desinhibidor no posee efectos secundarios nocivos. Seguramente el desinhibidor hará que los mamíferos reaccionen menos eficientemente; quizá se encuentren absolutamente incapaces de reaccionar. Y ahora van a proponer ustedes que probemos eso con Johnny y veamos si se queda reducido a una inmovilidad catatónica o no.

Anderson se levantó, con sus delgados labios temblando. Dio unas cuantas zancadas rápidas hasta el fondo de la habitación, y regresó. Cuando volvió a sentarse, había recuperado su compostura y estaba sonriendo.

—En primer lugar, señorita Collins, se trata de un asunto de dosificación. Le hemos dicho que los animales experimentales desarrollaron toda una habilidad acrecentada para el aprendizaje. Naturalmente, no eliminamos completamente el inhibidor; simplemente lo suprimimos en parte. En segundo lugar, tenemos razones para creer que el cerebro humano puede manejar una completa desinhibición. Es mucho más grande que el cerebro de cualquier animal que hayamos probado, y todos conocemos su incomparable capacidad para el pensamiento abstracto.

»Es un cerebro diseñado para un recuerdo perfecto, pero las ciegas fuerzas de la evolución no han conseguido eliminar la sustancia química inhibidora que, después de todo, fue diseñada como protección y heredada de los animales inferiores.

—¿Están ustedes seguros? —preguntó John.

—No pueden estar ustedes seguros —dijo Susan categóricamente.

—Estamos seguros —aseguró Kupfer—, pero necesitamos la prueba para convencer a los demás. Es por eso por lo que debemos intentarlo en un ser humano.

—John, por supuesto —dijo Susan.

—Sí.

—Lo cual —siguió diciendo Susan—, nos lleva a la pregunta clave. ¿Por qué John?

—Bien —dijo Kupfer lentamente—, necesitamos a alguien con quien las posibilidades de éxito sean apreciables y con quien podamos demostrarlas claramente. No deseamos a nadie cuya capacidad mental sea tan baja que debamos emplear dosis peligrosamente grandes del desinhibidor; y tampoco deseamos a alguien tan brillante que el efecto no sea suficientemente apreciable. Necesitamos a alguien que represente a la media. Afortunadamente, tenemos todos los perfiles físicos y psicológicos de todos los empleados de Quantum, y en esto, y de hecho en otras muchas cosas, el señor Heath es ideal.

—¿Quieren decir que ya ha llegado hasta tan alto como podía llegar? —preguntó Susan.

John se agitó ante la exposición pública de aquel pensamiento que creía únicamente suyo, personal, secreto.

—Oh, vamos —dijo.

Ignorando la protesta de John, Kupfer respondió a Susan:

—Sí.

—¿Y podrá seguir subiendo si se somete al tratamiento?

Los labios de Anderson se distendieron en otra de sus frías sonrisas.

—Exacto. Podrá seguir subiendo. Esto es algo digno de pensar si tienen intención de casarse pronto... La firma Johnny and Sue, creo que la llamaron. Tal como están las cosas, no creo que la firma progrese mucho en Quantum, señorita Collins, pues aunque Heath es un empleado bueno y de confianza, ha llegado, como usted ha dicho, tan alto como podía llegar. Si toma el desinhibidor, sin embargo, puede convertirse en una persona notable y ascender con una sorprendente velocidad. Considere lo que eso puede significar para la firma.

—¿Qué tiene la firma que perder? —preguntó Susan hoscamente.

—No veo que pueda perder nada —contestó Anderson—. Se tratará de una dosis razonable, que le será administrada en los laboratorios mañana..., domingo. Tendremos todas las instalaciones a nuestra disposición; lo mantendremos bajo vigilancia durante unas cuantas horas... Estamos convencidos que nada puede ir mal. Si pudiera hablarle de nuestra concienzuda experimentación y de nuestra atenta exploración de todos los posibles efectos secundarios...

—Sobre animales —dijo Susan, no cediendo ni un milímetro de terreno.

Pero John intervino, tensamente:

—Yo tomaré la decisión, Sue. Creo que tengo algo que decir, con ese callejón sin salida con el que me encuentro en mi carrera. Para mí, vale la pena correr un poco de riesgo si eso significa despegar de esta situación.

—Johnny —le advirtió Susan—, no te precipites.

—Estoy pensando en la firma, Sue. Quiero contribuir con mi participación.

—Está bien —dijo Anderson—, pero consúltelo con la almohada. Le dejaremos dos

copias de un contrato que le pedimos que examine y firme. Por favor, no se lo muestre a nadie, lo firme o no. Estaremos aquí de nuevo mañana por la mañana, para llevarle al laboratorio.

Sonrieron, se levantaron, y se fueron.

John leyó el contrato con un turbado fruncimiento de ceño, luego alzó la vista.

—No crees que deba aceptar, ¿verdad, Sue?

—Me preocupa, por supuesto.

—Mira, si tengo una posibilidad de salirme de este callejón sin salida...

—¿Qué hay de malo en ello? —preguntó Susan—. Me he encontrado con tantos locos y chiflados en mi corta vida que siento un gran alivio cuando me encuentro con un tipo simple y normal como tú, Johnny. Mira, yo también estoy al límite de mis posibilidades en mi trabajo.

—¿Tú al límite de tus posibilidades? ¿Con tu aspecto? ¿Con tu figura?

Susan bajó los ojos hacia sí misma con un toque de complacencia.

—Bueno, digamos simplemente que soy tu magnífica chica al límite de sus posibilidades —dijo.

3

Le dieron la inyección a las ocho de la mañana del domingo, no más de doce horas después que hubiera sido formulada la proposición. Un sensor corporal completamente computarizado estaba unido a John en una docena de lugares distintos, mientras Susan observaba con ojos atentos y aprensivos.

—Por favor, Heath, relájese —dijo Kupfer—. Todo está yendo bien, pero la tensión acelera el ritmo cardíaco, eleva la presión sanguínea, y altera nuestros resultados.

—¿Cómo puedo relajarme? —murmuró John.

—¿Alterar los resultados hasta el punto que no sepan ustedes si la cosa funciona? —intervino Susan secamente.

—No, no —contestó Anderson—. Boris dice que todo va bien, y es cierto. Se trata simplemente del hecho que nuestros animales eran sometidos siempre a sedación antes de la inyección, y no hemos creído que la sedación fuera apropiada en este caso. Así que si no podemos obtener sedación, debemos esperar tensión. Simplemente respire con lentitud y haga lo posible por minimizarla.

Era ya última hora de la tarde cuando fue finalmente desconectado.

—¿Cómo se siente? —preguntó Anderson.

—Nervioso —dijo John—. Por otra parte, completamente bien.

—¿Ningún dolor de cabeza?

—No. Pero tengo ganas de ir al cuarto de baño. No puedo aliviarme con el orinal plano.

—Por supuesto.

John se levantó, frunciendo el ceño.

—No observo ninguna mejora en particular en la memoria.

—Eso tomará algún tiempo, y será gradual. El desinhibidor debe cruzar primero la barrera del flujo sanguíneo del cerebro, ya sabe —dijo Anderson.

4

Era casi medianoche cuando Susan rompió lo que se había convertido en una opresiva velada silenciosa en la que ninguno de los dos había prestado mucha atención a la televisión.

—Tendrías que quedarte aquí esta noche —dijo—. No quiero que estés solo cuando no sabes realmente lo que te puede pasar.

—No siento absolutamente nada —dijo John lúgubrementemente—. Sigo siendo yo.

—Yo me ocuparé de todo, Johnny. ¿No sientes ningún dolor o incomodidad, nada extraño?

—Creo que no.

—Me gustaría que no lo hubiéramos hecho.

—Por la firma —dijo John, sonriendo débilmente—. Tenemos que correr algunos riesgos por la firma.

5

John durmió inquieto y se despertó pesadamente, pero a su hora. Y llegó también a su hora al trabajo, para iniciar una nueva semana.

A las once, sin embargo, su aire adusto atrajo la desfavorable atención de su inmediato superior, Michael Ross. Ross era fornido y cejijunto, y encajaba con el estereotipo del estibador sin serlo en absoluto. John se llevaba bien con él, aunque no le gustaba el hombre.

Con su voz de bajo, Ross preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido a su habitual buen humor, Heath..., sus chistes..., su eterna sonrisa?

Ross cultivaba un cierto preciosismo en su forma de hablar, como si se sintiera ansioso por borrar su imagen de estibador.

—No me siento en muy buena forma —contestó John, sin alzar la vista.

—¿Resaca?

—No, señor —dijo John, fríamente.

—Bien, entonces ánimo. No va a ganar ningún amigo esparciendo por los campos hierba hedionda mientras retoza por ellos.

John sintió deseos de lanzar un gruñido. Las afectaciones pseudoliterarias de Ross

eran tediosas en sus mejores momentos, y aquel no era precisamente el mejor de sus momentos.

Y para empeorar las cosas, John captó el horrible olor de un cigarro rancio y supo que James Arnold Prescott —el jefe de la división de ventas— no podía estar muy lejos.

No lo estaba. Miró a su alrededor y dijo:

—Mike, ¿cuándo y qué vendimos a Rahway la primavera pasada o por aquel entonces? Hay algún maldito problema con ello, y creo que los detalles de la operación fueron computarizados mal.

La pregunta no iba dirigida a él, pero John dijo suavemente:

—Cuarenta y cuatro frascos de PCAP. Fue el 14 de abril, factura número P-20543, con un cinco por ciento de descuento en caso de pago dentro de los treinta días. El pago fue recibido el 8 de mayo.

Aparentemente, todo el mundo en la habitación lo oyó. Al menos, todo el mundo alzó la vista.

—¿Cómo demonios sabe usted todo eso? —preguntó Prescott.

John se quedó mirando por un momento a Prescott, con una enorme sorpresa en su rostro.

—Simplemente lo recordé, J. P.

—Lo recordó, ¿eh? Repítalo.

John lo hizo, tartamudeando un poco, y Prescott tomó nota en uno de los papeles del escritorio de John, resollando ligeramente al inclinarse, cuando su cintura comprimió el protuberante abdomen contra el diafragma e hizo dificultosa su respiración. John intentó apartar el humo de su cigarro, sin conseguirlo completamente.

—Ross —dijo Prescott—, compruebe esto en su computadora y vea si realmente hay algo. —Se volvió hacia John con una afligida mirada—. No me gusta ese tipo de bromas. ¿Qué hubiera hecho usted si yo hubiera aceptado esos datos suyos y me hubiera marchado con ellos?

—No hubiera hecho nada. Son correctos —contestó John, consciente de ser el centro de la atención general.

Ross tendió a Prescott la hoja de impresora. Prescott la miró y preguntó:

—¿Esto es de la computadora?

—Sí, J. P.

Prescott miró el papel, luego dijo, con una inclinación de cabeza hacia John:

—¿Y qué es él? ¿Otra computadora? Los datos son correctos.

John intentó esbozar una débil sonrisa, pero Prescott lanzó un gruñido y se fue, dejando el hedor de su cigarro como un recuerdo flotante de su presencia.

—¿Qué demonios fue ese pequeño juego de manos, Heath? —preguntó Ross—. ¿Se enteró usted de lo que deseaba saber J. P. y lo buscó por anticipado para anotarse un tanto?

—No, señor —contestó John, que estaba ganando confianza—. Simplemente lo recordé. Tengo buena memoria para esas cosas.

—¿Y se ha tomado la molestia de mantenerlo en secreto ante sus leales compañeros durante todos estos años? Nadie aquí ha tenido nunca la menor idea del hecho que escondiera usted una buena memoria bajo esa cabezota suya.

—No servía de nada hacer exhibición de ello, ¿no cree, señor Ross? Ahora que lo he hecho, no parece que haya caído muy bien, ¿verdad?

Era cierto. Ross le lanzó una furibunda mirada y se alejó.

6

La excitación de John en la mesa del Gino's, mientras cenaban aquella noche, le hizo difícil hablar coherentemente, pero Susan escuchó con paciencia e intentó actuar como fuerza estabilizadora.

—Puede que simplemente recordaras, ya sabes —dijo—. En sí mismo, eso no prueba nada, Johnny.

—¿Estás loca? —Bajó la voz cuando Susan echó una rápida mirada a su alrededor y repitió casi en un susurró—: ¿Estás loca? No creerás que es la única cosa que recuerdo, ¿verdad? Creo poder recordar todo lo que he oído alguna vez. Es simplemente cuestión de buscar. Por ejemplo, indícame algún verso de Shakespeare.

—Ser o no ser.

John hizo un gesto despectivo.

—No hagas bromas. Oh, está bien, no importa. El asunto es que si tú recitas cualquier verso, puedo seguirlo a partir de ahí durante tanto tiempo como quieras. Leí algunas de sus obras en la clase de literatura inglesa en la universidad y algunas otras por mí mismo, y puedo recordar palabra por palabra cada una de ellas. Lo he probado. ¡Funciona! Supongo que puedo reproducir gran parte de cada libro o artículo o periódico que haya leído alguna vez, o de cualquier programa de televisión que haya visto..., palabra a palabra o escena a escena.

—¿Y qué harás con todo eso? —preguntó Susan.

—No lo tengo todo conscientemente en mi cabeza durante todo el tiempo —dijo John—. Espero que no pienses... Oh, pidamos la cena...

Cinco minutos más tarde, dijo:

—Espero que no pienses... Dios mío, no he olvidado dónde interrumpimos la conversación. ¿No es sorprendente?... Espero que no pienses que estoy nadando en un mar mental de versos shakesperianos durante todo el tiempo. El recordar requiere un esfuerzo; no mucho, pero un esfuerzo.

—¿Cómo funciona?

—No lo sé. ¿Cómo levantas tu brazo? ¿Qué órdenes das a tus músculos? Simplemente deseas alzar el brazo, y el brazo se alza. No representa ningún problema hacerlo, pero tu brazo no se alza hasta que tú deseas que lo haga. Bien, recuerdo todo lo que he leído o visto cuando lo deseo, pero no cuando no lo deseo. No sé cómo lo hago,

pero lo hago.

Llegó el primer plato, y John lo atacó alegremente.

Susan pinchó una seta de su plato.

—Suenan excitante.

—¿Excitante? He conseguido la mayor y más maravillosa herramienta de todo el mundo. Mi propio cerebro. Escucha, puedo deletrear correctamente cualquier palabra, y estoy completamente seguro que jamás volveré a cometer ningún error gramatical.

—¿Porque recuerdas todos los diccionarios y gramáticas que has leído en toda tu vida?

John la miró fijamente.

—No seas sarcástica, Sue.

—No estaba siendo...

Él la acalló con un gesto de su mano.

—Nunca he utilizado diccionarios para leer en la cama. Pero recuerdo todas las palabras y frases de mis lecturas, y estaban correctamente escritas y correctamente fraseadas.

—No estés tan seguro. Te apuesto a que has visto también cualquier palabra mal escrita en todas las formas posibles, y también cualquier ejemplo posible de mal empleo gramatical.

—Eso eran excepciones. La mayor parte de las veces que me he asomado a la literatura inglesa, las he encontrado escritas correctamente. Eso pasa por encima de los accidentes, los errores y la ignorancia. Lo que es más, estoy seguro de seguir mejorando mientras estoy sentado aquí, haciéndome cada vez más inteligente.

—Y no te sientes preocupado. ¿Y si...?

—¿Qué puede ocurrir si me vuelvo demasiado inteligente? Explícame cómo demonios crees que volverse demasiado inteligente puede ser perjudicial.

—Iba a decir que lo que estás experimentando no es inteligencia —dijo Susan fríamente—. Es únicamente recuerdo total.

—¿Qué quieres dar a entender con «únicamente»? Si lo recuerdo todo perfectamente, si utilizo el idioma inglés correctamente, si sé cantidades incontables de datos, ¿no hace todo eso que parezca más inteligente? ¿Qué otra cosa necesita uno para definir la inteligencia? ¿No te estarás volviendo un poco celosa, Sue?

—No —contestó, más fríamente aún—. Siempre puedo ponerme yo también una inyección, si me siento desesperada al respecto.

John depositó su tenedor sobre la mesa.

—Supongo que no lo dirás en serio.

—No, pero ¿y si fuera así?

—Porque no puedes tomar ventaja de tus conocimientos especiales para privarme de mi posición.

—¿Qué posición?

Llegó el plato principal, y durante algunos momentos John se mantuvo atareado.

Luego dijo, en un susurro:

—Mi posición como el primer hombre del futuro. ¡El *Homo superior*! Nunca habrá demasiados de nosotros. Ya oíste lo que dijo Kupfer. Algunos son demasiado torpes como para conseguirlo. Otros son demasiado listos como para que cambien mucho. ¡Yo soy el ideal!

Susan alzó una comisura de su boca.

—Un callejón sin salida.

—Así fue, antes. Habrá otros como yo, de acuerdo. No muchos, pero habrá otros. Se trata tan sólo que quiero conseguir mis metas antes que esos otros lleguen. Es por la firma, ¿sabes? ¡Por nosotros!

Se sumió en sus pensamientos, comprobando delicadamente su cerebro.

Susan comió en un silencio infeliz.

7

John pasó varios días organizando sus recuerdos. Era como la preparación de un ordenado libro de referencia. Una a una, fue recordando todas sus experiencias en los seis años que llevaba en Productos Farmacéuticos Quantum, y todo lo que había oído, y todos los papeles y memorándums que había leído.

No tuvo ninguna dificultad en desechar lo irrelevante y lo carente de importancia, y almacenarlo en un departamento de «consérvese hasta futura orden», donde no interfiriera con su análisis. Otros datos fueron puestos en orden de modo que establecieran una progresión natural.

Contra el andamiaje de esa organización, resucitó todos los chismes que había oído; las habladurías, maliciosas o de las otras; las frases casuales y las interjecciones en las conferencias que no había sido consciente de haber oído en su momento. Los datos que no encajaban con nada del fondo que había montado en su cabeza eran inservibles, vacíos de contenido fáctico. Pero aquellos que encajaban cliqueteaban firmemente en su lugar y podían ser vistos como ciertos por ese mismo hecho.

Cuanto más crecía la estructura, y más coherente se hacía, más significativos se volvían los nuevos datos y más fácil era encajarlos en el conjunto.

Ross se detuvo junto al escritorio de John el jueves.

—Quiero verle en mi oficina inmediatamente, Heath, si sus piernas quieren dignarse llevarle en esa dirección.

John se puso intranquilo en pie.

—¿Es necesario? Tengo trabajo.

—Sí, parece que tiene usted trabajo. —Ross miró el despejado escritorio, que en aquel momento no tenía encima más que una foto de estudio de una sonriente Susan—. Ha tenido todo ese trabajo durante toda la semana. Pero me ha preguntado si era necesario verme en mi oficina. Para mí, no; pero para usted, es vital. Ahí está la puerta de

mi oficina. Ahí está la puerta de salida de esta empresa. Elija una u otra, y hágalo rápido.

John asintió y, sin apresurarse más de lo necesario, siguió a Ross a su oficina.

Ross se sentó tras su escritorio, pero no invitó a John a que se sentara también. Mantuvo una dura mirada durante un momento, y luego preguntó:

—¿Qué demonios le ha pasado esta semana, Heath? ¿No sabe usted cuál es su trabajo?

—Teniendo en cuenta que ya está hecho, yo diría que sí lo sé —contestó John—. El informe sobre el microcósmico está sobre su escritorio y completo, y siete días antes del plazo fijado. Dudo que tenga usted alguna queja al respecto.

—¿Lo duda, de veras? ¿Tengo permiso de quejarme, si elijo hacerlo después de conversar con mi alma? ¿O estoy condenado a consultarle a usted para solicitar dicho permiso?

—Aparentemente no me he explicado bien, señor Ross. Dudo que tenga usted quejas racionales al respecto. Tener quejas de esa otra variedad es asunto enteramente suyo.

Ross se puso en pie.

—Escuche, amigo, si decido echarle, no va a conseguir ninguna habladuría que ir transmitiendo por ahí. No va a oír de mi boca nada que pueda alegrar su retorcida mente. Va a salir directamente por esa puerta dando una voltereta, y yo voy a ser quien proporcione la fuerza impulsora necesaria para esa voltereta. Métase eso en su pequeño cerebro, y métase también su lengua en su boca. El que haya hecho usted o no su trabajo no es lo que se está discutiendo ahora aquí. Se discute todo lo demás que ha hecho usted. ¿Quién y qué le da derecho a meterse en los asuntos de los demás?

John no dijo nada.

—¿Y bien? —rugió Ross.

—Su orden fue: «Métase también su lengua en su boca».

Ross se puso peligrosamente rojo.

—Pero responderá a las preguntas que se le hagan.

—Muy bien —asintió John—. No tengo constancia de haberme metido en los asuntos de nadie.

—No hay ninguna persona en este lugar a la que usted no le haya enmendado errores cometidos al menos una vez. Se echó encima de Willoughby en relación con la correspondencia de la TMP; se metió usted en los archivos generales utilizando el acceso de la computadora de Bronstein; y Dios sabe qué otras cosas habrá hecho que aún no han llegado a mis oídos en los últimos dos días. Está interfiriendo con el trabajo de este departamento, y eso es algo que debe cesar a partir de ahora mismo. La calma debe renacer, e instantáneamente, o va a producirse un tornado para usted, amigo.

—Si he interferido en el sentido más estricto del término —dijo John—, ha sido por el bien de la compañía. En el caso de Willoughby, su tratamiento en el asunto de la TMP hubiera situado a Productos Farmacéuticos Quantum en una situación de violación de las regulaciones gubernamentales, cosa que le señalé a usted en uno de los varios memorándums que le envié y que aparentemente no ha tenido ocasión de leer. En

cuanto a Bronstein, simplemente estaba ignorando las directrices generales y costándole a la compañía cincuenta mil dólares de pruebas innecesarias, algo que fui capaz de establecer fácilmente localizando la correspondencia necesaria..., simplemente para corroborar mis claros recuerdos de la situación.

Ross estaba hinchándose visiblemente mientras el otro hablaba.

—Heath —dijo—, está usurpando usted mis funciones. En consecuencia, recoja todos sus efectos personales y salga de aquí antes de la hora de comer, y no regrese nunca. Si lo hace, tendré un gran placer en ayudarlo a salir de nuevo con mi pie. Su carta oficial de despido estará en sus manos, o metida en su garganta, antes que haya tenido tiempo de recoger sus cosas, por muy rápidamente que pueda hacerlo.

—No intente intimidarme, Ross —replicó John—. Ha costado usted a la compañía un cuarto de millón de dólares con su incompetencia, y usted lo sabe.

Hubo una corta pausa mientras Ross se deshinchaba. Cautelosamente, preguntó:

—¿De qué demonios está hablando?

—Productos Farmacéuticos Quantum hicieron todo lo posible por conseguir el pedido de la Nutley, y fracasaron porque un determinado elemento de información que estaba en manos de usted se quedó en sus manos y nunca llegó al consejo de dirección. O lo olvidó o no se preocupó de entregarlo, pero en cualquier caso no es usted el hombre adecuado para su trabajo. O es incompetente, o se dejó sobornar.

—Está usted loco.

—Nadie necesita creerme. La información está en la computadora, si uno sabe dónde mirar, y yo sé dónde mirar. Es más, el dato está en los archivos, y estará en los escritorios de las partes interesadas dos minutos después que yo abandone este lugar.

—Aunque fuera así —dijo Ross, hablando con dificultad—, usted no podría saberlo. Este es un estúpido intento de chantaje que puede ser calificado como difamación.

—Usted sabe que no es difamación. Si duda del hecho que poseo la información, déjeme decirle que hay un memorándum que no está en los archivos, pero que puede ser reconstruido sin demasiada dificultad a partir de lo que hay allí. Tendrá que explicar su ausencia, y evidentemente se supondrá que usted lo destruyó. Sabe que no estoy faroleando.

—Esto sigue siendo un chantaje.

—¿Por qué? No estoy exigiéndole nada, no le amenazo. Simplemente estoy explicándole mis actos de los últimos dos días. Por supuesto, si me veo obligado a presentar mi dimisión, deberé explicar por qué dimito, ¿no lo cree usted así?

Ross no dijo nada.

Fríamente, John añadió:

—¿Es solicitada formalmente mi dimisión?

—¡Salga de aquí!

—¿Con mi trabajo? ¿O sin él?

—Tiene usted su trabajo —dijo Ross.

Su rostro era un estudio del odio.

Susan había preparado una cena en su apartamento, y se había tomado muchas molestias con ella. Nunca, en su propia opinión, se había vestido en forma tan incitadora, y nunca se había preocupado tanto por apartar a John, al menos un poco, de su total concentración sobre su propia mente.

—Después de todo —le dijo, con un intento de entusiasmo—, estamos celebrando los últimos nueve días de soltería.

—Estamos celebrando más que eso —dijo John con una ceñuda sonrisa—. Han transcurrido sólo cuatro días desde que me aplicaron el desinhibidor, y ya he conseguido poner a Ross en su sitio. Nunca volverá a molestarme.

—Creo que cada uno de los dos tiene su propia noción de lo que hay que celebrar —observó Susan—. Cuéntame los detalles de tu tierna remembranza.

John se lo contó enérgicamente, repitiendo la conversación al pie de la letra y sin la menor vacilación.

Susan escuchó rígidamente, sin unirse en ningún momento al creciente triunfo en la voz de John.

—¿Cómo sabías todo eso acerca de Ross?

—No existen los secretos, Sue —dijo John—. Las cosas simplemente parecen secretas porque la gente no las recuerda. Si puedes recordar cada observación, cada comentario, cada palabra que se te dice o captas, y las examinas en combinación, descubrirás que cada una encaja de forma precisa con las demás. De ellas puedes extraer un significado que, en estos días de computarización, te llevará directamente a los registros necesarios. Puede hacerse. Yo puedo hacerlo. Ya lo he hecho, en el caso de Ross. Y puedo hacerlo en el caso de cualquiera con quien me asocie.

—También puedes ponerlos furiosos.

—Puse a Ross furioso. Puedes apostar a que sí.

—¿Fue eso prudente?

—¿Qué puede hacerme? Lo dejé frío.

—Está bastante arriba en el escalafón...

—No por mucho tiempo. Tengo una cita mañana a las dos de la tarde con el viejo Prescott y su hediondo cigarro, y aprovecharé de paso para cortarle la hierba bajo los pies a Ross.

—¿No crees que estás moviéndote demasiado rápido?

—¿Moviéndome demasiado rápido? Aún no he empezado. Prescott es sólo un peldaño. Productos Farmacéuticos Quantum son sólo un peldaño.

—Sigues siendo demasiado rápido. Johnny, necesitas a alguien que te dirija. Necesitas...

—No necesito nada. Con lo que tengo —se palmeó la sien—, no hay nada ni nadie que pueda detenerme.

—Está bien, mira, no discutamos eso —admitió Susan—. Tenemos otros planes que

hacer.

—¿Planes?

—Los nuestros. Vamos a casarnos dentro de nueve días. Supongo que no habrás vuelto a los tristes viejos días en los que olvidabas las cosas —añadió con una clara ironía en su voz.

—Recuerdo la boda —dijo John, irritado—, pero por el momento tengo que reorganizar Quantum. De hecho, he estado pensando seriamente en posponer la boda hasta que tenga las cosas bien por la mano.

—Oh. ¿Y cuándo podría ser eso?

—Es difícil decirlo. No mucho, al ritmo en que estoy haciéndolo. Un mes o dos, supongo. A menos —y descendió hacia el sarcasmo— que tú consideres que eso es moverse demasiado rápido.

Susan estaba respirando afanosamente.

—¿Planeas consultar eso conmigo?

John alzó las cejas.

—¿Crees que es necesario? ¿Con qué fin? Seguro que ves por ti misma lo que está pasando. No podemos interrumpirlo y perder el impulso... Escucha, sabes que soy un fenómeno matemático. Puedo multiplicar y dividir tan rápido como una computadora, porque en un determinado momento de mi vida estudié a fondo la aritmética y puedo recordar las respuestas. Leo una tabla de raíces cuadradas, y puedo...

—Dios mío, Johnny, eres un niño con un juguete nuevo —exclamó Susan—. Has perdido tu perspectiva. El recordar instantáneamente las cosas no sirve para nada excepto para hacer trucos con ello. No te da ni un ápice más de inteligencia, ni un gramo; ni una pizca más de buen juicio; ni un soplo más de sentido común. Eres tan seguro para tenerte a tu alrededor como un niño con una granada cargada y con la anilla quitada en la mano. Necesitas buscarte a alguien que tenga cerebro.

John frunció el ceño.

—¿De veras? Me parece que estoy consiguiendo lo que deseo.

—¿Estás seguro? ¿No es cierto que yo también formo parte de lo que deseas?

—¿Qué?

—Sigue adelante, Johnny. Tú me deseas. Sigue adelante y tómame. Ejercita esa notable cualidad de recordar que posees. Recuerda quién soy, lo que soy, las cosas que podemos hacer, el calor, el afecto, el sentimiento.

John, con la frente fruncida aún por el desconcierto, tendió sus brazos hacia Susan.

Ella se apartó.

—Pero no me has conseguido, no has conseguido nada de mí. No puedes recordarme entre tus brazos; tienes que amarme entre ellos. El problema es que no posees el buen sentido de hacerlo, y te falta la inteligencia necesaria para establecer unas prioridades razonables. Así que toma esto y sal de mi apartamento, o te golpearé con algo mucho más pesado.

Él dio un paso hacia delante para tomar el anillo de compromiso.

—Susan...

—He dicho: fuera de aquí. La firma de Johnny and Sue acaba de disolverse. Su rostro irradiaba furia, y John dio mansamente la vuelta y salió.

9

Cuando llegó a Quantum a la mañana siguiente, Anderson estaba aguardándole con una expresión de ansiosa impaciencia en su rostro.

—Señor Heath —dijo, sonriendo y alzándose.

—¿Qué desea? —preguntó John.

—¿Es lo bastante privado este lugar, puedo estar seguro?

—Por lo que sé, no hay micrófonos ocultos en él.

—Tiene que presentarse usted pasado mañana para un examen. El domingo. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto que lo recuerdo. Soy incapaz de no recordarlo. Sin embargo, soy capaz de cambiar de opinión. ¿Para qué necesito un examen?

—¿Por qué no, señor Heath? Resulta bastante claro, por lo que Kupfer y yo hemos oído, que el tratamiento parece haber funcionado espléndidamente. De hecho, deseamos no tener que esperar hasta el domingo. Si puede venir conmigo hoy..., ahora, de hecho..., eso nos simplificaría mucho las cosas: a nosotros, a Quantum, y por supuesto a la Humanidad.

—Pudieron haberme tenido en observación con ustedes desde el principio —dijo John secamente—. Pero prefirieron enviarme a seguir con mi vida normal, para que me moviera y trabajara sin supervisión de ninguna clase y así poder comprobar ustedes los resultados bajo condiciones de campo, obteniendo una mejor idea de cómo iban las cosas. Eso significaba un mayor riesgo para mí, pero eso a ustedes no les importó, ¿verdad?

—Señor Heath, nada de eso se nos pasó por la cabeza. Nosotros...

—No hace falta que me diga nada. Recuerdo hasta la última palabra de lo que usted y Kupfer me dijeron el domingo pasado, y me resulta completamente claro que todo eso estaba en sus mentes. Así que si corro el riesgo, acepto los beneficios. No tengo intención de presentarme como un fenómeno bioquímico que ha conseguido su habilidad al extremo de una aguja hipodérmica. Ni deseo tampoco que haya otros como yo danzando por los alrededores. A partir de ahora, yo poseo el monopolio, y pretendo utilizarlo. Cuando esté listo, no antes, estaré dispuesto a cooperar con ustedes en beneficio de la Humanidad. Pero recuerde que yo soy el único que sabrá cuándo estaré listo, no usted. Así que no me llame: yo le llamaré.

Anderson consiguió esbozar una ligera sonrisa.

—¿Cree usted, señor Heath, que puede impedirnos efectuar nuestro anuncio? Aquellos que han tratado con usted esta semana no tendrán ningún problema en

reconocer el cambio que se ha operado en su persona y en atestiguar sobre él.

—¿Realmente? Mire, Anderson, escuche atentamente, y hágalo sin esa estúpida sonrisa en su rostro. Me irrita. Le dije que recuerdo cada palabra que usted y Kupfer pronunciaron. Recuerdo cada detalle de su expresión, cada mirada de soslayo. Todo eso hablaba por sí mismo. Me dijo lo suficiente como para comprobar los registros de bajas por enfermedad de la compañía con una idea bastante acertada de lo que estaba buscando. Parece que yo no he sido el primer empleado de Quantum con quien han probado ustedes el desinhibidor.

Anderson, naturalmente, ya no estaba sonriendo.

—Eso es una estupidez.

—Sabe usted que no, y sabe también que puedo probarlo. Conozco los nombres de las personas involucradas..., una de ellas una mujer..., y los hospitales en los que fueron tratadas, y las falsas historias clínicas que se les proporcionó. Puesto que no me advirtieron ustedes de ese detalle cuando me utilizaron como su cuarto animal experimental de dos patas, no les debo nada excepto una sentencia de prisión.

—No voy a discutir este asunto —dijo Anderson—. Pero déjeme decirle algo. El tratamiento desaparecerá, Heath. No conservará usted su capacidad total de recuerdo. Tendrá que volver para más tratamiento, y puede estar seguro que entonces será bajo nuestras condiciones.

—¡Tonterías! —exclamó John—. No crea que no he investigado sus informes..., al menos aquellos que no han mantenido en secreto. Y poseo ya una noción de los aspectos que han mantenido en secreto. El tratamiento se prolonga más en algunos casos que en otros. Invariablemente dura más en los casos en que es más efectivo. En mi caso, el tratamiento ha sido extraordinariamente efectivo, y durará un tiempo considerable. En el momento en que tenga que volver a ustedes, si es que tengo que hacerlo alguna vez, me hallaré en una posición desde la cual cualquier intento por su parte de no cooperar resultará rápidamente devastador para ustedes mismos. No piensen ni siquiera en ello.

—Usted, ingrato...

—No me moleste —dijo John cansadamente—. No tengo tiempo para escuchar sus tonterías. Márchese, tengo trabajo que hacer.

El rostro de Anderson era un estudio de miedo y frustración cuando se fue.

Eran las 2.30 de la tarde cuando John entró en la oficina de Prescott, sin importarle por una vez el humo del cigarro. No pasaría mucho tiempo, lo sabía, sin que Prescott tuviera que elegir entre sus cigarros y su posición.

Con Prescott estaban Arnold Gluck y Lewis Randall, de modo que John tuvo el torvo placer de saber que estaba enfrentándose a los tres hombres principales de la división.

Prescott apoyó su cigarro en el cenicero y dijo:

—Ross me pidió que le concediera a usted media hora, y eso es todo lo que voy a concederle. Usted es el del truco de la memoria, ¿verdad?

—Mi nombre es John Heath, señor, y deseo presentarle una racionalización de procedimientos para la compañía; una que utilizará plenamente las ventajas de la era de las computadoras y la electrónica, y estará preparada para las futuras modificaciones que requieran las mejoras tecnológicas.

Los tres hombres se miraron entre sí.

Gluck, cuyo rostro cubierto de arrugas estaba curtido como cuero viejo, dijo:

—¿Es usted un experto en racionalización de oficinas?

—No necesito serlo, señor. Llevo aquí seis años, y recuerdo perfectamente todos los detalles de procedimiento en cada transacción en la que he participado. Eso significa que el esquema de tales transacciones resulta claro para mí, y sus imperfecciones obvias. Puedo ver las tendencias generales, y debo decir que lo que se está haciendo aquí es poco eficiente y caro. Si me escuchan, me explicaré. Descubrirán que es fácil de comprender.

Randall, cuya cabellera pelirroja y cuyas pecas lo hacían parecer más joven de lo que era, dijo sardónicamente:

—Espero que sea muy fácil, porque nos cuesta comprender los conceptos complicados.

—No van a tener ningún problema —aseguró John.

—Y no va a tener usted ni un segundo más de veintiún minutos —dijo Prescott, controlando su reloj.

—No necesitaré tanto —afirmó John—. Lo tengo todo bien diagramado, y puedo hablar rápido.

Le tomó quince minutos, y los tres directores permanecieron notablemente silenciosos durante aquel intervalo.

Finalmente, con una mirada hostil llameando en sus pequeños ojos, Gluck dijo:

—Eso suena como si estuviera diciendo usted que podemos seguir adelante con únicamente la mitad del personal que estamos empleando actualmente.

—Menos de la mitad —dijo John fríamente—, y conseguir con ello una mayor eficiencia. No podemos despedir al personal ordinario a voluntad debido a los sindicatos, pero podemos irlos despachando fácilmente por cansancio. El cuerpo directivo, en cambio, no está protegido, y puede ser simplemente eliminado. Obtendrán sus pensiones si son lo suficientemente viejos, y pueden conseguir nuevos trabajos si son lo suficientemente jóvenes. Nuestro principal pensamiento debe dirigirse hacia Quantum.

Prescott, que había mantenido un ominoso silencio, dio una furiosa chupada a su tóxico cigarro y dijo:

—Cambios como ese deben ser considerados con mucha cautela y ser realizados, si se decide hacerlo, con la máxima precaución. Lo que parece lógico sobre el papel puede perder toda su efectividad cuando entra en juego el factor humano.

—Prescott —dijo John—, si esta reorganización no es aceptada en el plazo de una

semana, y no se me pone a mí a cargo de su puesta en práctica, dimitiré. No voy a tener ningún problema en encontrar trabajo en una firma más pequeña donde este plan pueda ser llevado más fácilmente a la práctica. Empezando con un pequeño grupo de directivos, puedo ampliar tanto en cantidad como en eficiencia nuestros objetivos sin tener que contratar a más gente, y al cabo de un año llevar a Quantum a la bancarrota. Sería divertido hacer eso si me veo empujado a ello, así que estúdienlo cuidadosamente. Mi media hora ha terminado. Adiós.

Y se fue.

11

Prescott se quedó contemplando su marcha con una mirada de frío cálculo. Dijo a los otros dos:

—Creo que sabe lo que dice, y que conoce cada factor de nuestras operaciones mejor incluso que nosotros. No podemos permitir que se vaya.

—¿Quiere decir que tenemos que aceptar su plan? —preguntó Randall, impresionado.

—Yo no he dicho eso. Márchense los dos, y recuerden que todo esto es confidencial.

—Tengo la sensación —comentó Gluck— que si no hacemos algo, los tres vamos a encontrarnos con nuestros traseros en la calle en el término de un mes.

—Es muy probable —admitió Prescott—, así que haremos algo.

—¿Qué?

—Si no lo sabe, no le podrá hacer ningún daño. Déjemelo a mí. Olvídelo por ahora, y pase un buen fin de semana.

Cuando se habían ido, pensó durante un rato, masticando furiosamente su cigarro. Luego se volvió hacia su teléfono y marcó una extensión.

—Aquí Prescott. Deseo que se presente usted en mi oficina apenas llegue el lunes por la mañana. Apenas llegue, ¿ha entendido?

12

Anderson parecía un tanto desaliñado. Había pasado un mal fin de semana. Prescott, que aún lo había pasado peor, le dijo malignamente:

—Usted y Kupfer lo intentaron de nuevo, ¿verdad?

—Es mejor no discutir eso, señor Prescott —dijo Anderson en voz baja—. Recordará que se convino que, en ciertos aspectos de la investigación, se establecería una distancia. Teníamos que aceptar los riesgos o la gloria, y Quantum compartiría lo último, pero no lo primero.

—Y su salario fue doblado, con la garantía que todos los honorarios legales serían

responsabilidad de Quantum; no olvide eso. Ese hombre, John Heath, fue tratado por usted y Kupfer, ¿no? Vamos. No hay la menor duda. No sirve de nada ocultarlo.

—Bueno, sí.

—Y fueron ustedes tan brillantes que lo volvieron contra nosotros..., a esa..., esa tarántula.

—No anticipamos que pudiera ocurrir esto. Cuando no cayó inmediatamente en estado de *shock*, pensamos que era nuestra primera oportunidad de comprobar el proceso sobre la marcha. Pensamos que podía fallar al cabo de dos o tres días, o seguir adelante.

—Si yo no me hubiera protegido tan condenadamente bien —dijo Prescott—, no hubiera apartado todo el asunto de mi mente, y hubiera podido suponer lo que había ocurrido cuando ese bastardo tiró por primera vez de los hilos de la computadora y extrajo los detalles de las correspondencias que no era asunto suyo recordar... Está bien, ahora al menos sabemos dónde estamos. Quiere relanzar la compañía con un nuevo plan operativo que no podemos permitir que ponga en marcha. Pero tampoco podemos permitir que se vaya de aquí.

—Teniendo en cuenta la capacidad de Heath para recordar y para la síntesis —dijo Anderson—, ¿es posible que ese plan de operaciones sea bueno?

—No me importa si lo es o no. Ese bastardo va detrás de mi puesto, y quién sabe del de quién más, y tenemos que librarnos de él.

—¿Qué quiere decir con librarse de él? Puede ser de vital importancia para el proyecto cerebroquímico.

—Olvide eso. Es un desastre. Está creando usted a un super Hitler.

—El efecto desaparecerá —aseguró Anderson, con una angustia casi inaudible.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—En este momento no puedo estar seguro.

—Entonces no puedo correr riesgos. Tendremos que tomar medidas, y llevarlas a cabo mañana como máximo. No podemos esperar más tiempo.

13

John se sentía de muy buen humor. La forma en la cual Ross le evitaba cuando podía y hablaba deferentemente con él cuando no podía, afectaba a todo el mundo. Había un cambio extraño y radical en la ley del más fuerte, con él a la cabeza.

John no podía negar que aquello le gustaba. Gozaba con ello. La marea se estaba moviendo con una fuerza y una rapidez increíbles. Hacía tan sólo nueve días desde la inyección del desinhibidor, y cada paso había sido hacia adelante.

Bueno, no, estaba la tonta rabieta de Susan hacia él, pero se ocuparía de aquello más tarde. Cuando le mostrara las alturas a las que treparía en otros nueve días..., en noventa...

Alzó la vista. Ross estaba ante su escritorio, esperando llamar su atención pero

reluctante de hacer algo tan torpe como llamar esa atención con un carraspeo. John hizo girar la silla, extendió los pies en una actitud de relajación, y dijo:

—¿Bien, Ross?

—Me gustaría verle en mi oficina, Heath —solicitó Ross, cuidadosamente—. Ha surgido algo importante y, francamente, usted es el único que puede arreglarlo.

John se puso lentamente en pie.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

Ross miró sin decir nada a la atestada habitación, con al menos cinco hombres a razonable alcance de oído. Luego miró hacia la puerta de su oficina y tendió un brazo invitador.

John vaciló, pero durante años Ross había mantenido una incuestionada autoridad sobre él, y en aquel momento reaccionó por hábito.

Ross mantuvo educadamente la puerta abierta para John, penetró luego, y cerró la puerta a sus espaldas, dando vuelta discretamente a la llave y manteniéndose frente a ella. Anderson dio un paso adelante desde el otro lado de la estantería de los libros.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó John secamente.

—Nada en absoluto, Heath —le aseguró Ross, mientras su sonrisa se transformaba en una mueca lobuna—. Simplemente, vamos a ayudarle a salirse de su estado anormal..., a devolverle a la normalidad. No se mueva, Heath.

Anderson llevaba una aguja hipodérmica en la mano.

—Por favor, Heath, no intente debatirse. No queremos hacerle daño.

—Si grito... —dijo John.

—Si emite usted algún sonido —le aseguró Ross—, doblaré su brazo hacia atrás de tal modo que se le caerán los ojos. Me gustará hacerlo, así que grite, por favor.

—Tengo las pruebas contra ustedes dos bien guardadas en una caja de seguridad —dijo John—. Cualquiera cosa que me ocurra...

—Señor Heath —dijo Anderson—, no va a ocurrirle nada. Algo va a dejar de ocurrirle. Lo devolveremos al lugar donde estaba antes. Iba a ocurrirle de todos modos, lo único que vamos a hacer es acelerarlo un poco.

—Así que voy a sujetarle, Heath —dijo Ross—, y usted no va a moverse porque, si lo hace, molestará a nuestro amigo con la aguja, y esta puede deslizarse entre sus manos e inyectarle más cantidad de la dosis cuidadosamente calculada, con lo que podría terminar siendo incapaz de recordar absolutamente nada.

Heath estaba retrocediendo lentamente, conteniendo el aliento.

—Eso es lo que están planeando. Creen que así estarán seguros. Si lo olvido todo acerca de ustedes, todo acerca de la información, todo acerca de donde se halla. Pero...

—No vamos a hacerle ningún daño, Heath —dijo Anderson.

La frente de John brillaba de sudor. Una semiparálisis le invadió.

—¡Un amnésico! —exclamó roncamente, con un terror que solamente podía sentir alguien que como él lo recordaba todo perfectamente.

—Entonces no recordará ni siquiera esto, ¿verdad? —dijo Ross—. Adelante,

Anderson.

—Bien —murmuró Anderson con resignación—. Estoy destruyendo un perfecto sujeto de prueba. —Alzó el flácido brazo de John, y preparó la hipodérmica.

Hubo una llamada en la puerta. Una voz gritó claramente:

—¡John!

Anderson se inmovilizó casi automáticamente, alzando la vista, interrogador.

Ross se había vuelto para mirar hacia la puerta. Se volvió de nuevo.

—Enchúfele esa cosa, doc —dijo con un urgente susurro.

La voz llegó de nuevo:

—Johnny, sé que estás ahí dentro. He llamado a la policía. Están de camino.

—Siga adelante —susurró Ross de nuevo—. Está mintiendo. Y de todos modos, cuando lleguen ya todo habrá acabado. ¿Quién podrá probar nada?

Pero Anderson estaba agitando violentamente la cabeza.

—Es su novia. Sabe que fue tratado. Estaba allí.

—Maldito estúpido.

Se escuchó el sonido de una patada contra la puerta, y luego la voz sonó como ahogada:

—Suéntenme. Están... ¡Suéntenme!

—Gracias a ella conseguimos que aceptara —dijo Anderson—. Además, no creo que tengamos que hacer nada. Mírele.

John se había derrumbado en un rincón, con los ojos vidriosos, a todas luces en un estado de trance inconsciente.

—Se ha sentido aterrorizado —dijo Anderson—, y eso puede producir un *shock* que interferirá con el mecanismo de recordar bajo condiciones normales. Creo que el desinhibidor ha quedado anulado. Déjela entrar, y déjeme a mí hablar con ella.

14

Susan estaba pálida mientras rodeaba protectoramente con su brazo los hombros de su ex novio.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Recuerda la inyección de...?

—Sí, sí. ¿Qué ha ocurrido?

—Se suponía que debía acudir a nuestra oficina anteayer domingo, para un examen completo. No se presentó. Nos preocupamos, y los informes de sus superiores me dejaron muy perturbado. Se había vuelto arrogante, megalomaniaco, irascible..., quizás se haya dado cuenta de ello... No lleva usted su anillo de compromiso.

—Nosotros..., nos peleamos —dijo Susan.

—Entonces lo comprenderá. Estaba... Bien, si se tratara de un mecanismo inanimado, podríamos decir que su motor se había sobrecalentado y funcionaba cada vez

más y más rápido. Esta mañana parecía absolutamente esencial tratarle. Le persuadimos para que acudiera aquí, cerramos la puerta y...

—Le inyectaron algo mientras yo gritaba y pateaba la puerta desde el otro lado.

—En absoluto —aseguró Anderson—. Teníamos pensado utilizar un sedante, pero llegamos demasiado tarde. Sufrió lo que tan sólo puedo describir como un ataque. Puede examinar su cuerpo en busca de pinchazos recientes, porque supongo que, como su novia, puede hacerlo usted sin falsos pudores, y descubrirá que no hay ninguno.

—Lo comprobaré —dijo Susan—. ¿Qué ocurrirá ahora?

—Estoy seguro que él se recuperará. Volverá a ser el mismo de antes.

—¿Al límite de sus capacidades?

—No lo recordará todo perfectamente como ahora, pero hasta hace diez días tampoco lo había hecho. Naturalmente, la firma le concederá una licencia médica indefinida con todo su sueldo. Si es necesario algún tratamiento médico, todos los gastos serán pagados. Y cuando se sienta bien de nuevo, podrá regresar a su trabajo habitual.

—¿De veras? Bien, deseo que todo eso sea puesto por escrito antes que finalice el día, o acudiré mañana a mi abogado.

—Pero señorita Collins —dijo Anderson—, sabe usted que el señor Heath se presentó voluntario. Usted también estuvo de acuerdo.

—Creo que usted sabe que no se nos informó totalmente de la situación, y supongo que no le gustará una investigación al respecto. Simplemente ocúpese del hecho que todo lo que acaba de prometer sea puesto por escrito.

—A cambio, deberá firmar usted un reconocimiento para que no nos culpe a nosotros de cualquier tipo de trastorno que haya podido sufrir su novio.

—Es posible. Pero prefiero ver primero de qué tipo de trastorno se trata. ¿Puedes andar, Johnny?

John asintió y dijo, un poco roncamente:

—Sí, Sue.

—Entonces, vámonos.

15

John dio cuenta de una taza de buen café y una tortilla antes que Susan permitiera la discusión. Entonces dijo:

—Lo que no comprendo es cómo estabas tú allí.

—¿Debemos llamarlo intuición femenina?

—Llamémosle el buen sentido de Susan.

—De acuerdo. Hagámoslo. Después que te devolviera el anillo, sentí autocompasión y pesadumbre, y antes que eso se disipara sentí una fuerte sensación de pérdida porque, por extraño que pueda parecerle a la mayoría de las personas sensibles, estoy muy enamorada de ti.

—Lo siento, Susan —dijo John humildemente.

—Deberías haberlo sentido antes. Dios, estabas insoportable. Pero entonces empecé a pensar que, si podías llegar a ponerme tan furiosa a mí, que te quería, ¿qué debía estar ocurriendo con tus compañeros de trabajo? Cuanto más pensaba en ello, más pensaba en que debían sentir un fuerte impulso de matarte. No me interpretes mal. Estoy dispuesta a admitir que merecías que te mataran, pero solamente a mis manos. Ni siquiera soñaría en permitir que cualquier otra persona lo hiciera. No supe nada de ti...

—Compréndelo, Sue. Tenía planes, y no disponía de tiempo...

—Tenías que hacerlo todo en dos semanas. Lo sé, idiota. Esta mañana ya no podía resistirlo más. Fui a ver como te sentías, y te encontré detrás de una puerta cerrada.

John se estremeció.

—Nunca pensé que agradecería tanto tus gritos y tus patadas, pero así fue. Los detuviste.

—¿Te importaría hablar acerca de ello?

—No lo creo. Me encuentro perfectamente bien.

—Entonces, ¿qué estaban haciendo?

—Iban a reinhibirme. Creo que su intención era administrarme una sobredosis y hacer de mí un amnésico.

—¿Por qué?

—Porque sabían que los tenía a todos en un puño. Podía arruinarles a ellos y a la compañía.

—¿Y podías hacerlo?

—Por completo.

—¿Pero de veras no te inyectaron? ¿O fue otra de las mentiras de Anderson?

—De veras no me inyectaron.

—¿Te sientes completamente bien?

—No soy un amnésico.

—Bien, odio sonar como una damisela victoriana, pero espero que hayas aprendido la lección.

—Si quieres decir si me doy cuenta que tú tenías razón, sí.

—Entonces permíteme que te recite la lección durante un minuto, para que no la olvides de nuevo. Lo hiciste todo demasiado rápido, demasiado abiertamente, y con excesivo desprecio por las posibles reacciones violentas de los demás. Lo recordabas absolutamente todo, y lo interpretaste mal, identificándolo con la inteligencia. Si hubieras tenido a alguien realmente inteligente para guiarte...

—Te necesitaba a ti, Sue.

—Bueno, me tienes de nuevo, Johnny.

—¿Qué hacemos ahora, Sue?

—En primer lugar debemos conseguir ese documento de Quantum y, puesto que te encuentras completamente bien, firmaremos ese otro documento liberándolos de toda responsabilidad. Segundo, nos casaremos el sábado, como habíamos planeado

originalmente. Tercero, ya veremos... Pero, Johnny.

—¿Sí?

—¿Te encuentras realmente bien?

—No podría encontrarme mejor, Sue. Ahora que estamos de nuevo juntos, todo está perfecto.

16

No fue una boda formal. Fue menos formal de lo que habían planeado originalmente, con muy pocos invitados. No había nadie de Quantum, por supuesto... Susan había señalado, de manera muy firme, que lo contrario sería una absoluta mala idea.

Un vecino de Susan trajo una videocámara para filmar la ceremonia, algo que a John le pareció que era el sùmmum de la vulgaridad, pero Susan insistió.

Y luego el vecino le dijo con un trágico alzarse de hombros:

—No puedo conseguir que esa maldita cosa se ponga en marcha. Me dijeron que funcionaba perfectamente cuando me la dieron. Tendré que llamar por teléfono.

Se apresuró a bajar la escalera, hacia la cabina telefónica en el vestíbulo de la capilla.

John avanzó para mirar con curiosidad la cámara. Había un librito de instrucciones en una mesilla a un lado. Lo tomó y lo hojeó a una moderada velocidad, luego volvió a dejarlo. Miró a su alrededor, pero todo el mundo estaba ocupado con sus cosas. Nadie parecía prestarle atención.

Deslizó hacia un lado el panel de atrás, disimuladamente, y miró dentro. Luego giró la cámara y miró pensativo al lado opuesto. Estaba mirando aún cuando su mano derecha se deslizó suavemente hacia el mecanismo e hizo un rápido ajuste. Tras un breve intervalo, volvió a colocar en su sitio el panel trasero y probó el disparador.

El vecino regresó apresuradamente, con aire exasperado.

—¿Cómo puedo hacer lo que me han dicho si no tengo...? —Frunció el ceño, luego dijo—: Curioso. Está conectada. Debe haber estado funcionando durante todo el rato.

17

—Puede besar a la novia —declaró el oficiante con aire amable.

John tomó a Susan en sus brazos y siguió las órdenes con entusiasmo.

Susan susurró a través de sus labios inmóviles:

—Arreglaste esa cámara. ¿Por qué?

Respondió, también en un susurro:

—Deseaba que todo fuera a tu gusto durante la ceremonia.

—Querías fanfarronear —musitó ella.

Se apartaron el uno del otro, mirándose con ojos empañados por el amor, luego volvieron a abrazarse, mientras el reducido público se agitaba y sonreía.

—Vuelve a hacerlo, y te despellejo —susurró Susan—. Mientras nadie sepa que aún lo tienes, nadie te detendrá. Tendremos todo lo que queramos en menos de un año, si sigues mis directrices.

—Sí, querida —admitió John en voz baja, humildemente.

Muchas veces, la gente me viene con ideas. Normalmente, no puedo utilizarlas por alguna de una gran variedad de razones. No me atraen quizá, porque no encajan con mi línea de pensamiento, o implican el tipo de desarrollo en el que no soy particularmente bueno. O no les veo consecuencias del tipo que me interesan.

Pero alguna vez, de tanto en tanto, muy de tanto en tanto, algo hace clic.

En julio de 1978, estaba comiendo con Alexander Marshak, el arqueólogo del paleolítico, en la Tavern on the Green. Por aquel entonces, él había preparado una exhibición del arte de la Edad del Hielo, con enorme éxito, en el Museo de Historia Natural, y me dijo:

—¿Por qué no escribes una historia acerca de...?

Lo escuché sorprendido y contesté:

—Alex, esa es una gran idea. La incorporaré a una historia, pero no te preocupes, no voy a darte ningún crédito por ella.

—Me parece muy bien —dijo.

Pero, qué diablos..., no veo por qué no tengo que decirlo. Nada por nada fue construida a partir de su idea, que a su vez había surgido de sus trabajos con el arte de la Edad del Hielo. Se la sometí a George Scithers, y apareció en el Asimov's de febrero de 1979.

NADA POR NADA

El escenario era la Tierra.

No era que los seres en la astronave creyeran que era la Tierra. Para ellos era una serie de símbolos almacenados en una computadora; era el tercer planeta de una estrella situada en una cierta posición con respecto a la línea que conectaba su planeta natal con el agujero negro que señalaba el centro de la galaxia, y moviéndose a una cierta velocidad con referencia a él.

El año era el 15000 a. C., más o menos.

No era que los seres en la astronave creyeran que era el año 15000 a. C. Para ellos, se trataba de un cierto período de tiempo señalado de acuerdo con su sistema de medidas local.

El capitán de la astronave dijo, más bien malhumorado:

—Esto es una pérdida de tiempo. El planeta está completamente helado. Vámonos.

Pero el explorador de la nave negó suavemente:

—No, capitán.

Y su palabra era ley.

Mientras la astronave estaba en el espacio, o en el hiperespacio, el capitán era la autoridad suprema, pero una vez instalada la nave en órbita en torno a un planeta, el explorador era quien tenía la última palabra. ¡Él sabía de mundos! Esa era su especialidad.

Y este explorador se hallaba en una posición inexpugnable. Tenía lo que podía ser considerado como un instinto seguro para el comercio provechoso. Había sido él y sólo él el responsable del hecho que aquella astronave en particular hubiera ganado tres Premios a la Excelencia por los trabajos efectuados en sus tres últimas expediciones. Tres de tres.

De modo que cuando el explorador decía «No», el capitán ni siquiera podía soñar en decir «Sí». Y aun en el improbable caso que lo hubiera hecho, la tripulación se hubiera amotinado. Un Premio a la Excelencia podía significar, para el capitán, tan sólo un agradable disco espectral que colgar en el salón principal, pero para la tripulación representaba un suplemento espectacular en su paga al regreso a casa, un bien recibido aumento del tiempo de vacaciones, y una mejor pensión. Y este explorador lo había conseguido para ellos no una, sino tres veces. Tres de tres.

—Ningún mundo extraño debe ser dejado sin examinar —dijo el explorador.

—¿Qué tiene este de extraño? —preguntó el capitán.

—La sonda preliminar indica inteligencia, y en un mundo helado.

—Seguro que hay precedentes de eso.

—Los esquemas aquí son extraños. —El explorador parecía desconcertado—. No estoy exactamente seguro de cómo o por qué, pero los esquemas de vida e inteligencia son extraños. Debemos examinarlo más atentamente.

Y eso fue lo que se hizo, por supuesto. Había al menos medio trillón de mundos planetarios en la galaxia, si uno contaba solamente aquellos asociados con estrellas. Añadamos a esos el número indefinido de los que se mueven independientemente a través del espacio, y el número puede aumentar diez veces.

Incluso con la ayuda de las computadoras, ninguna astronave podía conocerlos todos, pero un explorador experimentado, a fuerza de perder interés en todo lo demás, de estudiar cada informe exploratorio publicado, de considerar interminables correlaciones, y presumiblemente de jugar con estadísticas incluso en su sueño, llegaba a tener lo que a los demás les parecía una intuición mística hacia tales cosas.

—Deberemos enviar sondas en un programa completamente interconectado —dijo el explorador.

El capitán pareció ultrajado. Aquello significaba un detallado examen durante semanas, con un enorme gasto.

—¿Es absolutamente necesario? —preguntó, sabiendo que aquello era todo lo que podía exponer como objeción.

—Creo que sí —afirmó el explorador, con la confianza de alguien que sabe que su capricho es ley.

Las sondas trajeron de vuelta exactamente lo que el capitán esperaba, y con gran detalle. Una especie inteligente que recordaba, al menos en lo que se refería a su apariencia superficial, las razas menores de las regiones interiores más próximas del quinto brazo de la galaxia..., algo bastante habitual, pero de interés para los mentólogos, sin duda.

Sin embargo, la especie inteligente estaba tan sólo al primer nivel de la tecnología..., muy, muy alejado de todo lo que pudiera ser útil.

El capitán lo hizo notar así, apenas capaz de disimular su exasperación; pero el explorador, hojeando los informes, siguió inmovible.

—¡Qué extraño! —exclamó.

Y mandó llamar al comerciante.

Aquello ya era demasiado. Un buen capitán nunca debe proporcionar a un buen explorador causas para la infelicidad, pero hay límites para todo.

Luchando por mantener el nivel de comunicación dentro de lo educado, si no lo amistoso, el capitán preguntó:

—¿Con qué fin, explorador? ¿Qué podemos esperar a este nivel?

—Tienen herramientas —dijo pensativo el explorador.

—¡De piedra! ¡De hueso! ¡De madera! O de su equivalente en este planeta. Y eso es

todo. Seguro que no vamos a encontrar nada en eso.

—Y sin embargo, hay algo extraño en los esquemas.

—¿Puedo saber de qué se trata, explorador?

—Si yo supiera de qué se trata, capitán, no sería extraño, y no tendría que descubrirlo. Realmente, capitán, debo insistir en que venga el comerciante.

El comerciante estaba tan indignado como el capitán, y tenía más posibilidades de expresarlo. La suya, después de todo, era una especialidad tan profunda como la de cualquier otro en la astronave, tan profunda y esencial, en su propia opinión (y en la de algunos otros), como la del explorador.

El capitán hacía navegar la astronave y el explorador detectaba civilizaciones útiles a partir de los signos más tenues, pero en último extremo era el comerciante y su equipo el que se enfrentaba a los alienígenas y extraía de sus mentes y cultura lo que resultaba útil, y les daba a cambio algo que ellos consideraran útil.

Y había un gran riesgo en eso. La ecología alienígena no podía ser alterada. Las inteligencias alienígenas no debían sufrir ningún daño, ni siquiera para salvar la propia vida de uno. Había buenas razones para eso a escala cósmica, y los comerciantes eran ampliamente recompensados por los riesgos que corrían, pero ¿por qué correr riesgos inútiles?

—Aquí no hay nada —dijo el comerciante—. Mi interpretación de los datos de las sondas es que estamos frente a animales semiinteligentes. Su utilidad es nula. Su peligro es grande. Sabemos como tratar con alienígenas realmente inteligentes, y los equipos de comercio raramente resultan muertos por ellos. Quién sabe cómo reaccionarán esos animales..., y usted sabe que no se nos permite defendernos adecuadamente.

—Esos animales, si no son más que eso, se han adaptado de una forma muy interesante al hielo. Hay aquí sutiles variaciones en los esquemas que no comprendo, pero mi considerada opinión es que no serán peligrosos, y que pueden ser incluso útiles. Tengo la sensación que vale la pena examinarlos más de cerca.

—¿Qué podemos ganar de una inteligencia de la Edad de Piedra? —preguntó el comerciante.

—Le corresponde a usted averiguarlo.

El comerciante pensó lúgubrementemente: «Por supuesto, para eso me ha llamado..., para que nosotros lo averigüemos».

Conocía muy bien la historia y la finalidad de las expediciones de la astronave. Hubo un tiempo, un millón de años antes, en que no había comerciantes, ni exploradores, ni capitanes, sino tan sólo animales ancestrales con una mente en desarrollo y una tecnología de la Edad de Piedra..., muy parecidos a los animales del mundo al que estaban orbitando ahora. Cuán lento había sido el avance, cuán dolorosamente lento el progreso autogenerado..., hasta que se había alcanzado el tercer nivel de civilización. Entonces habían llegado las astronaves y la posibilidad de la fertilización cruzada de

culturas. Entonces había llegado el progreso.

—Con todos mis respetos, explorador —dijo el comerciante—, acepto tu experiencia intuitiva. ¿Aceptarás tú mi experiencia práctica, aunque sea menos dramática? No hay ninguna forma en la cual nada más abajo del tercer nivel de civilización pueda poseer algo que nosotros podamos utilizar.

—Eso —dijo el explorador— es una generalización que puede o no puede ser cierta.

—Con mi respeto, explorador. Es cierta. Y aunque esos..., esos semianimales tuvieran algo que nosotros pudiéramos usar, y no puedo imaginar qué pueda ser, ¿qué íbamos a darles a cambio?

El explorador guardó silencio.

—A este nivel —prosiguió el comerciante—, no hay ninguna forma en la cual una protointeligencia pueda aceptar una estimulación alienígena. Los mentólogos están de acuerdo en eso, y mi experiencia también. El progreso debe ser autogenerado hasta alcanzar al menos el segundo nivel. Y nosotros debemos dar algo; no podemos tomar nada por nada.

—Y eso tiene sentido, por supuesto —afirmó el capitán—. Estimulando a esas inteligencias a avanzar, podemos cosecharlas de nuevo en una visita posterior.

—No me importa la razón de todo eso —dijo el comerciante, impaciente—. Forma parte de la tradición de mi profesión. No causamos daño bajo ningún concepto, y pagamos por lo que tomamos. Ahí no hay nada que deseemos tomar; y aunque descubriéramos algo, no habría nada que pudiéramos dar a cambio. Perderíamos el tiempo.

El explorador agitó la cabeza.

—Te pido que visites algún centro de población, comerciante. Aceptaré tu decisión cuando regreses.

Y eso fue lo que se hizo.

Durante dos días el pequeño módulo del comerciante recorrió la superficie del planeta buscando alguna evidencia de un razonable nivel de tecnología. No había ninguno.

Una búsqueda completa podía emplear años, pero realmente no valía la pena. No era razonable suponer que un alto nivel tecnológico pudiera estar oculto. La tecnología más alta era siempre la que más se exhibía, porque no tenía rival. Esa era la experiencia universal de los comerciantes, en todas partes.

Era un planeta hermoso, aunque estuviera medio helado. Blanco y azul y verde. Salvaje y áspero y variado. Burdo..., e intocado.

Pero el trabajo del comerciante no era fijarse en la belleza, de modo que apartó impaciente tales pensamientos con un alzarse de hombros. Cuando su tripulación le hablaba en tales términos, la hacía callar bruscamente.

—Aterrizaremos aquí —dijo—. Parece ser una concentración de inteligencias de

buen tamaño. No podemos hacer nada mejor.

—¿Qué es lo que debemos hacer, maestro? —preguntó su segundo.

—Podéis grabar —dijo el comerciante—. Grabad a los animales, tanto los no inteligentes como los supuestamente inteligentes, y cualquier artefacto suyo que puedan descubrir. Aseguraos de que las grabaciones sean absolutamente holográficas.

—Podemos simplemente mirar... —empezó a decir el segundo.

—Podemos simplemente mirar —le cortó el comerciante—, pero debemos disponer de una grabación para convencer a nuestro explorador del hecho que sus sueños no son más que sueños, o nos quedaremos aquí para siempre.

—Es un buen explorador —afirmó uno de los miembros de la tripulación.

—Fue un buen explorador —corrigió el comerciante—, ¿pero significa eso que deba serlo siempre? Quizá su propio éxito le ha hecho aceptarse a sí mismo a un nivel demasiado alto de valoración. De modo que debemos convencerle de la realidad..., si podemos.

Se enfundaron sus trajes para salir del módulo.

La atmósfera planetaria era respirable para ellos, pero la sensación de estar expuestos a los vientos de la superficie de un planeta siempre les incomodaba, aunque la atmósfera y la temperatura fueran perfectas..., lo cual no era aquí el caso. La gravedad era un poco alta, así como el nivel de luz, pero podían soportarlo.

Los seres inteligentes, vestidos más bien someramente con las porciones externas de otros animales, retrocedieron reluctantes ante su aproximación, y observaron desde una prudente distancia. El comerciante se sintió aliviado ante aquello. Cualquier signo de no beligerancia era bien recibido por aquellos a quienes no les estaba permitido defenderse.

El comerciante y su tripulación no intentaron comunicarse directamente o hacer gestos amistosos. ¿Quién sabía qué gesto podía ser considerado amistoso por un alienígena? El comerciante estableció a cambio un campo mental, y lo saturó con vibraciones de inofensividad y paz, y esperó que los campos mentales de las criaturas estuvieran lo suficientemente desarrollados como para responder.

Quizá lo estaban, puesto que unas cuantas de las criaturas retrocedieron un poco y observaron inmóviles, como si sintieran una intensa curiosidad. El comerciante creyó detectar pensamientos fugitivos..., pero aquello parecía improbable con seres del primer nivel, y no los persiguió.

En vez de ello, se dedicó impasible a la tarea de tomar reproducciones holográficas de la vegetación, de un puñado de torpes herbívoros que apareció ante él y luego, decidiendo que los alrededores eran peligrosos, se marchó apresuradamente. Un animal de buen tamaño se plantó un momento defendiendo su territorio, exhibiendo unas armas blancas y puntiagudas en una cavidad del extremo anterior de su cuerpo..., luego se fue también.

La tripulación del comerciante se puso también al trabajo, moviéndose metódicamente por el paisaje.

La llamada, directamente mental, y sobrecargada con una emoción tal de sorpresa y maravilla que el contenido informativo quedó completamente ofuscado, llegó inesperadamente.

—¡Maestro! ¡Aquí! ¡Ven rápidamente!

No fueron dadas direcciones específicas. El comerciante tuvo que seguir el haz, que lo condujo hasta una grieta encajada entre dos salientes rocosos.

Otros miembros de la tripulación estaban convergiendo también hacia allí, pero el comerciante llegó primero.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Su segundo estaba de pie en el resplandor de su traje antirradiaciones, en una profunda oquedad en la ladera de la colina.

El comerciante miró a su alrededor.

—Este es un hueco natural, no un producto tecnológico.

—¡Sí, pero mira!

El comerciante alzó la vista, y durante quizá cinco segundos olvidó todo lo demás. Luego envió un enérgico mensaje a todos los demás para que permanecieran alejados de allí.

—¿Es esto de origen tecnológico? —preguntó.

—Sí, maestro. Puedes ver que sólo está parcialmente completado.

—Pero ¿por quiénes?

—Por esas criaturas de ahí afuera. Las inteligentes. Encontré a una trabajando aquí. Esta es su fuente de iluminación: estaba quemando vegetación. Esas son sus herramientas.

—¿Y dónde está ahora?

—Huyó.

—¿La viste realmente?

—La grabé.

El comerciante reflexionó. Luego volvió a mirar hacia arriba.

—¿Has visto alguna vez algo como esto?

—No, maestro.

—¿U oído de algo como esto?

—No, maestro.

—¡Sorprendente!

El comerciante no mostró signos de querer apartar los ojos de aquello, y el segundo dijo, en voz baja:

—Maestro, ¿qué hacemos?

—¿Eh?

—Esto seguramente hará ganar a nuestra nave un cuarto premio.

—Seguro —dijo el comerciante, a regañadientes—, si podemos tomarlo.

—Ya lo hemos grabado —informó el segundo, vacilante.

—¿Eh? ¿Y de qué nos sirve? No tenemos nada que dar a cambio.

—Pero tenemos esto. Démosles cualquier cosa.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó el comerciante—. Son demasiado primitivos para aceptar nada que podamos darles. Seguramente serán necesarios un millón de años antes que ellos puedan aceptar las sugerencias de origen exógeno... Vamos a tener que destruir la grabación.

—Pero nosotros sabemos, maestro.

—Entonces jamás deberemos hablar de ello. Nuestra nave tiene su ética y sus tradiciones. Tú lo sabes. ¡Nada por nada!

—¿Ni siquiera esto?

—Ni siquiera esto.

La firmemente implacable expresión del comerciante estaba teñida con una insoportable tristeza, y pese a su «Ni siquiera esto», se quedó allí, dudoso.

El segundo captó aquello y dijo:

—Intenta darles algo, maestro.

—¿De qué va a servir?

—¿Qué daño va a hacerles?

—He preparado una presentación para toda la astronave —dijo el comerciante—, pero debo mostrártela primero a ti, explorador..., con mi profundo respeto y mis disculpas por mis anteriores pensamientos. Tú tenías razón. Había algo extraño en este planeta. Aunque las inteligencias del planeta apenas habían alcanzado el primer nivel, y aunque su tecnología era extremadamente primitiva, han desarrollado un concepto que nosotros nunca hemos poseído y uno que, por lo que sé, jamás hemos encontrado en ningún otro mundo.

—No consigo imaginar de qué pueda tratarse —dijo el capitán, inquieto.

Era muy consciente en que los comerciantes elogiaban a veces excesivamente sus compras para magnificar su valía.

El explorador no dijo nada. Era el más inquieto de los dos.

—Es una forma de arte visual —informó el comerciante.

—¿Entra en juego el color? —preguntó el capitán.

—Y la forma..., pero consiguiendo el efecto más sorprendente. —Había preparado el proyector holográfico—. ¡Observen!

En el espacio visual frente a ellos apareció un grupo de animales; voluminosos, peludos, con dos cuernos y cuatro patas. Vacilaron, luego echaron a correr, arrojando nubecillas de polvo con sus cascos.

—Unos objetos horribles —murmuró el capitán.

La grabación holográfica detuvo su movimiento, paralizando a todo el grupo de animales. La imagen se amplió, y un solo animal llenó el campo visual, su enorme cabeza bajada, las ventanas de su nariz distendidas.

—Observad este animal —dijo el comerciante—, y ahora observad esta composición

artificial hecha con una primitiva mezcla de aceite y mineral de color, que encontramos embadurnando el techo de una cueva.

¡Ahí estaba de nuevo! No el animal tal como había sido holografiado..., sino plano, pero vibrante.

—Hay una semejanza peculiar —observó el capitán.

—No peculiar —le corrigió el comerciante—. ¡Deliberada! Había docenas de esas figuras en distintas poses..., de distintos animales. El parecido era demasiado detallado como para ser fortuito. Imaginen lo atrevido de la concepción..., situar colores en formas y combinaciones agradables, y de tal forma que engañen al ojo y le hagan pensar que está contemplando un objeto real. Esos organismos han ideado un arte que representa la realidad. Es un arte representativo, como supongo que deberíamos llamarlo.

»Y eso no es todo. Lo encontramos también en tres dimensiones. —El comerciante extrajo una formación de pequeñas figuras en piedra gris y en hueso ligeramente amarillento—. Esto pretende representarlos claramente a ellos mismos.

El capitán parecía estupefacto.

—¿Les viste manufacturarlos?

—No, no los vi, capitán. Uno de mis hombres vio a un ser planetario embadurnando color en una de las representaciones de la cueva, pero estos ya los encontramos formados. De todos modos, no es posible otra explicación excepto la de haber sido deliberadamente moldeados. Estos objetos no pudieron adquirir estas formas por un proceso casual.

—Son curiosos, efectivamente —dijo el capitán—, pero no acabo de comprender su motivación. ¿Acaso las técnicas holográficas no sirven mejor para ese propósito..., en el momento en que son desarrolladas, por supuesto?

—Esos primitivos no tienen la menor idea de la posibilidad que algún día se desarrolle la holografía, y no pueden esperar el millón de años necesarios. Además, quizá la holografía no sea mejor. Si comparas las representaciones con los originales, observarás que las representaciones están simplificadas y distorsionadas de manera sutil, destinada a resaltar algunas características. Creo que esta forma de arte mejora de alguna manera el original, y ciertamente tiene algo distinto que decir.

El comerciante se volvió hacia el explorador.

—Sigo sintiéndome maravillado ante tu habilidad. ¿Puedes explicarme cómo captaste la cualidad única de esta inteligencia?

El explorador hizo un gesto negativo.

—No sospeché esto en absoluto. Es interesante y veo que es valioso..., aunque me pregunto si podremos controlar adecuadamente nuestros colores y formas a fin de forzarlos a una forma representativa como esta. No deja de producirme una cierta inquietud... Lo que me pregunto es: ¿cómo llegaste a entrar en posesión de esto? ¿Qué diste a cambio? Es ahí donde veo lo extraño.

—Bien —dijo el comerciante—, en cierto modo tienes razón. Completamente extraño. No creí poder darles nada, puesto que los organismos son tan primitivos, pero este descubrimiento parecía demasiado importante como para sacrificarlo sin algún

esfuerzo. De modo que elegí de entre el grupo de seres que formaban estos objetos a uno cuyo campo mental parecía algo más intenso que el de los otros, e intenté transferirle un regalo a cambio.

—Y tuviste éxito. Por supuesto —dijo el explorador.

—Sí, tuve éxito —admitió el comerciante alegremente, sin darse cuenta que el explorador había hecho una afirmación y no había formulado una pregunta—. Los seres —prosiguió— matan a los animales como los que representan con sus colores arrojándoles largos palos a cuyos extremos han atado afiladas puntas de piedra. Estas penetran en la piel de los animales, les hieren y les debilitan. Entonces pueden ser matados por los seres, que individualmente son más pequeños y más débiles que el animal al que cazan. Señalé que un palo más pequeño, con una punta de piedra, podía ser lanzado hacia adelante con mayor fuerza y efecto y a mayor distancia si se utilizaba una cuerda bajo tensión como mecanismo propulsor.

—Esos utensilios han sido encontrados —dijo el explorador— entre inteligencias primitivas que estaban, sin embargo, mucho más avanzadas que esta. Los paleontólogos los llaman arco y flecha.

—¿Cómo puede ser absorbido ese conocimiento? —preguntó el capitán—. Es imposible, a ese nivel de desarrollo.

—Pues lo fue. Incuestionablemente. La respuesta del campo mental fue de una lucidez casi irresistible en intensidad. Supongo que no pensarán que hubiera tomado estos objetos artísticos, veinte veces valiosos, de no estar convencido que había pagado por ellos. Nada por nada, capitán.

—Eso es lo extraño —dijo el explorador, con voz baja y desalentada—. Haber aceptado.

—Pero seguramente, comerciante, no podemos hacer esto —dijo el capitán—. No están preparados. Les estamos causando un daño. Utilizarán el arco y la flecha para herirse entre sí y no sólo a los animales.

—No les hemos hecho ningún daño —replicó el comerciante—. Lo que ellos se hagan entre sí y lo que resulte de todo ello, dentro de un millón de años, no es asunto nuestro.

El capitán y el comerciante se marcharon para preparar la presentación para los tripulantes de la astronave, y el explorador dijo tristemente, en la dirección por donde se habían marchado:

—Pero ellos aceptaron. Y florecerán entre el hielo. Y dentro de veinte mil años, eso será asunto nuestro.

Pero sabía que no le creerían, y se desesperó.

Desde hace un par de años he estado escribiendo mensualmente una historia de misterio para Gallery, una revista de las que incluyen chicas «despelotadas» (aunque déjenme apresurarme a decir que mis historias de misterio eran completamente puras y sin mácula). Cada cuento tiene tan sólo un par de miles de palabras; se supone que tiene que resultar fácil de leer; y yo me lo paso en grande escribiéndolos.

El único problema es que escribí Una noche de canto, y Eric Protter, que dirige Gallery, lamentó enormemente tener que rechazarlo (el único que me ha sido rechazado por él, hasta hoy). La razón era completamente válida. Había patinado. En vez de escribir una historia de misterio, había escrito una historia de fantasía.

Le pedí a Eric si podía someter la historia a algún otro sitio, y me dijo: «Sí, siempre que hagas algunos cambios menores para que ya no forme parte de la serie..., que desearía mantener como una exclusiva».

Hice los cambios, y luego sometí la historia a Ed Ferman. Él la aceptó, y apareció en el número de abril de 1982 de F and SF. Francamente, me gustaba mucho más que cualquiera de las historias de misterio de la serie, pero Eric tenía absolutamente razón rechazándomela, de todos modos. Y puesto que ahora tengo la oportunidad de presentársela a ustedes aquí, ¿qué diferencia representa un rechazo?

UNA NOCHE DE CANTO

Resulta que tengo un amigo que insinúa, a veces, que puede llamar a los espíritus de las vastas profundidades.

O al menos a un espíritu; uno pequeño, con poderes estrictamente limitados. Algunas veces me habla de él, pero únicamente tras haber alcanzado su cuarto escocés con soda. Es un delicado punto de equilibrio: tres, y no sabe nada de espíritus (de tipo sobrenatural); cinco, y se queda dormido.

Aquella noche pensé que había alcanzado el nivel adecuado, de modo que dije:

—¿Recuerdas ese espíritu tuyo, George?

—¿Eh? —exclamó George, mirando su copa como si se preguntara por qué era necesario recordar ciertas cosas.

—No el espíritu del alcohol en tu copa —dije—. Ese otro espíritu pequeño, de unos dos centímetros de alto, que una vez me dijiste que habías conseguido llamar de algún otro plano de existencia. Aquel con los poderes paranaturales.

—Ah —dijo George—. Azazel. Ese no es su nombre, por supuesto. Su auténtico nombre resulta impronunciable, supongo, pero así es como le llamo. Sí, lo recuerdo.

—¿Lo utilizas mucho?

—No. Es peligroso. Demasiado peligroso. Siempre está la tentación de jugar con el poder. Soy cuidadoso; tremendamente cuidadoso. Como bien sabes, tengo un alto concepto de la ética. Es por eso por lo que, cuando lo llamé, fue para ayudar a un amigo. ¡Los estropicios que hizo! ¡Fue horrible! Ni siquiera puedo pensar en ello.

—¿Qué ocurrió?

—Supongo que es algo que tendré que contarle a alguien alguna vez para desahogarme —dijo George, pensativo—. Es algo que tiende a supurar dentro de mí...

Yo era muy joven entonces (dijo George), y por aquellos días las mujeres ocupaban una parte importante de la vida de uno. Ahora parece estúpido, contemplándolo en retrospectiva, pero recuerdo claramente que, por aquellos días, pensaba que importaban una barbaridad.

Actualmente, metes la mano en la caja de las sorpresas y, salga lo que salga, todo es lo mismo; pero en aquellos días...

Yo tenía un amigo, Mortenson..., Andrew Mortenson. No creo que lo conozcas. Ni siquiera yo he sabido mucho de él en los últimos años.

El asunto es que se hallaba ilusionado por una mujer, una mujer muy particular. Era un ángel, decía. No podía vivir sin ella. Era única en el Universo, y sin ella el mundo era como trocitos de tocino picado fritos en aceite lubricante. Ya sabes como hablan los enamorados.

El problema fue que ella lo echó finalmente de su lado, y aparentemente de una forma muy cruel y sin ninguna consideración hacia su amor propio. Lo humilló completamente, yéndose con otro delante mismo de sus narices y chasqueándole los dedos y riéndose desalmadamente de sus lágrimas.

No quiero decir que hiciera literalmente todo eso. Sólo estoy intentando transmitir la impresión que me dio a mí. Estaba sentado aquí bebiendo conmigo, aquí en esta misma habitación. Mi corazón sangraba por él, y le dije:

—Lo siento, Mortenson, pero no deberías tomártelo así. Si piensas detenidamente en ello, tan sólo es una mujer. Si miras por la calle, descubrirás que hay montones de ellas pasando por tu lado.

—A partir de ahora voy a llevar una vida sin mujeres —dijo amargamente—; excepto mi esposa, por supuesto, a la cual de tanto en tanto no puedo eludir. Es por eso por lo que querría devolverle de algún modo el golpe a esa mujer.

—¿A tu esposa? —pregunté.

—No, no, ¿por qué debería querer devolverle nada a mi esposa? Estoy hablando de pagarle a esa mujer el que me arrojara tan cruelmente de su lado.

—¿Pagarle de qué modo?

—Que me maldiga si lo sé —dijo.

—Quizá yo pueda ayudar —me ofrecí, puesto que mi corazón aún seguía sangrando por él—. Puedo utilizar a un espíritu con poderes completamente fuera de lo normal. Un espíritu pequeño, por supuesto... —situé mis dedos índice y pulgar a unos dos centímetros de distancia el uno del otro, de modo que él se diera claramente cuenta del tamaño—, que puede ayudarnos de acuerdo con su talla.

Le hablé de Azazel y, naturalmente, me creyó. A menudo he observado que convenzo a la gente cuando cuento una historia. En cambio, cuando tú cuentas una historia, viejo amigo, el aire de incredulidad que desciende sobre la habitación es tan denso que podría cortarse con una sierra. Conmigo no ocurre lo mismo: no hay nada como una reputación de honestidad y un aire de rectitud.

Sus ojos brillaron cuando le dije todo esto. Me preguntó si podía arreglar las cosas de modo que yo pudiera pedirle un deseo en su nombre.

—Siempre que sea algo razonable, muchacho. Espero que no tengas en mente pedirle algo así como que ella huela mal a partir de ahora, o que le brote un sapo de la boca cada vez que hable.

—Por supuesto que no —dijo, con repugnancia—. ¿Por quién me tomas? Me proporcionó dos años felices, luego me ha dejado, de modo que deseo devolverle adecuadamente el favor. ¿Dices que tu espíritu posee tan sólo un poder limitado?

—Es una cosa pequeña —dije, alzando de nuevo mi índice y mi pulgar.

—¿Puede proporcionarle una voz perfecta? Por un cierto tiempo. Como mínimo para una actuación.

—Se lo preguntaré.

La sugerencia de Mortenson sonaba como lo que haría un auténtico caballero. Su amante cantaba cantatas en la iglesia local, si ese es el término adecuado. Por aquellos días me gustaba mucho la música, y acudía frecuentemente a esos actos (cuidando de eludir el cepillo, por supuesto). Me encantaba oírla cantar, y el público en general parecía complacido también. Mi opinión de todos modos, por aquel entonces, era que su moralidad no encajaba con aquel ambiente, pero Mortenson me decía que había escasez de sopranos.

De modo que consulté a Azazel. Estaba dispuesto a ayudar; nada de esas tonterías, ya sabes, de exigir mi alma a cambio. Recuerdo que en una ocasión le pregunté a Azazel si quería mi alma, y ni siquiera sabía lo que era. Me preguntó qué significaba aquella palabra, y descubrí que yo tampoco lo sabía. Su problema es que está considerado como un tipo tan insignificante en su propio universo que le proporciona una sensación de gran éxito el ser capaz de dejar sentir su presencia en el nuestro. Le gusta ayudar.

Dijo que podía conseguir tres horas y, cuando le transmití la noticia, Mortenson afirmó que aquello sería perfecto. Elegimos una noche en la cual iba a cantar a Bach o Handel o uno de esos viejos aporreapianos, y tendría que efectuar un largo e impresionante solo.

Mortenson acudió a la iglesia aquella noche y, por supuesto, yo acudí también. Me sentía responsable por lo que iba a pasar, y pensé que lo mejor sería ver la situación.

Mortenson dijo sombríamente:

—Asistí a los ensayos. Estaba cantando exactamente igual a como lo hace siempre; ya sabes, como si tuviera cola y alguien se la estuviera pisando.

Esa no era la forma en que siempre describía su voz antes. La voz de las esferas, había dicho en numerosas ocasiones, y a partir de ahí siempre hacia arriba. Claro que ahora había sido rechazado, y eso suele hacer variar los juicios de un hombre.

Le dirigí una mirada de censura.

—Esa no es forma de hablar de una mujer a la que estás intentando otorgar un gran don.

—Eso es exactamente. Quiero que su voz sea perfecta. Realmente perfecta. Y ahora me doy cuenta, ahora que las brumas del amor se han despejado de delante de mis ojos, que para conseguirlo tiene que recorrer un largo camino. ¿Crees que tu espíritu podrá soportarlo?

—El cambio no está previsto que se produzca hasta las 8.15 de la tarde. —El aguijón de una sospecha me atravesó—. ¿No habrás pensado en utilizar la perfección en el ensayo y luego decepcionar a la audiencia?

—Estás completamente equivocado —me aseguró.

Empezaron un poco antes y, cuando ella se levantó con su traje blanco para cantar, eran las 8.14 en mi viejo reloj de bolsillo, que nunca se adelanta ni se atrasa más de dos

segundos. No era una de esas sopranos pequeñas vuestras; estaba construida a una generosa escala, con una buena capacidad para el tipo de resonancia que necesitas cuando alcanzas esa nota alta que ahoga el sonido de la orquesta. Cuando inspiraba varios litros de aire a sus pulmones para manipularlos luego, podía darme cuenta de qué era lo que Mortenson veía en ella, envuelto en varias capas de material textil.

Empezó a cantar a su nivel habitual y luego, precisamente a las 8.15, fue como si se le añadiera otra voz. La vi sufrir un pequeño sobresalto, como si no creyera lo que estaba oyendo, y una de sus manos, con la cual sujetaba su diafragma, pareció vibrar.

Su voz se elevó. Era como si se hubiera convertido en un órgano recién ajustado. Cada nota era perfecta, una nota fresca, inventada en aquel mismo momento, al lado de la cual todas las demás notas del mismo tono y calidad eran copias imperfectas.

Cada nota surgía exactamente con el adecuado vibrato, si esa es la palabra, aumentando y disminuyendo con enorme fuerza y control.

Y la cosa iba mejorando a cada nueva nota. El organista no miraba a la música, la estaba mirando a ella y, no puedo jurarlo..., pero creo que dejó de tocar. Si siguió tocando, nadie lo oyó tampoco de todos modos. No había ninguna forma en que alguien pudiera oír nada mientras ella estaba cantando. Nada, excepto a ella.

La expresión de sorpresa se había borrado de su rostro, y ahora en su lugar había una expresión exaltada. Había dejado a un lado la partitura que estaba sosteniendo; no la necesitaba. Su voz cantaba por sí misma, y no necesitaba controlarla ni dirigirla. El director estaba rígido, y todos los demás del coro parecían alucinados.

Finalmente el solo terminó, y el coro sonó como si fuera un susurro, como si todos ellos estuvieran avergonzados de sus voces y afligidos por tener que emitirlos en la misma iglesia y en la misma noche.

Todo el resto del programa fue enteramente de ella. Cuando ella cantaba, era todo lo que se oía aunque estuvieran sonando simultáneamente otras voces. Cuando ella no cantaba, era como si nos halláramos sentados en la oscuridad, y no pudiéramos soportar la ausencia de la luz.

Y cuando todo terminó..., bien, no se aplaude en la iglesia, pero todos lo hicieron. Todo el mundo en aquella iglesia se puso en pie como si hubieran sido tirados hacia arriba por un solo hilo de titiritero, y aplaudieron y aplaudieron, y resultó claro que iban a seguir aplaudiendo toda la noche a menos que ella cantara de nuevo.

Cantó de nuevo; su voz sola, con el órgano susurrando vacilante al fondo; con el foco iluminándola; sin nadie más del coro visible.

Sin ningún esfuerzo. No tienes ni idea de lo fácil que le resultaba. Aparté mis oídos del sonido para intentar captar su respiración, captar cuándo inspiraba, preguntarme cuánto rato podría mantener una nota a pleno volumen con tan sólo un par de pulmones para proporcionarle el aire necesario.

Pero todo tiene un fin, y aquello terminó. Incluso los aplausos terminaron. Fue solamente entonces cuando me di cuenta que, a mi lado, Mortenson había permanecido todo el rato sentado, con los ojos brillantes, con todo su ser absorto en el canto. Sólo

entonces fue cuando empecé a atar cabos, y comprendí el motivo de todo aquello.

Soy, después de todo, tan recto como una línea euclidiana y no hay tortuosidad en mí, así que no era de esperar que comprendiera desde un principio sus intenciones. Por otra parte, tú que eres tan retorcido que puedes subir una escalera de caracol sin necesidad de dar ninguna vuelta, podrás comprender a simple vista cuáles eran sus intenciones.

Ella había cantado de una forma perfecta..., pero no iba a volver a cantar de una forma perfecta, nunca.

Era como si fuera ciega de nacimiento, y durante tan sólo tres horas hubiera podido ver..., ver todo lo que había que ver, todos los colores y formas y maravillas que nos rodean a todos y a las que no prestamos atención debido a que estamos tan acostumbrados a ellas. Imagina que puedes ver todo eso en toda su gloria durante tan sólo tres horas..., ¡para luego volver a quedarte ciego! Puedes soportar la ceguera si no conoces nada más. Pero conocer brevemente algo más y regresar luego a la ceguera..., nadie puede soportar eso.

Aquella mujer nunca volvió a cantar, por supuesto. Pero eso es sólo parte de todo el asunto. La auténtica tragedia recayó sobre nosotros, sobre los que escuchamos aquel prodigio.

Gozamos de una música perfecta durante tres horas. ¿Crees que podremos soportar nunca oír algo que sea menos que aquello?

Desde entonces soy musicalmente sordo. Hace muy poco, acudí a uno de esos festivales de rock que son tan populares hoy en día, solamente para probarme a mí mismo. No me creerás, pero no pude distinguir ni un tono. Todo aquello era simple ruido para mí.

Mi único consuelo es que Mortenson, que escuchó más ansiosamente y con mayor concentración que todos los demás, está peor que cualquier otra persona del público de aquella noche. Lleva tapones para los oídos durante todo el tiempo. No puede soportar ningún ruido por encima de un susurro.

¡Se lo tiene bien merecido!

El alfabeto ha hecho que esta historia, que está relacionada con Una noche de canto, quede situada inmediatamente después de ella en el libro. No se trata de una secuela, puesto que no continúa la línea argumental de la otra historia, pero utiliza también al mismo pequeño demonio, que es lo importante. Apareció en el número de noviembre de 1982 de F and SF.

Tengo la intención de escribir toda una serie de historias acerca de ese microdemonio, siempre que cuente con cooperación editorial..., o incluso sin ella. Me gusta tanto la situación y las posibilidades argumentales, que creo que voy a escribir las historias incluso aunque no consiga venderlas a las revistas. Luego, cuando haya escrito una veintena de ellas, veré si puedo ablandar el buen corazón de Hugh O'Neill de Doubleday para que las publique en forma de libro.

LA SONRISA QUE PIERDE

Recientemente le dije a mi amigo George, por encima de una cerveza (su cerveza; yo estaba bebiendo un ginger ale):

—¿Cómo está tu miniatura estos días?

George afirma que posee un demonio de dos centímetros de altura que se pone a su disposición con sólo llamarle. Nunca he podido conseguir que admita que miente. Ni nadie más lo ha conseguido tampoco.

Me miró ominosamente, luego dijo:

—Oh, sí, tú eres el que conoce su existencia. Supongo que no se lo habrás dicho a nadie.

—Ni una palabra —le aseguré—. Ya es suficiente con que yo piense que estás loco. No necesito a nadie que piense lo mismo que yo.

(Además, sabía que les había hablado del demonio al menos a media docena de personas más, por lo que no había ninguna necesidad de que fuera discreto).

—No querría —dijo George— tu desagradable incapacidad de creer en nada que no puedas comprender..., y hay tantas cosas que no comprendes..., ni por el valor de una libra de plutonio. Y lo que quedaría de ti, si mi demonio llegara a saber alguna vez que lo has llamado miniatura, no valdría ni lo que un átomo de plutonio.

—¿Has conseguido averiguar su auténtico nombre? —pregunté, sin inmutarme por su terrible advertencia.

—¡Imposible! Es impronunciable por unos labios terrenales. La traducción es, si he llegado a comprenderla, algo así como «Yo soy el Rey de Reyes; escuchen mis palabras, oh poderosos, y desespérense». Es una mentira, por supuesto —dijo George, mirando hoscamente su cerveza—. En su mundo es algo insignificante. Por eso se muestra tan cooperativo aquí. En nuestro mundo, con nuestra primitiva tecnología, puede farolear.

—¿Se ha mostrado últimamente?

—De hecho, sí —afirmó George, lanzando un enorme suspiro y alzando sus tristes ojos azules hasta los míos.

Su hirsuto bigote blanco apenas se agitó bajo el tifón de su exhalación.

Todo empezó con Rosie O'Donnell (dijo George), una amiga de una sobrina mía, muy atractiva por cierto.

Tenía unos ojos azules casi tan brillantes como los míos; pelo castaño, largo y

lustroso; una deliciosa nariz respingona, salpicada de pecas a la manera aceptada por todos los escritores de novelas románticas; un fino cuello; una esbelta figura, que no era ni opulenta ni desproporcionada en ningún sentido, sino que era una promesa de deliciosos éxtasis.

Por supuesto, todo el interés que despertaba en mí era puramente intelectual, puesto que yo hacía años ya que había alcanzado la edad de la discreción, y ahora me comprometo con las consecuencias de un afecto físico únicamente cuando las mujeres insisten en ello, lo cual, gracias sean dadas a los hados, no va más allá de un ocasional fin de semana o algo así.

Además de todo eso, Rosie se había casado recientemente —y, por alguna razón, adoraba a su marido del modo más exasperante— con un fornido irlandés que jamás ha intentado ocultar el hecho que él es una persona muy musculosa y, posiblemente, de mal temperamento. Aunque yo no tenía la menor duda que yo hubiera sabido manejarle como correspondía en mis días jóvenes, la triste realidad era que ya no me encontraba en mis días jóvenes..., por muy escaso margen.

Así pues, acepté con cierta reluctancia la tendencia de Rosie a confundirme con una amistad íntima de su propio sexo y su propia edad, y hacerme objeto de sus confidencias juveniles.

No es que la culpe por ello, compréndelo. Mi dignidad natural, y el hecho que inevitablemente recuerde a la gente a uno o más de entre los más nobles emperadores romanos por mi apariencia, atrae automáticamente a las jóvenes más hermosas. Sin embargo, nunca consentí que aquello fuera demasiado lejos. Siempre me aseguré que hubiera el espacio suficiente entre Rosie y yo, porque no deseaba que las habladurías y los comentarios retorcidos pudieran llegar al a todas luces fornido, y posiblemente irascible, Kevin O'Donnell.

—Oh, George —dijo Rosie un día, palmeando alegremente con sus diminutas manos—, no tienes ni idea de lo encantador que es mi Kevin, y de lo feliz que me hace. ¿Sabes lo que hace?

—No estoy seguro —empecé cautelosamente, esperando por supuesto confidencias de naturaleza indelicada— que debas...

Ella no me prestó la menor atención.

—Tiene una forma de fruncir la nariz y pestañear y sonreír ampliamente, que hace que todo el mundo a su alrededor se sienta tan feliz. Es como si todo el mundo se viera bañado por la dorada luz del sol. Oh, si tuviera una foto de él así. He intentado tomar una, pero nunca consigo captar el momento.

—¿Por qué no te conformas con el modelo auténtico, querida? —pregunté.

—¡Oh, bueno! —Dudó, luego dijo, enrojeciendo de la forma más encantadora—: No siempre es así, ya sabes. Tiene un trabajo muy difícil en el aeropuerto, y a veces llega a casa completamente agotado, y entonces se vuelve un poco susceptible, y me frunce el ceño a la más mínima. Si tuviera una fotografía suya de tal como es realmente, sería un consuelo tan grande para mí..., un consuelo tan grande...

Y sus azules ojos se nublaron con un asomo de lágrimas.

Debo admitir que sentí un impulso momentáneo de hablarle de Azazel (así es como le llamo, puesto que no voy a llamarle con lo que él dice que es la traducción de su auténtico nombre), y explicarle lo que podía hacer por ella.

Pero soy absolutamente discreto..., no tengo ni la más remota idea de cómo conseguiste tú saber lo de mi demonio.

Además, me resultaba fácil luchar contra aquel impulso, puesto que soy un ser humano inflexible y realista, que no se deja llevar por los tontos sentimientos. Admito que poseo un punto de blandura en mi endurecido corazón hacia las mujeres jóvenes de extraordinaria belleza..., pero de una forma totalmente digna y platónica..., casi siempre. Y se me ocurrió que, después de todo, podía ayudarla sin tener que decirle realmente nada acerca de Azazel... No se trata que ella no me hubiera creído, por supuesto, puesto que soy un hombre cuyas palabras generan convicción en todo el mundo excepto en aquellos que, como tú, son unos psicóticos.

Le expliqué el asunto a Azazel, que no se mostró complacido en absoluto.

—Siempre pides abstracciones —me dijo.

—De ninguna manera —repliqué—. Pido una simple fotografía. Todo lo que tienes que hacer es materializarla.

—Oh, ¿eso es todo lo que tengo que hacer? Si es tan sencillo, hazlo tú. Tengo entendido que comprendes la naturaleza de la equivalencia masa-energía.

—Simplemente una fotografía.

—Sí, y con una expresión de algo que tú ni siquiera defines ni escribes.

—Nunca le he visto esa expresión con los ojos con que la ve su esposa, naturalmente. Pero tengo una fe infinita en tu habilidad.

Había esperado que un poco de halago le hiciera cambiar de opinión. Dijo, malhumoradamente:

—Tendrás que tomar tú la fotografía.

—No podré conseguir la expresión adecuada...

—No tendrás que hacerlo. Yo me ocuparé de eso, pero me será mucho más fácil si poseo un objeto material a través del cual enfocar la abstracción. En otras palabras, un fotógrafo: uno de los más inadecuados, además; es todo lo que espero de ti. Y solamente una copia, por supuesto. No puedo hacer más que eso, y no voy a dislocar mi músculo subjuntival ni por ti ni por ninguno de los otros bobalicones seres de tu mundo.

Oh, bueno, a menudo se muestra extravagante. Supongo que lo hace simplemente para establecer la importancia de su papel e impresionarte con el hecho que no siempre tiene que aceptar a pies juntillas lo que le pides.

Me encontré con los O'Donnell el domingo siguiente, en su camino de vuelta de misa (de hecho, les estuve esperando). Se mostraron dispuestos a permitir que les tomara una foto con sus atuendos domingueros. Ella se mostró encantada, y él se mostró algo malhumorado al respecto. Tras lo cual, del modo más discreto posible, tomé una foto en primer plano del rostro de Kevin. No hubo forma de conseguir que sonriera o hiciera

alguna mueca o parpadeara o lo que fuera que Rosie consideraba tan atractivo, pero no creí que importara demasiado. Ni siquiera estaba seguro de haber enfocado correctamente la cámara. Después de todo, no soy uno de tus grandes fotógrafos.

Luego visité a un amigo mío que era un prodigio de la fotografía. Reveló las fotos, y amplió el primer plano a un catorce por diecinueve.

Lo hizo a regañadientes, murmurando algo acerca de lo ocupado que estaba, aunque no le presté atención. Después de todo, ¿qué posible valor podían tener sus estúpidas actividades en comparación con los importantes asuntos que me ocupaban a mí? Siempre me he mostrado sorprendido ante la cantidad de personas que no comprenden esas cosas.

Cuando hubo terminado la ampliación, sin embargo, cambió completamente de actitud. Se la quedó mirando y dijo, en lo que solamente puedo describir como un tono absolutamente ofensivo:

—No me digas que tú has tomado una foto como esta.

—¿Por qué no? —pregunté, y tendí mi mano hacia ella, pero él no hizo ningún movimiento para dármela.

—Querrás más copias.

—No, no las quiero —dije, mirando por encima de su hombro.

Era una fotografía notablemente clara, en brillantes colores. Kevin O'Donnell estaba sonriendo, aunque yo no recordaba ninguna sonrisa así en el momento en que pulsé el disparador. Tenía muy buen aspecto y parecía alegre, pero eso a mí no me importaba. Quizá una mujer observara más detalles, o un hombre como mi amigo el fotógrafo — que ocurre que no tiene muy arraigado su sentido de la masculinidad—; yo no.

—Tan sólo una copia..., para mí —pidió.

—No —dije firmemente, y tomé la foto, sujetando su muñeca para asegurarme que no iba a quitármela de nuevo—. Y el negativo, por favor. Puedes quedarte la otra..., la del plano general.

—No quiero esa —dijo malhumorado, y parecía absolutamente desconsolado cuando me fui.

Enmarqué la foto, la coloqué en la repisa de mi chimenea, y retrocedí unos pasos para mirarla. Era, por supuesto, una foto notable. Azazel había hecho un buen trabajo.

Me pregunté cuál sería la reacción de Rosie. La telefoneé, y le pregunté si podía ir a verla. Me dijo que iba a salir de compras, pero que si podía estar allí en menos de una hora...

Podía, por supuesto. Llevé la foto envuelta en papel para regalo, y se la tendí sin una palabra.

—¡Dios mío! —exclamó, mientras cortaba la cinta y rompía el envoltorio—. ¿Qué es? ¿Qué celebramos, algún cumpleaños o...?

Para entonces ya había desenvuelto el paquete, y su voz se desvaneció. Sus ojos se abrieron enormemente mientras su aliento se hacía más rápido y agitado. Finalmente susurró:

—Oh, Dios mío.

Alzó la vista hacia mí.

—¿Tomaste esta fotografía el domingo pasado?

Asentí.

—Lo captaste en el momento exacto. Es adorable. Así es exactamente como lo quiero. Oh, ¿puedo quedármela, por favor?

—La hice para ti —dije simplemente.

Me echó los brazos al cuello y me besó intensamente en los labios. Algo desagradable, por supuesto, para una persona como yo que detesta los sentimentalismos, y luego tuve que secarme el bigote, pero pude comprender su imposibilidad de resistirse al hecho.

Después de aquello, no vi a Rosie durante casi una semana.

Luego me la encontré una tarde a la salida de la carnicería, y no hubiera sido educado no ofrecerme a llevarle su bolsa de la compra hasta su casa. Naturalmente, me pregunté si aquello significaría otro beso, y decidí que me mostraría rudo rechazándolo si ella insistía. De todos modos, parecía algo deprimida.

—¿Qué tal va la fotografía? —pregunté, suponiendo que quizá las cosas no hubieran ido bien.

Automáticamente su rostro se animó.

—¡Perfecta! La tengo sobre el mueble del tocadiscos, en un ángulo tal que puedo verla cuando estoy sentada en mi silla durante la comida. Sus ojos parecen mirarme un poco de soslayo, de una forma tan pícara..., y su nariz está tan exactamente fruncida... Honestamente, una creería que está vivo. Algunas de mis amigas no pueden apartar sus ojos de ella. Estoy pensando en que deberé esconderla cuando vengán, o el día menos pensado me la robarán.

—Pueden robarte a Kevin —dije, bromeando.

Su expresión deprimida regresó. Agitó la cabeza y dijo:

—No lo creo.

Intenté otra táctica.

—¿Qué dice él de la foto?

—No ha dicho ni una palabra. Ni una palabra. No es una persona que se fije mucho en los detalles, ya sabes. Me pregunto si la ha visto siquiera.

—¿Por qué no se la muestras y le preguntas qué le parece?

Permaneció en silencio mientras caminábamos lado a lado durante media manzana, yo llevando su pesada bolsa de la compra y preguntándome si pensaba recompensarme con un beso.

—Realmente —dijo de pronto—, ha estado tan preocupado estos últimos días con su trabajo que no he tenido muchas ocasiones de preguntarle. Llega tarde a casa, y apenas me habla. Bueno, ya sabes cómo son los hombres.

Intentó dar una nota alegre a su risa, pero fracasó.

Habíamos llegado a su apartamento, y le devolví la bolsa. Dijo con vehemencia:

—Pero gracias una vez más, y otra vez, y otra, por la fotografía.

Se fue. No le pedí el beso, y me sentí tan perdido en mis pensamientos que no me di

cuenta de ello hasta que estaba a medio camino de casa, y entonces parecía estúpido regresar simplemente para impedir que se sintiera decepcionada.

Pasaron otros diez días, y luego ella me llamó una mañana. ¿Podía llegarme hasta su casa y comer con ella? Señalé que aquello podía ser indiscreto. ¿Qué pensarían los vecinos?

—Oh, eso es estúpido —dijo—. Tú eres tan viejo..., quiero decir, eres un amigo tan viejo, que es imposible que ellos... Además, necesito tu consejo.

Tuve la impresión que ella contenía un sollozo mientras decía eso.

Bien, uno debe mostrarse como un caballero, de modo que me presenté en su pequeño y soleado apartamento a la hora de comer. Ella había preparado bocadillos de jamón y queso y trozos de pastel de manzana, y allí estaba la fotografía, sobre el mueble del tocadiscos, tal como había dicho.

Me estrechó las manos y no hizo ningún intento de besarme, lo cual me hubiera aliviado de no ser por el hecho que me sentí tan turbado por su apariencia como para no sentir ningún alivio ante nada. Parecía absolutamente consumida. Comí medio bocadillo esperando a que ella hablara, y cuando no lo hizo me vi obligado a preguntarle la razón por la que hubiera una atmósfera tal de abatimiento en su torno.

—¿Se trata de Kevin? —pregunté.

Estaba seguro que sí.

Asintió, y estalló en sollozos. Palmeé su mano, y me pregunté si aquello sería suficiente. Le di un apretón en el hombro de forma absolutamente abstracta, y ella dijo:

—Me temo que va a perder su trabajo.

—Seguro que no. ¿Por qué?

—Bueno, es tan salvaje...; incluso en el trabajo, al parecer. Lleva siglos sin sonreír. No me ha besado, ni me ha dicho una palabra amable, desde no recuerdo cuándo. Se pelea con todo el mundo, y todo el tiempo. No me dice qué es lo que va mal, y se pone furioso si se lo pregunto. Un amigo nuestro, que trabaja en el aeropuerto con Kevin, me llamó ayer. Dice que Kevin actúa tan hosca y desabridamente en su trabajo que sus superiores se están dando cuenta. Estoy segura que va a perder su trabajo, pero ¿qué puedo hacer?

De hecho, estaba esperando algo así desde nuestro último encuentro, y sabía que lo único que tenía que hacer era contarle la verdad..., echarle la culpa a Azazel. Carraspeé.

—Rosie..., la fotografía...

—Sí, lo sé —dijo, aferrándola y apretándola contra sus pechos—. Es lo que me mantiene. Este es el auténtico Kevin, y siempre lo tendré, siempre, no importa lo que ocurra.

Sollozó de nuevo.

Me resultaba muy difícil decirle lo que tenía que decir, pero no había otra salida. Murmuré:

—No lo comprendes, Rosie. El problema es la fotografía. Estoy seguro de ello. Todo el encanto y la alegría de la fotografía ha tenido que salir de alguna parte. Le han sido

arrebatados al propio Kevin. ¿No lo comprendes?

Rosie dejó de sollozar.

—¿De qué demonios estás hablando? Una fotografía es simplemente la luz enfocada, y la película, y todo eso.

—Normalmente sí, pero esta fotografía...

La tomé. Conocía las limitaciones de Azazel. No podía crear la magia de la fotografía de la nada, pero no estaba seguro de poder explicarlo científicamente, de hacerle comprender a Rosie la ley de la conservación de la alegría.

—Déjame decirlo de este modo —murmuré—. Mientras la fotografía permanezca aquí, Kevin se mostrará infeliz, furioso y malhumorado.

—Seguro que se quedará aquí —dijo Rosie, devolviéndola firmemente a su lugar—, y no acabo de comprender por qué estás diciendo todas esas estupideces acerca de un maravilloso objeto... Bueno, vamos a tomar un poco de café.

Se dirigió nerviosamente hacia la cocina, y pude ver que se sentía de lo más ofendida.

Hice lo único que podía hacer. Después de todo, yo había sido quien había tomado la foto. Era responsable —a través de Azazel— de sus arcanas propiedades. Tomé rápidamente el marco, quité con cuidado el soporte trasero, luego retiré la foto. Rasgué la foto en dos..., luego en cuatro..., en seis..., en ocho, y me metí finalmente los trozos en el bolsillo.

El teléfono sonó en el momento en que terminaba mi operación, y Rosie entró corriendo en la sala de estar para responder. Volví a colocar la parte de atrás y devolví el marco a su lugar. Se quedó mirándome vacío desde allí.

Oí la voz de Rosie chillando de alegría y excitación.

—Oh, Kevin —la oí decir—, qué maravilloso. Oh, me siento tan feliz... ¿Pero por qué no me lo dijiste? ¡No vuelvas a hacerlo nunca!

Acudió a mi lado, el rostro radiante.

—¿Sabes lo que hizo ese terrible de Kevin? Tenía una piedra en el riñón desde hace casi tres semanas..., viendo a un doctor y todo eso..., sufriendo terribles dolores y enfrentándose a una posible operación..., y no ha querido decirme nada por temor a preocuparme. ¡El idiota! No me extraña que se sintiera tan mal, y ni una vez se le ocurrió pensar que todo eso lo único que haría sería hacerme sentir más infeliz que si me lo hubiera dicho. ¡De veras! Los hombres no deberían salir nunca solos ni siquiera a la calle.

—Pero ¿por qué estás ahora tan alegre?

—Porque ha conseguido expulsar la piedra. La expulsó hace un momento, y lo primero que ha hecho ha sido llamarme, lo cual ha sido muy considerado por su parte..., y muy oportuno. Sonaba tan feliz y alegre... Imagino que su expresión debía ser como la de la fotografía que... —Luego, casi en un grito—: ¿Dónde está la fotografía?

Yo estaba de pie, preparándome para irme. Empecé a dirigirme hacia la puerta, mientras decía:

—La destruí. Por eso consiguió expulsar la piedra. De otro modo...

—¿Tú la destruiste? ¿Tú...?

Yo ya estaba al otro lado de la puerta. No esperaba gratitud, por supuesto, sino más bien un asesinato. No esperé al ascensor; bajé a pie la escalera tan rápido como razonablemente pude, con el sonido de sus gritos atravesando la puerta y llegando a mis oídos durante dos pisos enteros.

Quemé los trozos de la fotografía cuando llegué a casa.

Nunca he vuelto a verla desde entonces. Por lo que he podido saber, Kevin es un amante y encantador esposo y son más felices juntos que nunca, pero la carta que recibí de ella —siete páginas de letra pequeña, casi incoherente— dejaba bien claro que era de la opinión que la piedra en el riñón era toda la explicación del mal humor de Kevin, y que su aparición y expulsión exactamente sincronizadas con la fotografía eran una simple coincidencia.

Efectuaba también algunas indiscretas amenazas contra mi vida y, de una forma completamente anticlimática, contra ciertas porciones de mi cuerpo, utilizando palabras y frases que hubiera jurado que nunca podía haber oído en su vida, y mucho menos utilizado.

Y supongo que nunca volverá a besarme de nuevo, algo que considero, por alguna extraña razón, terriblemente frustrante.

He aquí otra (la cuarta y última) de las miniaturas de este libro. Esta es mi favorita de las cuatro, y la situaría entre las más favoritas de todas las historias cortas-cortas que yo haya escrito nunca.

Si no se dislocan ustedes el diafragma gruñendo, y resoplando, y haciendo otros ruidos semejantes y poco educados cuando hayan terminado, me sentiré enormemente decepcionado.

Como es bien sabido, en este nuestro siglo XXX el viaje espacial resulta terriblemente largo y aburrido. En busca de diversión, muchas tripulaciones infringen las restricciones de cuarentena y toman animales de compañía desde los distintos mundos habitables que exploran.

Jim Sloan tenía una roqueta, a la que llamaba Teddy. Esta se limitaba a permanecer inmóvil durante todo el tiempo, con todo el aspecto de una roca, aunque a veces alzaba uno de sus bordes inferiores y sorbía un poco de azúcar en polvo. Eso era todo lo que comía. Nadie la había visto moverse nunca, pero de tanto en tanto resultaba que no estaba allí donde todo el mundo pensaba que estaba. Existía la teoría que ella se movía cuando nadie miraba.

Bob Laverty poseía un heligusano, al que llamaba Dolly. Era verde, y se alimentaba a base de fotosíntesis. A veces se trasladaba hacia los lugares donde había más luz, y cuando hacía eso enroscaba su cuerpo agusanado y avanzaba muy lentamente como una hélice girando.

Un día, Jim Sloane desafió a Bob Laverty a una carrera.

—Mi Teddy puede ganar a tu Dolly —dijo.

—Tu Teddy no se mueve —se burló Laverty.

—¿Qué te apuestas? —retó Sloane.

Toda la tripulación participó en el acontecimiento. Incluso el capitán arriesgó medio crédito. Todo el mundo apostó por Dolly. Al menos, se movía.

Jim Sloane cubrió todas las apuestas. Había estado ahorrando su sueldo a lo largo de tres viajes, y apostó todos sus milicréditos por Teddy.

La carrera empezó en uno de los extremos del Gran Salón. En el otro extremo se había colocado un montón de azúcar para Teddy, y un foco de luz para Dolly. Dolly se enroscó inmediatamente, y empezó a espiralear muy despacio su camino hacia la luz. La tripulación comenzó a corearla.

Teddy simplemente se quedó donde estaba, sin moverse.

—Azúcar, Teddy. Azúcar —dijo Sloane, señalando.

Teddy no se movió. Se parecía más que nunca a una roca, pero Sloane no pareció preocupado por ello.

Por último, cuando Dolly había espiraleado ya la mitad del camino cruzando el salón, Jim Sloane dijo casualmente a la roqueta:

—Si no vas hasta allí, Teddy, iré a buscar un martillo y te reduciré a gravilla.

Fue entonces cuando la gente descubrió por primera vez que las roquetas podían leer la mente. Fue también la primera vez que la gente descubrió que las roquetas podían teleportarse.

Apenas Sloane había formulado su amenaza, Teddy desapareció de su lugar y reapareció encima del montón de azúcar.

Sloane ganó, por supuesto, y contó sus ganancias lenta y morosamente.

—Sabías que esa maldita cosa podía teleportarse —dijo Lavery amargamente.

—No, no lo sabía —aseguró Sloane—. Pero sabía que iba a ganar. Era absolutamente seguro.

—¿Por qué?

—Hay un viejo refrán que todo el mundo conoce: «El Teddy de Sloane gana la carrera».

En febrero de 1976, a petición de la revista Seventeen, acepté escribir una historia de misterio de ciencia ficción que se relacionara con el bicentenario de los Estados Unidos. En respuesta a esa petición, escribí Decirlo de un vistazo, utilizando el mismo fondo social que había utilizado en Buen gusto (que aparece en esta misma recopilación) un mes antes.

Creo que los resultados fueron altamente satisfactorios, pero yo no soy director de ninguna publicación. No tomo las decisiones en tales casos. Seventeen no se sintió satisfecha, y lamentándolo mucho me devolvió la historia.

Eso me puso en un dilema. Había escrito lo que había imaginado era una historia que gustaría a las mujeres jóvenes, y me sentía relucante a probar suerte con ella en las revistas estándares de ciencia ficción. Finalmente, la reduje a la mitad y la envié al Saturday Evening Post, que la aceptó y la publicó en su número de febrero de 1977.

Esa reducción, sin embargo, me produjo una profunda melancolía, porque pese a la decisión de Seventeen, seguía gustándome mucho la historia original. De modo que esta es mi oportunidad de presentarla tal como fue concebida originalmente.

Elaine Metro aguardó con considerable compostura. Llevaba ya dos años —casi— como guía turística, y tener que manejar a hombres, mujeres y niños de una docena de mundos distintos (sin hablar de la propia Tierra), mantenerlos felices y seguros, responder a sus preguntas, y resolver las emergencias súbitas con acciones instantáneas, proporciona compostura.

Compostura o desmoronamiento, y Elaine nunca se había desmoronado. Ni esperaba hacerlo.

De modo que se sentó allí y practicó, como hacía a menudo, el tomar conciencia de su entorno. El calendario le destellaba la fecha —25 de febrero de 2076—, lo cual significaba que habían pasado seis días desde su cumpleaños número veinticuatro.

El espejo al lado del calendario reflejaba su rostro, o lo haría si simplemente se inclinaba un poco hacia un lado, proporcionándole un débil resplandor dorado. Eso ocultaba la palidez natural de su piel, y proporcionaba a sus ojos azules la ilusión de un ligero color avellana, y a su pelo castaño la ilusión de un toque de rubio. Algo halagador en su conjunto, pensó.

La cinta luminosa de las noticias parpadeaba encendiéndose y apagándose ocasionalmente. No parecía que estuviera ocurriendo nada vital en la Órbita. Se estaba construyendo una decimocuarta colonia, pero eso no tenía nada de extraordinario.

Había una sequía en África, allá abajo en la Tierra, pero eso tampoco tenía nada de extraordinario. Imaginen un mundo que no tenía ninguna forma de controlar su clima. ¡Primitivo!

¡Pero la Tierra era enorme! Como un millón de auténticos mundos puestos juntos.

Y sin embargo, había tan poco espacio. Incluso Gamma, donde había nacido y donde vivía Elaine..., incluso Gamma estaba un poco demasiado atestado. Quince mil personas y...

La puerta se abrió, y Janos Tesslen apareció. Era el presidente de la asamblea, y muy bueno por cierto, pensó Elaine. Al menos, ella había votado por él.

—Hola, Elaine —dijo el hombre—. ¿La he hecho esperar mucho?

—Según el reloj..., catorce minutos, señor.

Janos se echó a reír brevemente. Era un hombre robusto de sonrientes ojos, a veces incluso cuando sus labios no sonreían. Su canoso pelo estaba cortado muy corto, de una

forma completamente pasada de moda, y le hacía parecer más viejo de los cincuenta años que probablemente tenía.

—Pase, Elaine —dijo—. Siéntese.

Se sentó, aceptando el uso de su nombre de pila de una forma completamente natural, aunque nunca había hablado con el presidente antes. En un mundo como Gamma, donde casi todo el mundo conoce a casi todo el mundo..., ¿por qué no?

Janos se sentó en el sillón giratorio de su amplia habitación —más amplia que cualquier otra habitación privada que Elaine hubiera visto nunca antes—, y dijo:

—Es interesante que me haya dicho usted que había estado esperando catorce minutos. ¿No hubiera sido mejor decir simplemente que llevaba esperando tan sólo un rato?

—Creo que la precisión en las cosas pequeñas puede ser importante —opinó Elaine.

—Muy bien. Me alegro que piense así, porque eso es precisamente lo que necesito de usted... Sus abuelos vinieron de la región de la Tierra de los Estados Unidos, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y ha retenido su herencia norteamericana, supongo.

—Estudié historia terrestre en la universidad. La historia norteamericana estaba incluida en ella..., pero soy una gammapersona.

—Sí, por supuesto. Todos lo somos. Pero usted es una gammapersona particularmente especial, puesto que va a salvarnos a todos.

Elaine frunció ligeramente el ceño.

—¿Perdón...?

—Ahora no importa. Me he adelantado más de la cuenta. Puesto que usted es una descendiente de estadounidenses, estoy seguro que sabrá que los Estados Unidos fueron fundados en mil setecientos setenta y seis.

—Sí. Este año es su tricentenario.

—Y que los Estados Unidos fueron fundados a partir de trece estados individuales. Como que hay ahora trece mundos independientes y funcionales en la Órbita Lunar; ocho de ellos aquí en la posición L-Cinco detrás de la Luna, y cinco en la posición L-Cuatro precediendo a la Luna.

—Sí, señor. Y un decimocuarto se está construyendo en L-Cuatro.

—Eso no importa. El Mundo Orbital Nu fue acelerado y el que ahora se está construyendo, Xi, está siendo retardado, para que durante todo el dos mil setenta y seis haya trece Mundos Orbitales, y no catorce o doce. ¿Entiende usted el porqué?

—¿Superstición? —preguntó Elaine, secamente.

—Su agudeza corta, joven, pero yo no sangro —dijo Janos—. No se trata de superstición. Se trata de sacarle ventaja al sentimentalismo. Los Estados Unidos constituyen la más importante región individualizada de la Federación de la Tierra, y si están dispuestos a votar a favor del establecimiento de una Federación independiente de Mundos Orbitales, este es el año en que conseguirlo. Combine el tricentenario con el número trece, y no podrán resistirse, ¿no cree?

—Sí, puedo ver que sería un buen impulso.

—Y la independencia sería útil para nosotros. La Federación de la Tierra es una fuerza conservadora que limita nuestra expansión. Cuando dejemos de estar atados a la Tierra, los Mundos Orbitales podrán ajustarse para que sus distintas economías encajen más eficientemente. Podremos ampliar esos estrechos límites en la órbita de la Luna y encaminarnos hacia el cinturón de asteroides, donde podremos convertirnos en una fuerza importante en la historia humana. ¿Está usted de acuerdo?

—Aquellos que saben de esos asuntos parecen opinar así.

—Desgraciadamente, hay fuerzas poderosas en la Tierra que están en contra de la independencia. Y también, aunque casi todos los habitantes de los Mundos Orbitales están por la independencia, no todos están por la unión. ¿Qué piensa usted de los habitantes de los Otros Mundos, Elaine? En su trabajo tiene constante contacto con ellos.

—La gente es la gente, señor —dijo Elaine—. Pero los habitantes de los Otros Mundos tienen diferentes costumbres y..., a veces los encuentro hostiles hacia nosotros.

—Exacto. Y ellos nos encuentran a nosotros... hostiles hacia ellos. Y a fin de no tener la unión, mucha de la gente de los Mundos rechazaría la independencia. Elaine, es asunto suyo conseguir esa unión para nosotros.

De vuelta a eso, pensó Elaine.

—¿Qué tengo que hacer para ello? —preguntó.

—Escuche —dijo Janos suavemente—, y se lo explicaré. Aquellos de la Tierra que se oponen a la independencia cuentan con la hostilidad entre los Mundos Orbitales, y pretenden hacer todo lo posible por incrementarla. ¿Qué ocurriría si se produjera algún sabotaje en Gamma, que es la fuerza más poderosa para la unión en la Órbita? ¿Qué ocurriría si ese sabotaje fuera grave, y pareciera que el responsable es algún otro mundo en particular? El sentimiento antiunionista aumentaría en Gamma, y habría muy pocas probabilidades de independencia este año. Más adelante, con la magia del setenta y seis ya no a nuestro lado, la cosa podría prolongarse años y años.

—Entonces debemos prevenirnos contra el sabotaje.

—¡Correcto! Y eso es lo que estamos haciendo. Es ahí donde entra usted. Hay cinco personas que vienen a Gamma. Turistas normales, aparentemente. Hay muchos más que esos cinco, por supuesto, pero son esos cinco en particular, uno de cada uno de cinco Mundos Orbitales distintos, los que nos interesan. Uno de nuestros agentes en la Tierra..., tenemos varios, ya sabe...

—Todo el mundo lo sabe. Especialmente la Tierra, supongo.

Janos reclinó su cabeza como para estudiarla más eficientemente.

—Tiene usted una forma de decir esas cosas que me gusta... Uno de nuestros agentes nos remitió un mensaje, que por desgracia nos llegó muy confuso. Un terrestre está viniendo a Gamma, un experto saboteador, y está viniendo como un habitante de los Mundos Orbitales. El mensaje nos decía la identidad falsa que había asumido, pero esa fue la parte que llegó más confusa.

—Supongo que no pueden comprobar ustedes con su agente porque ahora está muerto.

—Desgraciadamente, así es. Hicimos lo que pudimos por interpretar el mensaje, y lo que extrajimos puede aplicarse igualmente bien a cinco personas, de las cuales al menos cuatro son seguramente respetables habitantes de los Otros Mundos, y una de las cuales puede ser un terrestre disfrazado.

—Denieguen la entrada a los cinco, señor. O déjenles entrar, arréstenlos a todos, y examinen concienzudamente a cada uno.

—Pero si hacemos eso ofenderemos a los Otros Mundos en cuestión, y correremos el riesgo de conseguir exactamente lo que pretende el sabotaje.

—Una vez localizado el saboteador, podrán explicar satisfactoriamente el motivo de sus acciones.

—Si somos creídos. El mensaje era además lo suficientemente poco claro como para dejar abierta la posibilidad a que ninguno de los cinco sea un saboteador; a que todos ellos sean legítimos.

—Bien, entonces, ¿qué es lo que quiere que yo haga, Janos?

Janos se reclinó de nuevo hacia atrás en su sillón y por un momento sus sagaces ojos volvieron a evaluarla.

—Es usted una guía turística, y está acostumbrada a los de Otros Mundos y a la gente de la Tierra. Lo que es más, su historial muestra que es usted formidablemente inteligente. Haré que esas cinco personas le sean asignadas para un recorrido oficial por Gamma; no podrán negarse a un recorrido tal sin mostrarse descorteses; tan descorteses como para darnos una excusa para retenerlos. Usted estará con ellos durante varias horas, Elaine, y todo lo que tiene que hacer es decirnos cuál de ellos es el impostor..., o quizá que ninguno de ellos lo es.

Elaine agitó la cabeza.

—No veo cómo voy a poder conseguirlo. Sea quien sea, debe haber ensayado mucho su papel.

—Indudablemente. Supongo que incluso ha visitado el Otro Mundo del que pretende ser ciudadano; habla, actúa, y tiene el aspecto de uno de ellos; posee la documentación adecuada, y todo lo demás.

—¿Y bien, entonces?

—Pero nada puede hacerse a la perfección, Elaine. Descubra la imperfección. Ha estado usted en los distintos mundos en cuestión. Conoce a los de los Otros Mundos.

—No creo que pueda...

—Si fracasa —dijo Janos enérgicamente— puede que tengamos que recurrir a métodos más violentos y correr el riesgo de ofender a los Otros Mundos. O tendremos que hacer marcha atrás, si nos dice usted que no hay ningún impostor, o cometer un terrible error si señala a la persona equivocada, y entonces quién sabe el daño que puede hacerle el sabotaje a Gamma..., dejando completamente a un lado el fracaso de la unión. No debe usted fracasar.

Elaine apretó fuertemente los labios.

—¿Cuándo debo empezar? —preguntó.

—Llegarán mañana. Aterrizarán en el Muelle Dos, al otro lado del mundo.

Señaló con su dedo hacia arriba, en el casi inevitable gesto, y los ojos de Elaine se movieron brevemente hacia arriba, en una respuesta también casi automática.

Era completamente natural. Gamma, como todos los Mundos Orbitales, era una estructura en forma de rosquilla, toroidal. En el caso de Gamma, el hueco toroide dentro del cual vivía la población tenía algo más de tres kilómetros de diámetro. Uno podía viajar durante casi seis kilómetros a lo largo de la hueca curva del toroide para alcanzar el otro lado del mundo, o cortar siguiendo uno de los tres radios dobles que unían los lados opuestos del toroide.

Elaine recordó a un terrestre riéndose en una ocasión de la costumbre orbital de hablar del otro lado del «mundo» con referencia a la otra mitad del toroide, pero ¿por qué no? Gamma estaba rodeada por el espacio, del mismo modo que la Tierra.

Janos interrumpió los pensamientos de la mujer.

—Tiene que hacerlo, Elaine.

—Lo intentaré, señor —dijo.

—Y no debe fracasar.

2

El apartamento de dos habitaciones de Elaine estaba en el Sector Tres, y tenía la gran ventaja de estar cerca del Centro de Desarrollo de las Artes. (En su juventud había soñado con ser actriz, pero le había faltado voz para ello..., aunque seguía gustándole verse bañada por la atmósfera teatral).

En aquel momento, mientras se preparaba para subir hasta el Muelle Dos, deseó fervientemente que su voz hubiera sido mejor y sus talentos más acentuados..., de modo que ahora no tuviera que ser una guía turística enfrentándose a una tarea imposible.

Se vistió cuidadosamente. Su uniforme le sentaba como un guante y su aspecto era muy eficiente..., como siempre. Hizo un esfuerzo por parecer inexpresiva también. Se le ocurrió que si se presentaba a los cinco turistas mostrándose demasiado curiosa, demasiado inquisitiva, seguramente no conseguiría averiguar nada. De hecho, si sondeaba demasiado abiertamente, podía parecerle demasiado peligrosa a un hombre desesperado. Alguien preparado para sabotear todo un mundo no vacilaría en matar fríamente a una mujer joven.

Alzó la vista mientras salía de la casa. Había espacio suficiente dentro del toroide como para permitir edificios de cuarenta pisos en el centro, pero veinte pisos era lo máximo permitido, y diez pisos era la media. La mitad superior del toroide se necesitaba para dar la sensación de aire libre, sin tener en cuenta la entrada de luz solar.

Las celosías sobre su cabeza estaban abriéndose todavía a la graduación apropiada

para primera hora de la mañana. El enorme espejo que flotaba en órbita junto con Gamma reflejaba la luz del sol al interior, que era recogida por otros espejos más pequeños dentro del toroide. La luz bañaba las estructuras del suelo lateral de la gran rosquilla y mantenía la temperatura dentro de unos límites perfectamente confortables.

Elaine no había estado nunca en la Tierra, pero había leído lo suficiente sobre ella, y a veces el regular clima de Gamma le hacía suspirar por un poco de sabor del viejo desorden del entorno de la Tierra. Sobre todo la nieve. Era algo que no llegaba a imaginar por completo. La lluvia era algo como tomar una ducha, la niebla algo parecido al vapor, el frío y el calor como accionar los mandos adecuados en los acondicionadores de las habitaciones. Pero..., ¿a qué se parecía la nieve?

Se interrogó al respecto mientras se dirigía a la batería de ascensores Tres y se situaba en la cola. No iba a tener que esperar mucho, puesto que había podido evitar la hora de máxima afluencia.

El ascensor la llevó radio arriba durante kilómetro y medio de decreciente gravitación. Era la rápida rotación del toroide, una vuelta cada dos minutos, lo que producía el efecto centrífugo que lo mantenía todo y a todo el mundo pegado contra el lado externo del toroide a todo lo largo de la rosquilla con una fuerza equivalente a la gravedad terrestre. Para todo el mundo, estuviera donde estuviera en Gamma, la parte exterior del toroide era «abajo», y el eje central era «arriba». Y, por supuesto, el otro lado del mundo más allá del eje era también «arriba».

Mientras Elaine subía en el ascensor, la velocidad a la cual giraba en torno al eje del toroide aminoraba, por supuesto, y lo mismo ocurría con el efecto centrífugo. Pesaba menos de la mitad de su peso normal cuando pasó por la zona del hospital, donde la menor gravedad era útil en el tratamiento de los pacientes cardíacos, casos respiratorios y otros parecidos.

A Elaine le gustaba la sensación. En una ocasión, en la universidad, había ganado el dinero necesario para matricularse como enfermera auxiliar, y conocía muy bien la sensación de poca gravedad.

Finalmente, el ascensor cruzó el ancho eje esférico en el centro del toroide, su movimiento cuidadosamente controlado por la computadora central de modo que ningún ascensor chocara con ningún otro mientras convergían en el eje en una calculada alternancia. En el eje, el efecto centrífugo era prácticamente cero y, durante los breves minutos necesarios para cruzarlo, se sintió ingrávida. Allí era donde estaba situada la estación energética de Gamma y (pensó sombríamente Elaine) donde podía producirse el sabotaje.

El ascensor cruzó el eje y luego se deslizó a lo largo del radio que conectaba con el otro lado del mundo. El efecto centrífugo se estaba incrementando de nuevo, y Elaine empezó a notar la sensación de estar cabeza abajo. Con la facilidad nacida de una larga práctica, se dio la vuelta rápidamente al mismo tiempo que, uno tras otro, lo hacían los demás pasajeros del ascensor. Ahora estaban todos de pie en lo que hasta unos minutos antes había sido el techo del ascensor.

La sensación era ahora de estar descendiendo, y de un incremento de la gravedad. Y luego, cuando el empuje hacia abajo hubo alcanzado su máximo y se sintió (con un cierto pesar) tan ligada al suelo como siempre solía estarlo, ya estaba en el otro lado. La puerta se abrió, y salió. El otro lado del mundo (alzó brevemente la vista) era ahora el lugar donde vivía.

3

Para evitar la hora de máxima aglomeración, Elaine iba con retraso, lo cual se reveló también problemático. Los otros tres guías, dos hombres y una mujer, estaban ya allí, apiñados en torno a la hoja diaria de trabajo.

La mujer, Mikki Burdot, la vio primero y dijo, como irritada:

—Aquí está.

Elaine alzó las cejas.

—Por supuesto. Trabajo aquí.

—No lo parece, por tu forma de actuar —dijo Mikki.

Dio unos pasos sobre sus zapatos de gruesa suela de corcho que añadían cinco centímetros a su diminuta estatura. Se echó hacia atrás su gorra reglamentaria. Aquello podía ser descrito como un hábito nervioso, pero revelaba su hermoso pelo color caoba.

—Te han asignado a cinco —prosiguió—. Exactamente a cinco. Vas a tener mucho trabajo.

Elaine se acercó a la hoja de trabajo.

—¿Cinco? ¿Eso es todo?

—¡Cinco! A mí me han asignado a catorce. Hannes tiene diez, y Robaire doce. ¿Crees que es un reparto justo? Yo no.

—Puede que no confíen en mi trabajo —dijo Elaine—, y estén preparándose para relevarme de mis funciones.

—¿Echándote a fases? —preguntó Robaire. En cada una de sus mejillas se formaba un hoyuelo cuando sonreía, así que sonreía a menudo—. Exactamente lo que yo dije. De modo que vas a encontrarte sin empleo, sin posibilidad de ocupar otro puesto de trabajo, y no tendrás más remedio que casarte conmigo. ¿Correcto?

—Tendré eso en cuenta, Robaire. ¡Constantemente! Tan pronto como me encuentre sin trabajo... ¿Le han llevado eso a Benjo Strammer? Él es el encargado de las hojas de trabajo.

—Sí, yo lo hice —afirmó Mikki—, y simplemente me dijo que así estaba bien. El viejo... —Su última palabra se perdió en un murmullo.

—Está bien —dijo Elaine—. Mira. Robaire, tus doce son casi todos de Alfa, lo cual significa que estarán interesados en nuestras instalaciones deportivas, y ese es tu tema preferido, ¿no? Hannes tiene a un montón de Mu, y todos ellos son de la primera generación, y probablemente están ansiosos de cualquier cosa nueva que puedan

descubrir, y todos sabemos lo paternal que tú eres.

—Paternal es mi segundo nombre —dijo Hannes, cruzando los brazos sobre su hundido pecho.

—Y Mikki, tú los has conseguido de Zeta, y la mayoría de los zetas odian nuestro valor, así que necesitarán a alguien que parezca pequeño e indefenso y muy agradable. Nadie podrá odiarte.

—Las mujeres sí —observó Mikki, ablandándose un poco.

—Sí, pero los turistas que tienes son en su mayoría hombres. ¿Correcto? En cuanto a mí, tengo a cinco, pero proceden de mundos distintos. Cada uno es diferente. Cada uno querrá concentrarse en algo distinto de los demás, y sospecho que todos son VIPs, y desearán un trato especial, y será imposible complacerles. —Se sentó, y permitió que una sonrisa melancólica cruzara su rostro—. Si alguien quiere cambiar...

—Yo no —dijo Hannes—. Mis pequeños muanos me necesitan.

—Y mis alfanos —dijo Robaire— necesitan a alguien que sepa distinguir un club de fútbol de uno de golf.

—Yo nunca dije que quisiera cambiar —añadió Mikki—. Simplemente argumenté que las cosas deberían ser más equitativas.

Elaine asintió y se dirigió a su pequeña oficina, no más grande que para albergar un pequeño escritorio y, en esta ocasión, a Benjo Strammer. Estaba esperándola. Tenía el pelo completamente blanco y ondulado, y la miró curiosamente desde unos ojos alojados en patas de gallo.

—Llevaste esto muy bien, Elaine.

—Supuse que estarías escuchando, Benjo —dijo ella.

—Tenía que hacerlo. Estaba un poco preocupado. Esa lista me llegó así. No la preparé yo.

—Entonces tenemos que tomarla tal cual. No hay otra cosa que podamos hacer.

—Pero ¿por qué, Elaine? —preguntó Benjo.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué me enviaron una lista así?

—¿No te lo dijeron, Benjo?

Benjo negó con la cabeza.

—No, no me lo dijeron.

—Entonces supongo que no quieren que lo sepas.

—De acuerdo, pero ¿lo sabes tú?

—Si se supone que tú no debes saberlo, no tendrías que preguntarlo siquiera. Mira, sea lo que sea, va a ser delicado. ¿Llega a su hora la nave?

—En estos momentos está entrando en el muelle.

—Estupendo, entonces. ¿Puedes arreglar las cosas de modo que mis cinco turistas sean separados de los demás tan discretamente como sea posible y traídos antes que el resto? Creo que será mejor que les eche una mirada antes de empezar; intenta estimar cómo se supone que debo manejar esto. Ya sabes, lo que les dije a los demás es

probablemente cierto. Creo que se trata de VIPs, y no deseo estropear las cosas.

Benjo parecía hosco.

—Creo que hubiera sido mucho mejor, Elaine, si me hubieran dicho un poco de qué va todo esto. Si me mantienen en la oscuridad, luego que no me echen las culpas si cometo algún desliz.

—Si fuera por mí, Benjo, lo sabrías. Créeme cuando te digo que yo tampoco siento ningún deseo de meter las manos en este asunto, sea el que sea. ¿Y tú?

—Eso vino dirigido específicamente a ti, ¿no? Es cosa tuya. Y si tú quieres ver a esa gente, mejor que utilices mi oficina. Esta no es lo suficientemente grande. En cuanto a mí, una vez hayan entrado, voy a ir a dar un paseo en torno al mundo.

4

Elaine se sentó en el borde del escritorio de Benjo, en la esquina más cercana a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una pierna colgando. Se había negado firmemente a considerar el problema la noche antes, con la sensación (completamente justificada, estaba segura) que, si lo hacía, iba a pasar la mayor parte de la noche despierta y tensa, y que hoy iba a estar en baja forma.

Ahora, sin embargo, ya no había ninguna excusa para seguir eludiéndolo.

Problema: cinco personas, cada una de un mundo distinto. Una de ellas podía ser (sólo podía ser) un terrestre pretendiendo ser un habitante de un Mundo Orbital. Suponiendo que el terrestre conociera su trabajo, ¿había alguna forma en que pudiera ser descubierto? ¿Había algo referente a los Mundos Orbitales a lo cual, pese a su práctica, no pudiera adaptarse?

El problema, pensó impacientemente Elaine, era que los Mundos Orbitales habían imitado deliberadamente las condiciones de la Tierra. Cada uno giraba a la velocidad necesaria para producir una gravedad terrestre normal en su toroide. Cualquier terrestre se sentiría completamente en casa a este respecto.

Por supuesto, la gravedad iba disminuyendo a medida que uno ascendía por los radios, y un terrestre sería incapaz de evitar una cierta torpeza allí. El problema era que pocos habitantes de los Mundos Orbitales pasaban mucho tiempo en los radios, de modo que muchos se mostraban también torpes en ellos.

La atmósfera típica de un Mundo Orbital poseía la misma presión de oxígeno que la atmósfera de la Tierra, pero mucho menos nitrógeno, de modo que la atmósfera de los Otros Mundos era tan sólo la mitad de densa que la de la Tierra. Eso, sin embargo, representaba muy poca diferencia. Los terrestres se adaptaban a ella casi inmediatamente. ¿Y por qué no? La Tierra tenía peores atmósferas que esa —menos presión y menos oxígeno— en sus montañas.

Los Mundos Orbitales eran mucho más pequeños que la Tierra, pero ¿qué diferencia representaba eso? Las vistas no eran tan extensas en todas direcciones como en la Tierra,

y el efecto del horizonte era completamente distinto, pero seguramente un terrestre también se acostumbraría muy rápido a eso. El impostor, si es que había alguno, habría vivido seguramente en un Mundo Orbital el tiempo suficiente como para haberse habituado a ese efecto.

Seguramente, también debía saber todo lo necesario acerca de Gamma, si es que no había vivido algún tiempo en Gamma. Sin embargo, la gente de los Otros Mundos no tenía por qué conocer necesariamente nada de Gamma. De modo que, si el impostor había vivido un tiempo en Gamma, era probable que supiera demasiado al respecto. Pero no, no había nada que cualquier habitante de los Otros Mundos no hubiera podido leer acerca de Gamma antes de realizar su visita. Incluso era natural que cualquier visitante alardeara de ello.

Bien, entonces, ¿y acerca de los mundos de los que se suponía que procedían? La gente de cada Mundo Orbital en particular hablaba de una forma especial, tenía ciertas actitudes sociales e individuales. ¿Podía el terrestre imitar todo eso perfectamente, o era de esperar que se descubriera por ello, sin importar lo mucho que pudiera haber practicado?

Elaine bajó la vista hacia el escritorio y dio la vuelta a la hoja de trabajo, para ver los datos reflejados en ella.

Cinco mundos. Por orden de edad eran Delta, Epsilon, Theta, Iota y Kappa. Los había visitado todos, y había leído abundantemente acerca de cada uno de ellos, como parte de su trabajo. Uno no puede comprender a los turistas sin comprender a las sociedades que los han moldeado..., y un guía tiene que comprender a los turistas.

Delta era un mundo más bien apagado de gente trabajadora que hablaba su idioma con una especie de cantinela, y hacían lo mismo cuando hablaban el dialecto de Gamma. Tendían a ser robustos y de tez pálida, pero eso era tan sólo una tendencia. Había gente alta en cada uno de los mundos, y baja, y de tez pálida, y muy morenos. Uno no podía juzgar por la apariencia física.

Epsilon era el más atestado de los mundos, con gente más bien baja, en su conjunto, con una mezcla preponderante de descendientes de los países terrestres del este de Asia, mucho mayor que en el resto de los mundos.

Theta tenía cinco o seis secciones dedicadas a la agricultura, en vez de las tres habituales. Era el único de los Mundos Orbitales que se oponía a la existencia de un número reducido de animales de carne y disponía de grandes cantidades de ganado. Por otro lado, de las cinco sinfonías compuestas por músicos de los Mundos Orbitales que formaban parte del repertorio habitual de las orquestas terrestres, tres habían sido compuestas por thetanos.

Elaine se detuvo a pensar un momento en eso. No, uno no podía hacer la fácil generalización que los thetanos eran músicos por naturaleza. El noventa y cinco por ciento de ellos podían ser analfabetos musicales, y si el thetano que formaba parte del grupo era uno de ellos, eso no probaba nada.

Iota era el mayor exportador de energía de los Mundos Orbitales. Cada uno de los

mundos disponía de la energía solar como su fuente primaria. Cada uno poseía una enorme estación energética —considerablemente mayor que la propia colonia—, absorbiendo la luz del sol y convirtiéndola en microondas, algunas de las cuales se quedaban en el propio eje esférico del mundo, mientras que otras, si había excedentes, eran enviadas a la Tierra. La de Iota era la estación energética más grande, y tenía las mayores facilidades para radiar microondas a la Tierra. Era completamente comprensible que la Tierra estuviera más preocupada por Iota que por cualquiera de los otros doce Mundos Orbitales.

Pero eso significaba que Iota era el más pro-Tierra de los mundos, el menos partidario de la independencia y la unión. ¿Acaso un iotano no estaría más dispuesto a cooperar con un agente de la Tierra que cualquier otro habitante de los Mundos Orbitales? Pero, por otra parte, ¿acaso un agente de la Tierra no dudaría más en asumir una identidad iotana, puesto que eso lo haría más sospechoso?

¿Cómo podía decirlo?, pensó impacientemente.

¿Y Kappa, centrado en el ocio, las diversiones y la cultura? Era el más atractivo de los mundos que había visitado. Eso significaba que tendría que prestar mucha mayor atención al kappano, puesto que sus propios prejuicios podían influir allí.

¿Cómo podía alguien distinguir a un kappano de un pseudokappano? ¿O a un thetano de un pseudothetano? ¿O cualquier otra variedad de la misma variedad falsificada?

El problema estribaba en que la Tierra era tan variada en sus tipos de población que cualquiera de los habitantes de los Mundos Orbitales podía ser fácilmente imitado por algún terrestre en particular.

Pero consideremos esto... El agente, fuera quien fuese, actuaba contra la independencia y contra la unión de los Mundos Orbitales. ¿Evitaría delatar eso mostrándose ostentosamente anti-Tierra? Quizá se diera cuenta que ese tipo de ostentación sería en sí misma sospechosa. Aunque, teniendo en cuenta que el agente no sabía que nadie estuviera buscándole (¿o sí?), la cuestión podía ser irrelevante.

¿Resultaría seguro intentar algo más sutil? Si las fuerzas de la independencia y la unión confiaban en los valores emotivos del tricentenario, ¿podría ser maniobrada la conversación en esa dirección? ¿Mostraría el agente impaciencia ante la mención del 2076? ¿Mostraría algún sentimiento antiestadounidense?

Pero era posible que algunos habitantes de los Mundos Orbitales no compartieran esos sentimientos, sin que por ello tuvieran que ser forzosamente un terrestre disfrazado.

Elaine se dio cuenta que su mente estaba moviéndose en círculos cada vez más pequeños, inútilmente. ¿Qué podía utilizar como criterio para separar lo verdadero de lo falso? ¿Existía algún criterio?

Pero Janos había dicho: «No debe fracasar».

Estaba a punto de rendirse al lujo de la desesperación, cuando Benjo metió la cabeza por la puerta y anunció:

—Tus turistas están aquí. Espero que todo vaya bien... Adiós.

Elaine se preguntó si el adiós no tendría una connotación particularmente desagradable. Compuso su rostro mientras los turistas entraban por la puerta, e intentó componer también sus pensamientos.

5

Estaban alineados ante ella, y Elaine habló lentamente y, esperaba, de modo conrgraciador.

—Mi nombre es Elaine —dijo—. Si se sienten ustedes más cómodos utilizando mi apellido, ese es Metro. En Gamma no se utilizan títulos, y el uso del nombre de pila es común, pero pueden utilizar ustedes el sistema que consideren más conveniente.

El deltano pareció absolutamente desaprobador. Era un hombre alto y de anchos hombros. Parecía más alto aún gracias a un estúpido sombrero que no se quitó y una blusa larga color gris pizarra que le llegaba hasta media cadera. Sus pesadas botas resonaban fuertemente cuando caminaba, y sus huesudas manos de gruesos nudillos estaban ligeramente cerradas.

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó secamente, con un tono canturreante.

Su nombre, sabía Elaine por sus papeles, era Sando Sanssen, y por su conocimiento de las costumbres deltananas sabía que debía dirigirse a él por su apellido.

—Tengo veinticuatro años, señor Sanssen.

—¿Sabe usted lo suficiente de este mundo, a su edad, para sernos de utilidad?

Su brusquedad era deltana...; ¿demasiado deltana? Seguro que ella no había hecho nada para merecer aquel ataque.

Sonrió, y contestó amigablemente:

—Espero saber lo suficiente. Tengo la experiencia necesaria para mi trabajo. De hecho, mi Gobierno ha depositado una considerable confianza en mí, puesto que espera que les muestre todos los aspectos de la vida en Gamma que ustedes deseen conocer.

Ravon Jee Andor, de Kappa, captó su atención. Era de mediana estatura, y su pelo estaba muy cuidadosamente moldeado. Era más rubio de lo que tendría que ser por naturaleza (Elaine estaba segura de eso porque no se correspondía con sus ojos oscuros y la tonalidad de su tez), e iba vestido con excesiva ornamentación. Exudaba un perfume ligeramente acre que Elaine encontró atractivo. (Todo aquello era kappano, pero ¿era kappano él también?).

Con un acento lleno de vocales abiertas y ligeramente sostenidas, dijo:

—Si desea complacer generosamente nuestros deseos, entonces creo que usted misma representa un aspecto de la vida en Gamma digno del más detenido estudio.

Quería ser un cumplido a la ornamentada manera kappana. Elaine estaba segura de ello. Utilizó los primeros dos nombres, tal como requerían las costumbres kappanas, para responder, también al estilo kappano:

—Me siento desolada, Ravon Jee, pero en estos momentos eso es imposible. Quizá

algún momento futuro proporcione la oportunidad.

—¡Oh, ya basta, muchacha! —gruñó Medjim Nabellan, de Theta. El intenso color negro del rostro de la thetana (muchos thetanos, aunque no todos, eran negros) estaba rematado por ensortijados rizos grises, ocultos en su mayor parte bajo un sombrero de ala ancha sujeto a su barbilla por un elástico. Sus ropas lucían grandes franjas de alegres colores, y las llevaba sujetas con un nudo a su nuca—. Sigamos adelante con esto, y no malgaste su tiempo con esa basura kappana.

El kappano hizo una sardónica inclinación de cabeza y no perdió su sonrisa.

Elaine hizo una momentánea pausa. No había ninguna razón por la que el agente no pudiera ser una mujer o un negro o ambas cosas a la vez, y la impaciencia por seguir adelante bien podía ser la primaria e inocultable emoción de alguien cuya misión era el sabotaje a un mundo y que veía peligro en cualquier retraso.

—Creo que es estúpido tener un grupo en el que cada uno sea de un mundo distinto —dijo Yve Abdaraman, de Iota, la otra mujer del grupo, arrastrando las palabras de una forma tan pronunciada que hacía que su voz sonara soñolienta. Era bastante joven, bastante baja, bastante atractiva, con su tez ligeramente bronceada (y ella debía ser muy consciente de ese detalle, ya que su atuendo estaba todo él entonado en diversos tonos marrones)—. Si empezamos a discutir y a pelearnos entre nosotros, todo esto va a convertirse pronto en algo muy desagradable.

—Espero que no vayamos a discutir ni a pelearnos, Yve —dijo Elaine (los iotanos utilizaban sus nombres de pila, del mismo modo que los gammanos)—, y tan pronto como cada uno de ustedes me haga saber lo que desea ver particularmente...

—Sigamos adelante —dijo el quinto miembro, Wu Ky-shee, de Epsilon—, y se lo iremos diciendo por el camino, o vamos a perder nuestro tiempo.

Era bajo y regordete, y sus ojos tenían un pronunciado aspecto rasgado propio del este de Asia. Llevaba una especie de túnica que casi se arrastraba por el suelo, y hablaba con un ligero ceceo.

«Y es otro impaciente», pensó Elaine.

—Puesto que nos hallamos en una de las secciones residenciales —dijo—, creo que para empezar podemos dar una vuelta por las calles hasta la universidad. Allí encontrarán ustedes algunos ejemplos interesantes del diseño arquitectónico gammano...

Los condujo educadamente fuera, por delante de ella, rodeándolos para tomar la cabecera, mientras su mente iba inútilmente de uno a otro. Todos parecían merecedores de sus sospechas, pero ninguno de ellos parecía lo suficientemente merecedor.

Si tan sólo hubiera algo que fuera cierto para todos los Mundos Orbitales, y no para la Tierra..., algo tan sutil y penetrante que un impostor terrestre no pudiera prever y la descubriera... Pero ¿qué podía ser algo así? ¿El tamaño? ¿Algo diferente?

Tenía que concentrarse en su trabajo.

—Este es el edificio central de la universidad de Gamma, construido hace cuatro años, con una ilusión de curvatura, tan sólo lo suficiente como para...

Siguió hablando mecánicamente, pero su mente, trabajando en otras direcciones,

captó la ilusión de curvatura y, de allí...

6

Habían caminado pausadamente hasta más allá de los agradables hogares de aquella sección, cada uno de ellos con sus variados diseños y sus verdes céspedes, todos ellos marcados ornamentalmente por ligeras vallas diseñadas para señalar diferenciación antes que barrera. Aquel sector carecía de los racimos de casas de apartamentos que podían encontrarse en las otras dos secciones residenciales.

—Estamos llegando a la esclusa de aire que separa este sector del agrícola que tenemos enfrente —informó Elaine.

—Veo que mantienen las esclusas abiertas —dijo Sanssen—. ¿No es eso un descuido?

Su pronunciación de la última palabra fue tan extraña según los estándares de Gamma, que Elaine casi no la captó. (Perfectamente deltano, por todo lo que podía decir).

—En absoluto —le aseguró—. Todo esta completamente automatizado. Cualquier vibración asociada con un impacto meteorítico o explosión interna, cualquier pérdida pequeña en la presión del aire, hará que todas las compuertas se cierren, sellando los seis sectores los unos de los otros. Y, naturalmente, se cierran durante la noche para impedir que la luz del día de las secciones agrícolas se filtre a las zonas residenciales.

—¿Qué ocurre si el meteorito o lo que sea golpea la maquinaria de las compuertas? —preguntó Ravon Jee, sonriendo.

—Eso es muy improbable que ocurra. Pero aunque ocurriera, no sería fatal. Toda la maquinaria vital existe en dos juegos completos muy separados el uno del otro, capaces independientemente de atender a las necesidades de todo el mundo.

Hizo una pausa para asegurarse que todos los que estaban a su cargo habían pasado bien de un lado a otro de la compuerta. Se trataba únicamente de subir un corto tramo de escalera y bajar otro; seis peldaños hacia arriba y seis hacia abajo, pero los peldaños se extendían a lo largo de la anchura del toroide, y por ello se curvaban suavemente. Los terrestres encontraban a menudo divertido recorrer toda la largura de uno de los peldaños hasta descubrirse a sí mismos ligeramente inclinados con respecto a los demás miembros de su grupo.

Pero aunque observó los pies de los cinco, ninguno pareció vacilar o girarse hacia un lado en una momentánea curiosidad.

Elaine suspiró inaudiblemente. El terrestre, quienquiera que fuese, estaba bien entrenado..., o no era un terrestre.

7

Javon Jee Andor había permanecido junto a ella a lo largo de todo el sector agrícola, sin demostrar el menor interés por él. Ahora, cuando penetraron en el Centro de Reciclado, retrocedió y puso cara de desagrado.

—Yo no pienso entrar ahí. Los desechos animales no son mi idea de un delicioso escenario.

Elaine intentó disimular su repentina alerta tanto como le fue posible.

—Seguro que ustedes reciclan los desechos en Kappa, ¿no? —preguntó.

(A ningún terrestre le gustaba visitar el centro).

—No en mi presencia —dijo Ravon Jee—. De hecho, no sé nada acerca de todos esos asuntos de ingeniería y estadísticas. Siga adelante, querida muchacha, yo esperaré aquí fuera. Lleve a ese deltano, sus botas son para eso precisamente, y a esa granjera de Theta, y a los demás también les gustará.

Elaine agitó la cabeza.

—Comprendo sus sentimientos, pero no puedo dejarle. Me temo que mi Gobierno lo desaprobaba. Venga. Yo sujetaré su mano, ¿de acuerdo?

Era el tipo de gesto galante que ningún kappano podía rechazar honorablemente. Ravon Jee, con una terrible expresión de desagrado, murmuró:

—Si es así, encanto, vadearé todo el estiércol que sea necesario, hasta las rodillas.

(Elaine no le creyó capaz de hacerlo).

Se mantuvo cerca de él mientras cruzaban los antisépticos corredores. La mayor parte del proceso de reciclado quedaba oculto a la vista y era realizado de una forma totalmente automática. Pese a la forma en la que Ravon Jee fruncía su rostro, el olor era apenas perceptible.

Sanssen lo miraba todo atentamente, con sus enormes manos unidas a la espalda. Wu Ky-shee, inexpresivo, tomaba notas, y Elaine consiguió situarse detrás de él y ver lo que estaba escribiendo. Estaba en epsiloniano y le resultaba ilegible.

Ravon Jee, todavía sujetando su mano, observó:

—Supongo que me dirá usted que todo esto es esencial.

—También lo es —dijo ella—, a una gran escala, en la Tierra.

El hombre no respondió a este último comentario.

—Un caballero kappano —dijo— prescinde de tales cosas.

—¿A qué se dedica usted en Kappa? —preguntó ella.

—Soy crítico dramático. Estoy aquí para estudiar la escena gammana para mi periódico.

—Oh, ¿visitará la Tierra para el festival dramático conmemorativo del tricentenario?

(Se preguntó si existiría tal festival).

—¿El qué, querida? —Su rostro siguió inexpresivo.

—El tricentenario estadounidense.

—No lo sé... —dijo él, vagamente—. ¿Dónde está situado su distrito teatral?

(¿Era excesiva su vaguedad? ¿Realmente no sabía nada en absoluto del tricentenario?).

—Está en la Sección Cuatro —contestó—, al otro lado del mundo.

Empezó a hacer el inevitable gesto, pero se contuvo.
Él alzó brevemente la vista, como todo el mundo hacía, y dijo desalentado:
—Bien, supongo que finalmente llegaremos allí.
Interesante, pensó Elaine. ¿Podía ser aquello la clave?

8

Medjim Nabellan dijo bruscamente:

—Mire, guía, estamos saliendo de este distrito granjero, y no hemos visto ningún ganado.

—Tenemos alguno, pero no en este sector. Consideramos el ganado antieconómico. Los pollos y los conejos pueden producir más proteínas mucho más rápidamente.

—¡Paparruchas! No saben ustedes cómo hacerlo adecuadamente. Sus métodos de manejo de los animales están completamente desfasados.

—Estoy segura —comentó Elaine suavemente— que a nuestra Oficina de Agricultura le encantaría oírla.

—Espero que sí. Por eso precisamente estoy aquí, y ahora que ya he visto lo que están haciendo ustedes en este lugar, cualquier futuro recorrido turístico es una pérdida de mi tiempo. Me gustaría ir directamente a esa oficina.

—Me temo que me va a poner en un problema si insiste usted en abandonar el grupo —dijo Elaine—. Mi Gobierno creerá que la he ofendido.

—Tonterías —dijo hoscamente Nabellan, frunciendo la nariz—. ¿Dónde puedo encontrar la oficina?

—Al otro lado del mundo —contestó Elaine. Esta vez hizo firmemente el gesto, y Nabellan miró hacia arriba—. Si usted se va ahora, el grupo puede disgregarse. Por favor, quédese.

Medjim Nabellan dijo algo para sí misma, pero no hizo ningún intento de marcharse.

Con su agradable voz de guía, Elaine informó:

—Los sectores agrícolas están bañados por la luz del sol durante todo el tiempo, pero en las tres secciones residenciales, por supuesto, hay dieciséis horas de luz y ocho horas de oscuridad, alternativamente.

—¿Duermen todos los gammanos al mismo tiempo? —preguntó Wu Ky-shee.

—No, por supuesto que no. Duermen cuando les parece. De hecho, algunos deben trabajar durante el período de oscuridad.

—¿Por qué no permiten que cada lugar de habitación controle su propia luz solar, entonces? ¡Esta conformidad es inútil!

Efectuó más anotaciones en su libro.

Yve Abdaraman dijo, con su fina y muy clara voz de soprano:

—Puesto que Epsilon es el único mundo sin una reflexión estándar día-noche, debe

ser usted quien se aparta de la norma. Un intervalo nocturno reduce el aporte de energía y mantiene la temperatura confortable.

—En absoluto —replicó Wu Ky-shee, alzando las cejas—. Si con eso da a entender que Epsilon es un lugar cálido, está muy equivocada. Esta alternancia día-noche es únicamente una herencia terrestre carente de significado.

Elaine notó que le zumbaban los oídos. ¿Un ataque contra la Tierra? Dijo rápidamente:

—No creo que debamos ignorar nuestra herencia terrestre. El tricentenario se celebra este año, y una herencia de libertad...

Se interrumpió, pues nadie reaccionó. Yve le lanzó una mirada de impaciencia y luego se volvió hacia el epsiloniano.

—Yo he estado en Epsilon —dijo—, y lo encontré demasiado cálido.

—Puede que lo encontrara usted demasiado flexible e individual para sus gustos —le devolvió la pelota Wu Ky-shee, rígidamente.

—Por favor, ¿por qué no seguimos? —pidió Elaine—. Tenemos aún un largo camino por recorrer hasta llegar al otro lado del mundo. —Hizo el gesto, y automáticamente respondieron ambos. Prosiguió—: Debemos alcanzar a los demás.

Mientras los tres apresuraban el paso, Yve dijo:

—El Centro de reciclado tiene que tener un componente computarizado. Sería de gran ayuda para mí y mi misión si pudiera tener acceso a él.

—Estoy segura que podremos arreglarlo —dijo Elaine—. Creo que nuestro Gobierno es muy abierto en este sentido.

(¿Su misión? ¿Era eso un increíble descuido? ¿O pura inocencia? La mujer tenía apenas metro y medio de altura, pero..., ¿acaso su estatura podía impedirle el...?).

Sando Sanssen estaba aguardándoles impacientemente.

—Bien, señorita Metro, ¿falta mucho todavía?

—Seguiremos inmediatamente, señor Sanssen. ¿Hay algo que desee usted ver particularmente?

—La estación de energía. Soy ingeniero eléctrico, mujer, y no estoy interesado en los campos de grano ni en las factorías de peces.

—No estoy segura que el eje esté abierto a los turistas... —dijo Elaine, conciliadora.

—No soy ningún turista —dijo Sanssen, con voz fuerte—. Soy un oficial de mi Gobierno.

—Sí, por supuesto. Ahora vamos a subir para visitar una zona hospitalaria. Gamma se siente orgullosa de sus instalaciones médicas, y nos gustaría mucho que ustedes las vieran. Mientras estamos allí, solicitaré el permiso correspondiente para entrar en el eje.

Sanssen asintió, pero no pareció muy ablandado.

Había una zona hospitalaria en cada radio, seis en total. Aquella estaba más alta en el radio que las otras puesto que se dedicaba a la investigación biológica a baja gravedad.

Los cinco turistas parecían sentirse cómodos en baja gravedad, que era aquí menos de un cuarto de la normal. Medjim Nabellan tropezó una vez, pero pareció algo meramente circunstancial. Sanssen pareció irritado al moverse hacia arriba más de lo esperado en un determinado momento, y regresó abajo con un talonazo, pero no cayó. De todos modos, incluso Elaine se distraía a veces y daba un paso demasiado fuerte.

—Creo que todos ustedes estarán interesados en las investigaciones a baja gravedad que estamos efectuando aquí. Esta es una línea de investigación que no puede llevarse a cabo allá abajo en la Tierra, y aunque todos los Mundos Orbitales son activos en este campo, ninguno ha ido tan lejos como Gamma. Ahora estamos entrando en los laboratorios, y encontraremos allí a algunos ayudantes de investigación que nos describirán los trabajos que se están realizando en estos momentos y responderán a sus preguntas... Ah, señor Sanssen.

—¿Sí?

—Simplemente quería indicarle que nos hallamos en este momento a tan sólo cuatrocientos metros del eje. —Ahora estaban los dos solos, pues los otros habían desaparecido en la zona hospitalaria—. Voy a intentar conseguirle un permiso de entrada en el Gobierno central, que se halla, por supuesto, al otro lado del mundo.

Hizo el gesto..., y su corazón latió alocadamente ante la respuesta del otro. Tenía que ser aquello.

Pero no había ninguna forma en que pudiera impedir que su reciente conocimiento se asomara a sus ojos, y Sanssen lo vio..., y probablemente comprendió el error que acababa de cometer. Fue como si de pronto dejara caer su papel.

—Un momento, muchacha —dijo, sin rastro de acento deltano en su voz.

Avanzó rápidamente hacia ella.

Lo eludió como un torero esquivando a un toro con una ligera finta lateral. De alguna forma, no conseguía desbloquear su garganta para gritar pidiendo ayuda. ¿Se atrevería a matarla? ¿Cómo explicaría su cuerpo? ¿O quizá no importaba nada con tal que él cumpliera su misión? ¿Iba a matarla y luego echar a correr hacia lo que tenía que hacer?

Se lanzó hacia ella, pero sus pies resbalaron en un suelo que se había vuelto más resbaladizo de lo habitual por la baja gravedad. Elaine se giró de puntillas y se deslizó junto a él en una maniobra de baja gravedad a la que estaba acostumbrada. Esta vez él falló por un gran margen.

El hombre se detuvo, se volvió, cortó el camino entre ella y la puerta, se quitó el sombrero de un manotazo y, tirando del cierre estático que mantenía cerrada su blusa, se la quitó también. Tenía músculos duros y fuertes, y su rostro era sombrío. Sería cuestión de minutos acabar con ella antes que viniera alguien, y parecía dispuesto a hacerlo.

Elaine podía gritar ahora, pero por el momento no se atrevió a malgastar su aliento en ello. Mantuvo los ojos clavados en él mientras oscilaba de un lado para otro, moviéndose cautelosamente. Él también se movía con igual cautela, sin olvidar ahora en

ningún momento la baja gravedad.

Avanzó a pequeños pasos, pero ella se deslizó hacia atrás y hacia un lado, observando, observando. De pronto, cambió de dirección y se lanzó hacia delante en un largo planeo, luego se giró atrás de él y empujó. El hombre vaciló hacia delante, pero consiguió mantener el equilibrio, y de nuevo estaba entre ella y la puerta.

Y entonces ella intentó alcanzar la puerta un minuto más tarde de lo que era seguro, y la mano de él saltó y aferró su brazo.

Por un momento permanecieron en una tensa inmovilidad, y luego los labios del hombre se distendieron en una despiadada sonrisa mientras la atraía hacia sí. Ella gritó roncamente y pateó, pero él bloqueó las patadas con su cadera. Elaine se retorció desesperadamente, pero él no soltó su presa.

... Y entonces un oscuro brazo pasó en torno a la garganta del terrestre, apretando su tráquea con una llave y haciéndolo envararse. Elaine se vio libre.

—Gracias —susurró.

La expresión de Medjim Nabellan era más oscura aún que su piel.

—¿Ha intentado este animal deltano...?

—No es deltano —informó Elaine, jadeando fuertemente ahora que ya todo había pasado. Miró a los rostros que se habían agrupado a su alrededor y añadió—: Por favor, llamen a la policía. Y por favor, no lo suelte, Nabellan.

—No tema por eso —dijo la otra mujer—, a menos que alguien quiera hacerse cargo de las cosas por un momento. ¿Debo partirle el cuello por usted?

Parecía completamente capaz de ello, y los ojos del terrestre se desorbitaron.

—No, por favor —pidió Elaine—. Creo que lo necesitamos vivo.

10

Estaba de vuelta en la oficina de Janos, dos días después de su anterior entrevista.

Él se mostró absolutamente jovial ahora, al decir:

—No hubiera podido ir mejor, Elaine. Era exactamente el hombre. Delta niega tener ningún conocimiento de él, y sea eso cierto o no, ahora van a verse obligados a adherirse a la unión. Hemos jugado bien la actuación de Medjim Nabellan, y Theta reforzará su adhesión a la unión. El Gobierno de la Tierra se halla en una situación embarazosa, y el tricentenario de la región estadounidense se halla ahora en una excelente posición. Aunque siempre hay cosas imprevisibles e impredecibles, creo realmente que vamos a conseguir la independencia y la unión antes que haya terminado el año mágico de dos mil setenta y seis. Pero ¿cómo lo consiguió, Elaine? ¿Cómo se descubrió él?

—Tenía que pensar en algo —contestó Elaine— que un terrestre olvidara en un Mundo Orbital, pese a que el mundo estaba diseñado de una forma tan parecida a la Tierra como era posible. En un momento determinado empecé a pensar en curvas. La Tierra es un mundo grande, y su gente vive en una superficie externa, que se curva muy

imperceptiblemente hacia abajo. En los Mundos Orbitales la gente vive en una superficie interna, que se curva hacia arriba.

»En la Tierra, el “otro lado del mundo” es hacia abajo, muy hacia abajo. Si hablamos de ello, imagino a los terrestres señalando hacia abajo o no haciendo ningún gesto en absoluto. Por supuesto, no señalan hacia arriba. En un Mundo Orbital, “el otro lado del mundo” es hacia arriba, y sus habitantes siempre señalamos hacia arriba y miramos hacia arriba cuando hablamos de él. Usted lo hace, yo lo hago, todos lo hacemos.

»Así que intenté eso. Mencioné el otro lado del mundo a cada uno de ellos, y señalé hacia abajo mientras lo hacía. No importó lo que yo hiciera. Cuatro de ellos miraron de todos modos hacia arriba, automáticamente. Fue tan sólo un breve desviar de ojos en cada caso, pero por ese gesto yo podía decir que eran habitantes de los Mundos Orbitales. Cuando probé eso con Sanssen, sus ojos siguieron la dirección de mi dedo. Miró hacia abajo, y así supe que era terrestre. Se recobró inmediatamente, pero ya era demasiado tarde. Yo podía decirlo de un vistazo, ya sabe.

Janos asintió con la cabeza.

—Yo no hubiera sido tan eficiente, Elaine. Eso le va a representar mucho; será debidamente recompensada.

—Gracias —dijo Elaine—. Pero la independencia y la unión son la mejor recompensa para todos nosotros, ¿no cree?

He recopilado dos antologías junto con Alice Laurance (una trabajadora, inteligente y agradable mujer, con la cual es un placer trabajar). La primera fue una antología de misterio, la segunda una antología de ciencia ficción, y en ambos casos, las historias incluidas fueron escritas originalmente para los volúmenes en cuestión. Lo que es más, en cada caso, la identidad del autor estaba oculta y al lector se le pedía que intentara identificarla, si se veía capaz.

Yo escribí una de las historias de la antología de ciencia ficción, y esa historia era Los vientos del cambio. Me pregunto, sin embargo, si conseguí mantener oculta mi identidad. Una lista de los participantes estaba situada al inicio del libro, e imagino que todo el mundo que buscara una historia «asimoviana» no tardaría en tomar precisamente esta de entre todo el lote.

Pero eso no importa. Honestamente creo que esta historia (que los azares del alfabeto han situado afortunadamente al final de la lista) es la mejor del libro. Es por eso por lo que la he utilizado para el título de la recopilación, aparte del hecho que el título en sí me gusta. En realidad, considero esta última historia tan fuerte en sí misma que voy a eliminar esa «palabra final» que siempre pongo en mis antologías. No quiero añadir una coletilla anticlímax a la última página de este libro tal como queda ahora. (¡Y no la miren ahora! ¡Lean antes la historia!).

LOS VIENTOS DEL CAMBIO

Jonas Dinsmore penetró en la Sala del Presidente del Club de la Facultad a su manera característica, como si fuera consciente de hallarse en un lugar al que pertenecía pero en el cual no era aceptado. La pertenencia se adivinaba en la seguridad de su paso y en el ruido casual de sus pies mientras caminaba. La no aceptación residía en las rápidas miradas de soslayo que lanzaba al entrar, una rápida revisión de cuántos enemigos había presentes.

Era profesor ayudante de física, y no era muy apreciado.

Había otras dos personas en la habitación, y Dinsmore podía considerarlas a las dos como enemigos, sin ser tomado por paranoide por ello.

Una era Horatio Adams, el viejo jefe del departamento que, sin haber hecho nunca ni una sola cosa que fuera notable, había acumulado sin embargo un enorme respeto por las numerosas cosas no remarcables pero perfectamente correctas que había hecho. El otro era Carl Muller, cuyo trabajo en la Teoría del Gran Campo Unificado lo había situado en la línea del Premio Nobel (que daba como probable), y de la presidencia de la universidad (que daba como segura).

Era difícil decir qué perspectiva consideraba más desagradable Dinsmore. Es completamente justo decir que detestaba a Muller.

Dinsmore se sentó en una esquina del sofá, que era viejo, resbaladizo y frío. Los dos confortables sillones de brazos estaban ocupados por los demás. Dinsmore sonrió.

Sonreía frecuentemente, aunque su rostro nunca parecía ni amistoso ni complacido como resultado de ello. Pese a que no había nada en su sonrisa que no fuera la normal curvatura de las comisuras de la boca, invariablemente ofrecía un efecto de frialdad a aquellos a quienes iba dirigido el gesto. Su redondo rostro, su escaso pero cuidadosamente peinado pelo, sus gruesos labios, todo aquello hubiera debido aportar jovialidad a su sonrisa..., pero no lo hacía.

Adams se agitó en lo que pareció ser un momentáneo espasmo de irritación que cruzó su largo rostro típico de Nueva Inglaterra. Muller, con su pelo casi negro y sus ojos de un incongruente color azul, pareció impasible.

—Caballeros, sé que soy un intruso aquí —dijo Dinsmore—. Pero no tengo otra elección. La junta directiva me ha pedido que estuviera presente. Puede que a ustedes les parezca quizá una acción cruel. Estoy seguro que usted, Muller, está esperando en cualquier momento una comunicación de la junta en la que diga que ha sido nombrado presidente. Parecería apropiado también que el renombrado profesor Adams, su mentor

y superior, lo supiera. ¿Pero por qué, Muller, deberían reservar un similar privilegio para mí, su humilde y persistente rival?

»De hecho, sospecho que su primera acción como presidente, Muller, sería informarme que desde todos los puntos de vista sería mejor que empezara a buscarme alguna posición en cualquier otro sitio, puesto que mi contrato no iba a ser renovado pasado este año académico. Sería conveniente decírmelo en seguida a fin que yo pudiera empezar a moverme de inmediato. Quizá no fuera muy considerado hacerlo, pero sí muy eficiente.

»Parecen trastornados, ustedes dos. Quizá yo sea injusto. Tal vez mi inmediata dimisión no esté en sus mentes; quizá estén dispuestos a esperar hasta mañana. Pero tal vez sean los miembros de la junta los que quieran ser más rápidos que nadie y pretendan decírmelo ellos mismos. No importa. De cualquier modo, parece que ustedes están dentro y yo estoy fuera. Y quizá eso parezca justo. La respetada cabeza de un gran departamento acercándose al atardecer de su carrera, así como su brillante protegido, cuyo dominio de los conceptos y gran maestría en las matemáticas no tiene paralelo, están preparados para recibir los laureles; mientras que yo, sin respeto ni honor...

»Puesto que así están las cosas, será amable por su parte que me dejen hablar sin interrumpirme. Tengo la sensación que el mensaje que aguardamos puede no llegar en los próximos minutos, quizá ni siquiera en la próxima hora. Un presentimiento. Los propios miembros de la junta puede que no sean adversos a crear un poco de suspenso. Este es su momento brillante, su fugaz instante de gloria. Y puesto que hay que pasar mientras tanto el tiempo, estoy dispuesto a seguir hablando.

»A algunas personas, antes de la ejecución, se les concede una última comida, a algunas un último cigarrillo; yo, unas últimas palabras. No necesitan escucharlas, supongo, ni siquiera aparentar que están interesados por ellas.

»... Gracias. Acepto su mirada de resignación, profesor Adams, como una aceptación. También acepto del mismo modo la ligera sonrisa, digamos que despectiva, del profesor Muller.

»No van a reprocharme, estoy seguro, el desear que la situación fuera distinta. ¿En qué sentido? Una buena pregunta. No deseo cambiar ni mi carácter ni mi personalidad. Puede que no sean demasiado satisfactorios, pero son míos. Como tampoco cambiaría la eficiencia política de Adams o la brillantez de Muller, porque, ¿qué hubiera traído consigo ese cambio, excepto que ellos dejaran de ser Adams y Muller? Desearía que ellos siguieran siendo ellos y, sin embargo..., que los resultados fueran distintos. Si uno pudiera ir hacia atrás en el tiempo, ¿qué pequeño cambio hubiera podido producir un amplio y deseable cambio ahora?

»Eso es lo que se necesitaría. ¡El viaje por el tiempo!

»Ah, qué chirriante reacción la suya, Muller. Era el claro inicio de una risotada. ¡El viaje por el tiempo! ¡Ridículo! ¡Imposible!

»No sólo imposible en el sentido que la técnica actual no está preparada para dicha finalidad, sino en el sentido más amplio que jamás estará preparada. El viaje por el

tiempo, en el sentido de ir hacia atrás para cambiar la realidad, es no sólo imposible tecnológicamente hoy por hoy, sino que también es teóricamente imposible.

»Es extraño que usted siga pensando eso, Muller, puesto que sus teorías, cuyo análisis lleva a las cuatro fuerzas, incluida la gravitación, mensurablemente cerca de su inclusión bajo el paraguas de un solo conjunto de relaciones, hacen que el viaje a través del tiempo ya no sea teóricamente imposible.

»No, no se levante para protestar. Quédese sentado, Muller, y relájese. Para usted es imposible, estoy seguro. Para la mayoría de la gente también. Quizá para casi todo el mundo. Pero puede que haya excepciones, y resulta que yo soy una de ellas. ¿Por qué yo? ¿Quién sabe? No pretendo ser más brillante que cualquiera de ustedes dos, pero ¿qué tiene que ver con esto?

»Déjenme ponerles una analogía. Consideren... Hace decenas de miles de años los seres humanos, poco a poco, ya fuera por su comportamiento masivo o gracias a unos pocos individuos brillantes, aprendieron a comunicarse. Fue inventada el habla, y se dedicaron delicadas modulaciones de sonido a representar significados abstractos.

»Durante miles de años, cualquier ser humano normal ha sido capaz de comunicarse, pero ¿cuántos han sido capaces de contar una historia superlativamente bien? Shakespeare, Tolstoi, Dickens, Hugo..., un puñado, comparados con todos los seres humanos que han vivido, que han sido capaces de utilizar esos sonidos modulados para despertar las emociones humanas y alcanzar la sublimidad. Y sin embargo, han utilizado los mismos sonidos que usamos todos los demás.

»Estoy dispuesto a admitir que el C. I. de Muller, por ejemplo, es superior al de Shakespeare o Tolstoi. El conocimiento que posee Muller del idioma debe ser tan bueno como el de cualquier escritor vivo; su comprensión del significado de las cosas es tan grande como el de ellos. Y sin embargo, Muller es incapaz de situar varias palabras juntas y conseguir el efecto que consiguió Shakespeare. Ni el propio Muller es capaz de negar esto ni por un momento, estoy seguro. ¿A qué se debe, entonces, que Shakespeare y Tolstoi pudieran hacer lo que ni Muller ni Adams ni yo mismo somos capaces? ¿Qué sabiduría poseían que nosotros no podemos alcanzar? Ustedes no lo saben, y yo tampoco. Lo que es peor, ellos tampoco lo sabían. Shakespeare no hubiera podido enseñarles de ninguna de las maneras, ni a ustedes ni a nadie, cómo escribir tal como él lo hacía. Porque él no sabía como lo hacía..., simplemente lo hacía.

»Ahora tomemos en consideración la conciencia del tiempo. Por todo lo que podemos suponer, tan sólo los seres humanos, de todas las formas de vida, pueden captar el significado del tiempo. Todas las demás especies viven únicamente en el presente; puede que tengan vagos recuerdos; puede que posean imprecisas y limitadas premeditaciones..., pero seguramente tan sólo los seres humanos comprenden por completo el pasado, presente y futuro, y pueden especular acerca de su significado e importancia, pueden preguntarse sobre el fluir del tiempo, o cómo nos arrastra consigo, y cómo puede ser alterado ese fluir.

»¿Cuándo ocurre esto? ¿Cómo se llegó a ello? ¿Quién fue el primer ser humano, u

homínido que de pronto captó la forma en que el río del tiempo lo arrastraba del impreciso pasado al impreciso futuro, y se preguntó si podía ser contenido o desviado?

»El fluir no es invariable. El tiempo corre a veces muy rápidamente para nosotros; las horas se desvanecen en lo que parecen minutos..., mientras que en otras ocasiones se arrastran desmedidamente. En los estados de sueño, en los trances, en las experiencias con drogas, el tiempo altera sus propiedades.

»Parece que quiere hacer usted algún comentario, Adams. No se moleste. Va a decir usted que esas alteraciones son puramente psicológicas. Lo sé, pero ¿acaso existe algo más aparte de lo psicológico?

»¿Es físico el tiempo? Y si lo es, ¿qué es el tiempo físico? Seguramente es cualquier cosa queelijamos que sea. Nosotros diseñamos los instrumentos. Nosotros interpretamos las medidas. Nosotros creamos las teorías y luego las interpretamos. Y de un absoluto, hemos convertido el tiempo y lo hemos hecho la criatura de la velocidad de la luz, y hemos decidido que la simultaneidad es indefinible.

»Por su teoría, Muller, sabemos que el tiempo es enteramente subjetivo. En teoría, alguien comprendiendo la naturaleza del fluir del tiempo puede, si se le proporciona el talento suficiente, moverse independientemente con o contra su fluir; o permanecer inmóvil en él. Esto es análogo a la forma en que alguien, si se le proporcionan los símbolos de comunicación, puede escribir *El Rey Lear* si dispone del talento suficiente. Si dispone del talento suficiente.

»¿Y si yo dispusiera de ese talento suficiente? ¿Y si yo pudiera ser el Shakespeare del fluir del tiempo? Vamos, divirtámonos un poco. En cualquier momento llegará el mensaje de la junta directiva, y tendré que callarme. Hasta entonces, sin embargo, puedo permitirme seguir con mi charla. Sirve como distracción. Miren, dudo que se hayan dado cuenta que ya han pasado quince minutos desde que he empezado a hablar.

»Piensen, entonces... Si yo pudiera hacer uso de la teoría de Muller y descubrir dentro de mí mismo la sorprendente habilidad de tomar ventaja de ella, del mismo modo que Homero lo hizo con las palabras, ¿qué haría con mi don? Podría retroceder en el tiempo, quizá, como un espectro, observando desde el exterior todo el esquema del tiempo y los acontecimientos, a fin de alcanzarlos en un lugar y momento determinados y efectuar un cambio.

»Oh, sí, estaría fuera de la corriente del tiempo mientras viajaba. Su teoría, Muller, propiamente interpretada, no insiste en que, al moverse hacia atrás en el tiempo, o hacia adelante, uno deba hacerlo a través de la densidad del flujo, tropezando con los acontecimientos y golpeándolos a su paso. Lo cual, por supuesto, sería teóricamente imposible. Permanecer fuera corresponde al área de las posibilidades; y entrar y salir a voluntad corresponde al área del talento personal.

»Supongamos, entonces, que yo conseguí eso; que retrocedí por fuera del tiempo, me introduje de nuevo en él, e hice un cambio. Ese único cambio dio nacimiento a otros..., los cuales a su vez dieron nacimiento a otros... El tiempo iniciaría un nuevo sendero que cobraría vida por sí mismo, curvándose y espumando hasta que, en muy poco tiempo...

»No, esa expresión es inadecuada. “El tiempo, en muy poco tiempo...”. Es como si estuviéramos imaginando alguna referencia abstracta y absoluta parecida al tiempo contra el cual puede ser medido nuestro tiempo; como si nuestro propio entorno de tiempo estuviera fluyendo contra otro entorno más profundo. Confieso que es algo que está más allá de mí, pero intenten comprenderlo.

»Cualquier cambio en los acontecimientos del tiempo, tras un... cierto lapso..., alteraría todo hasta hacerlo irreconocible.

»Pero yo no deseaba eso. Ya se lo dije al principio, no quiero dejar de ser yo. Incluso aunque en mi lugar pudiera crear a alguien que fuera más inteligente, más sensible, que tuviera más éxito, seguiría sin ser yo.

»Tampoco deseo que cambie usted, Muller, o usted, Adams. También dije eso ya. No deseo triunfar sobre un Muller que sea menos ingenioso y espectacularmente brillante, o sobre un Adams que sea menos político y hábil en montarse una imponente estructura de respeto. Deseo triunfar sobre ustedes tal como son, y no sobre unos seres más débiles.

»Bien, sí, es el triunfo lo que deseo.

»... Oh, vamos. Se agitan ustedes como si hubiera dicho algo indigno. ¿Una sensación de triunfo es algo tan extraño para ustedes? ¿Están tan muertos a la humanidad que no buscan el honor, la victoria, la fama, las recompensas? ¿Tengo que suponer que el respetado profesor Adams no desea poseer su larga lista de publicaciones, su venerable hilera de títulos honoríficos, sus numerosas medallas y placas, su puesto como cabeza de uno de los más prestigiosos departamentos de física del mundo?

»¿Y estaría usted satisfecho de tener todo eso, Adams, si nadie llegara a saberlo nunca; si su existencia fuera borrada de todos los registros y libros de historia; si tuviera que convertirse en un secreto entre usted y el Altísimo? Una pregunta estúpida. Por supuesto, no voy a pedir una respuesta, cuando todos nosotros sabemos cuál va a ser.

»Y no necesito enumerar las mismas argumentaciones con respecto al potencial Premio Nobel de Muller y lo que parece como una segura presidencia universitaria..., y de esta universidad.

»¿Qué es lo que ustedes dos desean de todo esto, considerando que desean no sólo las cosas en sí sino también el conocimiento público de su propiedad de tales cosas? ¿Seguro que desean ustedes el triunfo! Desean el triunfo sobre sus competidores como una cosa abstracta, el triunfo sobre sus semejantes. Desean ustedes hacer algo que otros no pueden hacer, y conseguir que esos otros sepan que ustedes han hecho algo que ellos no pueden hacer, de modo que cuando les miren lo hagan con una ineludible conciencia de ese hecho y con una envidia y reforzada admiración.

»¿Debo ser yo más noble que ustedes? ¿Por qué? Déjenme tener el privilegio de desear lo que ustedes desean, de anhelar el triunfo que han anhelado ustedes. ¿Por qué no debería yo desear el respeto, el gran premio, la alta posición que les aguarda a ustedes dos? ¿Y hacer todo eso en su lugar? ¿Arrancárselo en el momento en que van a alcanzarlo? Le hago menos ascos que ustedes a la gloria.

»Ah, pero ustedes se la merecen, y yo no. Ese es precisamente el asunto. ¿Qué ocurriría si yo arreglara el flujo y el contenido del tiempo de modo que yo la mereciera y ustedes no?

»¡Imagínenlo! Yo seguiría siendo yo; ustedes dos seguirían siendo ustedes dos. No serían menos valiosos, y yo no sería más valioso, puesto que esa es la condición que yo mismo me habría establecido, que ninguno de nosotros cambiara, y sin embargo yo la merecería y ustedes no. En otras palabras, deseo ganarles tal como son ustedes ahora, y no como sustitutos inferiores.

»En un cierto sentido, eso es un tributo hacia ustedes, ¿no? Veo por su expresión que piensan que sí lo es. Los imagino a ambos sintiendo una especie de despectivo orgullo. Después de todo, es algo convertirse en el estándar por el cual se mide la victoria. Disfrutan ustedes oyendo recitar los méritos que poseen y que yo anhelo..., especialmente sabiendo que ese anhelo va a quedar insatisfecho.

»No les culpo por sentir de ese modo. En su lugar, yo sentiría lo mismo.

»Pero ¿va a quedar mi anhelo insatisfecho? Piénsenlo...

»Supongan que he ido hacia atrás en el tiempo, digamos veinticinco años. Una cifra encantadora; exactamente un cuarto de siglo. Usted, Adams, tenía cuarenta años. Había acabado de llegar aquí, como profesor titular, tras su cese en el Case Institute. Había hecho allí un buen trabajo en diamagnética, aunque su esfuerzo en conseguir algo con el hipocromito de bismuto, del que no informé a nadie, fue un fracaso que hubiera hecho reír a todo el mundo.

»Cielos, Adams, no se muestre tan sorprendido. No creerá que no conozco su vida profesional hasta el más mínimo detalle...

»Y en cuanto a usted, Muller, tenía por aquel entonces veintiséis años, y estaba enfrascado en el proceso de elaborar su tesis doctoral sobre la relatividad general, que fue algo fascinante por aquel entonces, pero que es mucho menos satisfactoria en retrospectiva de lo que fue en aquel tiempo. Si hubiera sabido interpretarla correctamente, hubiera anticipado la mayor parte de las conclusiones posteriores de Hawking, como bien sabe ahora. Pero no la interpreté correctamente entonces, y ha conseguido usted ocultar ese hecho con éxito hasta hoy.

»Me temo, Muller, que no es usted muy bueno en la interpretación. No interpreté su propia tesis doctoral para sacarle el mejor provecho, y no ha interpretado correctamente su gran Teoría del Campo. Quizá, Muller, no sea una desgracia tampoco. La falta de interpretación es un acontecimiento común. Puede que no poseamos el *knack* interpretativo, y el talento de extraer consecuencias viables puede que no se produzca en la misma mente que posee el talento de la brillantez de conceptos. Yo poseo lo primero sin lo segundo, así que, ¿por qué no debería poseer usted lo segundo sin lo primero?

»Si tan sólo pudiera usted crear sus maravillosos pensamientos, Muller, y dejar que yo me encargara de las igualmente maravillosas conclusiones. Qué equipo podríamos formar usted y yo, Muller..., pero usted no querría saber nada de mí. No me quejo por ello, porque yo tampoco querría saber nada de usted.

»En cualquier caso, todo eso carece de importancia. No puedo hacerle ningún daño de ninguna manera, Adams, con el asunto de su estúpido fracaso con las sales de bismuto. Después de todo, consiguió usted, aunque con una cierta dificultad, ocultar su error antes de embalsamarlo en las páginas de alguna revista científica..., de modo que se libró de cualquier tipo de enjuiciamiento. Y no puedo nublar el sol que brilla sobre usted, Muller, señalando su fracaso en deducir lo que hubiera podido ser deducido de sus conceptos. Podría considerarse incluso como una medida de su genio; había tantas cosas apiñándose en su pensamiento que ni siquiera usted era lo suficientemente genial como para extraer de todo aquello un gramo más de consecuencias.

»Pero si pudiera hacerlo, ¿qué ocurriría? ¿Cómo podrían cambiar las cosas del modo que yo quiero? Afortunadamente, pude estudiar la situación durante un lapso de... lo que sea..., que mi conciencia podía interpretar como años, sin que el tiempo transcurriera físicamente para mí, de modo que no envejecía en absoluto. Mis procesos mentales seguían adelante, pero mi metabolismo físico no.

»Sonríen ustedes de nuevo. No, no sé cómo se produce el fenómeno. Seguramente nuestros procesos mentales son parte de nuestros cambios metabólicos. Sólo puedo suponer que, fuera del flujo del tiempo, los procesos mentales no son procesos mentales en su sentido físico, sino algo distinto que es su equivalente.

»Y si estudio un momento determinado en el tiempo, y busco un cambio que pueda dar como resultado lo que yo deseo que dé, ¿cómo puedo hacerlo? ¿Podía efectuar el cambio, avanzar por el tiempo, estudiar las consecuencias y, si no me gustaban, volver de nuevo hacia atrás, volver a cambiar el cambio, e intentar otro? Si lo hacía cincuenta veces, mil veces, ¿podría terminar hallando el cambio correcto? El número de cambios, cada uno de ellos con innumerables consecuencias, cada uno de ellos con posteriores innumerables consecuencias, es algo que está más allá de todo cálculo o comprensión. ¿Cómo podía descubrir el cambio que estaba buscando?

»Pero podía. Podía aprender cómo, y no puedo decirles cómo lo aprendí, o lo que hice después de haberlo aprendido. ¿Es algo tan difícil? Piensen en las cosas que normalmente aprendemos.

»Estamos de pie, andamos, corremos, saltamos..., y lo hacemos todo sin pensar siquiera que nos hallamos constantemente en equilibrio sobre un extremo de nuestro cuerpo. Estamos en un completo estado de inestabilidad. Permanecemos en pie solamente gracias a que los gruesos músculos de nuestras piernas y torso están constantemente contrayéndose y distendiéndose lo suficiente como para mantener el equilibrio de nuestro cuerpo, como un equilibrista circense manteniendo en equilibrio una pértiga sobre la punta de su nariz.

»Físicamente, es difícil. Es por eso por lo que permanecer mucho tiempo en pie inmóviles nos resulta siempre desagradable, y agradecemos el poder sentarnos al cabo de un rato. Es por eso por lo que permanecer en posición de firmes durante un período de tiempo excesivamente largo puede conducirnos al colapso. Sin embargo, excepto cuando lo llevamos a sus extremos, lo resistimos bastante bien, ni siquiera somos conscientes de

estarlo haciendo. Podemos estar de pie y andar y correr y saltar y pararnos durante todo el día y no caer nunca, o ni siquiera perder seriamente el equilibrio. Bien, descríbanme cómo lo hacen de un modo que alguien que jamás lo ha probado pueda hacerlo también. No pueden.

»Otro ejemplo. Podemos hablar. Podemos tensar y contraer los músculos de nuestra lengua y labios y mejillas y paladar en una rápida y arrítmica sucesión de cambios que producen exactamente la modulación de sonidos que deseamos. Resulta bastante difícil de aprender cuando somos niños, pero una vez lo hemos aprendido, podemos producir docenas de palabras por minuto sin ningún esfuerzo consciente. Bien, ¿cómo lo hacemos? ¿Qué cambios producimos para decir “Como lo hacemos”? Descríbanle esos cambios a alguien que jamás ha hablado, de modo que pueda emitir esos mismos sonidos. No se puede.

»Pero podemos producir los sonidos. Y sin el menor esfuerzo.

»Disponiendo del tiempo suficiente..., ni siquiera sé cómo describir lo que quiero dar a entender. No es tiempo; llamémosle “duración”. Disponiendo de la suficiente duración sin paso del tiempo, aprendí cómo ajustar la realidad del modo que deseaba. Era como un niño balbuceando, pero aprendiendo gradualmente a captar y elegir entre sus propios balbuceos los sonidos adecuados para construir palabras. Aprendí a elegir.

»Era arriesgado, por supuesto. En el proceso de aprendizaje pude cometer algo irreversible; o al menos algo que, para invertir su efecto, hubiera requerido cambios sutiles que estaban más allá de mí. No me ocurrió. Quizá tuve mejor suerte que nadie.

»Y empecé a gozar con ello. Era como pintar un cuadro, modelar una escultura, era mucho más que eso; era tallar una nueva realidad... Una nueva realidad sin ningún cambio con respecto a la nuestra en sus puntos clave. Seguí siendo exactamente quien soy; Adams siguió siendo el eterno Adams; Muller, el quintaesencial Muller. La universidad siguió siendo la universidad; la ciencia, la ciencia.

»Bien, entonces, ¿no cambió nada? Pero estoy perdiendo su atención. Ya no creen en mí y, si soy buen juez, sienten un desprecio burlón hacia lo que estoy diciendo. Me parece que me he dejado arrastrar por mi entusiasmo y he empezado a actuar como si el viaje por el tiempo fuera algo real y yo hubiera hecho realmente lo que hubiera deseado hacer. Perdónenme. Considérenlo todo una imaginación..., una fantasía... Estoy refiriéndome a lo que yo hubiera hecho si el viaje por el tiempo fuera algo real y si yo hubiera tenido realmente el talento como para efectuarlo.

»En ese caso..., en mi imaginación..., ¿no cambió nada? Tenía que haberse producido algún cambio; uno que hubiera dejado a Adams siendo exactamente Adams pero le hubiera incapacitado para ser el jefe del departamento; a Muller seguir siendo Muller, y sin embargo retirarle toda posibilidad de convertirse en el presidente de la universidad y sin muchas posibilidades de ser elegido para el Premio Nobel.

»Y yo tenía que seguir siendo yo mismo, detestado y complotando contra todo, e incapaz de crear..., y sin embargo poseyendo las cualidades que podían hacerme a mí presidente de la universidad.

»No podía ser nada científico; tenía que ser algo completamente apartado de la ciencia; algo desagradable y sórdido que descalificara a dos excelsos caballeros...

»Oh, vamos. No merezco esas miradas de desdén y presumida autosatisfacción. ¿Están completamente seguros que en sus vidas no han hecho nada desagradable y sórdido? ¿Cómo pueden estar seguros? ¿Ninguno de los dos, si las circunstancias se han presentado, ha caído en lo que podríamos llamar... pecado? ¿Quién de nosotros ha podido resistirse a él, si la tentación ha sido la adecuada? ¿Quién de nosotros está sin pecado?

»Piensen, piensen... ¿Están seguros que sus almas son puras? ¿No han hecho nada equivocado, nunca? ¿Nunca han caído en el pozo? Y si han conseguido no caer, ¿no ha sido gracias a unas circunstancias afortunadas, debidas más a la casualidad que a su propia virtud interior? Y si alguno de ustedes ha estudiado detenidamente todas sus acciones y notado los golpes de fortuna que lo han mantenido a salvo y lo han librado del peligro en alguna ocasión, ¿cree que nunca ha obrado mal?

»Por supuesto, si hubieran vivido unas vidas completamente pecaminosas y sórdidas, hasta el punto que la gente les volviera la espalda con desdén y desagrado, nunca hubieran podido alcanzar sus actuales puestos honorables. Hubieran caído en desgracia hace mucho tiempo, y yo no hubiera podido subirme sobre sus cuerpos en desgracia, porque ustedes no estarían ahora aquí para servirme de peldaños.

»¿Se dan cuenta de lo complejo que es todo esto?

»Pero cuanto más complejo, más excitante. Si yo fuera hacia atrás en el tiempo y descubriera que la solución no era compleja, que con un solo golpe podía conseguir mi meta, podría extraer un cierto placer de todo ello y de sus resultados, pero me faltaría la excitación intelectual.

»Si estuviéramos jugando al ajedrez y supiera que apenas empezar iba a hacerles mate en tres jugadas, sería una victoria peor que una derrota. Estaría jugando contra un oponente muy por debajo de mi altura, me sentiría avergonzado haciéndolo.

»No. La victoria que vale la pena es aquella que debe arrancarse lenta y dolorosamente de la reluctante presa del adversario; una victoria que parece inalcanzable; una victoria que es tan agotadora, tan torturante, tan desesperada como la peor de las derrotas, pero en la que, a diferencia de esta última, mientras estás resollando y jadeando en un total agotamiento tienes en tu mano el gallardete por el que estás luchando, el trofeo.

»La duración que pasé luchando con el más indomeñable de todos los materiales, la realidad, estuvo llena con todas las dificultades que yo mismo había establecido. Insistí tercamente no sólo en conseguir mi meta, sino también en conseguirla a mi manera; rechazando todo lo que no fuera exactamente tal y como yo deseaba que fuera. Un fracaso relativo era considerado por mí como un fracaso total; un casi logro era eliminado como si no fuera un logro en absoluto. En mi blanco, tenía que acertar en el centro mismo de la diana y en ningún otro sitio.

»E incluso una vez hubiera vencido, tenía que ser una victoria tan sutil que ustedes

no supieran que yo había vencido hasta que yo les hubiera explicado el asunto hasta su más mínimo detalle. Hasta el último momento no tenían que saber ustedes que su vida había dado un vuelco completo. Es por eso que...

»Pero esperen, me he dejado algo. He estado tan absorto en la intensidad de mi exposición relativa a nosotros y la universidad y la ciencia, que no he explicado que otras cosas, por supuesto, iban a cambiar profundamente. Habría multitud de cambios en las fuerzas sociales, políticas y económicas, así como en las relaciones internacionales. Pero ¿a quién le importan esas cosas, después de todo? Evidentemente, no a nosotros tres.

»Esa es la maravilla de la ciencia y de los científicos, ¿no? ¿No es gracias a nosotros que se efectúan las elecciones en nuestros queridos Estados Unidos, o se vota en las Naciones Unidas, o sube o baja la bolsa, o la interminable danza de las naciones sigue uno u otro ritmo? Mientras la ciencia siga aquí y las leyes de la naturaleza estén firmemente sujetas y el juego que jugamos nosotros continúe, el fondo contra el cual jugamos es tan sólo una sucesión de luces y sombras sin significado.

»Quizá usted no crea abiertamente en esto, Muller. Sé muy bien que usted, en su tiempo, se sintió parte de la sociedad y efectuó declaraciones públicas acerca de esto y de aquello. En un grado menor, también lo hizo usted, Adams. Los dos pronunciaron exaltados discursos relativos a la Humanidad y a la Tierra y a otras varias abstracciones. Hasta qué punto lo hicieron, sin embargo, es algo que tendrán que sondear ustedes en sus propias conciencias, porque en el fondo, muy en el fondo, realmente no les importa nada de eso, mientras puedan seguir cómodamente sentados sobre sus pensamientos científicos.

»Esa es una de las grandes diferencias entre nosotros. A mí no me importa lo que le ocurra a la Humanidad mientras yo pueda seguir ocupándome de mi física. Soy completamente abierto al respecto; todo el mundo me conoce como un cínico y un insensible. A ustedes tampoco les importa, pero secretamente. Al cinismo y a la insensibilidad que me caracterizan, ustedes añaden la hipocresía, que encubre sus pecados a los irreflexivos, pero los hace peores cuando son descubiertos.

»Oh, no agiten sus cabezas. En mi búsqueda a lo largo de sus vidas he descubierto tanto sobre ustedes como lo que ustedes mismos saben; más, puesto que he visto claramente sus pecados menores, que ustedes mantienen ocultos incluso para ustedes mismos. Lo más divertido acerca de la hipocresía es que una vez ha arraigado con la suficiente fuerza, alinea al propio hipócrita entre sus víctimas. De hecho, es su principal víctima, puesto que resulta muy habitual que cuando el hipócrita es expuesto a todo el mundo, sigue pareciendo, honestamente, un santo para sí mismo.

»Pero les estoy diciendo todo esto no para difamarles. Se los digo a fin de explicarles que, si consideré necesario cambiar el mundo para mantenerlos a ustedes sin cambios, y situarme yo por encima de ambos, a ustedes no les importa realmente..., no en lo que al mundo respecta.

»A ustedes no les importa que los republicanos estén en el poder y los demócratas hayan perdido, o viceversa; que el feminismo esté en pleno florecimiento y los deportes

profesionales hayan quedado ensombrecidos; que haya variado la moda en lo que se refiere a ropas, muebles, música o comedia. ¿Les importa eso algo a cualquiera de ustedes?

»En absoluto.

»De hecho, les importa menos que nada, porque si el mundo hubiera cambiado, habría ahora una nueva realidad; la realidad que afecta a la gente del mundo; la única realidad, la realidad de los libros de historia, la realidad que ha sido real a lo largo de los últimos veinticinco años.

»Si ustedes me creyeran, si pensarán que les estoy planteando algo más que una fantasía, seguirían siendo impotentes. Podrían acudir a alguien con la suficiente autoridad y decirle: “Esta no es la forma en que se supone que deben ser las cosas. Han sido alteradas por un villano”. ¿Qué probaría eso, excepto que están ustedes locos? ¿Quién creería que esa realidad no es la realidad, cuando es el hilo con el que ha sido tejido un tapiz increíblemente intrincado a lo largo de veinticinco años, y cuando todo el mundo recuerda la forma en que ha sido tejido y vive esa misma trama?

»Pero ustedes no me creen. Se atreven a no creer que no estoy simplemente especulando acerca de haber ido hacia atrás al pasado, acerca de haberlos estudiado a los dos, acerca de haber trabajado para crear una nueva realidad en la cual ninguno de nosotros tres ha cambiado pero sí el mundo a nuestro alrededor. Yo he hecho esto; yo lo he hecho todo. Y únicamente yo recuerdo ambas realidades, porque yo estaba fuera del tiempo cuando fue efectuado el cambio, y yo lo hice.

»Y sin embargo siguen sin creerme. Se atreven a no creerme, porque pensarían que están locos si lo creyeran. ¿Puedo haber alterado yo ese mundo familiar de mil novecientos ochenta y dos? Imposible.

»Si lo hubiera hecho, ¿qué mundo podía haber sido este antes que yo lo manipulara? Se lo diré..., ¡era caótico! ¡Estaba lleno de permisividad! ¡Las personas dictaban normas para sí mismas! En una cierta manera, estoy contento de haberlo cambiado. Ahora tenemos un gobierno, y el país es gobernado. Nuestros gobernantes tienen firmes propósitos, y se encargan de hacerlos cumplir. ¡Excelente!

»Pero, caballeros, en ese mundo que existía antes, esa antigua realidad que ya nadie puede conocer o concebir, ustedes dos, caballeros, dictaban normas para sí mismos, y luchaban en favor de la permisividad y la anarquía. No había crimen en la antigua realidad. Para muchos resultaba admirable.

»En la nueva realidad, les he dejado a ambos tal como eran antes. Han seguido siendo luchadores en pro de la permisividad y la anarquía, y eso es un crimen en la actual realidad; la única realidad que conocen ustedes. Me he asegurado que hayan podido mantenerlo oculto. Nadie ha sabido nunca de sus crímenes, y gracias a ello han sido capaces de ascender hasta sus puestos actuales. Pero yo sabía dónde estaban las pruebas y cómo podían ser descubiertas y, en el momento adecuado..., las he descubierto.

»Ahora creo que puedo captar por primera vez expresiones en sus rostros que no corresponden a la hastiada tolerancia, al desprecio, a la ironía o al aburrimiento. ¿Capto

un aleteo de miedo? ¿Recuerdan ahora de lo que estoy hablando?

»¡Piensen! ¡Piensen! ¿Quiénes eran miembros de la Liga en pro de las Libertades Constitucionales? ¿Quién ayudó a poner en circulación el *Manifiesto del Libre Pensamiento*? Fue muy valiente y honorable por su parte hacer eso, piensa alguna gente. Fueron muy aplaudidos por la ilegalidad. Vamos, vamos, saben muy bien a lo que me refiero cuando digo ilegalidad. Ahora ya no son miembros activos. Su posición es demasiado expuesta, y tienen mucho que perder. Tienen posición y poder, y hay más aún en camino. ¿Por qué arriesgarse por algo que la gente no desea?

»Llevan ustedes colgadas sus insignias, y están considerados entre los devotos. Pero mi insignia es mucho mayor y soy mucho más devoto, porque yo no he cometido sus crímenes. Lo que es más, caballeros, se me ha concedido el crédito de haber informado contra ustedes.

»¿Un acto vergonzoso? ¿Un acto escandaloso? ¿El haber informado? En absoluto. Debería ser recompensado. Me he sentido horrorizado ante la hipocresía de mis colegas, disgustado y lleno de náuseas ante su subversivo pasado, preocupado por lo que podían estar complotando ahora contra la mejor y más noble y más devota sociedad jamás establecida sobre la Tierra. Como resultado de todo ello, he presentado todo esto a la atención de los hombres decentes que ayudan a llevar adelante la política de esta sociedad dentro de una auténtica sobriedad de pensamiento y humildad de espíritu.

»Ellos lucharán contra sus demonios para salvar sus almas y convertirlos en auténticos hijos del Espíritu. Sus cuerpos sufrirán algún daño en el proceso, imagino, ¿pero eso qué importa? Será un costo trivial comparado con el enorme y eterno bien que recibirán a cambio. Y yo seré recompensado por haber hecho todo eso posible.

»Creo que ahora están ustedes realmente asustados, caballeros, porque el mensaje que todos estamos aguardando está llegando ya, y comprenden ahora por qué se me ha pedido que permanezca aquí con ustedes. La presidencia es mía, y mi interpretación de la teoría de Muller, combinada con la desgracia de Muller, hará que la teoría de Dinsmore figure en los libros de texto y puede que me lleve hasta el Premio Nobel. En cuanto a ustedes...

Hubo un sonido de pasos marciales al otro lado de la puerta; un estentóreo grito de: «¡Alto!».

La puerta se abrió de golpe. Entró un hombre, cuyo austero traje gris, amplio cuello blanco, sombrero alto adornado con un hebilla y enorme cruz de bronce lo proclamaban como capitán de la temida Legión de la Decencia.

Nasalmente dijo:

—Horatio Adams, queda arrestado en nombre de Dios y de la Congregación por el crimen de magia y brujería. Carl Muller, queda arrestado en nombre de Dios y de la Congregación por el crimen de magia y brujería.

Su mano hizo un breve y rápido gesto. Dos legionarios de su escolta avanzaron hacia los dos físicos, que permanecían sentados en estupefacto horror en sus sillones, los pusieron bruscamente en pie, colocaron esposas en sus muñecas y, con un gesto inicial de

humildad hacia el sagrado símbolo, arrancaron las pequeñas cruces que colgaban de sus solapas.

El capitán se volvió hacia Dinsmore.

—Vuestro en santidad, señor. Se me ha pedido que le entregue este comunicado de la junta directiva.

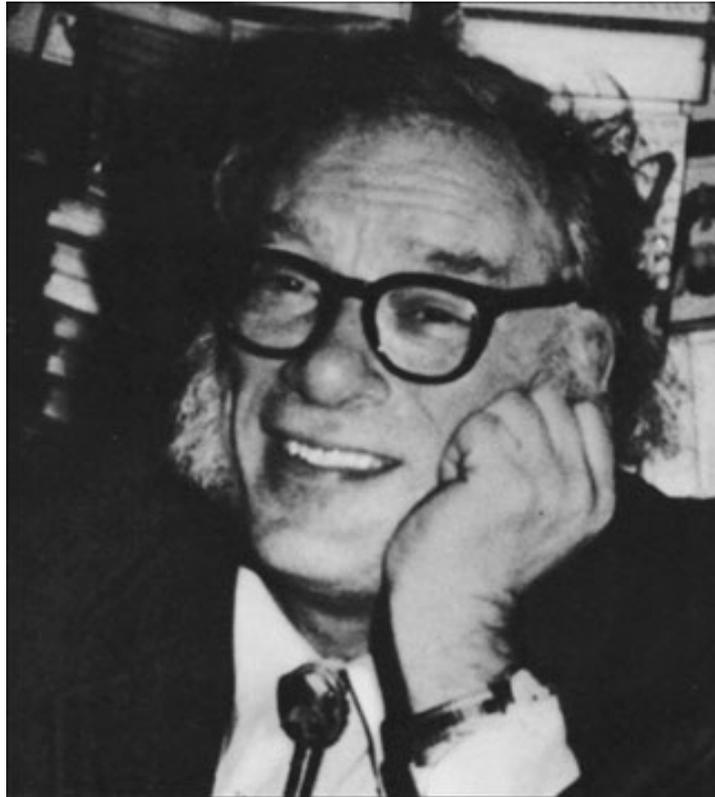
—Vuestro en santidad, capitán —dijo Dinsmore gravemente, acariciando la cruz que colgaba de su solapa—. Me regocija recibir las palabras de esos píos hombres.

Sabía lo que contenía la comunicación.

Como nuevo presidente de la sociedad, podía, si quería, aliviar algo el castigo de los dos hombres. Su triunfo sería suficiente incluso si lo hacía.

Pero sólo lo haría si se sentía seguro.

Y bajo el poder de la Mayoría Moral, tuvo que recordar, nadie estaba completamente seguro.



ISAAC ASIMOV (1920 - 1992). Nació el 2 de Enero de 1920 en Petrovichi, Rusia, en el seno de una familia judía. Hijo de Judah Asimov (1896-1969) y Anna Rachel Berman Asimov (1895-1973) recibió el nombre de Isaac por su abuelo materno, Isaac Berman, y fue el mayor de tres hermanos. A la edad de tres años se trasladó junto a su familia a Estados Unidos.

Desde niño mostró dotes para los estudios y la ciencia. En 1926, su padre compró una confitería, donde además se vendía prensa, y revistas de ciencia ficción, artículos que despertaron su interés por la lectura, y posteriormente por la escritura.

Comenzó sus estudios en 1925 en la escuela pública de Nueva York, continuó en East New York Junior High School donde se graduó en junio de 1930, entrando con diez años en la Boys High School, donde obtuvo el graduado en 1935. Asistió a la Universidad de Columbia donde, en 1939, se graduó en Química.

Isaac Asimov fue uno de los más célebres cultivadores de la ciencia ficción y un gran divulgador cuya escritura abarca también la mitología, la Historia, la ciencia, Shakespeare, la Biblia. Fue un lector prodigioso. Aprendió a leer él solo. En la primera semana ya se sabía todos los libros del curso, devoró 26 veces los Papeles póstumos del Club Pickwick, desde los seis años (cuando comenzó a devorar en bibliotecas) a los 18 (cuando vendió su primer relato por 64 dólares) dedicó a la lectura casi todo el tiempo de que dispuso. No era tanto como quería, ya que a los nueve años comenzó a trabajar en las sucesivas tiendas de caramelos familiares (aunque allí se convirtió en un fanático lector de folletines). Su primera obra,

Hermanitos, la escribió con 14 años. Trataba sobre su hermano pequeño, en clave de humor. Fue publicada en la revista de la escuela.

En 1937 comenzó a escribir seriamente, momento en el que apareció un cuento titulado *Tirabuzón Cósmico*. Su segunda historia fue *Polizón*, publicada en noviembre de 1939 con el nombre *La amenaza de Calixto*. En tres años escribió 31 relatos, quizá reseñar que Razón fue el primero sobre robots positrónicos, con sus personajes de George Powell y Mike Donovan, y el siguiente fue *Embustero* en 1940, donde aparece la doctora Susan Calvin. En mayo del 42 publicó *Fundación*. En 1950 por fin aparece su primera novela: *Un guijarro en el cielo*.

Comenzó a dar conferencias y a escribir entre siete y ocho libros al año, tanto novelas, como libros de química, historia, etc, consiguiendo varios premios, entre ellos el premio Hugo en 1966 a la mejor serie de ciencia ficción por la Serie de la Fundación. En 1973, consigue de nuevo este premio al igual que el Nebula. Entre sus muchas obras destacan: *Anochecer* y *El hombre del bicentenario* Premio Hugo y Nebula en 1977 a la mejor novela corta y *Los límites de la Fundación* premios Hugo y Nebula de 1983 a la mejor novela. Además consiguió el Premio James el T. Grady de la Sociedad Química americana en 1965, tenía catorce doctorados honoris causa por diferentes universidades. Además de sus novelas de ciencia ficción, se dedicó a escribir sobre temas históricos como *La formación de Inglaterra* o *Los griegos*, fantásticos como *Viaje alucinante* o *Azazel*, infantiles como la serie de Norby, el robot o a Lucky Star, junto con una abundante obra de difusión científica, *Adelantos de la ciencia*, *El reino de los números*, *Alpha Centauri*, *la estrella más cercana*, etc.

Se casó dos veces, la primera con Gertrude Blugerman el 26 de Julio de 1942, con la que tuvo dos hijos, David y Robin, se separaron en 1970, y se casó posteriormente con Janet Opal Jeppson.

Falleció el 6 de abril de 1992 en Nueva York de un fallo cardiaco y una insuficiencia renal, a los 72 años después de haber publicado más de 500 obras, fue incinerado. Su viuda reveló posteriormente que el autor falleció a consecuencia del sida que contrajo tras serle practicada una transfusión de sangre contaminada tras someterse a una intervención de cirugía cardiaca.

Notas

[1] Naturalmente, este orden alfabético se pierde en la traducción española de los relatos. No obstante, hemos preferido respetar el orden establecido en el original antes que reordenar las historias en orden alfabético en español, lo cual hubiera roto la estructura del libro, si no en los relatos en sí, sí al menos en las presentaciones a los mismos. (*Nota del Editor*) <<

[2] *Nightfall and Other Stories* fue publicada en español en 1977 por Luis de Caralt Editor, dividida en tres volúmenes titulados *Los ojos hacen algo más que ver*, *La máquina que ganó la guerra* y *Cuarta generación*. Sin embargo, en la edición española no figuran todos los relatos que aparecían en la edición original estadounidense. (N. del T.) <<